

**John Connolly**

# **EL INVIERNO DEL LOBO**



**Charlie Parker 12**

**Lectulandia**

La comunidad residencial de Prosperous, en Maine, siempre ha medrado mientras otros sufrían. Sus habitantes son ricos, sus hijos tienen el futuro asegurado. Rehúye a los forasteros. Protege a los suyos. Y en el centro de Prosperous se encuentran las ruinas de una antigua iglesia, transportada piedra a piedra desde Northumberland, Inglaterra, a principios del siglo XVIII, por los fundadores del pueblo... Unas ruinas que esconden un secreto. Pero varios hechos, entre ellos la muerte de un sin techo en circunstancias poco claras, atraen a Prosperous al investigador privado Charlie Parker, alias «Bird», un hombre cuyo pasado le ha dejado hondas cicatrices en el alma, un detective peligroso para sus enemigos y que se mueve no sólo llevado por la compasión, sino también —en más ocasiones de las que él quisiera— por la ira y el deseo de venganza.

A su llegada, los residentes de Prosperous perciben en él una amenaza más preocupante que cualquier otra que hayan afrontado en su larga historia. Entretanto, un lobo trata de sobrevivir al crudo invierno de los bosques de Maine; está malherido, pero también hambriento.

**Lectulandia**

John Connolly

# **El invierno del lobo**

**Charlie Parker - 12**

ePub r1.3

Titivillus 29.05.15

Título original: *The Wolf in Winter*

John Connolly, 2014

Traducción: Carlos Milla Soler

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Swati Gamble

# Primera parte

## La cacería

Aterrado, él huye y, alcanzando los silencios del campo, aúlla y en vano hablar intenta.

Ovidio, *Metamorfosis*

# 1

La casa era intencionadamente anónima: ni demasiado grande ni demasiado pequeña, ni muy bien conservada ni deteriorada en modo alguno. Ocupaba una reducida parcela próxima a los aledaños de Newark, en el condado de New Castle, zona densamente poblada del estado de Delaware. La ciudad había sufrido un duro golpe cuando en 2008 cerró la planta de montaje de Chrysler junto con Mopar, el cercano centro de distribución de piezas. Así y todo, albergaba aún la Universidad de Delaware, y veinte mil estudiantes pueden gastar mucho dinero si se lo proponen.

No era de extrañar que el hombre a quien pretendíamos dar caza hubiese elegido Newark. Estaba cerca de las líneas divisorias de tres estados —Pensilvania, Nueva Jersey y Maryland—, y a sólo dos horas de la ciudad de Nueva York en coche. Aunque, claro está, sólo era una más de las numerosas guaridas que se había procurado, adquiridas en el transcurso de los años por el abogado que lo protegía. El único rasgo distintivo de esta casa residía en el nivel de consumo energético: las facturas de los suministros eran más altas que las de otros inmuebles que habíamos descubierto. Daba la impresión de que este se utilizaba con regularidad. No se trataba de un mero almacén para las piezas de su colección. Venía a ser una base de operaciones.

Ese hombre se hacía llamar Kushiell, pero nosotros lo conocíamos por el sobrenombre de «el Coleccionista». Había matado a un amigo nuestro, Jackie Garner, a finales del año anterior. El Coleccionista, conforme a su versión de la justicia, diría que se había limitado a aplicar la ley del talión, pues en verdad Jackie cometió un craso error y, como consecuencia del cual, murió una mujer cercana al Coleccionista. En venganza, este, sin la menor compasión, abatió de un tiro a Jackie, que estaba desarmado y de rodillas, y además dejó claro que ahora nos hallábamos todos bajo la mira de su arma. Posiblemente intentábamos dar caza al Coleccionista por lo que le había hecho a uno de los nuestros, pero también porque sabíamos que, tarde o temprano, él decidiría que quizá bajo dos metros de tierra representaríamos una amenaza menor para él. Así que nuestro propósito era acorralarlo y matarlo mucho antes de eso.

Se veía luz en una habitación de la casa. Las otras estaban a oscuras. Había un coche en el camino de acceso, y su llegada nos había alertado sobre la posibilidad de que el Coleccionista estuviese allí. Habíamos instalado entre la maleza, más o menos hacia la mitad del camino, un sistema inalámbrico de alarma dual con sensores infrarrojos. Disponía de un temporizador que nos enviaba una señal de aviso a los teléfonos móviles sólo si los dos sensores, después de activarse una primera vez, no volvían a detectar movimiento en el plazo de diez minutos. En otras palabras, tenía en cuenta la posible visita de repartidores, pero si un vehículo entraba en la finca y permanecía allí cierto tiempo, la alarma se disparaba.

Naturalmente, eso presuponía que el Coleccionista no llegaría a pie ni en taxi,

pero imaginábamos que un hombre con tantos enemigos no dejaría al azar sus opciones de fuga, y al menos tendría a mano un vehículo en buenas condiciones. A la derecha de la casa había un garaje sin ventanas, pero cuando descubrimos la propiedad por primera vez no nos arriesgamos a entrar en él. Incluso la colocación de los transmisores infrarrojos inalámbricos fue un riesgo calculado, y lo asumimos sólo después de hacer una batida en el jardín y comprobar que no existía ningún sistema de alarma similar aparte de las medidas de seguridad de la propia casa.

—¿Qué os parece? —preguntó Louis.

Su piel negra reflejaba un poco la luz de la luna, y eso le confería, aún más que de costumbre, cierto aire de criatura nocturna. Vestía un pantalón de algodón oscuro ceñido a los tobillos y una cazadora Belstaff de algodón impermeabilizada en la que se habían sustituido todas las hebillas y botones por equivalentes antirreflectantes. Ofrecía un aspecto elegante, pero, en verdad, él siempre ofrecía un aspecto elegante.

—Se me están agarrotando las piernas, o eso me parece —dijo Angel—. Si no nos movemos ya, tendréis que llevarme ahí dentro en palanquín.

Para Angel, la elegancia no era motivo de preocupación. Usaba ropa funcional, no de marca. Sencillamente lo prefería así. Su cabello canoso quedaba oculto bajo un gorro negro. Con la cabeza descubierta, aparentaba su edad. Era mayor que Louis y que yo, y últimamente se había vuelto más callado y más cauto. La mortalidad se cernía sobre él como un halcón batiendo las alas encima de una presa agonizante.

Estábamos acucillados en la hierba a un lado del camino, Angel a mi izquierda, Louis a mi derecha, provistos los tres de sendas Glocks de 9 mm con silenciador y munición subsónica. Con esa clase de balas perdíamos algo de velocidad, pero si encontrábamos al Coleccionista actuaríamos a corta distancia. Había viviendas al este y al oeste de la casa, y era una zona tranquila. Nuestra intención era evitar un ruidoso tiroteo a lo O. K. Corral para que las fuerzas del orden locales no se nos echaran encima. Los tres llevábamos además máscaras antigás de fabricación rusa con cristal antivaho. Nos habían costado menos que las botas de Louis, pero aún no nos habían fallado nunca.

—Vosotros dos id por detrás —dije—. Yo cubriré la parte delantera.

Louis se llevó la mano al bolsillo de la cazadora y extrajo una granada de gas lacrimógeno. Angel tenía otra, y yo dos más.

—Procura que no te peguen un tiro antes de lanzarlas —me recomendó Angel.

—Procuraré que no me peguen un tiro tampoco después —repuse.

No era una situación ideal. Íbamos a tener que romper cristales para arrojar las granadas al interior de la casa, y confiar en que no nos dispararan al hacerlo. Si el Coleccionista se veía acorralado y optaba por jugársela dentro de la casa, Angel y Louis se verían obligados a entrar y llegar hasta él, u obligarlo a salir hacia donde yo esperaba. Quizás unos lanzagranadas habrían sido más eficaces, pero el típico lanzagranadas solía atraer poca atención en las zonas residenciales, y no era fácil de esconder bajo una cazadora, ni siquiera bajo una tan cara como la de Louis. Quizá

la otra opción habría sido echar las puertas abajo y entrar a tiro limpio, pero corríamos el peligro de quedar como tontos —y como muertos— si las puertas estaban blindadas o había conectada una bomba trampa. El Coleccionista era muy dado a proteger su salud.

Se trataba de la tercera guarida del Coleccionista en la que irrumpíamos, y a esas alturas empezábamos a ser consumados expertos. Nos movimos deprisa y asaltamos ambos lados de la casa simultáneamente, los cristales de tres ventanas se hicieron añicos como si fueran una sola. Las granadas emanaban una combinación de espray mostaza y gas lacrimógeno de uso militar, que podía propagarse por un volumen de más de quinientos metros cúbicos en menos de un minuto. Quienquiera que se hallase en esas habitaciones cuando estallaran las granadas no tardaría en salir.

Antes de que entrara la primera granada yo ya estaba tenso, pero el grado de tensión se duplicó mientras me preparaba para lanzar la segunda. Si se producía un tiroteo, sería en ese momento. Sin embargo, no hubo reacción alguna en el interior de la casa. Al cabo de un minuto oí más ruido de cristales rotos. Angel y Louis entraban por una ventana, no por la puerta. Era un riesgo calculado: quedar al descubierto en el momento de encaramarse al marco reventado, o probar a acceder por la puerta con la esperanza de que no estuviera conectada a algo. Se habían decantado por la primera opción. Me aparté de la fachada de la casa para ponerme a cubierto detrás del coche en el camino de acceso. Era un sedán Chevrolet de tamaño medio, como el que podría tener un contable. Por dentro estaba immaculado, sin nada en los asientos.

No ocurrió nada. No hubo gritos ni detonaciones. Oí portazos dentro de la casa, pero sólo eso. Transcurridos tres minutos sonó mi teléfono móvil. Era Louis. Respiraba con dificultad. Oí toser a Angel detrás de él.

—Se ha ido —informó Louis.

Esperamos a que se disipara el gas antes de volver a entrar. La casa estaba mejor acondicionada que las otras que habíamos visto. Había libros en las estanterías — biografías de políticos y tratados de historia moderna en su mayor parte— y se advertía cierto esfuerzo decorativo en las habitaciones. Alfombras baratas pero de buen gusto cubrían parcialmente el entarimado del suelo, y de algunas de las paredes colgaban reproducciones de cuadros abstractos. Los armarios de la cocina se usaban para almacenar latas de comida, arroz, pasta, un par de tarros de café instantáneo y una botella de coñac Martell XO. Se oía el zumbido de una pequeña nevera portátil, que contenía tabletas de chocolate, leche fresca y seis latas de un refresco *light*. En el salón había un televisor conectado a un DVD, pero no disponía de conexión por cable. Junto al único sillón descansaba en el suelo un ejemplar del *Washington Post* de ese día y, al lado, una taza de café todavía caliente. Debía de habérsenos escapado por cuestión de minutos, de segundos.

Un objeto suspendido de la lámpara de lectura que se alzaba junto al sillón captó mi atención. Era un collar con una garra de oso. El Coleccionista se lo había llevado de la furgoneta de Jackie antes o después de matarlo. En otro tiempo pendía del

retrovisor de Jackie. Era su talismán, pero a él se le había acabado la suerte. Al final, a todos se nos acaba la suerte.

El Coleccionista siempre conservaba recuerdos de sus asesinatos. Y ese no lo había abandonado allí sin razón. Era un mensaje para nosotros: una provocación, o quizás un gesto indemnizatorio, según se quisiera interpretar.

Me acerqué con cuidado a la ventana y me arriesgué a echar un vistazo al pequeño jardín trasero. La parte de atrás de otras dos casas daba a ese espacio, y vi a lo lejos las luces de Newark. Percibí la presencia del Coleccionista allí fuera. Nos observaba. Sabía que no iríamos a pie tras él en territorio desconocido, y de noche. Esperaba a ver cuál era nuestro siguiente paso.

—Hemos encontrado más baratijas —oí decir a Angel.

Se reunió conmigo junto a la ventana, manteniéndose de espaldas a la pared. Ni siquiera a oscuras quería ofrecerse como blanco. En su mano enguantada sostenía una pulsera con dijes de oro, una fotografía de una joven en un recargado marco de plata y un zapatito de bebé forjado en bronce, recuerdos de vidas arrebatadas.

—¿Cómo se las ha arreglado para salir? —pregunté.

—¿Por la puerta de atrás?

—Sigue cerrada por dentro —contesté—. La puerta de la calle también lo estaba. Y habéis tenido que romper una ventana para entrar. Sólo se abren por arriba, y por el hueco apenas cabría un niño.

—Aquí —dijo Louis desde el dormitorio principal.

Fuimos allí. Al igual que todas las demás habitaciones de la casa, tenía el techo bajo. En la pared, junto a la ventana principal, se había practicado una abertura para instalar una unidad de aire acondicionado, pero no la ocupaba ningún aparato sino que parecía tapiada. Debajo había una silla. Louis se encaramó a ella y tanteó la tabla. Basculaba por medio de unas bisagras en la parte de arriba y, al empujar, se abría como una gatera. Era un hueco en apariencia reducido, pero Louis levantó el marco circundante y, de pronto, el hueco se reveló con cabida suficiente para un hombre de tamaño medio.

—Seguro que la tabla al otro lado también tiene bisagras —aventuró Louis—. Ha salido a rastras de aquí como la sabandija que es.

Se bajó de la silla. Hacía una noche despejada. Ninguna nube ocultaba la luna.

—Está ahí fuera, ¿no? —dijo.

—Probablemente.

—No puede seguir así. Al final se cansará de huir.

—Es posible. Vete a saber cuántas trampillas tendrá como esta. Pero en algún lugar hay una más importante que las otras, más incluso que esta. Ahí es donde tiene escondido al abogado.

El abogado, Eldritch, ponía al Coleccionista en la pista de aquellos que, a su modo de ver, habían perdido el derecho a la vida, quizás, incluso, el derecho a la inmortalidad del alma. Él presentaba la acusación, y el Coleccionista se ocupaba del

castigo. Pero Eldritch resultó herido en el mismo incidente que costó la vida a la mujer e impulsó al Coleccionista a echarse sobre Jackie; el Coleccionista se preocupó de hacer desaparecer al viejo abogado. ¿Quién sabía? Incluso cabía la posibilidad de que Eldritch hubiera muerto. En tal caso el Coleccionista estaría totalmente desbocado. Eldritch, como mínimo, mantenía a su perro de caza más o menos bajo control.

—¿Seguiremos buscando su refugio? —preguntó Louis.

—Mató a Jackie.

—Quizá Jackie se lo buscó.

—Si eso es lo que piensas, todos nosotros nos lo hemos buscado.

—Quizá sí.

Angel se acercó a nosotros.

—¿Por qué no ha contraatacado? ¿Por qué no ha intentado eliminarnos?

Yo creía conocer la respuesta.

—Porque piensa que, al matar a Jackie, transgredió su propio código. No le correspondía a él quitarle la vida a Jackie, fueran cuales fuesen sus errores. En algún lugar de aquello que pasa por ser su conciencia, el Coleccionista sospecha que quizá nos hemos ganado el derecho a ir a por él. Como ha dicho Louis, quizá todos nos lo hemos buscado.

»Y, por otro lado, al igual que nosotros, el Coleccionista es sólo un peón en un juego mayor. Quizá conozca las normas mejor que nosotros, pero ignora en qué punto se encuentra la partida, o si algún participante está cerca de ganar o perder. Teme matarnos por si eso decanta la balanza contra él; en todo caso, a saber cuánto se prolongará esta situación.

—¿Y qué nos pasará a nosotros? —preguntó Angel—. Si lo matamos, ¿habrá repercusiones?

—La diferencia es que nos da igual —contesté.

—Ah —dijo Angel—. Debo de haberme perdido ese memorando.

—Básicamente decía: «Que se jodan si no están de nuestro lado» —explicó Louis.

—Sí, me lo perdí; de haberlo visto, me acordaría —comentó Angel—. ¿Seguiremos, pues, dándole caza hasta que lo acorralemos, o hasta que se le acabe la cuerda y se rinda?

—Le daremos caza hasta que se canse, o hasta que nos cansemos nosotros —respondí—. Y luego ya veremos. ¿Tienes algo mejor que hacer?

—Últimamente no. Nunca, para serte sincero. ¿Y ahora qué?

Volví a mirar hacia la oscuridad exterior.

—Por si está ahí fuera, ofrezcámosle algo para ver.

Mientras Angel iba a por nuestro coche, Louis y yo forzamos el Chevrolet y lo

empujamos contra la puerta de la casa. Yo olía ya el gas de los quemadores de la cocina mientras Louis rociaba el interior del Chevrolet con el coñac del Coleccionista. Reservó más o menos una tercera parte de la botella, insertó un paño de cocina en el cuello de esta y la agitó para empapar la tela. Después de cerciorarse de que no había nadie en la calle, Angel hizo una señal a Louis con los faros, y Louis prendió el paño, lanzó la botella al interior del coche y echó a correr.

El Chevrolet ardía ya cuando nos alejamos, pero las dos explosiones —primero la del coche, luego la de la propia casa— se produjeron antes de lo previsto y casi simultáneamente, pillándonos por sorpresa. No nos detuvimos a contemplar la bola de fuego que se elevó por encima de los árboles. Nos limitamos a seguir adelante, en dirección a Maryland por Telegraph Road. Llegamos al cruce con la interestatal 213 y desde allí fuimos al norte hacia Pensilvania. En Landenberg entregamos el coche a una mujer, tomamos posesión de nuestros propios vehículos y nos separamos sin mediar más palabra; Louis y Angel se encaminaron hacia Filadelfia y yo puse rumbo al norte, hacia la autopista.

En los alrededores de Newark, un hombre con un abrigo oscuro observó cómo pasaban los coches de bomberos. Tenía la manga del abrigo rota y arrastraba un poco la pierna derecha. Las luces de los coches de bomberos iluminaron brevemente su rostro enjuto, su pelo oscuro y lustroso, peinado hacia atrás, y el hilillo de sangre que descendía por su cuero cabelludo. Esta vez había escapado por poco, por muy poco...

El Coleccionista encendió un cigarrillo y dio una profunda calada mientras su casa ardía.

## 2

El lobo era un macho joven, solo y dolorido. Le sobresalían las costillas bajo el pelaje de color pardo herrumbre, y se aproximaba al pueblo cojeando. Aquel invierno, su manada había sido aniquilada a orillas del río San Lorenzo, pero para entonces ya se había adueñado de él el impulso de vagar, y cuando llegaron los cazadores, acababa de iniciar la marcha hacia el sur. La suya no era una manada muy numerosa: una docena de animales en total, guiados por la hembra alfa, que era su madre. Ahora todos habían muerto. Para eludir la matanza, él había atravesado el río por encima del hielo invernal, encogiéndose al oír las detonaciones. Cuando se acercaba a la línea divisoria de Maine, se cruzó con un segundo grupo de hombres, menor que el anterior, y recibió el impacto de la bala de un cazador en la pata delantera izquierda. Había mantenido la herida limpia, y no se le había infectado, pero tenía dañado algún nervio y ya nunca sería tan fuerte o rápido como antes. Tarde o temprano esa herida le causaría la muerte. Le obligaba a ir más despacio, y al final los animales lentos siempre se convertían en presas. De hecho, era asombroso que hubiese llegado tan lejos, pero algo —una especie de locura— lo había impulsado a seguir hacia el sur, hacia el sur.

Se acercaba ya la primavera y pronto se iniciaría el lento deshielo. Si conseguía sobrevivir lo que quedaba de invierno, el alimento empezaría a ser más abundante. Por ahora se veía reducido a la condición de carroñero. Estaba al borde de la inanición, pero esa tarde había detectado el olor de un ciervo joven, y su rastro lo había llevado hasta las afueras del pueblo. Olía el miedo y la confusión del otro animal. Era vulnerable. Si lograba acercarse lo suficiente a él, quizá le quedaran aún las fuerzas y la velocidad necesarias para abatirlo.

El lobo husmeó el aire y captó un movimiento entre los árboles a su derecha. El ciervo permanecía inmóvil entre unas matas, con la cola en alto en señal de alarma y angustia, pero el lobo intuyó que no era él la causa de ese malestar. Volvió a olfatear el aire. Metió el rabo entre las patas y retrocedió con las orejas pegadas a la cabeza. Se le dilataron las pupilas y enseñó los dientes.

El miedo unió por un momento a los dos animales, el depredador y la presa. A continuación se separaron: el lobo se dirigió hacia el este, el ciervo hacia el oeste. El lobo no pensaba ya en el hambre ni en la comida. Únicamente sentía la necesidad de correr.

Pero estaba herido y cansado, y el invierno aún pesaba sobre él.

Sólo había una luz encendida en la Armería y Tienda de Abastos Pearson. Iluminaba una mesa en torno a la cual permanecían sentados cuatro ancianos, concentrados todos en sus naipes.

—Dios mío —dijo Ben Pearson—, en la vida había tenido peor mano que esta.

Os lo juro, si no hubiera visto con mis propios ojos cómo se repartían las cartas, no me lo creería. Ni siquiera sabía que pudiera haber cartas tan bajas.

Nadie le prestó atención. Ben Pearson podría haber recibido cuatro ases del mismísimo Cristo y aun así se quejaría. Era su versión de la cara de póquer. La había desarrollado como táctica de distracción para que nadie se fijara en sus facciones, tan expresivas que delataban todos sus pensamientos. Según cuál fuera la historia que uno le contaba, Ben podía ser el mejor o el peor público que uno pudiera desear. Era casi infantil en su transparencia, o esa impresión daba. Aunque pasaba ya de los setenta, conservaba una buena mata de pelo blanco y tenía relativamente pocas arrugas en el rostro. Eso aumentaba su aire juvenil.

De una forma u otra, la Armería y Tienda de Abastos llevaba perteneciendo a la familia de Ben desde hacía cuatro generaciones y, aun así, no era el comercio más antiguo del pueblo de Prosperous, en Maine. Una cervecería ocupaba desde el siglo XVIII el terreno de lo que era ahora el Prosperous Tap, y la *Boutique* de Moda Femenina Jenna Marley había sido una tienda de ropa desde 1790. Los vecinos de Prosperous podían jactarse de que allí los apellidos de los primeros colonos del pueblo resonaban aún como en muy pocos poblados de esas características. En su mayoría tenían sus raíces en Durham y Northumberland, en el nordeste de Inglaterra, porque de allí procedían los fundadores de Prosperous. Había Scotts y Nelsons y Liddells, Harpers y Emersons y Golightlys, junto con otros apellidos más peculiares: Brantingham, Claxton, Stobbert, Pryerman, Joblin, Hudspeth...

Un genealogista habría disfrutado de no pocos días provechosos examinando los registros de nacimientos y defunciones del pueblo, y, de hecho, algunos habían viajado hasta esa remota localidad norteña para investigar la historia del asentamiento original. Fueron recibidos de manera cortés, y se les ofreció cierta cooperación, pero invariablemente se marcharon de allí con una ligera sensación de descontento. Las lagunas en los anales del pueblo impedían una investigación completa y profunda, y establecer conexiones entre los habitantes de Prosperous y sus antepasados ingleses resultaba más difícil de lo que quizás habría cabido esperar, porque, al parecer, cuando esas familias partieron hacia las costas del Nuevo Mundo se marcharon todos sus miembros, dejando atrás sólo alguna que otra rama perdida, o tal vez ninguna.

Como es natural, los historiadores, tanto aficionados como profesionales, ya tenían experiencia con esa clase de obstáculos, pero les resultaban frustrantes de todos modos, y, con el tiempo, el pueblo de Prosperous empezó a considerarse un callejón sin salida desde el punto de vista genealógico, cosa que a los habitantes ya les parecía bien. En esa parte del mundo la reticencia a ser molestado por forasteros no era excepcional. Esa era ya de entrada una de las razones por las que sus predecesores habían viajado tan tierra adentro, negociando tratados con los nativos que tendieron a respetarse la mayoría de las veces, con lo que Prosperous adquirió la fama de pueblo bendecido por Dios, por más que sus habitantes se resistieran a que otros compartieran lo que percibían como su buena fortuna, fuera esta un designio

divino o no. Prosperous no invitaba ni daba la bienvenida a nuevos residentes sin lazos concretos con el nordeste de Inglaterra, y los matrimonios fuera de las principales líneas de sangre se vieron con malos ojos hasta finales del siglo XIX. Algo de ese espíritu pionero y autosuficiente original se transmitió de generación en generación hasta la población actual del pueblo.

Ahora, en la Tienda de Abastos Pearson, se descartaban naipes y se hacían apuestas. Era un póquer de cuatro cuartos, en el sentido más literal, y era rara la noche en que alguno de esos hombres volvía a casa habiendo perdido o ganado más de uno o dos dólares. Así y todo, el éxito en una partida otorgaba el derecho al alardeo durante el resto de la semana, y en algunas ocasiones los compañeros de juego de Ben Pearson decidían eludir la tienda durante un par de días a fin de dejar que el triunfalismo de Ben se enfriara.

—Subo diez centavos —dijo Calder Ayton.

Calder trabajaba con Ben Pearson desde hacía casi medio siglo, y le envidiaba el pelo. Tenía una pequeña participación en la tienda, consecuencia de un breve periodo de apuros económicos a mediados del siglo anterior, cuando algunos de los vecinos del pueblo, con la guerra y demás, se distrajeron, y los cautos hábitos de toda la vida se abandonaron durante un tiempo con la esperanza de poder abandonarlos finalmente por completo. Pero luego descubrieron la necedad de esa forma de pensar, y los habitantes de mayor edad no olvidaron la lección.

Thomas Souleby apretó los labios y miró a Calder con frialdad. Calder rara vez apostaba más de cinco centavos a menos que tuviera como mínimo una escalera, y aflojó tan deprisa su moneda de diez centavos que Thomas supo con certeza que había sacado una escalera de color o algo mejor. Siempre jugaban con las figuras de un solo ojo —la jota de picas, la jota de corazones y el rey de diamantes— como comodines, y Thomas había alcanzado a ver a la reina de picas mirándolo con los ojos entornados desde la mano de Calder, cosa que Thomas no consideraba trampa si el rival era tan descuidado como para enseñar sus cartas a todo hijo de vecino. Por eso fue en su día un buen hombre de negocios, en los tiempos en que se dedicaba a la adquisición de empresas. Uno aprovechaba cualquier ocasión que se le presentaba y la exprimía al máximo.

—Yo me planto —dijo Luke Joblin.

A sus sesenta años era el más joven del cuarteto, pero también el más influyente. Su familia se dedicaba a los bienes raíces desde que un cavernícola miró a otro y pensó: «Oiga, su cueva es mucho más grande que la mía. Me pregunto si no se planteará marcharse, y, si no se plantea marcharse, sencillamente lo mataré y me quedaré con su cueva». Punto en el cual algún remoto antepasado del clan Joblin vio la oportunidad de embolsarse un porcentaje del acuerdo, y prevenir de paso un derramamiento de sangre.

Ahora Luke Joblin controlaba que los inmuebles de Prosperous permanecieran en las manos indicadas, tal como habían hecho antes que él su padre, su abuelo y su

bisabuelo. Luke Joblin se conocía del derecho y del revés la normativa del estado referente a la calificación de terrenos y el uso de la tierra —como no era de extrañar, habida cuenta de que él había contribuido a redactarla en su mayor parte— y su hijo primogénito era el agente del orden municipal de Prosperous. Los Joblin, más que ninguna otra familia, se habían asegurado de que Prosperous conservara su carácter único y su identidad.

—¿Qué demonios quieres decir con eso de que te plantas? —preguntó Ben Pearson—. Si apenas has mirado las cartas antes de tirarlas a la mesa como si estuvieran envenenadas.

—No tengo más que morralla —dijo Luke.

—Me has sacado casi un dólar en las últimas ocho manos —replicó Thomas—. Lo mínimo que puedes hacer es dar a los demás la oportunidad de recuperar su dinero.

—¿Qué quieres que haga? ¿Devolverte el dinero sin más? No tengo cartas. Este es un juego de estrategia: apuestas cuando te ves fuerte, te retiras cuando te ves débil.

—Podrías probar con un farol —sugirió Thomas—. Podrías hacer, al menos, un mínimo esfuerzo.

Las cosas siempre se desarrollaron así entre ellos. Se caían relativamente bien, pero el placer que obtenía cada uno de la compañía del otro era directamente proporcional a la cantidad de pullas que pudieran lanzarse en el transcurso de una velada.

—Yo he traído el *whisky* —señaló Luke—. Si no fuera por mí, estaríais bebiendo Old Crow.

Se elevó un murmullo de conformidad.

—Este es para bebérselo con cuentagotas —comentó Calder, exagerando el acento—. De lo mejorcito.

Se turnaban para llevar una botella a sus partidas de póquer semanales, aunque, por lo general, una les alcanzaba para dos veladas y, por una cuestión de orgullo, procuraban llevar algo que satisficiera el gusto de todos en la medida de lo posible. Luke Joblin entendía de *whisky* escocés más que nadie, y esa noche bebían un Talisker de dieciocho años, la única destilería de la isla de Skye. El sabor era demasiado intenso para el paladar de Thomas, pero debía reconocer que era un caldo muy superior a The Glenlivet, su propia selección de unas semanas atrás. Aunque, claro, Thomas nunca había sido aficionado a las bebidas de alta graduación y prefería el vino. Hizo girar el *whisky* en el vaso por la fuerza de la costumbre, y saboreó una pizca. Empezaba a gustarle cada vez más. Uno iba cogiéndole el tranquillo, eso desde luego.

—Puede que esta vez te lo deje pasar —dijo Thomas.

—Muy generoso de tu parte —respondió Luke.

Al final, Calder se llevó el bote con una escalera de color, tal como Thomas había vaticinado. Esa noche Thomas estaba sufriendo un varapalo. Si las cosas seguían así,

tendría que cambiar otro dólar.

Descansaron un rato por acuerdo tácito. La conversación se desvió hacia asuntos del pueblo: negocios, rumores de idilios y problemas municipales que era necesario abordar. Las raíces de los árboles empezaban a traspasar la acera de la calle Mayor y la casa consistorial necesitaba una caldera nueva. Además, había surgido una disputa por la vieja casa de los Palmer: tres familias aspiraban a adquirirla para sus hijos. Los Palmer, una pareja muy reservada incluso para lo que era habitual en el pueblo, habían muerto sin descendencia, y eso representaba el final de su línea en Prosperous. Lo recaudado con la venta de sus bienes se repartiría entre varias organizaciones benéficas, y una parte iría a las arcas municipales. Pero en Prosperous el espacio destinado a vivienda escaseaba, y la casa de los Palmer, aunque reducida y necesitada de reformas, era muy codiciada. En cualquier comunidad corriente se habrían impuesto las fuerzas del mercado, y la casa habría acabado en manos del mejor postor. Sin embargo, Prosperous no funcionaba así. La decisión de la venta de la casa se tomaría en función de quién tuviese más derecho a ella, a quién le correspondiese en justicia. Se debatiría la cuestión y se llegaría a un consenso. La familia que al final adquiriese la casa tendría que compensar de algún modo a los demás. Luke Joblin se embolsaría su comisión, por supuesto, pero se la habría ganado.

De hecho, la velada del póquer hacía las veces de reunión informal del consejo municipal. Calder Ayton era el único que no participaba en la conversación. Las reuniones lo aburrían, y él daba por bueno todo aquello que Ben Pearson decidiese. Por otra parte, en esta ocasión el viejo Kinley Nowell estaba ausente, ingresado en el hospital a causa de una pulmonía. La impresión general era que a Kinley le quedaba poco tiempo en este mundo. Debían empezar a pensar en posibles sustitutos, y Ben planteó el asunto a los otros concejales. Después de darle muchas vueltas, decidieron que no les vendría mal incorporar un poco de sangre más joven y que debían dirigirse a la hija mayor de los Walker, Stacey, tan pronto como la primera concejala diese su consentimiento. Hayley Conyer —no le gustaba que la llamasen «concejala», esas tonterías no iban con ella— no era mujer dada a las partidas de póquer ni a las veladas acompañadas de *whisky*. Ben Pearson se ofreció a hablar con Hayley por la mañana para tantearla, pero aseguró a los otros que no preveía ninguna objeción ni problema alguno con la candidatura. Stacey Walker era una chica lista, y buena abogada, y nunca estaba de más tener abogados a mano.

Thomas Souleby no lo veía tan claro. Tenía la certeza de que Hayley Conyer pondría algún reparo, y como primera concejala poseía derecho a veto —rara vez ejercido— en lo referente a nombramientos para el consejo. Conyer era una mujer con carácter que prefería la compañía de los hombres, y carecía de todo sentido de la obligación con respecto a otras personas de su mismo sexo que pudieran convertirse en una amenaza para su posición. No vería con agrado la incorporación de una mujer tan joven y vibrante como Stacey Walker, y Thomas creía que, en el caso de la joven Walker, quizá a Conyer no le faltaba razón. Él acariciaba también la ambición de

ponerse al frente del consejo el día que Conyer ya no estuviera, cuandoquiera que fuese, y había trabajado durante mucho tiempo, y con ahínco, para asegurarse de que encontraría la menor competencia posible. Para el gusto de Thomas, Stacey Walker era un poco demasiado lista y demasiado ambiciosa. Si bien él disentía a menudo de Conyer, no se opondría si ella utilizaba su derecho a veto para impedir el nombramiento de Walker. Podía encontrarse a alguien más idóneo; alguien más sólido, más experimentado.

Alguien más maleable.

Thomas se desperezó y recorrió con la mirada la vieja tienda, fijándose en la curiosa mezcla de productos artesanales caros y artículos corrientes que uno podía comprar a mitad de precio en un establecimiento de las cadenas Hannaford o Shaw's. Desde luego, Ben no se andaba con contemplaciones a la hora de fijar precios, eso Thomas no podía negarlo, pero, claro está, debían tenerse en cuenta factores como la comodidad, y el chismorreo, y la conveniencia de respaldar los comercios locales. Para el pueblo era importante que el dinero se quedara dentro del término municipal siempre que fuera posible. En cuanto empezara la fuga de capital, Prosperous sería una localidad económicamente solvente sólo de nombre. Para los primeros colonos, el nombre había sido mitad plegaria, mitad aspiración. Ahora reflejaba la situación real del pueblo: Prosperous tenía la renta per cápita más alta de Maine, circunstancia que acaso no fuese evidente de inmediato para el visitante si juzgaba sólo por las apariencias. Prosperous mantenía una imagen discreta y procuraba no atraer la atención.

Los cuatro hombres se hallaban sentados en el lado oeste de la tienda, donde Calder había dispuesto unas cuantas mesas junto a una ventana panorámica desde donde se veía su jardín y, más allá, el bosque. En verano colocaban allí bancos de *picnic* en los que sentarse, pero por ahora la nieve helada cubría aún la hierba, y en el aire se percibía ese frío húmedo que causaba dolor de huesos a los viejos. A la izquierda de Thomas, una puerta cerrada con llave daba al taller de la armería. En ella, un letrero ajado y amarillento advertía que se exigía un depósito de treinta dólares por cada arma aceptada para su reparación o mantenimiento, cifra a la que se añadían otros veinticinco si el arma se entregaba sin el correspondiente cargador. Thomas ignoraba por qué seguía ahí ese letrero. Las únicas personas que llevaban sus armas a Ben Pearson para su reparación o mantenimiento eran lugareños, y estos difícilmente iban a olvidarse de que se las habían dejado a Ben. Por la misma razón, si se olvidaban de llevar el cargador, sencillamente podían pasarse por allí a dejarlo un rato más tarde ese mismo día.

La mujer de Thomas, Constance, utilizaba de vez en cuando los servicios de Ben —había participado en competiciones de tiro con rifle durante la mayor parte de su vida, y de joven había sido tiradora casi de talla olímpica, aunque a esos niveles la brecha entre lo que ella era capaz de hacer y lo que tal vez se le habría exigido bien pudiera haber sido tan ancha y profunda como un abismo—, pero ella era una de las

excepciones en Prosperous. Aun contando a quienes practicaban la caza, el pueblo tenía uno de los índices más bajos del estado en tenencia de armas. En el negocio de Ben Pearson, el apartado armería era poco más que un pasatiempo para él. Disponía de muy escasas existencias de rifles y pistolas para la venta, armas en su mayor parte de gama alta, pero al parecer le gustaba el trabajo de metalistería en el taller: filetear, estriar, engastar. También eran conocidas sus excelentes cachas por encargo, si uno sentía debilidad por eso.

Thomas bostezó y consultó su reloj. El *whisky* se le había subido a la cabeza y le apetecía acostarse. Echó un vistazo a la derecha. La luz de la mesa sólo iluminaba un par de metros de jardín nevado. Más allá reinaba la oscuridad.

Algo pálido se agitó entre las sombras. Parecía una mariposa nocturna. Se agrandó y agrandó ante la mirada de Thomas. Adquirió forma de mujer, una joven con un vestido blanco manchado, el color de este casi invisible contra la nieve, tanto era así que creyó estar soñando. Corría descalza y llevaba hojas prendidas en el cabello oscuro. Se acercaba cada vez más. Thomas abrió la boca para hablar, pero no le salieron las palabras. Se levantó de la silla justo cuando la chica chocaba contra el cristal, que tembló en el marco. Tenía las uñas rotas. Dejaron un rastro de sangre en la ventana.

—¡Ayúdenme! —exclamó—. ¡Ayúdenme, por favor!

Sus palabras se convirtieron en nubes en el aire, y el viento las capturó y las arrastró hacia el bosque, atento a todo sonido.

A varios kilómetros al sur, en la ciudad de Portland, agonizaba un sin techo.

Se llamaba Jude —sin apellido, sólo Jude—, y era muy conocido tanto entre sus compañeros de la calle como entre los agentes del orden. No era un delincuente, por más que en Portland algunos, al parecer, consideraban la indigencia un acto delictivo, sancionable con la privación de servicios y toda clase de apoyo hasta que la muerte resolviera el problema. No, Jude siempre había sido respetuoso con la ley, pero había pasado tanto tiempo en la calle que se conocía cada recoveco, cada grieta de cada acera, cada ladrillo edificado. Permanecía atento a la información que proporcionaban los demás de su clase —la aparición entre ellos de forasteros, en especial de hombres malévolos, o el hecho de que ciertos inmuebles, empleados previamente como refugios, ahora estuvieran en manos de narcotraficantes— e intercambiaba esos datos con la policía. No lo hacía en su propio beneficio, si bien había ocasiones en que las noches eran frías y se le ofrecía el alivio de una celda donde descansar, o incluso un traslado en coche a South Portland o más lejos si un policía se sentía especialmente generoso o aburrido.

Jude venía a ser una especie de figura paterna para los sin techo de la ciudad, y su relación con la policía le permitía interceder en nombre de hombres y mujeres que a veces se veían en aprietos con la ley por infracciones menores. También actuaba como intermediario para los encargados de los servicios de acogida municipales, vigilando a aquellos que se hallaban en una situación de riesgo mayor y por consiguiente tenían menos probabilidades de mantener una relación sólida con alguien que pudiera estar en posición de ayudarlos. Jude sabía dónde dormía todo el mundo, y en cualquier momento podía dar la cifra de indigentes de la ciudad con muy poco margen de error. Incluso los peores de ellos, los más violentos y trastornados, respetaban a Jude. Era un hombre que prefería pasar hambre él mismo, y compartir lo poco que tuviera, antes que ver famélico a un hermano o hermana.

Lo que Jude sí se resistía a compartir con los demás era gran parte de su propia biografía, y rara vez buscaba auxilio más allá de sus necesidades básicas. Saltaba a la vista que era un hombre culto, y la mochila que llevaba al hombro siempre contenía un libro o dos. Era muy versado en las grandes obras de la literatura, pero prefería la historia, las biografías y los libros de análisis social. Hablaba francés y español, un poco de italiano y un poco de alemán. Tenía una letra pequeña y elegante, como un reflejo de sí mismo. Jude siempre iba limpio y se mantenía tan aseado como se lo permitía la situación en la que vivía. En las tiendas de Goodwill en Forest Avenue y junto al centro comercial Maine Mall y en el local del Ejército de Salvación en Warren Avenue, todos se sabían de memoria sus tallas, y a menudo apartaban para él prendas que a su juicio podían interesarle. Para lo que corría en las calles habría podido decirse, incluso, que Jude era una especie de dandi. Casi nunca hablaba de su familia, pero se sabía que tenía una hija. Últimamente ella se había convertido en

tema de conversación entre los pocos amigos íntimos de Jude. Se rumoreaba que su hija, una joven problemática, había desaparecido otra vez, pero Jude apenas hablaba de ella, y no quería molestar a la policía con sus asuntos personales.

Debido a sus esfuerzos y a su honradez, los defensores de los desamparados de la ciudad le habían procurado vivienda permanente alguna que otra vez, pero pronto comprendieron que él, a causa de cierto rasgo de personalidad, era poco apto para establecerse en un mismo sitio. Se quedaba en su nueva casa una semana, o un mes, y de pronto un día un asistente social atendía una queja y descubría que Jude había cedido su apartamento a otros cuatro o cinco y había vuelto a las calles. En invierno buscaba una cama en el refugio de Oxford Street o, si no quedaba ninguna libre, como solía ocurrir cuando el tiempo se recrudecía, extendía una fina colchoneta en el suelo del cercano centro comunitario de Preble Street, u ocupaba una silla en el vestíbulo del Departamento de Asistencia Social de Portland. En noches así, cuando las temperaturas alcanzaban los ocho grados bajo cero y el viento era tan frío que traspasaba sus múltiples capas de lana y algodón, de periódicos y carne, hasta llegar a los huesos, Jude no se explicaba cómo había gente en Portland capaz de decir que la ciudad era demasiado atractiva para los sin techo porque daba refugio a todos aquellos que lo buscaban. Pero tampoco olvidaba las carencias de su propia personalidad que lo incapacitaban para aceptar las comodidades que él mismo intentaba procurar a otros. Sabía desde siempre que, debido a eso, moriría en la calle. No le extrañaba, pues, que ahora le llegara por fin la muerte, pero sí la forma en que le sobrevenía.

Llevaba una semana o más viviendo en el sótano de un bloque de apartamentos abandonado y ruinoso cerca de Deering Oaks. Comía poco, aparte de lo que rescataba de los cubos de basura y lo que le proporcionaban los refugios, en un esfuerzo por mantener un equilibrio entre la necesidad de ahorrar dinero y los requisitos básicos de la supervivencia.

A su hija, muerto, no le serviría de nada.

¿Sería un rasgo genético? ¿Había transmitido a su única hija su carencia, su destructivo amor por las calles? En los momentos en que lograba pensar con mente fría y lógica, se decía que no era así. Él nunca había tenido problemas con las drogas o el alcohol. La adicción no formaba parte de su manera de ser. Su hija, en cambio, empezó a consumir poco después de marcharse Jude de casa, o eso le había dicho la madre de ella antes de que se interrumpiera toda comunicación entre ambos. Su mujer había muerto odiándolo, y él, en cierto modo, se hacía cargo. Ella sostenía que no sabía qué había hecho mal, qué grave ofensa había cometido para que su marido las abandonara a ella y a su hija, porque le costaba aceptar que no hubiera hecho nada. Sencillamente algo se había quebrado dentro de él, era sólo eso. Había huido de todo —su trabajo, su familia, incluso su perro—, porque, de lo contrario, se habría quitado la vida. El suyo era un trastorno psicológico y emocional de una profundidad tremenda e inconmensurable, un trastorno trivial y sin embargo trágico por lo

corriente que era.

Había tratado de hablar con su hija, claro, pero ella se negaba a escuchar. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Por qué iba a aceptar lecciones sobre la vida de un hombre que había sido incapaz de conciliarse con la felicidad, con la circunstancia de ser amado? Ella le echaba en cara sus carencias, como él había previsto. Si se hubiese quedado, si hubiese ejercido verdaderamente de padre, quizá también ella se habría quedado, y esa bestia no la habría atrapado entre sus garras, no le habría sorbido lentamente la vida. Tú me has hecho esto, decía su hija. Tú.

Pero Jude, a su manera, había hecho por ella lo que estaba en sus manos. Del mismo modo en que él velaba por quienes se hallaban bajo su cargo en las calles de Portland, otros lo hacían por su hija, o lo intentaban. No podían salvarla de sí misma, y ella padecía un impulso autodestructivo afín a la naturaleza fracturada de su padre. El dinero que hubiera heredado de su madre fue a parar a sus manos o a las manos de otros, o llenó brevemente los bolsillos de novios a los que les faltaba poco para ser chulos y violadores.

Ahora ella se había trasladado al norte. A Jude le habían llegado noticias de su presencia en Lewiston, en Augusta y después en Bangor. Según una anciana sin techo, que se dirigía hacia el sur, no consumía drogas y buscaba un sitio donde vivir, porque tener su propia vivienda sería un primer paso para encontrar un empleo.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Jude.

—Se la veía bien. Es guapa, ¿sabes? Severa, pero guapa.

«Sí», pensó él. «Lo sé. Guapa, y más que guapa. Es preciosa».

Así pues, Jude tomó un autobús hacia el norte, pero cuando llegó a su destino ya no había ni rastro de ella. No obstante, sí corrían rumores. Le habían ofrecido un empleo. Una joven que vivía y trabajaba en el Tender House, un refugio de Bangor para madres sin hogar y sus hijos, había hablado con ella, según le dijeron a Jude cuando telefoneó. Su hija parecía ilusionada. Iba a darse una ducha, comprarse un poco de ropa nueva, quizá cortarse el pelo. Una pareja, una agradable pareja mayor, necesitaba ayuda para el mantenimiento de la casa y el enorme jardín, quizá para preparar alguna que otra comida, o para llevarlos en coche a algún sitio cuando surgiera la necesidad. Por la propia seguridad de ellos, y para apaciguar cualquier preocupación de la propia chica, le dijeron que pasarían por la comisaría local de camino a la casa, sólo para que ella pudiera confirmar que eran gente decente y no tenían malas intenciones.

«Me enseñaron una foto de su casa», contó la hija de Jude a la joven del Tender House. «Es muy bonita».

«¿Cómo se llamaba el pueblo?», preguntó Jude a su informante.

Prosperous.

Se llamaba Prosperous.

Pero cuando Jude viajó a Prosperous y pasó por la comisaría, le dijeron que ninguna chica con esa descripción había puesto los pies allí, y cuando él preguntó en

las calles del pueblo por su hija, todos declararon no saber nada. Al final, la policía fue a por él. Lo sacaron en coche del término municipal y le dijeron que no regresara, pero él sí volvió. La segunda vez se vio recompensado con una noche en una celda, pues se trataba de una celda muy distinta de las de Portland o Scarborough, porque él no estaba allí por voluntad propia y lo asaltaron sus viejos temores. No le gustaba sentirse recluso. No le gustaban las puertas cerradas con llave. Por eso vagaba por las calles.

A la mañana siguiente lo llevaron en coche a Bangor y le hicieron subir a un autobús. Le dieron una última advertencia: no vuelvas a pisar Prosperous. No hemos visto a tu hija. Ella nunca ha estado allí. No molestes más a la gente, o la próxima vez acabarás ante un juez.

Pero él estaba decidido a volver a pisar ese pueblo. En Prosperous pasaba algo raro. Lo percibió el mismo día de su llegada. Debido a que vivía en la calle, había desarrollado el olfato para detectar a aquellos que llevaban dentro la semilla del mal. En Prosperous había germinado una de esas semillas.

No comentó nada de esto con nadie, y menos con la policía. Encontró excusas para guardar silencio, aunque una en concreto le asaltaba con más naturalidad que las otras: su hija era una bala perdida, una adicta. Las personas así solían desaparecer durante un tiempo y después asomaban de nuevo. Esperemos. Esperemos y veamos. Ya regresará. Pero él sabía que no volvería, no a menos que alguien fuera en su búsqueda. Su hija estaba en aprietos. Lo intuía, pero no se animaba a hablar de ello. Se le paralizaban las cuerdas vocales cada vez que intentaba pronunciar su nombre. Había pasado demasiado tiempo en las calles. El trastorno que lo indujo a abandonar a su familia lo había incapacitado para abrirse ante los demás, para expresar debilidad o miedo. Era una caja cerrada dentro de la cual estallaban tempestades. Era un hombre a la sombra de sí mismo.

Pero había un individuo en quien confiaba, uno a quien podía recurrir como investigador, como cazador. Trabajaba por dinero, ese individuo, y tomar conciencia de eso supuso para Jude una especie de liberación. No se trataría de caridad. Jude le pagaría por su tiempo, y con ese pago compraría la libertad que necesitaba para contar la historia de su hija.

Esa noche, su última noche, había contado el dinero que tenía: el puñado de billetes que guardaba ocultos en una caja enterrada en el suelo húmedo del sótano; los exiguos ahorros que había confiado a uno de los asistentes sociales y que había recuperado ese mismo día; y una bolsa de billetes y monedas mugrientos, sólo una pequeña parte de los préstamos que había hecho a otros y que después, quienes podían permitírselo, le habían devuelto con un interés de veinticinco centavos el dólar.

Tenía poco más de ciento veinte dólares, suficiente para que alguien le diera una paliza, o lo matara. Suficiente, confiaba, para contratar al detective durante un par de horas.

Pero ahora agonizaba. La soga, suspendida de una viga en el techo, le comprimía el cuello. Intentó patear, pero alguien le mantenía sujetas las piernas. Los brazos, previamente inmovilizados a los costados, ahora los tenía libres, y de forma instintiva se llevó las manos al lazo. Se le desprendieron las uñas, pero apenas notó el dolor. Le estallaba la cabeza. Se le aflojó la vejiga y supo que el final se acercaba. Deseó llamarla a gritos, pero no le salieron las palabras. Deseó decirle que lo sentía, que lo sentía mucho.

El último sonido que surgió de su garganta fue un esfuerzo por pronunciar su nombre.

Fue Thomas Souleby quien tuvo que tranquilizar a la chica. Él mismo tenía cuatro hijas, y estas, a su vez, sólo le habían dado hasta el momento nietas; por lo tanto, tenía más experiencia en apaciguar a mujeres que cualquiera de los presentes. Esa mujer en particular necesitaba más apaciguamiento que la mayoría: su primera reacción, después de entrar por la puerta trasera de la tienda, fue hacerse con el cuchillo más cercano y mantenerlos a raya. Entre la prole de Thomas nunca lo habían amenazado con un cuchillo, aunque una o dos de ellas habrían sido muy capaces en su adolescencia.

—Tranquila, chica —dijo. Se mantuvo fuera del alcance del cuchillo y habló con la mayor delicadeza posible—. Tranquilízate. ¿Cómo te llamas?

—Annie —contestó ella—. Avise a la policía, avise a la policía.

—Eso haremos —contestó él—, pero sólo...

—¡Ahora mismo! —exclamó ella, y levantó la voz de tal modo que el audífono de Calder Ayton estuvo a punto de estallar.

—Vale, telefoneemos —dijo Thomas. Hizo una seña a Ben, que tenía ya el móvil en la mano—. Pero ¿qué quieres que digamos?

—Dígales que una mala zorra y el hijo de puta de su marido me tenían encerrada en un sótano y me cebaban como a un cerdo para sacrificarme —respondió—. Usted dígales eso.

Thomas miró a Ben y se encogió de hombros.

—Tal vez no sea necesario que repitas eso al pie de la letra —sugirió Thomas.

Ben asintió y empezó a marcar.

—Ponlo en modo altavoz, Ben —indicó Thomas—, para que Annie sepa que somos de fiar.

Ben pulsó la pantalla del teléfono y subió el volumen al máximo. Todos permanecieron atentos al timbre. Al sonar por tercera vez, una voz dijo:

—Aquí el jefe Morland.

Al oírlo, la chica pareció relajarse, pero Thomas vio que seguía lanzando miradas a través de la ventana panorámica que él tenía detrás, en dirección al lugar por donde había llegado. No podía saber cuánto tardarían sus captores en darse cuenta de que había huido y en salir en su busca. Dudaba de que esos cuatro carcamales fueran capaces de protegerla.

—Lucas, soy Ben Pearson. Te llamo desde la tienda. Tenemos aquí a una chica en apuros. Dice que se llama Annie, y que alguien la ha retenido en un sótano. Te agradecería mucho que vinieras lo antes posible.

—Voy para allá —respondió el jefe—. Dile que espere.

Se cortó la comunicación.

—¿A qué distancia está la comisaría? —preguntó Annie.

—A poco más de un kilómetro, pero he llamado al teléfono móvil del jefe —

aclaró Ben—. Quizás esté más cerca, o un poco más lejos. Pero este es un pueblo pequeño. No tardará en llegar.

—¿Podemos ofrecerte algo, cariño? —preguntó Thomas—. ¿Quieres agua, o un café? Tenemos *whisky*, si te apetece. Debes de estar helada. Ben, trae un abrigo para esta chica.

Ben Pearson se acercó al perchero a coger uno de los abrigos de los presentes. Al moverse, se puso casi al alcance del cuchillo, y la chica lo blandió en el aire en señal de advertencia.

—¡Dios santo! —exclamó Ben.

—¡No se acerque! —previno ella—. Todos ustedes, manténganse a distancia. No quiero que nadie se acerque a mí, no hasta que llegue la policía, ¿entendido?

Thomas levantó las manos para indicar que se rendía.

—Lo que tú digas, pero estás temblando. Oye, Ben irá al perchero y deslizará un abrigo por el suelo hacia donde estás. Ninguno de nosotros se acercará a ti, ¿vale? En serio, aquí nadie tiene ningún interés en recibir una cuchillada.

La chica se detuvo a pensar en el ofrecimiento y por fin asintió. Ben descolgó del perchero su grueso chaquetón de plumón de L. L. Bean y lo deslizó por el suelo. La chica se agachó y, sin apartar la mirada de los cuatro hombres, introdujo el brazo izquierdo en la manga. Se irguió y, con un rápido movimiento, se pasó el cuchillo de la mano derecha a la izquierda para poder ponerse el chaquetón. Entretanto los hombres permanecieron totalmente inmóviles. La chica se desplazó de costado por la sala hacia la mesa de póquer. Se sirvió un vaso de *whisky* y lo apuró de un trago. Luke Joblin la miró con cara de cierta consternación.

—Y esos que te tenían cautiva... —dijo Thomas—, ¿has llegado a verlos?

—Sí.

—¿Sabes cómo se llaman?

—No. —La chica empezó a relajarse, y pronto las palabras salieron a borbotones de sus labios—. Pero no fueron ellos quienes me trajeron aquí. Fue una pareja mayor, David y Harriett Carpenter, si es que eran sus verdaderos nombres. Se identificaron con unos carnets, pero ¿qué sé yo de carnets? En cuanto llegamos a las afueras de este rincón perdido me pusieron en manos de la otra pareja, más joven que ellos. Fueron estos quienes me encerraron en su puto sótano. Les vi las caras. Ni siquiera se molestaron en tapárselas. Por eso supe que se proponían matarme. Luego vinieron otros. Los sorprendí observándome a través de la rendija de la puerta. Yo fingía dormir, pero también a algunos de ellos les vi la cara.

Thomas cabeceó en un gesto de incredulidad y se dejó caer en la silla pesadamente. Ben Pearson miró hacia el bosque, tal como había hecho la chica, esperando ver surgir de la oscuridad alguna silueta empeñada en llevársela de nuevo a rastras a su lugar de cautiverio. Luke Joblin, con expresión inescrutable, observaba a la joven. Calder Ayton mantenía la vista fija en las arrugas de sus propias manos. Se las recorría con las yemas de los índices —primero la izquierda, luego la derecha—,

como si le extrañara descubrir esa prueba de su envejecimiento. No se dijo nada más, no se pronunciaron más palabras tranquilizadoras. Aquello era ya asunto de Morland.

Annie se acercó a la caja registradora, desde donde podía vigilar el aparcamiento de la tienda. A lo lejos destellaron unas luces azules. La policía ya llegaba. Observó a los cuatro hombres, pero parecían paralizados en su asombro. No representaban el menor peligro para ella.

Un Crown Victoria sin distintivos se detuvo en el aparcamiento con una luz azul intermitente en el salpicadero. Aunque Ben había apagado los focos exteriores al cerrar la tienda, había unas luces instaladas por encima del porche que se activaban con el movimiento y que iluminaron de pronto el aparcamiento, bañando en su resplandor al jefe Morland cuando se apeó del coche.

—Tengo náuseas —dijo Annie—. Necesito ir al baño.

—El jefe de policía acaba de llegar, cariño —contestó Thomas.

—Es por el *whisky* —explicó la chica—. Me ha sentado mal.

Se dobló por la cintura, como dolorida.

—Necesito vomitar o cagar, no sé muy bien qué.

Ben, que no quería que hiciera ni lo uno ni lo otro en su establecimiento, le indicó una puerta al fondo. Daba a su espacio privado, donde a veces se quedaba a dormir, sobre todo si trabajaba hasta tarde en el taller de la armería. Vivía a poco más de un kilómetro de allí, pero desde la muerte de su mujer la casa le resultaba demasiado grande y vacía. Prefería la tienda. Ahora ese era su hogar.

—Es la segunda puerta a la izquierda —dijo—. No tengas prisa. Ahora ya estás a salvo.

Ella se encaminó hacia el fondo con la mano en la boca segundos antes de que entrara el jefe de policía. Era un hombre corpulento, de un metro ochenta y ocho de estatura y más de noventa kilos de peso. Iba bien afeitado, y tenía los ojos grises, como las cenizas frías de una fogata antigua. Estaba al frente de la policía de Prosperous desde hacía casi una década, y había heredado el puesto de su padre. Antes de eso había realizado su periodo de prácticas con la policía del estado de Maine. Así lo describía siempre: «mis prácticas». Todo el mundo sabía que para él Prosperous era el único lugar que importaba. Caminaba con una ligera cojera, consecuencia de un accidente de tráfico cerca de Augusta hacía ya tiempo. Nadie había insinuado jamás que esa lesión en una pierna pudiera ser un obstáculo para que él llevara a cabo su cometido, y Morland nunca le había dado motivos a nadie para pensarlo.

—¿Dónde está la chica? —preguntó.

—En el cuarto de baño —contestó Ben—. No se encontraba bien.

Morland había visitado la tienda de Pearson tan a menudo que la conocía casi tan bien como su propia casa. Fue derecho al cuarto de baño y llamó a la puerta.

—¿Señorita? —dijo—. Soy Lucas Morland, el jefe de policía de Prosperous. ¿Está usted bien?

No hubo respuesta. Una brisa fría agitó el dobladillo del pantalón de Morland en torno a sus zapatos. La corriente procedía de debajo de la puerta del baño.

—Mierda —dijo.

Retrocedió, alzó el pie derecho y descargó una potente patada en la cerradura. Esta aguantó, pero la jamba se partió al segundo intento. Al abrirse la puerta, el baño estaba vacío. La pequeña ventana situada encima del inodoro se hallaba abierta de par en par. Morland ni siquiera se molestó en asomarse. La chica ya debía de estar buscando el amparo de la oscuridad.

Thomas Souleby, que había seguido al jefe de policía, casi fue derribado cuando este retrocedió hacia la tienda.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Morland no contestó. Procuraba disimular el dolor en la pierna izquierda. Con el mal tiempo siempre lo atormentaba, y se alegraría cuando llegara el verano. Salió atropelladamente al aparcamiento y dobló a la izquierda en la esquina. La tienda estaba cerca de un cruce: la fachada, orientada hacia el norte, daba a la carretera principal de acceso a Prosperous, y al oeste discurría la autovía. Morland tenía buena vista, incluso en la oscuridad, y vio cómo una silueta avanzaba deprisa entre dos arboledas, en dirección a la autovía. Esta coronaba una colina en el límite occidental de Prosperous. Mientras observaba a la chica aparecieron en la colina los faros de un camión.

Si ella llegaba hasta allí, estaba perdido.

Annie corrió.

Había estado muy cerca de salvarse, o eso había creído, y de pronto apareció el policía. Lo reconoció en el acto: por su contorno y su envergadura, pero sobre todo por su cojera. Lo había visto dos veces antes. La primera poco después de la entrega, cuando la llevaron al sótano. Mientras la trasladaban desde la furgoneta ella se resistió, y la venda que le cubría los ojos se deslizó un poco. El policía estaba allí, supervisando la operación, detrás de ellos mientras la conducían a su celda. La segunda fue en una de las ocasiones en que le permitieron ducharse, aunque siempre atada de pies y manos. Al salir de la celda del sótano miró de reojo a la derecha y alcanzó a vislumbrar al hombre de los ojos grises en lo alto de la escalera antes de cerrarse la puerta. En ninguno de los dos casos iba de uniforme, o de lo contrario a ella ni se le habría ocurrido permitir a aquellos carcamales que llamaran a la policía.

La pareja la había alimentado bien. Algo era algo. Se sentía fuerte, quizá como nunca desde hacía muchos años. No corría alcohol por su organismo y estaba limpia de droga. Su propio vigor la sorprendía.

Annie vio el camión al mismo tiempo que Morland. Si conseguía llegar a la autovía a tiempo, podría detenerlo y pedir que la llevaran a otro pueblo. Cabía la posibilidad de que el policía los persiguiera, pero cualquier camionero en su sano

juicio vería sus pies descalzos y ensangrentados y su camisón hecho jirones y sabría que le había ocurrido alguna desgracia. Si con eso no lo convencía, bastaría con contarle el resto de la historia. El camionero —o la camionera, si tenía la suerte de que la recogiera una mujer— podía llevarla a la policía de Bangor, o al cuartelillo de la policía del estado más cercano. Por lo que a Annie respectaba, lo mismo daba que el camionero la condujera hasta las oficinas del FBI en Washington DC. Su único deseo era alejarse de aquel pueblo dejado de la mano de Dios.

El terreno empezó a empinarse cuando se acercaba a la autovía. Se tambaleó un poco al tropezar con una piedra y sintió un dolor punzante y atroz. Se había roto el pulgar del pie derecho. Estaba segura. Eso la obligó a ir más despacio, pero no la detuvo. El camión se hallaba aún a cierta distancia, y ella llegaría a la carretera mucho antes. Para pararlo, estaba dispuesta a plantarse en medio de la calzada y arriesgarse a ser atropellada si era necesario. Prefería una muerte rápida bajo sus ruedas antes que volver a ese sótano.

Sintió que algo la empujaba desde atrás y cayó de bruces. Al cabo de un instante oyó la detonación y notó una presión en el pecho, seguida de un escozor, como fuego en los pulmones. Tendida de costado, intentó hablar, pero de su boca sólo brotó sangre. El camión pasó a escasamente un metro de donde ella yacía, ajeno el conductor a su muerte. Alargó los dedos hacia el vehículo y percibió la estela de aire a su paso. Ahora el escozor ya no era abrasador sino frío. Se le dormían las manos y los pies, la gelidez se extendía hacia el núcleo de su ser, le helaba las extremidades, le cristalizaba la sangre.

Se acercaron unos pasos, y al cabo de un momento la contemplaban dos hombres de pie a su lado. Uno era el poli cojo, el otro el viejo que le había dado su abrigo. Este empuñaba un rifle de caza. Ella vio a sus amigos aproximarse por detrás. Sonrió.

He huido. Me he escapado. Este no era el final que queríais.

Os he ganado, hijos de puta.

Os...

Ben Pearson contempló a la chica mientras la vida la abandonaba y, con un último aliento, su cuerpo quedaba exánime. Cabeceó en un gesto de aflicción.

—Y esta también nos habría venido bien —dijo—. Tiraba a flaca, pero ya la estaban cebando. Con un poco de suerte, podríamos haberle sacado diez años o más.

El jefe Morland se acercó a la autovía. Ningún otro vehículo avanzaba en dirección a ellos. No había la menor posibilidad de que los vieran. Pero aquello era un desastre, un verdadero desastre. Alguien rendiría cuentas por ello.

Se reunió con los otros. Thomas Souleby era el que más se acercaba en estatura a él. Esas cosas contaban cuando uno tenía que cargar con un cadáver.

—Thomas —dijo—. Cógela por la pierna izquierda, yo la cogeré por la derecha. Pongamos orden.

Y entre los dos llevaron a rastras los restos de Annie Broyer, la hija extraviada del hombre llamado Jude, de regreso a la tienda.

Vieron llegar los coches al camino de acceso a su casa y supieron que estaban metidos en un lío.

El jefe Morland iba en cabeza, al volante de su Crown Victoria sin distintivos. Pero ahora no llevaba encendida la luz intermitente del salpicadero. El jefe de policía no quería anunciar su presencia.

El Prius de Thomas Souleby seguía al coche del jefe. En Prosperous muchos vecinos tenían Prius o algún otro vehículo igualmente respetuoso con el medio ambiente. Veían con malos ojos los todoterrenos. Eso guardaba relación con el espíritu del pueblo, y con la importancia de mantener un entorno sostenible donde criar a las nuevas generaciones. Todo el mundo conocía las normas, tanto las oficiales como las no oficiales, y rara vez se incumplían.

Cuando los coches se detuvieron delante de la casa, Erin apretó la mano de su marido. Harry Dixon no era un hombre alto, ni especialmente atractivo. Era obeso, tenía pronunciadas entradas en el pelo y roncaba como un taladro cuando dormía boca arriba, pero era su hombre, y además un buen hombre. A veces ella lamentaba no haber tenido hijos. Habían esperado demasiado tiempo después de la boda, pensaba a menudo, y para cuando quedó claro que la acción de la naturaleza por sí sola no le permitiría concebir, se habían acomodado ya a una rutina en la que se bastaban el uno al otro. En fin, siempre habrían podido desear más, pero «basta» ya decía mucho.

Sin embargo, ahora corrían tiempos complicados, y la idílica mediana edad que habían imaginado para sí se hallaba amenazada. Hasta 2011 la empresa constructora de Harry había capeado lo peor de la recesión reduciendo el número de empleados a jornada completa y recortando al máximo los presupuestos, pero en 2011 la empresa prácticamente había quebrado. Según decían, sólo en marzo de ese año se habían perdido en el estado 4.800 puestos de trabajo, cifra que contribuyó a que Maine se convirtiera en el primer estado de la nación en destrucción de empleo. Los dos habían seguido en la prensa las discusiones al respecto entre el Departamento de Trabajo de Maine y el Centro de Política Económica de Maine, centrándose el conflicto en torno a los elevados cálculos de destrucción de empleo ofrecidos por la Oficina de Estadística Laboral, que el segundo organismo avalaba y el primero refutaba. Por lo que a los Dixon se refería, el único propósito del Departamento de Trabajo era esconder la suciedad bajo la alfombra. Era como decirle a un hombre que tiene los pies secos cuando nota que el agua le lame el mentón.

Ahora la empresa era poco más que un negocio de un solo hombre, y Harry asumía encargos menores que podía llevar a cabo con mano de obra barata y se servía de contratistas experimentados por horas en función de la necesidad. Aún podían pagar la hipoteca, por los pelos, pero habían reducido los gastos en muchos lujos, y cada vez realizaban más compras fuera de Prosperous. La hermanastra de Erin,

Dianne, y su marido, cirujano, los habían ayudado con una pequeña suma. Los dos trabajaban en un hospital y les iba bien. Podían permitirse echarles una mano, pero el orgullo de Erin y Harry se había resentido por tener que acudir a ellos para pedirles un préstamo, préstamo que, además, difícilmente devolverían a corto plazo.

También habían recurrido al fondo discrecional del pueblo, destinado a dar apoyo a los vecinos que pasaban estrecheces económicas de forma temporal. Ben Pearson, considerado uno de los concejales más accesibles, se había ocupado de los detalles, y el dinero —algo más de dos mil dólares— había ayudado un poco a los Dixon, pero Ben había dejado claro que tendrían que saldar la deuda, en efectivo o en especie. Si no, el consejo municipal investigaría más a fondo su situación, y si el consejo municipal empezaba a husmear, bien podía ser que sus indagaciones lo llevaran hasta Dianne. Por eso los Dixon, a su pesar, habían accedido a retener a la chica. Eso sería en parte una forma de devolver el préstamo, y por otro lado les permitiría mantener en secreto su relación con Dianne.

Erin había descubierto hacía sólo tres años la existencia de su hermanastra. El padre de Erin había abandonado Prosperous cuando ella apenas era un bebé, y su madre se había vuelto a casar, casualmente con un primo de Thomas Souleby. No se volvió a saber nada del padre, y un día, a finales de 2009, Dianne de algún modo localizó a Erin, y un afecto vacilante, aunque sincero, surgió entre ambas. Por lo visto, su padre se había forjado una identidad totalmente nueva después de marcharse de Prosperous, y jamás mencionó el pueblo a su segunda esposa ni a su hija. Sólo después de su muerte, y de la muerte de su madre, Dianne encontró unos documentos entre las pertenencias de su padre que explicaban la verdad sobre los orígenes de este. Para entonces ella se había casado por segunda vez, con un hombre que, por casualidad o por los designios del destino, vivía en el mismo estado en el que su padre había venido al mundo, y no muy lejos del pueblo y la vida de los que había huido.

Erin en un principio declaró que desconocía por completo las razones que habían inducido a su padre a esforzarse tanto en ocultar su identidad, pero, ante la insistencia de Dianne, al final dejó caer una insinuación sobre cierta aventura con una mujer de Lewinston, y el temor de su padre a un castigo por parte de la familia de su esposa. Nada de eso era verdad, por supuesto; mejor dicho, nada en lo referente a la aventura amorosa. Otra cosa era el temor de su padre al castigo. No obstante, Erin dejó muy claro a Dianne que no le convenía acercarse a Prosperous, ni hurgar en el pasado del padre de ambas.

«Las poblaciones viejas tienen una memoria muy duradera», afirmó Erin. «No olvidan las ofensas».

Y Dianne, aunque desconcertada, accedió a quedarse al margen de Prosperous, gracias en parte a la predisposición de su hermanastra a hacerla partícipe de lo que sabía acerca del pasado de su padre, pese a que, sin Dianne sospecharlo siquiera, lo había despojado cuidadosamente de casi todo excepto los detalles más inocuos.

Así que Erin y Harry eran los parientes pobres, unidos a Dianne y su marido por la sombra de un padre. Pero se daban por contentos con ese papel, y con mantener la existencia de Dianne y su marido oculta a los vecinos de Prosperous. Compartían tácitamente el presentimiento de que quizás en algún momento del futuro necesitaran a Dianne, y no sólo por el dinero: los Dixon no deseaban nada tanto como abandonar Prosperous, y eso no sería fácil. El consejo municipal querría conocer la razón. El consejo municipal investigaría. El consejo municipal casi con toda seguridad descubriría la existencia de Dianne y se preguntaría qué secretos podía haber desvelado Erin Dixon a su hermanastra, la hija de un hombre que había vuelto la espalda al pueblo, que le había robado su dinero y, quizá, dado a conocer el acuerdo al que el pueblo había llegado con él por su propia protección.

Esconder sus temores a Dianne y su marido no fue fácil. Para complicar aún más las cosas, Harry y Erin les habían pedido que les entregaran el dinero en efectivo. Todavía recordaba la expresión de Dianne: perplejidad, seguida de la creciente conciencia de que allí ocurría algo muy grave.

—¿En qué lío estáis metidos? —preguntó mientras su marido servía el resto del vino y les dirigía la mirada de desaprobación que posiblemente reservaba a los pacientes que no se atenían a sus consejos postoperatorios y después parecían sorprenderse cuando empezaban a toser sangre. Se llamaba Magnus Madsen y era de ascendencia danesa. Insistía en que su nombre de pila se pronunciaba «Maunus», con la «g» sorda, y se había resignado a corregir la pronunciación literal de Harry siempre que se veían. Pero Harry sencillamente era incapaz de decir «Maunus». Esa condenada «g» se entrometía una y otra vez. En todo caso, Magnus Madsen tampoco acababa de desembarcar de un *drakkar* vikingo. En Maine había rocas que no llevaban allí tanto tiempo como los Madsen. Su familia había dispuesto de tiempo de sobra para aprender a hablar el inglés como Dios manda y dejar de darse esos aires que habían traído consigo de la madre patria.

—Es que preferimos que en Prosperous nadie se entere de que estamos pasando por graves dificultades —explicó Harry—. Es un pueblo, y si corre la voz, podría incidir en mis posibilidades para licitar con éxito por algunas obras. Si nos dais el dinero en efectivo, podemos hacer ingresos regulares en nuestra cuenta hasta que salgamos a flote, y todo quedará entre nosotros.

—Pero imagino que cualquier transacción que tengáis con vuestro banco es totalmente confidencial —observó Magnus—. ¿No podríais pedir al director de vuestra sucursal una ampliación en la línea de crédito? Es decir, tú sigues trabajando, y a estas alturas ya debes de haber pagado el grueso de la hipoteca. Tenéis una buena casa, de un valor considerable, incluso en estos tiempos difíciles. No equivaldría a pedir un préstamo sin garantías.

Eran muchas las cosas que Harry habría deseado decir en ese momento, pero podían resumirse en lo siguiente: «Tú y yo no vivimos en mundos parecidos». Las palabras «préstamos sin garantías» también le escocieron, porque eso era

precisamente lo que ellos pedían a Magnus y Dianne; pero sobre todo sabía que Magnus no imaginaba siquiera cómo eran las cosas en Prosperous. Si lo imaginara, se le quedaría el pelo blanco en el acto.

Y poco después estaría muerto.

Al final, Magnus y Dianne les dieron el dinero, y Harry lo empleó para inflar sus ingresos en el banco, pero ahora el dinero prestado ya casi se había terminado, y no creía que pudiera recurrir de nuevo a sus cuñados. En una situación normal, Harry y Erin habrían vendido la casa y habrían seguido adelante. Ciertamente perderían algo de dinero al liquidar la propiedad, pero con un poco de suerte, después de la operación y una vez saldada la hipoteca, les quedaría una suma de cinco o incluso seis cifras. Podían volver a empezar, quizá alquilar una vivienda hasta que la economía se recuperase.

Pero aquella no era una situación normal. Sabían que probablemente no eran los únicos del pueblo que pasaban estrecheces; corrían rumores, y algo más que rumores. Ni siquiera Prosperous era inmune del todo a los vaivenes de la economía, del mismo modo que el pueblo, a lo largo de su historia, nunca había gozado de total protección ante los conflictos, el caos financiero o la cólera de la naturaleza. Aun así, siempre había estado más protegido que la mayoría de las localidades. El pueblo tomaba medidas para asegurarse de que así fuera.

—¿Qué habrá pasado? —preguntó entonces Erin en susurros a su marido mientras veían acercarse a los otros hombres—. ¿Se habrá escapado?

—No —respondió Harry—. No lo creo.

Si se hubiera escapado, esos no estarían allí ante su puerta. Existían sólo dos posibilidades. La primera era que la chica hubiese sido capturada antes de marcharse de Prosperous, en cuyo caso el jefe de policía se enfurecería con ellos por no haber sabido mantenerla encerrada, y sólo les cabía esperar que la chica hubiese tenido la sensatez de no alimentar ninguna sospecha acerca de la facilidad con que había huido. La segunda posibilidad era que estuviese muerta, y Harry no pudo por menos de desear que ese hubiera sido el desenlace. Eso simplificaría las cosas para todos.

No dieron tiempo al jefe de policía a llamar a la puerta. Al abrir, Harry encontró a Morland con el puño en alto e instintivamente dio un respingo en previsión del golpe. Había timbre, pero no habría sido propio de Lucas Morland utilizarlo en esas circunstancias. Un golpe seco era mucho más eficaz desde un punto de vista psicológico.

Harry abrió la puerta de par en par para dejarlos entrar. El jefe tenía una expresión severa, y Thomas Souleby parecía más decepcionado que colérico, como si Harry y Erin fueran adolescentes y no hubieran superado una prueba crucial impuesta por sus padres.

—Sabemos por qué estáis aquí —dijo Harry.

—Si sabéis por qué estamos aquí —repuso el jefe—, ¿por qué no nos habéis llamado para avisarnos de la huida de la chica?

—Acabamos de enterarnos —contestó Erin—. Estábamos a punto de llamar, pero...

Miró a su marido en busca de ayuda.

—Pero estábamos asustados —concluyó él.

—Asustados, ¿por qué?

—Por haberos fallado, por haber fallado a todo el pueblo. Sabíamos que os enfadaríais.

—¿Habéis intentado buscarla?

—Claro —respondió Harry—. O sea, no, todavía no, pero eso íbamos a hacer ahora. ¿Lo ves? Ya me había puesto las botas.

Se señaló los pies, que en efecto llevaba calzados. Por casa siempre iba descalzo —Erin se ponía muy pesada con el cuidado de las alfombras—, pero esa noche él se había puesto las botas por si las cosas se complicaban.

—Estaba a punto de salir cuando habéis llegado —añadió.

—¿La habéis encontrado? —preguntó Erin—. Por favor, dime que la habéis encontrado.

Lo hacía bien, Harry tenía que reconocérselo. Eso era exactamente lo que tenía que decir, exactamente lo que el jefe esperaba oír.

Morland no contestó. Los dejó reconcomerse durante un rato, para ver si se delataban de algún modo. Ahora tendrían que andarse con pies de plomo. ¿Qué habría dicho la chica al capturarla? ¿Qué les habría contado?

Nada, supuso Harry. Habría guardado silencio. Por eso Erin y él se habían limitado a no echar el cerrojo y seguir con sus asuntos. Si atrapaban a la chica, siempre tenían la opción de negarlo todo.

Morland se apoyó en la mesa de la cocina y cruzó los brazos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Ha sido culpa mía —respondió Erin—. No he cerrado bien la puerta. Ha sido sin querer. A veces, cuando sabía que ella dormía, sólo echaba el pasador y dejaba el candado abierto, colgado de la argolla. Como estaba cansada, tal vez me he olvidado de poner el candado, y puede que el pasador no estuviera del todo corrido. La chica ha debido de desplazar el pasador desde dentro. He encontrado un trozo de tela en el suelo, y quizá lo ha usado. A lo mejor ha arrancado una tira del camisón.

—¿Cómo sabía ella que no habías cerrado bien la puerta? —preguntó Souleby.

«Maldito seas», pensó Harry. «Siempre he tenido la impresión de que eres más listo de lo que nos conviene a los demás». Souleby, ese desgraciado, recordaba a una cigüeña vieja, toda pico y patas.

—No lo sé —contestó Erin—. Supongo que no había renunciado a intentar escapar. Seguramente probaba a abrir la puerta cada vez que yo salía de la habitación, y esta vez ha tenido suerte.

—Conque ha tenido suerte, ¿eh? —dijo Morland. Se permitió esbozar una sonrisa—. Enséñame la puerta —indicó—. Explícamelo todo otra vez.

Bajaron al sótano, y Erin le enseñó la celda, el pasador y el candado. En efecto, había un trozo de tela blanca en el suelo, manchado con grasa del pasador. El jefe lo examinó y jugueteó con el pasador y el candado por un momento.

—Entra —ordenó a Erin.

—¿Cómo?

—Vamos. Entra en esa celda. —Le entregó la tira de tela—. Y llévate esto.

Erin obedeció. El jefe cerró la puerta con ella dentro y corrió el pasador, pero no colocó el candado.

—Ahora abre —dijo.

A Harry se le secó la boca. Habría rezado, pero no creía en Dios desde hacía mucho tiempo. La existencia continuada de Prosperous era uno de los argumentos más sólidos que se le ocurrían contra la posibilidad de que una deidad benévola velara por la humanidad.

Después de un par de intentos, Erin consiguió insertar la tela en la rendija entre la puerta y el marco, por encima del pasador. Sin embargo le fue imposible alcanzar el extremo de la tira para volver a introducirlo desde el otro lado. Harry cerró los ojos. Se había acabado.

Una fina astilla de madera asomó entonces por la rendija, enganchó la tira de tela y pasó el extremo hacia el otro lado de la puerta de la celda. Lentamente, Erin empezó a deslizarla a uno y otro lado. El pasador se desplazó: no mucho, pero se desplazó. Con cierta perseverancia, sería sólo cuestión de tiempo hasta que Erin consiguiera abrir la puerta desde el interior, tal como, según ella, había hecho la chica.

Morland fijó la mirada en Harry. Este supo que, pese a lo que el jefe estaba viendo, aún no se creía del todo lo que le habían contado. Pero si esperaba que Harry se viniera abajo, iba a llevarse una decepción, a menos que recurriese a la tortura, y probablemente ni siquiera Morland era capaz de eso.

—Déjala salir —dijo a Souleby, y este descorrió el pasador.

Erin salió de la celda, enrojecida pero con actitud triunfal.

—¿De dónde has sacado esa astilla? —preguntó el jefe.

—Estaba en el suelo, al lado de la cama —respondió ella—. La he visto mientras intentaba adivinar cómo lo había conseguido la chica.

Le entregó el fragmento de madera de pino. El jefe lo tanteó con el dedo; luego se acercó a la cama y encontró el lugar del que había sido arrancado.

—Parece reciente —observó.

—No hace ni una hora que se ha ido —dijo Erin.

—Ajá.

El jefe Morland cogió la astilla con las dos manos y la partió. Exteriorizaba así por primera vez la ira que sentía.

—Aún no nos habéis dicho si la habéis encontrado —dijo Harry.

—Ah, claro que la hemos encontrado —respondió el jefe.

—¿Dónde está?

—En el maletero de mi coche.

—¿Está...?

—Está ¿qué?

—¿Está... muerta?

El jefe no contestó de inmediato. Cerró los ojos y se frotó el rostro con la mano derecha. Encorvó los hombros. Entonces Harry supo que no les pasaría nada, de momento.

—Sí, está muerta —anunció Morland por fin—. Sólo que no ha muerto como debería. ¿Tienes una pala?

—Claro —contestó Harry—. En el cobertizo de las herramientas.

—Bien —dijo el jefe—. Porque vas a ayudarme a enterrarla.

## 6

Tenía un billete para el vuelo de US Airways de las 20.55 horas que salía de Filadelfia, pero comprendí que si decidía utilizarlo, si lo intentaba, o bien me mataría, o bien acabaría con una multa por exceso de velocidad. Ninguna de las dos posibilidades me atraía especialmente, así que cambié el billete por un vuelo a las 9.30 de la mañana siguiente y tome una habitación en un motel a un paso de Bartram Avenue. Cené en un bar tan sucio que casi era como comer del suelo en la calle, pero me dio igual. En cuanto la adrenalina dejó de fluir después de los sucesos de Newark, experimenté un bajón y me entraron temblores y náuseas. No me importaba comer una cosa u otra: todo me habría sabido mal, pero pensé que necesitaba algo en el estómago. Al final, dejé casi toda la comida en el plato, y lo que ingerí no permaneció mucho tiempo en mi organismo una vez que volví a la habitación.

De hecho, esas reacciones empezaban a ser cada vez más habituales con el paso de los años. Supongo que siempre había sentido miedo ante situaciones como las de esa noche —cualquiera que se haya visto encañonado por un arma, o frente a la posibilidad de sufrir graves lesiones o la muerte, y afirme que no ha experimentado el menor temor, miente o está loco—, pero cuantas más veces se enfrenta uno a eso y sobrevive, más consciente es de que las probabilidades inevitablemente se vuelven en su contra. Si los gatos supieran contar, empezarían a ponerse nerviosos más o menos después de consumir su quinta vida.

Además, quería ver crecer a Sam, mi hija. Ella había dejado atrás hacía ya tiempo esos primeros años en que los niños, por encantadores que sean, no hacen mucho más que balbucear y caerse, en gran medida como ciertos ancianos de edad muy avanzada. Sam ejercía en mí una fascinación infinita, y yo lamentaba el hecho de no estar ya con Rachel, su madre, aunque no creía que ella estuviera dispuesta a volver a vivir conmigo sólo para que yo pudiera pasar más tiempo con Sam. Por otra parte, no quería que Rachel volviera a vivir conmigo, así que el sentimiento era mutuo. Sin embargo, con Rachel y Sam en Vermont y yo en Portland, organizar el tiempo que pasaba con mi hija requería cierta planificación. Suponía que también podía trasladarme a Vermont, pero entonces tendría que votar a los socialistas y buscar excusas para exigir la secesión del estado. En cualquier caso, me gustaba Portland y estar cerca del mar. Contemplar el lago Bomoseen de Vermont no era exactamente lo mismo.

Tumbado en la cama, consulté los mensajes del móvil. Sólo tenía uno, de un hombre de Portland, un tal Jude. Era uno de los varios vagabundos de la ciudad que me habían sido útiles en el pasado, proporcionándome información o algún que otro servicio de vigilancia discreto, ya que la gente tendía a no fijarse en los sin techo, o fingía no fijarse. Naturalmente, Jude no tenía un número al que devolverle la llamada. Me proponía, pues, que dejara un mensaje a los encargados del Centro de Ayuda de Portland o en el tablón de anuncios de la Comunidad de la Amistad de State Street

para indicarle cuándo podría reunirme con él.

No veía a Jude desde hacía tiempo, pero la verdad es que tampoco lo había intentado. Como muchos sin techo de Portland, hacía lo posible por eludir las calles en invierno. De lo contrario se arriesgaba a aparecer congelado en un portal.

A mí personalmente no me iban mal las cosas. Ese invierno tenía más trabajo porque había introducido una agradable actividad complementaria: la entrega de notificaciones judiciales. No era una tarea fascinante, pero se pagaba razonablemente bien y de vez en cuando exigía la utilización de alguna que otra neurona más. El día antes de partir hacia Newark para reunirme con Angel y Louis había hecho efectivo un cheque por valor de dos mil dólares, incluida una bonificación, por un solo trabajo. El destinatario de la citación era un analista de inversiones, un tal Hiram P. Taylor, que se hallaba en las etapas iniciales de un proceso de divorcio complicado y hostil, y a su esposa la representaba mi abogada —y sobre todo amiga— Aimee Price. Hiram era un fornicador compulsivo de tal magnitud que incluso su abogado había admitido en privado la posibilidad de que su cliente tuviera un pene en forma de sacacorchos, y, al final, su mujer sencillamente se había cansado de la humillación. En cuanto ella presentó la demanda de divorcio, Hiram empezó a esconder toda la documentación relacionada con su riqueza, y a trasladar dicha riqueza lo más lejos posible del alcance de su mujer. Llegó al punto de abandonar su despacho en South Portland e intentar esconderse, pero lo localicé en el apartamento de una de sus novias, una tal Brandi, que, pese a tener nombre de *stripper*, trabajaba de contable en New Hampshire.

El problema era que Hiram no se atrevía siquiera a recoger un papel del suelo en la calle, por temor a que pudiera estar prendido de un hilo invisible y en el extremo opuesto se hallara la mano de un notificador judicial. No iba a ningún sitio sin llevar a Brandi a remolque, y era ella quien pagaba en efectivo los periódicos, la comida, la compra en los supermercados y las copas en los bares. Hiram no tocaba nada si podía evitarlo. Probablemente pedía a Brandi que se la mirara antes de mear por las mañanas, por si alguien había adjuntado una citación al instrumento de su virilidad mientras dormía.

Su debilidad —y todos tienen alguna debilidad— era su coche. Fue así como lo encontré. Tenía un Bentley Flying Spur Speed negro de seis mil centímetros cúbicos: dieciséis litros los cien kilómetros, de 0 a 100 en 4,8 segundos, y un valor mínimo de 200.000 dólares. Era su orgullo y su alegría, y esa debió de ser la razón por la que se puso en pie tan repentinamente que se echó el café por encima cuando entré en el Starbucks de Andrews Road y pregunté si el bonito Bentley era de alguien, porque acababa de arrancarle el retrovisor lateral del lado del conductor.

Hiram no era un hombre esbelto, pero podía moverse con rapidez cuando surgía la necesidad, incluso con los muslos escaldados por un café caliente. Pasó junto a mí a toda prisa y, al llegar a su coche, se encontró con que, en efecto, el retrovisor colgaba sólo por los cables de la carrocería. Me había resultado más difícil

desprenderlo de lo previsto, requiriendo dos martillazos. Puede que el Bentley fuera caro, pero desde luego estaba bien construido.

—Lo siento mucho —dije cuando llegué a su lado y lo encontré acariciando el coche como si fuera un animal herido al que intentaba consolar—. Es que no iba atento. Si le sirve de algo, un hermano mío tiene un taller de reparación. Probablemente le haría un buen precio.

Parecía que a Hiram le costaba hablar. No paraba de abrir y cerrar la boca sin emitir ningún sonido. Vi a Brandi cruzar el aparcamiento como una flecha, forcejeando para ponerse el abrigo a la vez que hacía malabarismos con su café y la chaqueta de Hiram. Este había abandonado el local sin ella, pero Brandi se reuniría con nosotros en cuestión de segundos. Yo necesitaba endosar la citación a Hiram antes de que ella llegara, y mientras él seguía en estado de *shock*.

—Mire —dije—, aquí están los datos de mi seguro, pero si accede a que yo abone los daños en efectivo, le estaría muy agradecido.

Hiram, sin pensar, tendió el brazo hacia el papel que yo tenía en la mano. Oí que Brandi levantaba la voz para dirigirle una advertencia, pero para entonces ya era tarde. Hiram había cerrado los dedos en torno a la citación.

—Señor Taylor —dije—, tengo el placer de informarle de que acabo de hacerle entrega de una notificación judicial.

Decía mucho acerca de la relación de Hiram P. Taylor con su coche el hecho de que aún pareciese más disgustado por los desperfectos de este que por haber recibido la citación, pero esa situación no duró mucho. Para cuando llegué a mi coche, ya me maldecía, y lo último que vi fue a Brandi arrojándole el café en el pecho y alejándose hecha un mar de lágrimas. Incluso sentí un poco de pena por Hiram. Era un capullo, pero no era mala persona, al margen de lo que su mujer pensara de él. Sólo era débil y egoísta. La maldad era otra cosa. Yo eso lo sabía mejor que otra gente. A fin de cuentas, acababa de reducir a cenizas la casa de un hombre.

Tomé nota de que debía ponerme en contacto con Jude y apagué la luz de la habitación. Se me había pasado el bajón postadrenalina. Ahora sólo estaba extenuado. Dormí profundamente mientras, allá en Portland, Jude giraba colgado de una cuerda en un sótano.

Harry Dixon y el jefe Lucas Morland fueron en el coche de este al lugar elegido para enterrar a la chica. No hubo mucha conversación entre ellos. El último cadáver que Harry había visto era el de su propia madre, y esta tenía ochenta y cinco años cuando falleció. Había muerto en un centro de cuidados paliativos una noche de octubre. A las tres de la madrugada Harry recibió una llamada para informarle de que se acercaban las últimas horas de su madre en este mundo y quizá le gustaría estar a su lado en el momento en que se fuese, pero para cuando llegó ya había muerto. No obstante, aún estaba caliente. Eso era lo que Harry mejor recordaba: la enfermera le dijo que debía tocarla, sentir el calor de su madre, como si el calor equivaliese a la vida y aún quedara algo de ella dentro de aquel cascarón. Así que apoyó la mano en su hombro, porque parecía que era eso lo que se esperaba de él, y sintió que ese calor se extinguía gradualmente, que el espíritu la abandonaba poco a poco hasta que por fin no quedaba nada más que frío.

Cayó en la cuenta de que nunca había visto una persona muerta antes de hora. No, eso no era exacto, pero no sabía expresarlo mejor. A su madre le había llegado su momento. Estaba enferma y vieja. Había pasado los últimos años durmiendo, sin recordar apenas nada u olvidando las cosas por completo. Sólo una vez en sus últimos meses de vida habló con cierta lucidez, y él se alegró de que estuvieran solos en la habitación. Se preguntó si ella, en su demencia, había hablado de esos asuntos con las enfermeras. En tal caso, estas debían de haberle restado importancia, considerando que no eran más que los delirios de una anciana a un paso de la tumba, ya que ninguna de ellas se lo había mencionado. Las palabras que pronunció entonces su madre acudieron en ese momento a su memoria.

—Los vi hacerlo una vez —había dicho ella. Él estaba sentado en una incómoda silla del centro hospitalario—. Yo quería mirar. Yo quería saber.

—¿Ah, sí? —contestó él, escuchando a medias, ejercitado en el arte de asentir y no hacer caso. Pensaba en su negocio, y en el dinero, y en lo mal que les habían ido las cosas a Erin y a él mientras a otros muchos seguía yéndoles bien, tanto dentro de los límites de Prosperous como más allá. Al fin y al cabo, Erin y él desempeñaban su papel en los asuntos del pueblo. Hacían lo que se les pedía, y no se quejaban. ¿Cómo era que lo pasaban mal? ¿No se suponía que las ventajas de vivir en Prosperous se distribuían de manera equitativa entre todos? Si no era así, ¿qué sentido tenía formar parte de esa comunidad?

Y ahora su madre divagaba de nuevo, desenterrando algún detalle intrascendente del lodazal de sus recuerdos.

—Los vi llevarse a la chica. Los vi atarla y dejarla, y después...

Para entonces ya la escuchaba. Sí, desde luego que la escuchaba, a la vez que echaba una mirada de soslayo por encima del hombro para asegurarse de que la puerta estaba cerrada.

—¿Qué? —preguntó—. Después ¿qué?

Él sabía de qué hablaba. Nunca lo había visto, ni quería verlo. No debían hacerse preguntas; esa era una de las reglas. Si uno quería saberlo con certeza, podía acceder al consejo municipal, pero en Prosperous los concejales se elegían con sumo cuidado. Uno no se presentaba al cargo. Esperaba a que alguien se lo ofreciera. Pero Harry no quería que se lo ofrecieran. En cierto modo, cuanto menos supiera, mejor. Pero no por eso dejaba de sentir curiosidad.

—Después...

Su madre cerró los ojos. Por un momento Harry pensó que quizá se había dormido, pero mientras la observaba vio que una lágrima resbalaba de su ojo derecho y su cuerpo empezaba a temblar. Lloraba, y él nunca había visto llorar a su madre, ni siquiera al morir su padre. Era una mujer dura, una mujer de Prosperous como las de antes, y en aquellas generaciones no se mostraba fragilidad. Si hubieran sido frágiles, el pueblo no habría sobrevivido.

Ni sobrevivido, ni prosperado.

—Mamá —dijo—. Mamá.

Le cogió la mano derecha, pero ella la retiró bruscamente, y sólo entonces comprendió Harry que ella no lloraba, sino que se reía, y que su risa estaba motivada por el recuerdo de lo que había presenciado. Él la detestó por eso. Incluso en su lenta agonía, su madre tenía la capacidad de horrorizarlo. Fijó la mirada en él y vio la consternación en su semblante.

—Siempre has sido débil —dijo ella—. Si tu hermano hubiese vivido, habría sido más fuerte. Habría llegado a concejal. Lo mejor de la simiente de tu padre fue a parar a él. El escaso residuo que quedó te llegó a ti.

Su hermano había muerto en el vientre de su madre tres años antes del nacimiento de Harry. Durante esa etapa se produjo en el pueblo una racha de abortos, niños muertos en el parto y muertes súbitas de bebés, una plaga horrenda. Pero el consejo municipal tomó medidas, y desde entonces Prosperous gozó de la bendición de niños vivos y sanos durante muchos años. Aun así, su madre nunca había dejado de hablar del hermano muerto de Harry, Duque: ese era el nombre que le había puesto, un eco melancólico del rango que quizá hubiera alcanzado de haber vivido. Era el Duque Perdido. Su linaje real había muerto con él.

En algunos momentos de su senilidad, a veces su madre llamaba Duque a Harry, imaginando, en su demencia, una vida para el hijo que nunca había existido, una letanía de hazañas, un gran canto a sus éxitos. Harry lo sufría en silencio, igual que lo había sobrellevado durante toda su vida. Por eso, una desapacible noche de otoño, cuando por fin se acercaban los últimos momentos de su madre, dejó a Erin en la cama, se vistió y viajó dos horas para llegar al centro de cuidados paliativos y estar junto a su madre. Sencillamente quería verla muerta, y pocas cosas en la relación entre ambos le habían dado mayor placer que sentir cómo el calor abandonaba su cuerpo hasta que sólo quedaba de ella aquel cascarón marchito. Lo único más

satisfactorio que eso fue entregarla a las llamas del crematorio.

—¿Sigues despierto? —preguntó Morland.

—Sí —respondió Harry—. Estoy despierto.

Habló sin mirar al jefe de policía. Sólo veía su reflejo en el cristal.

«Me parezco a mi madre», pensó. «En Prosperous todos nos parecemos a nuestros padres, y a veces también nos parecemos a los hijos de otra gente. Es el banco genético. Es demasiado pequeño. Como banco no tiene reservas suficientes ni para garantizar los depósitos de una aldea, y todas las familias deberían tener un pariente babeante encerrado en el desván. Supongo que esto nuestro es una bendición». Desplegó una sonrisa tan tensa y sombría al elegir la palabra «bendición» que se le agrietó el labio inferior.

—Estás muy callado —dijo el jefe.

—Nunca había tenido que enterrar a nadie.

—Yo tampoco.

Ahora Harry sí lo miró.

—¿En serio? —preguntó.

—Soy poli, no sepulturero.

—¿Quieres decir que nunca antes había ocurrido algo así?

—No que yo sepa. Según parece, esta podría ser la primera vez.

Eso no tranquilizó especialmente a Harry. Habría consecuencias. Ese viaje con el jefe de policía no era más que el comienzo.

—No me has contado qué le ha pasado a la chica —recordó Harry.

—Pues no, no te lo he contado. —El jefe permaneció en silencio durante un rato, dejando a Harry en vilo. Al final dijo—: Ben Pearson se ha visto obligado a pegarle un tiro.

—¿Obligado?

—Venía un camión. Si la chica lo hubiera parado... En fin, nos habríamos encontrado en una situación más difícil aún que esta en la que estamos.

—¿Tú qué habrías hecho? —preguntó Harry.

El jefe se detuvo a pensar en la pregunta.

—Habría intentado parar el camión, y no me habría quedado más remedio que matar al conductor.

Posó sus ojos grises en Harry por un momento.

—Y después te habría matado a ti, y también a tu mujer.

A Harry le entraron ganas de vomitar, pero se contuvo. Aun así, notó el sabor en el fondo de la garganta. Por primera vez desde que había subido al coche con Morland sintió miedo. Estaban en la oscuridad cerca del estanque de Tabart, uno de los muchos lugares en las inmediaciones de Prosperous cuyo nombre procedía de los colonos ingleses originales. No quedaban Tabarts en Prosperous. Ni Tabarts, ni Mabsons, ni Quartons ni Poyds. Todos murieron en la primera etapa del asentamiento, y los demás parecían decididos a seguirlos hasta que se llegó al arreglo.

Ahora Harry estaba a punto de cavar una tumba en un lugar que llevaba el nombre de una familia difunta, desaparecida, y una tumba podía alojar dos cuerpos tan fácilmente como uno.

—¿Por qué? —preguntó Harry—. ¿Por qué nos habrías matado?

—Por obligarme a hacer algo que no quería hacer. Por complicarme aún más la vida. Por joderme. A modo de ejemplo para los demás. Elige tú la respuesta.

El jefe dobló a la derecha por un camino de tierra.

—Quizá le eche otra mirada a ese pasador del sótano cuando acabemos —dijo—. Hay algo en todo esto que no acaba de cuadrarme. Como tal vez el propio pasador.

Dirigió una sonrisa vacua a Harry. Los haces de los faros iluminaron los árboles deshojados, la nieve helada y...

—¿Qué es eso? —preguntó Harry. Miraba hacia atrás por encima del hombro derecho.

—¿Eh? Yo no he visto nada.

—Allí había algo. Era grande. Parecía un animal. He visto el brillo de sus ojos.

Pero Morland no le prestaba atención. Por lo que a él se refería, ese «algo» de Harry no era más que una treta, un torpe intento de distraerlo para apartar de su cabeza el asunto de la puerta del sótano. Pero Morland no se dejaba embaucar con tanta facilidad. Se proponía contrastar las versiones de Harry y su mujer. Los obligaría a repetir las una y otra vez hasta quedar plenamente convencido de su inocencia o de su culpabilidad. Ya desde el comienzo él no fue partidario de confiarles a la chica, pero había tenido que someterse a la autoridad. Él no era concejal, por más que se le permitiera estar presente en las reuniones del consejo municipal. Ningún jefe de policía había sido concejal. Siempre se había considerado que era mejor que las fuerzas del orden fuesen un instrumento de la voluntad del consejo.

El consejo había querido poner a prueba a Harry y Erin Dixon. Habían surgido dudas respecto a ellos; dudas justificadas, como ahora se veía. Pero existía una gran diferencia entre poner en tela de juicio el nivel de compromiso de los vecinos de Prosperous y emprender acciones directas contra ellos. En la historia del pueblo sólo unas pocas veces se había planteado la necesidad de matar a uno de los suyos. Esos actos eran peligrosos y se corría el riesgo de sembrar el descontento y el miedo entre aquellos que albergaban incertidumbres, o que eran vulnerables a las influencias externas.

Morland se arrepentía ahora de haber dicho a Harry Dixon que quizá los hubiera matado a los dos, a su esposa y a él. Dixon no le inspiraba simpatía, ni confianza. Se había dejado llevar por el deseo de provocarlo, pero eso había sido una estupidez. Ahora tendría que tranquilizarlo. Tal vez incluso debiera disculparse y atribuir sus palabras a una ira y una frustración justificadas.

Pero la prueba no había terminado. La prueba no había hecho más que empezar. Harry Dixon tendría que enmendar sus fallos, y lo que eso conllevaría no iba a

gustarle, no iba a gustarle en absoluto, de eso Morland estaba seguro.

—¿Y qué te ha parecido ver? —preguntó Morland.

—Creo que he visto un lobo.

La tierra estaba dura. Aunque eso no debería haber sorprendido a Harry: vivía en el condado de Penobscot desde hacía tiempo más que suficiente para no hacerse ilusiones sobre el invierno. Ahora bien, nunca había tenido que cavar una tumba, en ninguna estación del año, y eso era como picar piedra.

Al principio Morland dejó que se las apañara solo. El jefe de policía se quedó sentado en su coche, con la puerta del conductor abierta pero la calefacción al máximo, y fumó un cigarrillo tras otro, apagando cuidadosamente las colillas en el cenicero. Pero al cabo de un rato, cuando ya era evidente que Harry se pasaría allí hasta el verano hincando la pala en el suelo si tenía que cavar la tumba él solo, Morland abrió el maletero y sacó un pico. Harry, desde donde estaba, alcanzó a ver algo envuelto en plástico transparente, pero prefirió apartar la vista de inmediato. Dio por supuesto que a lo largo de la noche tendría tiempo de sobra para verlo.

Morland rompía la tierra con el pico, y Harry la retiraba con la pala. Trabajaron en silencio. No tenían energía para malgastar. A pesar del frío, Harry notó la camisa empapada en sudor. Se quitó el abrigo, y se disponía a colgarlo de la rama baja de un árbol cuando Morland le indicó que lo dejara en el coche. Harry pensó que lo sugería porque en el coche el abrigo permanecería caliente, hasta que Morland dejó claro que nada en el mundo le importaba menos que su salud y bienestar.

—Con un poco de suerte el cadáver se quedará ahí abajo y nunca lo encontrarán —dijo Morland—, pero nunca se sabe. Espera siempre lo peor y no acabarás decepcionado. Los hay que han pasado el resto de su vida entre rejas por un hilo encontrado en una rama en el escenario del crimen. No correremos riesgos.

A Morland no le preocupaba la posibilidad de que quedaran huellas en el suelo. Estaba demasiado duro para eso. Tampoco le preocupaba que lo vieran. Por allí no vivía nadie, y cualquiera que pudiera pasar por las inmediaciones sería, con toda probabilidad, vecino de Prosperous y sabría bien que no le convenía andar metiendo la nariz en los asuntos del jefe Morland, eso si es que, ya de entrada, se le ocurría la estúpida idea de acercarse a indagar. En todo caso, a esas alturas, la noticia de lo que le había ocurrido a la chica ya estaría en conocimiento de quienes necesitaban saberlo. Esa noche el tránsito sería escaso en las carreteras de los alrededores de Prosperous.

Siguieron cavando. A un metro de profundidad ya estaban los dos tan agotados que les era imposible continuar. El jefe era un hombre grande y fuerte, y Harry Dixon, por su parte, tampoco era un alfeñique; de hecho, el año anterior se había puesto aún más en forma debido a que ahora participaba en las obras más activamente que desde hacía décadas. Era una de las pocas cosas positivas del desastre económico en que se hallaba. Había pasado tanto tiempo supervisando, y dando órdenes, y ocupándose del papeleo, que casi había olvidado el placer del trabajo a pie de obra, y la satisfacción resultante. Eso, y las ampollas.

Morland se acercó al coche y cogió un termo con café del asiento trasero. Sirvió una taza para Harry, y él bebió directamente de la boca del termo. Juntos contemplaron la luna.

—Lo del lobo lo decías en broma, ¿no? —comentó Morland.

Harry se preguntó si acaso lo habría engañado la vista. En otro tiempo había lobos por todo Maine —lobos grises, rojos y rojos canadienses— y hasta 1903 el estado había ofrecido recompensas por cazarlos. Si no le fallaba la memoria, el último lobo capturado en el estado se remontaba a 1996. Lo había leído en los periódicos. El cazador lo mató pensando que era un coyote grande, pero el animal pesaba más de treinta y cinco kilos, el doble que un coyote medio, y tenía rasgos de lobo, o de un híbrido de lobo. A partir de ese momento, ya no hubo más, por lo que él sabía: se avistaron lobos y corrieron rumores, sí, pero pruebas, ninguna.

—Era un animal grande, y tenía cabeza de perro, eso es lo único que puedo decir con certeza.

Morland fue a encender otro cigarrillo, pero descubrió que el paquete estaba vacío. Lo aplastó y se lo metió prudentemente en el bolsillo.

—Ya preguntaré por ahí —dijo—. No será un lobo, pero si hay un coyote en el bosque, será mejor que la gente lo sepa, para que vigile a sus perros. ¿Ya has acabado?

Harry apuró el café y devolvió la taza al jefe. Este la enroscó y lanzó el termo al suelo del coche.

—Vamos, pues —ordenó Morland—. Ya es hora de meterla bajo tierra.

La luz del maletero iluminaba el plástico y a la chica envuelta con él. Estaba boca arriba y tenía los ojos cerrados. Eso al menos era de agradecer. El orificio de salida en el pecho era enorme, pero no había tanta sangre como Harry había imaginado. El jefe pareció adivinarle el pensamiento.

—Se ha desangrado en el jardín de Ben Pearson —dijo—. Hemos tenido que tapar la mancha con unas paladas de nieve y esparcir un poco más alrededor para que no se notara. Cógela por las piernas. Yo la levantaré por la cabeza.

Sacarla del maletero no resultó fácil. Como no era una chica robusta, se había tomado la decisión de alimentarla bien primero, y ahora Harry comprendía el significado de la expresión «pesar como un muerto». El resistente plástico que la envolvía se les resbalaba de las manos, y Morland se las vio y se las deseó para que no se le escurriera. En cuanto la sacaron del coche, tuvo que dejarla en el suelo, levantar la mitad superior del cuerpo ayudándose con el pie y luego rodearle el pecho con los brazos para acarrearla, estrechándola contra sí igual que a una amante dormida. Se situaron a la derecha de la tumba y, a la de tres, la lanzaron. Cayó mal y quedó medio sentada.

—Será mejor que bajas y la pongas tendida —indicó Morland a Harry—. Si el

hoyo fuera más profundo, daría igual, pero no lo es. No nos conviene que, si se hunde el suelo, asome la cabeza como la de una ardilla.

Harry no quería meterse en la tumba, pero, por lo visto, no tenía otra elección. Saltó con cuidado al interior y se agachó para agarrar los extremos del plástico. Al hacerlo, se fijó en la chica. La cabeza de esta quedaba un poco por debajo de la suya, de modo que parecía mirarlo. Tenía los ojos abiertos. Harry debía de haberse equivocado al verla por primera vez en el maletero. Tal vez fuera por el reflejo de la luz interior, o por su propio cansancio, pero habría jurado que...

—¿Qué problema hay? —preguntó Morland.

—Los ojos —contestó Harry—. ¿Te acuerdas de si tenía los ojos abiertos o cerrados?

—¿Qué más da? Está muerta. El hecho de que la enterremos con los ojos bien abiertos o cerrados no va a cambiar nada, ni para ella ni para nosotros.

Tenía razón, pensó Harry. En realidad, ni siquiera habría sido capaz de verle los ojos tan claramente a través del plástico, pero era como si una luz iluminara desde dentro de la cabeza los iris azules. Ahora parecía más viva que cuando estaba en el sótano.

Apartó la idea de su mente y dio un tirón seco al plástico. La chica quedó tendida. Como Harry no quería volver a verle la cara, desvió la mirada. Él lo había intentado. Como bien sabía, ella, a diferencia de las otras, había tenido la oportunidad de escapar. No era culpa suya que Ben Pearson hubiera puesto fin a las esperanzas de la chica.

De pronto lo abandonaron las fuerzas por completo. No se veía capaz de encaramarse al borde de la fosa. Apenas podía levantar los brazos. Miró a Morland. El jefe tenía el pico en las manos.

—Ayúdame a salir —dijo Harry.

Pero el jefe no se movió.

—Por favor —suplicó Harry. La voz se le quebró un poco, y se despreció por su debilidad. Su madre tenía razón: era un medio hombre. Si hubiese poseído verdadero valor, habría metido a la chica en su coche, la habría llevado al cuartelillo de la policía del estado en Bangor y lo habría confesado todo, o como mínimo la habría dejado en el centro de la ciudad, donde ella pudiera ponerse a salvo. De pie dentro de la tumba, imaginó la hipotética situación de que la chica accedía a guardar silencio sobre lo ocurrido, pero la idea se desmoronó tan pronto como se representó su propio regreso a Prosperous y la necesidad de explicar la ausencia de la chica. No, había hecho cuanto estaba en sus manos por ella. Cualquier otra cosa habría condenado al pueblo. Aunque, por otro lado, ya estaba tan cerca de la condenación eterna que daba igual.

Cerró los ojos y esperó el impacto del pico en la cabeza, pero no se produjo. En lugar de eso, Morland le agarró la mano derecha, se inclinó hacia atrás, y la fuerza conjunta de ambos le permitió salir de la fosa.

Harry se sentó en el suelo y hundió la cabeza entre las manos.

—Por un segundo he pensado que ibas a dejarme ahí abajo —dijo.

—Eso sería demasiado fácil —respondió Morland—. Además, aún no hemos terminado.

Y Harry supo que no se refería sólo a la necesidad de rellenar la tumba.

La chica, ahora enterrada, ya no se veía. Era evidente que se había removido la tierra, pero Morland sabía que eso lo remediarían las nevadas invernales que aún quedaran por caer. Cuando el deshielo empezara en serio, la tierra se convertiría en un barrizal. Al secarse, todo rastro de la actividad llevada a cabo allí esa noche se habría borrado. Confiaba en que hubieran enterrado a la chica a profundidad suficiente.

—Mierda —exclamó.

—¿Qué pasa? —preguntó Harry.

—Probablemente deberíamos haberla sacado del plástico. Quizás así se hubiera acelerado la descomposición.

—¿Quieres que la desenterremos?

—No, ni hablar. Vámonos, es hora de marcharse.

Envolvió los extremos de la pala y el pico con bolsas de plástico para que no quedara tierra en el maletero del coche. Al día siguiente lo limpiaría de arriba abajo, para más seguridad.

Harry no se había movido del borde de la tumba.

—Tengo una pregunta que hacerte —dijo.

Morland aguardó a que continuara.

—¿No cabe la posibilidad de que con ella ya se acabe todo? —preguntó Harry.

Morland habría podido calificar de «esperanzada» la expresión de Harry en ese momento, si el uso de la palabra «esperanza» no hubiese sido una obscenidad en tales circunstancias.

—No —respondió Morland.

—Está muerta. La hemos matado nosotros. Se la hemos entregado a la tierra. ¿Por qué no? ¿Por qué no puede bastar?

El jefe Morland cerró el maletero antes de contestar.

—Porque ya estaba muerta al meterla bajo tierra.

A mi regreso a Portland llegué al Great Lost Bear, en Forest Avenue, poco después de las cinco de la tarde. El bar estaba atestado, como todos los jueves. El jueves era la noche de la cata, la velada en que el Bear invitaba a una cervecera artesanal a ofrecer muestras de sus productos, siempre con descuento y siempre con una rifa al final. La verdad es que no se requería mucho para fidelizar a los clientes, pero siempre me asombraba la cantidad de negocios incapaces de reunir la energía necesaria para realizar ese mínimo esfuerzo extra.

Encontré a Dave Evans, el dueño del Bear, al frente de sus tropas para el inminente asalto. Desde hacía algún tiempo que yo no trabajaba allí. Como he dicho, las cosas me iban bien últimamente, quizá porque, como el Bear, yo procuraba no escatimar esfuerzos a mis clientes. Por otra parte, cierto litigio en curso con relación a la antigua casa de mi abuelo en Gorham Road se había resuelto a mi favor, con lo que había ingresado en mis cuentas una buena cantidad. Era solvente, y probablemente seguiría así en el futuro inmediato. No obstante, me gustaba echar una mano en el Bear, aunque sólo fuera una o dos veces al mes. En los bares uno se entera de muchas cosas. Es cierto que la mayor parte no sirve para nada, pero, una vez cribada, algún que otro dato útil sí queda. En todo caso, mi presencia permitiría a Dave tomarse libre el resto de la noche. Sin embargo, lo noté extrañamente remiso a marcharse.

—Tus amigotes están aquí —dijo.

—¿Yo tengo amigotes?

—Los tenías. No estoy muy seguro de que la palabra sea aún aplicable en lo que se refiere a esos dos.

Señaló un rincón del bar, que en ese momento parecía mucho más pequeño debido a la presencia de dos hombres de tamaño descomunal con chándales de poliéster: los hermanos Fulci. No los veía desde el funeral de Jackie Garner. Su muerte les había afectado mucho. Sentían gran aprecio por Jackie, y él había velado por ellos en la medida de sus posibilidades. A hombres tan corpulentos les resultaba difícil pasar inadvertidos, pero de algún modo lo habían logrado en los meses transcurridos desde la muerte de Jackie. Incluso era posible que la ciudad hubiese respirado un poco mejor por un tiempo. Los Fulci tendían a absorber el oxígeno del espacio circundante. También tendían a dejar a la gente sin oxígeno a base de golpes. Poseían unos puños como bloques de hormigón.

Así pues, la preocupación de Dave era comprensible. Pero los Fulci, pese a su apariencia y una innegable proclividad a la violencia, al parecer inmune a toda forma de intervención farmacéutica, eran reflexivos por naturaleza. Tal vez no reflexionaran mucho rato, pero sí dedicaban un momento a plantearse qué huesos podía apetecerles romper primero. El hecho de que se hubieran mantenido alejados de mí tanto tiempo se debía seguramente a que habían cavilado con cierta seriedad sobre el destino de su amigo. Eso presagiaba algo bueno para mí, o bien algo muy malo.

—¿Quieres que llame a alguien? —preguntó Dave.

—¿A quién, por ejemplo?

—¿Un cirujano? ¿Un sacerdote? ¿Una funeraria?

—Si han venido aquí para causar problemas por lo de Jackie, quizá necesites a un contratista para reconstruir el bar.

—Maldita sea, justo cuando el local empezaba a ir bien.

Me abrí paso entre el gentío para llegar a su mesa. Los dos tomaban refrescos. Los Fulci no eran grandes bebedores.

—Cuánto tiempo sin veros —saludé—. Empezaba a preocuparme.

A decir verdad, seguía preocupado, y quizá más que antes, ahora que por fin se habían presentado.

—Quieres sentarte —dijo Paulie.

No era una pregunta. Era una orden.

Paulie era el mayor, y mínimamente más equilibrado, de los dos hermanos. Tony, el menor, debería haber tenido una mecha encendida asomando en lo alto de la cabeza.

Me senté. En realidad, no me preocupaba demasiado que los Fulci la emprendieran conmigo. Si eso ocurriera, no me enteraría de gran cosa hasta que despertara, en el supuesto de que llegara a despertar. Pero siempre me había llevado bien con ellos y, al igual que Jackie, hacía lo posible por ayudarlos cuando estaba a mi alcance, aunque eso implicara interceder ante las fuerzas del orden locales cuando se pasaban de la raya. Habían trabajado alguna vez para mí a lo largo de los años, y se habían puesto en peligro por mí. Yo quería creer que nos entendíamos bien, pero Timothy Treadwell, el hombre que fue devorado por los osos pardos con los que intentaba entablar amistad, probablemente pensaba lo mismo hasta que las fauces de un oso se cerraron en torno a su garganta.

Paulie miró a Tony. Tony asintió. Si las cosas iban a ponerse feas, ocurriría en ese momento.

—En cuanto a lo de Jackie, no te culpamos —declaró Paulie.

Habló con gran solemnidad, como un juez ya entrado en años comunicando un veredicto largamente meditado.

—Gracias —respondí, y lo dije en serio, no sólo porque parecía que de momento conservaría la salud, sino porque sabía lo importante que era Jackie para ellos. No me habría extrañado que me guardaran cierto rencor residual, pero no era el caso. Con los Fulci era todo o nada. Estábamos en paz.

—Jackie obró muy mal —dijo Tony—, pero eso no significa que tuvieran que pegarle un tiro por la espalda.

—No —dije.

—Jackie era buen tipo —prosiguió Tony—. Cuidaba de su madre. Se preocupaba de nosotros. Él...

Tony se atragantó. Se le saltaban las lágrimas. Su hermano le dio unas palmadas

en el musculoso hombro.

—Si podemos hacer algo —dijo Paulie—, si necesitas ayuda para encontrar al hombre que lo mató, dínoslo. Y si en algún momento quieres nuestro apoyo, sólo tienes que llamarnos. Porque Jackie te lo habría dado, y que él ya no esté no significa que debamos dejar de lado esas cosas, ¿entiendes? No es eso lo que Jackie habría deseado.

—Ya —dije.

Tendí el brazo y les di la mano. Me abstuve de hacer una mueca de dolor, pero sentí alivio al recuperar la mano.

—¿Cómo está su madre? —pregunté.

A la madre de Jackie le habían diagnosticado la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob el año anterior. La enfermedad era la única razón por la que Jackie había cometido los actos que le costaron la vida. Simplemente necesitaba el dinero.

—No muy bien —respondió Paulie—. Incluso con Jackie lo habría pasado mal. Sin él...

Cabeceó.

La compañía aseguradora de Jackie, acogiéndose a una cláusula de la póliza de su seguro de vida relacionada con la actividad delictiva, adujo que su muerte era resultado de la participación en un delito. Aimee Price llevaba el caso pro bono, pero dudaba que la compañía cambiara de postura, y era difícil negar que algo de razón tenían. Jackie fue asesinado porque la pifió: fue descuidado, alguien murió, y la venganza recayó sobre él. Tomé nota mentalmente de que debía enviar un cheque a la madre de Jackie. Aunque fuera una pequeña ayuda, algo era algo.

Los Fulci se terminaron sus bebidas, se despidieron con un gesto y se marcharon.

—Sigues vivo —comentó Dave, que había mantenido un ojo atento a la conversación, y otro atento al bar, por si no volvía a verlo en su actual forma.

—Pareces alegrarte.

—Significa que esta noche libro —dijo Dave a la vez que se ponía el abrigo—. De lo contrario, no me habría sido fácil marcharme.

Esa noche en el Bear me lo pasé bien. Quizá se debía, en parte, al alivio de no haber incurrido en la cólera de los Fulci, pero además, en las idas y venidas entre la barra y la sala, pude dejar la mente en blanco, sin pensar en nada más que en los barriles de cerveza, en los cocineros, y en asegurarme de que cuando Dave volviera a la mañana siguiente el Bear siguiera más o menos en el mismo estado que cuando se fue. Tomé un café y leí el *Portland Phoenix* en la barra mientras alrededor se llevaba a cabo la limpieza nocturna.

—No vayas a herniarte, ¿eh? —dijo Cupcake Cathy, y me hincó una bandeja de vasos sucios—. Si te hicieras un esguince de tanto ayudar, no sé si podría vivir con los remordimientos de conciencia.

Cathy era una de las camareras. Estaba siempre de un humor radiante, o al menos yo nunca la había visto de otra manera. Incluso cuando se desahogaba un poco, mantenía la sonrisa.

—No me obligues a despedirte.

—No puedes despedirme. Además, eso te exigiría un esfuerzo.

—Le diré a Dave que te despida.

—Dave sólo cree que trabajamos para él. No lo desilusiones obligándolo a ponerlo a prueba.

Algo de razón tenía. Yo aún no sabía muy bien cómo funcionaba exactamente el Bear: funcionaba sin más. En último extremo, al margen de quién estuviera de forma nominal al frente, todos trabajaban para el propio Bear sin más. Apuré el café, esperé a que se marcharan los últimos miembros del personal y cerré. Mi coche era el único que quedaba en el aparcamiento. El cielo estaba despejado y brillaba la luna, pero ya había una capa de escarcha en el techo. El invierno se resistía a desprenderse del nordeste. Volví a casa bajo una explosión de estrellas.

A cierta distancia de allí, en Deering Oaks, se abrió la puerta del sótano de Jude.

—Jude, ¿estás ahí?

Se encendió un mechero. Si hubiese habido allí alguien para verlo, se habría revelado ante él un hombre recubierto de abrigos viejos, con papel de periódico asomando de las botas sin cordones. Una barba ocultaba totalmente la mitad inferior de su cara, y tenía mugre incrustada en las arrugas de la piel. Aparentaba sesenta años, pero estaba más cerca de los cuarenta. En las calles se lo conocía por el mote de «el Lumbreras». Antes tenía otro nombre, pero a esas alturas incluso él casi lo había olvidado.

—¿Jude? —repitió.

El calor del mechero le quemó los dedos. El Lumbreras soltó un juramento y dejó que la llama se apagara. La vista se le adaptó a la oscuridad, pero el sótano tenía forma de ele invertida, y por tanto la luz de la luna no penetraba más allá de un punto. El tramo situado a la derecha quedaba a oscuras.

Accionó nuevamente el mechero. Era un encendedor barato de plástico. Había encontrado un puñado, todos aún cargados de gas, en un cubo de basura frente a un bloque de apartamentos que estaban desalojando. Con el tiempo que hacía, cualquier cosa capaz de generar calor y llama merecía conservarse. Todavía le quedaba media docena.

El Lumbreras dobló el recodo y la luz alumbró los pies calzados de Jude suspendidos a un metro del suelo. El Lumbreras, alzando la llama lentamente, reparó en el abrigo marrón rojizo, el pantalón verde de sarga, la chaqueta y el chaleco de color tostado, la camisa crema y la corbata roja con el nudo perfecto. Jude se las había arreglado para vestir como un dandi incluso en el momento de morir, pese a

tener la cara hinchada y casi irreconocible por encima del nudo de la corbata, e hincarse en su carne hasta perderse de vista el lazo que lo sostenía en el aire. A un lado, por debajo de los pies, había un taburete. A su derecha estaba la caja de madera que había utilizado como mesilla de noche y, junto a esta, el saco de dormir, abierto y listo para usar.

En la caja había una bolsa de plástico llena de billetes y monedas.

El Lumbreras notó que el mechero empezaba a calentarse otra vez. Levantó el pulgar, y la llama desapareció, pero el recuerdo de su luz danzó ante sus ojos. Con la mano izquierda buscó a tientas la bolsa de dinero. Se la metió cuidadosamente en el bolsillo; después llevó a rastras hacia la luz de la luna la mochila de Jude y la revolvió por si contenía algo que valiera la pena quedarse. Encontró una linterna, una baraja, dos pares de calcetines limpios, dos camisas recién compradas en Goodwill y un puñado de chocolatinas caducadas hacía sólo un mes.

El Lumbreras traspasó todo esto a su propia mochila. Se quedó también el saco de dormir, tras enrollarlo y sujetarlo a la base de su mochila con un cordel. Era mejor y más nuevo que el suyo, y abrigaba más. Ni siquiera volvió a pensar en Jude hasta que se dispuso a marcharse. Siempre se habían llevado bien, el Lumbreras y Jude. Casi todos los demás sin techo eludían al Lumbreras. Hombre poco honrado, no era de fiar. Jude era una de las contadas personas que procuraba no juzgarlo. Si bien era cierto que el Lumbreras a veces pensaba que la obsesión de Jude con su aspecto físico era una afectación, y sospechaba que le servía para sentirse superior al resto de sus hermanos de las calles, Jude había sido tan generoso con el Lumbreras como con cualquier otro, y rara vez habían cruzado palabras ásperas.

El Lumbreras encendió el mechero con el pulgar y lo sostuvo en alto. Jude parecía congelado. Tenía la ropa y la piel salpicadas de escarcha.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó el Lumbreras.

Se metió la mano izquierda en el bolsillo, como para asegurarse de que el dinero seguía allí. Había oído decir que en los últimos días Jude venía reclamando la devolución de los préstamos. El propio Lumbreras le debía dos dólares a Jude. Esa era una de las razones por las que andaba buscándolo; otra era la compañía, y tal vez un trago si Jude tenía algo que compartir. Alguien había dicho que Jude necesitaba el dinero con urgencia, y era el momento de saldar las deudas. Jude rara vez pedía algo al resto de las personas de su medio, así que fueron pocos los que se molestaron porque exigiera la devolución de los préstamos, y quienes tenían el dinero lo entregaron de buena gana.

¿Por qué, pues, un hombre que había logrado reunir al menos cien dólares, según calculaba el Lumbreras, de pronto se rendía y se quitaba la vida? No tenía sentido, pero eran muchas las cosas a las que el Lumbreras no les veía sentido. Le gustaba su apodo callejero, pero no era consciente de la ironía que había detrás. El Lumbreras no era listo. Astuto, quizá, pero su inteligencia era de las menos desarrolladas y en extremo animal.

Fuera cual fuese el motivo que había impulsado a Jude a poner fin a sus días colgándose del extremo de una soga, allí donde ahora estaba ya no necesitaba el dinero, mientras que el Lumbreras seguía entre los vivos. Fue a St. John Street, pidió dos hamburguesas con queso, patatas fritas y un refresco por cinco dólares en la ventanilla de un McAuto, y se lo comió en el aparcamiento de un restaurante chino. Luego compró seis botellas de Miller High Life en una gasolinera, pero en la calle el frío arreciaba de tal manera que no encontró dónde beberse la cerveza. Sin otra opción disponible, se encaminó de vuelta al sótano de Jude y la consumió ante el muerto allí colgado. Desenrolló el saco de dormir de Jude, se metió en él y se quedó dormido hasta poco antes del amanecer. Se despertó cuando aún no clareaba, recogió los cascos retornables y salió del sótano en busca del desayuno. Se detuvo sólo para telefonar al 911 desde una cabina de Congress.

Era lo mínimo que podía hacer por Jude.

Jude murió sin dinero suficiente para pagar su propio funeral, así que lo enterraron los servicios municipales a cargo del contribuyente. Costó 1.500 dólares, poco más o menos, aunque hubo quienes lamentaron incluso ese gasto para ofrecer un entierro decente a un hombre que, a juicio de ellos, no había sido más que una carga para la ciudad durante la mayor parte de su vida. Su único consuelo era que ahora Jude ya no los molestaría pidiéndoles limosna.

Fue sepultado en una tumba sin lápida del cementerio de Forest City, en South Portland, en cuanto el forense terminó su trabajo. El director de una funeraria recitó un salmo mientras descendían bajo tierra el ataúd barato, pero Jude, a diferencia de la mayoría de los casos atendidos por los servicios municipales, no fue a su última morada sin que nadie lo llorara. Acompañaba a los empleados del cementerio una docena de indigentes de Portland, tanto hombres como mujeres, además de representantes de los refugios y centros de ayuda locales que conocían y apreciaban a Jude. Yo también estaba allí. Lo mínimo que podía hacer era presentar mis respetos en su entierro. Colocaron en la tierra sobre él un único ramo de flores en cuanto se cubrió la tumba. Nadie se entretuvo mucho. Nadie habló.

En opinión del forense, las lesiones de Jude concordaban con la muerte por asfixia, sin ningún indicio sospechoso. Así y todo, la investigación no se había cerrado aún, y la policía y el fiscal no tenían por qué aceptar la opinión del forense como si fuese la Biblia. Sin embargo, en este caso era poco probable que el Departamento de Policía de Portland la rechazase. Cuando un sin techo moría a manos de otro, normalmente era de manera brutal y no había mucho misterio. Jude, pese al esmero con que cuidaba su aspecto personal, era un hombre atribulado. Era depresivo. Vivía de comida en comida, de limosna en limosna. Había candidatos más verosímiles al suicidio, pero no muchos.

Si su caso presentaba algo fuera de lo común, era que el forense no había detectado rastros de drogas o alcohol en su organismo. Estaba limpio y sobrio en el momento de la muerte. Ese era un detalle menor, pero igualmente digno de mención. Aquellos que deciden quitarse la vida a menudo necesitan ayuda para dar el último paso. O bien parten de la intención de suicidarse, y entonces buscan algo con que relajarse en esas últimas horas y minutos, o bien es el estado de ánimo inducido por el alcohol o los estupefacientes lo que desencadena el acto. El suicidio no es fácil. Tampoco es, diga lo que diga la canción, indoloro. Jude debía de haberlo descubierto mientras agitaba las piernas en el aire colgado del extremo de una soga. Ignoro en qué medida la bebida ayudaba en esas circunstancias, pero desde luego no podría haber empeorado su situación.

Para ser sincero, no volví a pensar en Jude después del funeral. Me gustaría decir que fui mejor que los demás, pero no lo fui. Él no importaba. Él se había ido.

Lucas Morland se detuvo ante la casa de Hayley Conyer en Griffin Road. No era ni mucho menos la casa más grande de Prosperous, pero sí una de las más antiguas y, construida en parte de piedra, transmitía cierta autoridad. Casi toda ella databa de finales del siglo XVIII, y seguramente debería haber figurado por derecho propio en el Registro Nacional del Patrimonio Histórico, pero a lo largo de las generaciones ni los Conyer ni los vecinos de Prosperous habían considerado oportuno proponer la candidatura de la casa para ese honor. El pueblo no necesitaba esa clase de atención. La vieja iglesia ya les generaba suficientes problemas. De todos modos la casa de los Conyer no destacaba especialmente en cuanto a ubicación o diseño, ni tenía asociaciones históricas interesantes. Sólo era antigua, o antigua, al menos, para los baremos del estado. Los principales habitantes de Prosperous, conscientes de su patrimonio, de sus lazos con una historia mucho más remota allá en Inglaterra, veían estas cuestiones de una manera más matizada.

La ranchera Country Squire de Hayley Conyer se hallaba en el camino de acceso. Parecía tener más adhesivos en el parachoques de los que Morland recordaba: Obama/Biden; la consigna de protesta PLAYAS SIN ALQUITRÁN EN MAINE; MAINE APOYA LOS DERECHOS DE LOS GAYS encima de una bandera con un arcoíris; y un recordatorio de que el 61 por ciento del electorado no había votado al actual gobernador del estado. («La culpa de eso la tienen los demócratas», pensó Morland: «permíteles escindir en la votación y luego sorpréndete cuando las cosas se tuercen. Dios santo, hasta los monos habrían manejado mejor el proceso de nominación»). La ranchera era tan vieja que probablemente se mantenía en pie gracias a esos adhesivos. Había oído discutir a Hayley con Thomas Souleby por ese automóvil. En opinión de Souleby, esa tartana devoradora de gasolina causaba más contaminación ambiental que un accidente nuclear, y Hayley replicaba que, aun así, era menos nocivo para el medio ambiente que invertir en un coche nuevo y mandar la ranchera Ford al desguace.

Morland le había comprado su Crown Victoria al Departamento de Policía de Prosperous en 2010, cuando todavía funcionaba perfectamente. Por entonces la Ford había anunciado que interrumpiría la producción de la versión destinada a la policía de ese modelo en 2011, y Morland decidió hacerse con uno de los Crown Victoria del departamento antes de que sus agentes los dejaran inservibles. El Crown Victoria tenía dos toneladas de tracción trasera y un motor V-8 bajo el capó. Si uno chocaba viajando en un Crown Victoria tenía más probabilidades de salir vivo que si iba en un coche patrulla más ligero como el Chevrolet Caprice, cada vez más popular. Además, era un coche espacioso, y eso era importante para un hombre corpulento como Morland. La pega era que consumía doce litros cada cien kilómetros, pero Morland consideraba que el pueblo podía permitirse ese pequeño gesto con él.

Hayley apareció en el porche mientras Morland pensaba en su coche. Seguía siendo una mujer llamativa pese a haber cumplido ya los setenta años. El jefe la recordaba en su plenitud, cuando los hombres la rondaban como moscas,

revoloteando alrededor mientras ella iba a la suya. Hayley hacía lo posible por no prestarles atención o, si se ponían demasiado insistentes, los ahuyentaba con un golpe de muñeca. El jefe ignoraba por qué ella no se había casado nunca. El adhesivo del arcoíris en su ranchera tal vez habría inducido a algunos a buscar una explicación, pero Hayley Conyer no era lesbiana. Era, en todo caso, totalmente asexual. Había consagrado su vida al pueblo: era suyo y, como tal, lo amaba, lo honraba y lo respetaba. Había asumido su responsabilidad para con el pueblo por herencia, ya que en el consejo municipal de Prosperous habían servido más miembros de la familia Conyer que de ninguna otra. La propia Hayley era la primera concejal desde hacía más de cuatro décadas. Algunos comentaban en susurros que era insustituible, pero Morland sabía que no era así. Nadie era insustituible. Si eso fuese cierto, Prosperous no habría mantenido una situación de prosperidad durante tanto tiempo.

Pero en los rincones más oscuros y sosegados de su mente, Morland empezaba a considerar que quizá convenía que Hayley Conyer dejara paso a otro. Sólo su muerte llevaría a eso, ya que ella jamás renunciaría al control mientras le quedara aliento en el cuerpo, pero había llegado el momento de que el reinado Conyer tocara a su fin. Había mucho que decir acerca de la disciplina de la vida matrimonial. Obligaba a uno a aprender el arte de las concesiones y a poner remedio a los defectos de la propia personalidad. Morland personalmente aún era una obra en curso después de dos décadas de matrimonio, pero se complacía en pensar que quizá su mujer también lo fuera. Hayley Conyer, por su parte, creía en sí misma con creciente determinación, era cada vez más intransigente en sus opiniones, y estaba más dispuesta a recurrir a gobernar por decreto para imponer su voluntad. A eso contribuían las ordenanzas del consejo, que otorgaban al primer concejal el equivalente a dos votos. Eso implicaba que aun cuando se diera una situación de empate en una votación del consejo, ganaba el bando de Hayley, y ella podía forzar un punto muerto con el apoyo de un solo concejal. También era una realidad elemental que todos los demás miembros del consejo juntos tenían menos testosterona que ella. Cada vez recaía en Morland con mayor frecuencia la necesidad de tratar con Hayley e inducirla a moderar su comportamiento, pero en los últimos meses los resultados habían sido cada vez peores. Un cadáver ahorcado en un sótano de Portland daba fe de eso.

—Estaba admirando su coche —dijo Morland.

—¿También tú vas a decirme que tengo que cambiármelo? —preguntó ella.

—No, a menos que empiecen a caerse trozos en la autovía y hagan daño a alguien, aunque la verdad es que eso parece cada día más probable.

Hayley cruzó los brazos ante su pecho como hacía en las reuniones cuando deseaba dar a entender a los demás que ya había tomado su propia decisión y no escuchaba los otros argumentos. No llevaba sujetador, y se le veían los pechos caídos bajo la camiseta. Con su falda de flores, sus sandalias y el cabello largo y gris recogido mediante un pañuelo, ofrecía todo el aspecto de una fanática del naturismo, siempre con los brotes de soja y el trigo candeal y la leche ecológica. Esa apariencia

no era del todo engañosa, pero no daba el menor indicio de la dureza que se ocultaba debajo.

—Es mío —dijo— y me gusta.

—Sólo se aferra a él porque los Thomas Souleby de este mundo insisten en que se lo quite de encima —respondió Morland—. Si empezaran a acariciarlo y admirarlo, lo vendería como chatarra sin pensárselo dos veces.

La expresión ceñuda de Hayley se suavizó. Morland aún sabía cómo desarmarla, cosa de la que otros eran incapaces. Su padre poseía el mismo don. La relación entre Daniel Morland y Hayley Conyer rayaba en el coqueteo, al menos cuando la esposa de él no estaba presente. Al margen de si Hayley tenía actividad sexual o no, era una mujer atractiva, y Alina Morland no iba a quedarse de brazos cruzados mientras su marido hacía manitas con ella sólo para garantizar el fluido funcionamiento del pueblo. Tampoco inquietaba a Alina el poder que ostentaba Hayley como primera concejal, porque eso era pura política, y en cambio lo otro guardaba relación con los asuntos de una esposa y su marido. El pueblo podría haber decidido designar a Hayley Conyer su reina oficial, y Alina igualmente le habría arrancado la corona de la cabeza de un puñetazo por despertar siquiera el menor sentimiento sexual en su marido.

Eso demostraba una de las curiosas verdades acerca de Prosperous: en la mayoría de los sentidos funcionaba como cualquier otro pueblo de dimensiones similares. Tenía sus rivalidades, sus intrigas. Los hombres engañaban a sus mujeres, y las mujeres engañaban a sus maridos. Hugo Reed no se hablaba con Elder Collingwood, ni le hablaría nunca, y todo a causa de un incidente con un tractor y la verja de un jardín ocurrido unos cuarenta años atrás. Ramett Huntley y Milisent Rawlin, aunque en apariencia mantenían un trato cortés, estaban obsesionadas con sus árboles genealógicos, y las dos habían realizado regularmente peregrinaciones al nordeste de Inglaterra a lo largo de los años en un esfuerzo por localizar el origen de sus linajes en la realeza. De momento ninguna lo había conseguido, pero la búsqueda proseguía. En Prosperous, la normalidad estaba a la orden del día. El pueblo sólo difería del resto en un aspecto esencial, e incluso eso se había convertido en una versión de la normalidad a lo largo de los siglos. Era sorprendente ver a qué podía acostumbrarse la gente, siempre y cuando al final encontrase su recompensa.

—¿Te apetece un té, Lucas? —ofreció Hayley.

—Un té no me vendría mal —respondió Morland.

En Prosperous era más probable que a uno le ofrecieran té que café. Era un residuo de las costumbres de la madre patria. Probablemente Ben Pearson era el único tendero en ochenta kilómetros a la redonda al que se le agotaban habitualmente las existencias de earl grey y english breakfast en hoja, y yorkshire tea en bolsitas. Y vaya si eso era un problema cuando ocurría.

Por dentro, la casa de Hayley parecía un museo de la vida cotidiana de la época victoriana: muebles antiguos de madera oscura, alfombras persas, manteles de encaje,

mullidas butacas, y paredes y paredes revestidas de libros. Las luces de araña eran reproducciones de lámparas de finales del siglo XIX realizadas por Osler & Faraday de Birmingham, basadas en un diseño georgiano clásico del siglo XVIII. Morland las consideraba recargadas, y poco acordes con la casa, pero se reservaba su opinión. Así y todo, cuando se sentaba a la mesa del comedor de Hayley, siempre se sentía como si se preparasen para una sesión de espiritismo.

Hayley hirvió el agua y esperó a que el té estuviera listo. La tetera era de plata de ley, pero el té se serviría en tazas de loza disparejas. La porcelana habría sido una afectación excesiva. Sirvió leche en las tazas, sin molestarse en preguntar a Morland cuánta quería, o si prefería echársela él mismo. A esas alturas ella conocía sus hábitos y preferencias casi tan bien como su propia mujer. Añadió el té, luego fue a por unas galletas de mantequilla y colocó cuatro en un plato. De mantequilla, no con pepitas de chocolate: eso decía en el envase, que además estaba decorado con vacas de las Tierras Altas de Escocia, cuadros escoceses y ruinas antiguas.

Tomaron el té, mordisquearon las galletas y hablaron del tiempo y las reformas que debían realizarse en el casa consistorial cuando pasara el invierno, antes de abordar el verdadero asunto de esa tarde.

—He oído que ya han enterrado a ese vagabundo —comentó Hayley.

Morland no estaba muy seguro de que el tal Jude, en vida, hubiese sido un vagabundo en sentido estricto. Por lo que él sabía, los vagabundos eran jornaleros itinerantes. En rigor, Jude había sido un pordiosero.

—Por lo visto, sí —contestó Morland.

—¿Ha habido revuelo?

—No que yo sepa.

—Ya te lo dije. He tenido que escuchar todas esas quejas y lamentos para nada.

Morland no se lo discutió. Había planteado todos sus reparos al comunicársele la decisión del consejo, pero para entonces era demasiado tarde. Había intentado disuadir a Hayley, pero esa vez ella se mostró inmune a sus encantos.

—Habría sido preferible que desapareciese sin más —dijo Morland.

—Eso habría salido más caro, mucho más. Hay que cuadrar las cuentas.

—Tal vez habría valido la pena. Creo que nadie habría venido a buscar a un sin techo desaparecido, y sin cadáver es difícil demostrar que se ha cometido un crimen.

—Nadie pretende demostrar que se ha cometido un crimen. Un vagabundo se ahorcó, y ahí se acaba la historia.

«No del todo», se dijo Morland. Hayley pensaba como un concejal, Morland como un policía.

—El problema, tal como yo lo veo, es que ahora tenemos dos cadáveres sin ninguna utilidad —señaló Morland.

—Ben me dijo que no le quedó más remedio que disparar a la chica. Tú estuviste de acuerdo.

«No estuve de acuerdo, en cambio, con el asesinato de su padre», iba a decir

Morland, pero ahogó las palabras antes de que salieran de su boca.

—Este pueblo ha sobrevivido, y prosperado, gracias a la cautela —afirmó él.

—¡No hace ninguna falta que me recuerdes eso! —exclamó Hayley. Un asomo de color tiñó sus pálidas mejillas—. ¿Qué crees que he hecho durante tantos años? En todas las decisiones que he tomado siempre he tenido en mente los intereses del pueblo.

«He» tomado, no «hemos» tomado, observó él. Se preguntó si todos los déspotas empezaban así. En algún punto alguien tenía que cantarle las verdades a la autoridad, aunque, claro está, con frecuencia quienes lo hacían acababan con la cabeza en la picota.

—No pongo en duda su compromiso con el pueblo, Hayley. Nadie lo pone en duda. Pero dos muertos de la misma familia podrían llamar la atención.

—Un muerto —lo corrigió ella—. Hay un cadáver, no dos. ¿Se ha denunciado ya la desaparición de la chica?

—No —reconoció él.

—Ni la denunciarán, porque la única persona a quien podría haberle preocupado está bajo tierra. Actuando tal como lo hicimos, resolvimos el problema, o lo habríamos resuelto si ese imbécil de Dixon no hubiese dejado escapar a la chica.

—Esa es una interesante elección de palabras —observó Morland.

Hasta ese momento no había expuesto sus sospechas a Hayley. Quería dejarlas en maceración antes de sacarlas a relucir. Ella mordisqueaba la galleta con sus diminutos dientes blancos como un roedor voraz.

—¿Crees que miente acerca de lo sucedido? —preguntó.

—Utilicé un trozo de tela para intentar abrir el pasador desde dentro, tal como hizo la chica según Erin y él.

—¿Y?

—Lo conseguí.

—¿O sea?

—Tardé un poco, y tuve que usar una astilla de madera para recuperar el extremo de la tela y formar una lazada, igual que Erin Dixon cuando la obligué a entrar en el sótano y le pedí que demostrara cómo había escapado la chica. Me dijo que había encontrado la astilla en el suelo, y que la chica debía de haberla arrancado de la cama. Me enseñó la cama, y faltaba un fragmento de madera alargado que se correspondía con la astilla que Erin tenía en la mano.

—Estoy esperando un «pero».

—Pero cuando dejé salir a Erin, había sangre en el suelo junto a la cama y era reciente.

—¿Podría haber sido de la chica? En esos momentos no debía de haber pasado más de una hora desde su huida.

—En ese caso la sangre se habría coagulado.

—Si era la sangre de Erin, a lo mejor se cortó cuando examinaba la astilla.

—A lo mejor.

Hayley dejó la galleta junto a la taza. Parecía haber perdido el apetito por lo dulce.

—¿Por qué iban a dejarla marchar?

—No lo sé. Corren rumores acerca del negocio de Harry.

—Algo he oído. Eso me tiene preocupada desde que pidieron aquel préstamo.

—Su casa necesita una mano de pintura y es posible que la furgoneta esa que tienen sea el único vehículo de Prosperous en peor estado que su ranchera. No me dio tiempo de echar un buen vistazo a la cocina, pero vi que acababan de llegar del supermercado y aún no habían guardado la compra. Había pan barato, pasta de marca blanca, un par de paquetes de pollo troceado que estaba a punto de caducar pero que se conservaría bien si se congelaba, cosas así.

—Puede que fueran para la chica. No iban a darle de comer solomillo.

—Sencillamente hay algo que no me cuadra. —La miró con atención—. Tengo la impresión de que intenta usted defenderlos.

—Yo no defiendo a nadie —repuso Hayley—. Intento comprender la situación. Si lo que insinúas es cierto, tenemos entre manos un grave problema. Será necesario actuar, y eso podría causar inquietud en el pueblo. Nosotros no nos volvemos contra los nuestros.

—No, a menos que los nuestros empiecen a volverse contra nosotros.

—Aun así, no me explico por qué iban a querer soltarla.

—¿Por compasión? ¿Por sentimiento de culpabilidad?

—Tampoco es que les pidiéramos que la mataran —dijo Hayley—. Sólo tenían que cuidar de ella hasta que llegara el momento. Estaba demasiado delgada. Todo eso nos lo habríamos ahorrado si Walter y Beatrix no nos hubiesen traído a una yonqui.

—Hacía mucho tiempo que no necesitábamos a nadie —dijo Morland—. Ahora es más difícil. Lo más seguro es elegir a las vulnerables, las perdidas, aquellas a las que nadie echará en falta. Si eso significa que han de ser yonquis y putas, pues que así sea.

—Las yonquis y las putas quizá no nos sirvan.

—Han pasado muchos años, Hayley. Algunos se preguntan si de verdad es necesario.

Ella estalló.

—¿Quiénes? ¡Dímelo! —Clavó en él una mirada taimada—. ¿Los mismos que cuchichean sobre mi «compromiso» con el pueblo?

Morland debería haberse andado con más cuidado. Hayley se enteraba de todo; daba vueltas a los detalles en su cabeza y los examinaba tal y como un joyero estudiaría piedras preciosas antes de decidir cuáles quedarse y cuáles descartar.

—Sé que algunos empiezan a dudar de mí —dijo.

Hayley clavó los ojos en Morland, como si lo instara a confesar que el culpable de tales pensamientos era él mismo, pero él guardó silencio. Hayley se inclinó sobre

la mesa y le cogió la mano. Tenía la piel fría, y su aspecto y textura le recordaron los trozos de pollo barato que había visto en casa de los Dixon.

—Por eso este asunto es tan importante —continuó ella—. Si he de dejar el cargo, quiero marcharme sabiendo que el pueblo está a salvo. Quiero asegurarme de que he hecho por él todo lo que estaba a mi alcance.

Le soltó la mano. Le había dejado marcas en el dorso, como para recordarle que era aún una mujer fuerte y no debía infravalorarla.

—¿Qué propone? —preguntó él.

—Hablabamos con los Dixon. Les diremos que nos busquen otra chica, y de prisa. Y nada de yonquis: queremos a una mujer limpia y sana. Si nos responden bien, veremos qué más puede hacer el pueblo para ayudarlos en caso de que tengan problemas.

—¿Y si no?

Hayley se puso en pie y empezó a recoger la mesa. Estaba cansada de hablar con él. La conversación había terminado.

—Si no, son una amenaza para la seguridad del pueblo. Todavía queda dinero en el fondo discrecional gracias a la decisión de no hacer desaparecer al vagabundo.

»Y nuestros amigos —añadió— estarán agradecidos por el encargo.

Yo estaba sentado a una mesa en el Crema Coffee Company de Commercial cuando me encontró «el Tembleques», como se hacía llamar él mismo. Eran poco más de las nueve de la mañana, y si bien una uniforme afluencia de público mantenía ocupados a los camareros, casi todas las mesas permanecían vacías. Era la hora del día en que la gente pedía y se marchaba, cosa que a mí ya me iba bien. Disponía de un agradable espacio salpicado por el sol junto al ventanal y de ejemplares del *New York Times* y el *Portland Press Herald*. El Crema Coffee Company contaba con uno de los mejores locales de la ciudad, todo madera desnuda y obra vista. Había lugares peores donde matar el tiempo. Esa mañana tenía una reunión más tarde con una futura cliente: conflictos con el exmarido, que no había entendido la diferencia entre mantener vigilada a su exesposa con intención protectora y acecharla. Según a quién le preguntara uno, esa era una línea divisoria muy fina. El hombre tampoco parecía comprender que si de verdad apreciaba a su exmujer, debía pagar las mensualidades atrasadas de la pensión de alimentos de sus hijos. Gracias a malentendidos como este, yo me embolsaba ciertos honorarios por horas.

El Tembleques llevaba zapatillas deportivas negras, unos vaqueros sólo un poco raídos y un abrigo tan holgado que casi podía confundirse con una tienda de campaña. Cuando entró en el Crema, parecía cohibido, y advertí que alguno de los camareros lo observaba, pero el Tembleques no estaba dispuesto a dejarse disuadir de sus propósitos. Vino derecho hacia mi mesa.

Él se presentaba como el Tembleques, pero por lo visto ese era, en efecto, el mote por el que se lo conocía en las calles. Tenía parálisis en la mano izquierda, que mantenía pegada al pecho. Me pregunté cómo se las arreglaba para dormir con ella. Tal vez, como ocurre con la mayoría de las cosas, uno sencillamente se acostumbraba a eso si se veía obligado a sobrellevarlo durante largo tiempo.

Se plantó ante mí, el sol le iluminaba el rostro. Iba bien afeitado y despedía un fuerte olor a jabón. Quizá me equivocara, pero me dio la impresión de que se había aseado y puesto su mejor ropa para venir a verme. Me acordaba de haberlo visto en el funeral. Fue el único de los presentes que derramó una lágrima por Jude cuando lo metieron bajo tierra.

—¿Le importa que me siente? —preguntó.

—En absoluto —contesté—. ¿Le apetece un café?

Se lamió los labios y asintió.

—Cómo no.

—¿Alguna preferencia?

—Lo que sea más grande y esté más caliente. Y quizá también dulce.

Como lo mío era básicamente el café americano solo, tuve que recurrir a la camarera de la barra para que me orientara en cuestiones de calor y dulzor. Regresé con un café con leche y sirope de arce, más un par de magdalenas. Yo no tenía mucho

apetito, pero el Tembleques probablemente sí. Mordisqueé la mía por cortesía mientras el Tembleques iba a la barra y cargaba su café de azúcar. En cuanto volvió a su asiento acometió su magdalena, hasta que pareció darse cuenta de que se hallaba en compañía de personas respetables y nadie iba a intentar robarle la comida; entonces se relajó.

—Está buena —dijo—. El café también.

—¿Seguro que está bien de azúcar para usted? —La cucharilla prácticamente se mantenía recta en el café.

Sonrió. No tenía una dentadura extraordinaria, pero en cierto modo la sonrisa sí lo era.

—Siempre he sido goloso. Seguramente por culpa del azúcar he perdido casi todos los dientes.

Masticó otro trozo de magdalena, manteniéndolo en la boca el mayor tiempo posible para saborearla.

—Lo vi en el cementerio cuando enterraron a Jude. Usted es el detective, ¿verdad? —dijo.

—Sí.

—¿Conocía a Jude?

—Un poco.

—Eso había oído. Jude me contó que le ayudó un par de veces en sus investigaciones.

Sonreí. Jude siempre reaccionaba con entusiasmo cuando se le pedía ayuda. Percibí cierto escepticismo en la voz del Tembleques, un mero asomo de duda, pero creo que deseaba confirmar que aquello era verdad. Mirándome con la cabeza gacha, enarcó una ceja en actitud expectante.

—Sí, investigaba para mí —respondí—. Jude tenía buen ojo y sabía escuchar.

El Tembleques casi hundió los hombros en un gesto de alivio. Jude no le había mentado. No había perdido el tiempo viniendo a verme.

—Sí, Jude era listo —coincidió—. A Jude no se le escapaba nada de lo que ocurría en las calles. Además, era bueno. Bueno con todo el mundo. Bueno conmigo.

Dejó de comer, y al instante ofreció una imagen de profunda soledad. Movié los labios sin pronunciar sonido alguno cuando intentó expresar emociones a las que nunca había puesto voz: sus sentimientos por Jude, y por sí mismo ahora que Jude ya no estaba. Trataba de expresar la pérdida con palabras, pero la pérdida es ausencia y siempre se resiste a ser expresada. Al final, el Tembleques desistió y sorbió ruidosamente su café con leche para encubrir su dolor.

—¿Eran ustedes amigos?

Asintió por encima de la taza.

—¿Tenía muchos amigos?

El Tembleques dejó de beber y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—No. Mantenía a raya a la mayoría de la gente.

—Pero no a usted.

—No.

No ahondé en eso. No era asunto mío.

—¿Cuándo lo vio vivo por última vez?

—Un par de días antes de que lo encontraran en ese sótano. Estaba ayudándole a recaudar.

—¿Recaudar?

—Dinero. Estaba reclamando deudas, y me pidió que lo ayudara. Todo el mundo sabía que él y yo éramos íntimos amigos, y si yo decía que actuaba en su nombre, nadie lo ponía en duda. Me lo puso todo por escrito. En cuanto yo encontraba a alguien, tachaba el nombre de la lista y anotaba la cantidad entregada.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó una hoja, que desplegó con cuidado y colocó ante mí. En ella figuraba una lista de nombres pulcramente escritos a lápiz. Al lado de la mayoría de ellos, con una letra mucho menos esmerada, aparecían cifras garabateadas: uno o dos dólares, en general, nunca más de dos.

—A veces me encontraba con alguna de esas personas cuando él ya había hablado con ella, y quizá ya le había pagado, o quizá no. Pero Jude era blando. Se creía todas las desgracias que le contaban a modo de pretexto, porque él era así. Yo, en cambio, sabía que algunos mentían. Mentían más que hablaban. Y me aseguraba de que, si podían, pagaran.

Cogí el papel e hice un cálculo aproximado. El total no era gran cosa: cien dólares, moneda arriba, moneda abajo. De pronto caí en la cuenta de que esa cantidad, si bien para mí no era mucho, podía valerle a un hombre una paliza de muerte si andaba en malas compañías. Incluso podía costarle la vida.

—¿Para qué quería el dinero? —pregunté.

—Buscaba a su hija. Me contó que antes ella era yonqui, pero que empezaba a enderezarse. Lo último que supo de ella era que estaba en Bangor y al parecer había encontrado un trabajo. Creo...

Se interrumpió.

—Siga.

—Creo que había venido a esta zona porque quería estar cerca de él, pero no tan cerca como para facilitarle las cosas —explicó el Tembleques—. Ella quería que él fuera a buscarla. Jude las había abandonado a su madre y a ella hacía mucho tiempo, y sabía que la chica lo consideraba culpable de todo lo que le había ido mal en la vida desde entonces. Estaba enfadada con él. Es posible que incluso lo odiara, pero en las relaciones de sangre no hay gran diferencia entre el amor y el odio, o se mezclan hasta tal punto que no se distinguen. Supongo que él estaba pensando en trasladarse a Bangor y zanjar el asunto de una vez por todas. Pero a Jude no le gustaba Bangor. Aquello no es como esto. A esa ciudad le arrancaron el corazón al construir el centro comercial, y ya nunca se recuperó, no como se recuperó Portland. Bangor es un mal sitio para no tener un techo bajo el que vivir, peor que este. Pero Jude quería

compensar a la chica por lo que le había hecho, y eso era imposible desde Portland.

—¿Cuánto tardaron Jude y usted en reunir el dinero?

—Una semana. A él le habría representado un mes si hubiese trabajado solo. Yo tendría que buscarme trabajo de recaudador.

Con el índice de la mano derecha se acercó el papel.

—En definitiva, lo que me gustaría saber es... —empezó a decir, pero acabé la frase por él.

—¿Por qué un hombre que acaba de pasarse toda una semana recaudando deudas y que está obsesionado con enmendar la relación con su hija se ahorca en un sótano justo cuando ha conseguido juntar cierta cantidad de dinero?

—Exacto.

—¿Y cuál era su intención? ¿Darle el dinero a su hija, o usarlo para trasladarse a Bangor?

—Ni lo uno ni lo otro —respondió el Tembleques—. Si lo entendí bien, se proponía contratarlo a usted para buscarla, creo.

Pareció recordar que todavía le quedaba café. Se bebió la mitad de un trago y posó la mirada en la magdalena de mi plato. Lo empujé hacia él.

—Adelante —insté—. No tengo tanta hambre como creía.

Hablamos durante una hora, a veces sobre Jude, a veces sobre el propio Tembleques. Había servido en el ejército, y de ahí la lesión en el brazo. Fue en un accidente a bordo de un *jeep* a causa de un reventón, y sufrió daños en un nervio.

—Ni siquiera fue una herida como Dios manda —explicó el Tembleques—. Yo antes mentía al respecto para quedar como un valiente, pero ahora pienso que ya no vale la pena el esfuerzo.

Al final de nuestra conversación, me quedaron claras dos cosas: el Tembleques conocía a Jude mejor que cualquier otra persona en Portland, y aun así en realidad no lo conocía en absoluto. Jude sólo había compartido con el Tembleques una información mínima sobre su hija. En opinión del Tembleques, cuantas más dificultades encontraba su amigo, más reacio era a pedir ayuda, y así era como un hombre acababa muriendo solo.

Invité al Tembleques a otro café con leche y sirope de arce antes de marcharme, y me indicó cómo podía localizarlo. En cuanto a Jude, él recurría para tales comunicaciones a la Comunidad de la Amistad y la buena gente del Centro de Ayuda de Portland. A continuación cogí el coche y fui a South Portland para reunirme con mi futura cliente en su casa. Ella me informó de dónde trabajaba su marido, dónde vivía, lo gilipollas que era ahora y lo gilipollas que no era antes. No deseaba involucrar a la policía por consideración a sus hijos, y detestaba a su abogado. Yo era la opción menos mala entre las restantes, aunque reconozco que me preguntó si conocía a alguien dispuesto a partirle las piernas a su marido en cuanto dejé claro que

eso era algo a lo que yo no me prestaba, al menos no sin una buena razón.

Como no tenía nada mejor que hacer, fui a visitar al marido descarriado a su despacho de Back Cove, donde era socio de una modesta empresa de inversiones y asesoría financiera. Se llamaba Lane Stacey, y no pareció alegrarse cuando descubrió que yo no estaba allí para entregarle dinero para que lo invirtiera. Levantó la voz e hizo aspavientos hasta que comprendió que yo no iba a dejarme intimidar y marcharme. En tales situaciones una actitud serena siempre ayuda: la serenidad, y sacarle unos veinte kilos de ventaja al hombre que está al otro lado de la discusión.

Stacey, al igual que el dueño del Bentley, Hiram P. Taylor, no era mala persona. Ni siquiera era tan priápico como Hiram. Se sentía solo y echaba de menos a su mujer y a sus hijos, y creía que no encontraría a ninguna otra dispuesta a aceptarlo. Su mujer sencillamente se había desenamorado de él, y él, en menor medida, también se había desenamorado de ella; sin embargo, él había mostrado mayor predisposición a mantener las cosas tal como estaban a fin de asegurarse un techo y tener a alguien cerca para cuidarlo cuando se resfriaba, y quizás acostarse con él de vez en cuando. Al final, acabé comiendo con él en el Bayou Kitchen, donde le expliqué la importancia de no acechar a su mujer y de pagar la pensión de alimentos de sus hijos. Él, a su vez, admitió que había abrigado la esperanza de obligarla a aceptarlo de nuevo en casa a fuerza de hacerle pasar hambre —a ella y a sus hijos—, lo cual indicaba hasta cierto punto que su temor de no encontrar a ninguna otra mujer que lo soportara podía ser fundado. Para cuando acabamos de comer, le había arrancado ciertas garantías respecto a su comportamiento futuro, y él había intentado colocarme un bono a corto plazo con tal grado de riesgo que era poco más que una recesión personal a punto de ocurrir. Se tomó bien mi rechazo. Era, dijo, «optimista» acerca del futuro financiero del país, y sólo veía por delante grandes posibilidades para su negocio.

—¿Y eso por qué? —pregunté.

—A todo el mundo le encanta la promesa del dinero rápido —respondió—, y la reserva de incautos nunca se agota.

En eso tenía razón.

Al fin y al cabo, yo acababa de pagar la comida.

Con un par de llamadas conseguí el nombre de la inspectora mencionada en el expediente del caso de Jude. Fue una buena y una mala noticia. La buena noticia era que yo conocía personalmente a la inspectora. La mala era que había salido una vez con ella, por decirlo de algún modo. Se llamaba Sharon Macy, y «salir» quizá sea una palabra excesiva para describir lo sucedido entre nosotros. Sharon había entrado en el Bear un par de veces mientras yo atendía en la barra, y habíamos cenado en una ocasión en el restaurante Boda de Congress, que no se hallaba lejos de su apartamento en Spruce Street. Nos despedimos con un breve beso, coincidiendo en que quizá fuera agradable repetirlo pronto. Yo quería, y ella también, creo, pero de algún modo la vida se interpuso, y después murió Jackie Garner.

Sharon Macy era un personaje interesante, en el supuesto de que uno aceptara la definición china de «interesante», es decir, algo parecido a una maldición. Unos años antes, cuando estaba destinada provisionalmente en una isla llamada Sanctuary en Casco Bay, se presentó un grupo de asesinos a sueldo con afán de venganza, y aquello terminó en un gran tiroteo. Macy salió ilesa, pero ese fue su bautismo de sangre, y adquirió no poco respeto como policía con muertes justificadas en su haber. Como consecuencia de aquello, no seguiría de uniforme durante mucho tiempo, y nadie se sorprendió cuando la ascendieron a inspectora. Trabajaba en la División de Investigación Criminal del Departamento de Policía de Portland, y también colaboraba activamente con el Equipo Especial para Crímenes Violentos del Sur de Maine, que investigaba los incidentes graves en la región.

Macy tenía el teléfono móvil apagado cuando marqué su número, y no me molesté en dejarle un mensaje. No la encontré en su apartamento cuando me acerqué hasta allí, pero una vecina me dijo que había ido a dejar la colada en la lavandería ecológica de Danforth. El encargado del establecimiento confirmó que ella había pasado por allí, y añadió que quizás estaba esperando en el Ruski's a que él acabara con el lavado y plegado rápido de su ropa.

El Ruski's, que abría temprano y servía comidas hasta muy tarde, era toda una institución en Portland. Hacía tiempo que era un destino habitual para aquellos cuyos horarios de trabajo los obligaban a desayunar cuando podían, razón por la cual el Ruski's servía el desayuno a todas horas del día. Los domingos eran un imán para los parroquianos, incluidos los policías y bomberos de cualquier lugar con fácil acceso en coche a Portland que deseaban un espacio oscuro y cordial donde pasar la tarde. Disponía de dardos, una gramola bastante aceptable, poco sitio donde sentarse, y nunca cambiaba. Era lo que era: un bar de barrio donde los precios eran mejores que la comida, y la comida era buena.

Cuando me acerqué, vi a Macy sentada junto al ventanal. Bebía y charlaba con un patrullero llamado Terrill Nix. Yo conocía un poco a Nix porque uno de sus hermanos era policía en Scarborough. Nix tenía cerca de cincuenta años, calculé, y

probablemente ya empezaba a plantearse la jubilación. Tenía el pelo ralo, y una expresión permanente de decepción y pena en el rostro. A su lado, en el plato, quedaban los restos de un desayuno especial para resacas —carne picada con verduras, tostadas, huevos, patatas fritas—, pero él no presentaba el aspecto de quien intenta superar una noche difícil. Tenía los ojos despejados y despiertos. Y es probable que pudiera ver toda su trayectoria vital hasta el día de su jubilación.

Macy, por su parte, ofrecía su aspecto de siempre: menuda, morena, con la mirada viva y la sonrisa pronta. Maldita sea, pensé. Intenté recordar por qué no había vuelto a llamarla. Ah, sí. La vida, fuera lo que fuese. Y alguna que otra muerte.

Nix me vio antes que Macy, porque ella estaba de espaldas a la puerta. Tocó la pierna izquierda de Macy con el pie derecho para avisarla. No daba la impresión de que hubiera algo entre ellos; sólo parecían dos polis cuyos caminos se habían cruzado casualmente en el Ruski's, donde los caminos de los polis se cruzaban a todas horas. Además, la mujer de Nix lo habría castrado y dejado que se desangrara antes de decorar el capó de su coche con los restos si llegaba a captar el menor tufo de otra mujer en él; y por si fuera poco, el hermano de Nix estaba casado con la hermana de la mujer de Nix. Toda la familia habría ayudado a lastrar su cadáver y lanzarlo a las marismas de Scarborough.

—Charlie —dijo Nix—. Inspectora Macy, ¿conoces a Charlie Parker, nuestro célebre detective local?

La sorpresa inicial de Macy al verme dio paso a una sonrisa sesgada.

—Sí, lo conozco. Una vez cenamos juntos.

—No me digas —exclamó Nix.

—El señor Parker no volvió a llamarme para una segunda cita.

—No me digas —repitió Nix. Chasqueó la lengua como un maestro de escuela decepcionado—. Qué hiriente.

—Qué zafio —dijo Macy.

—Tal vez haya venido para reparar el daño.

—No veo flores.

—Siempre está la cuenta.

—Está eso, sí —dijo Macy. No había apartado la mirada de mí desde mi llegada. No coqueteaba, pero se divertía.

—Pues si no ha venido para disculparse por pasar de ti, ¿qué hace aquí? —preguntó Nix.

—Eso, ¿qué haces aquí? —quiso saber Macy.

—Va a causarle problemas a alguien —aventuró Nix.

—¿Vas a causarle problemas a alguien? —preguntó Macy.

—No, si puedo evitarlo —contesté, complacido de poder mediar palabra por fin ahora que Nichols y May se habían callado para tomar aliento—. Tengo un par de preguntas acerca del caso Jude. He visto mencionado tu nombre en relación con ese asunto.

Nix y Macy cruzaron una mirada, pero Nix dejó en manos de Macy la respuesta, si decidía darla. Al fin y al cabo, la inspectora era ella.

—El mundo es un pañuelo —comentó Macy.

—¿Ah, sí? —dije.

—Nix fue el primero en acudir al lugar de los hecho —respondió Macy—. Y no hay «caso Jude»..., a menos —añadió— que tú sepas algo más.

—Fue un ahorcamiento claro y limpio —intervino Nix, y supe a qué se refería. Uno asumía esos casos cuando se presentaban. Eran papeleo, y poco más.

Señalé sus botellas, que eran de cerveza.

—¿Queréis otra?

Nix bebía Miller High Life. Había algo en el Ruski's que llevaba a la gente a hacer cosas tan extrañas como beber High Life. Macy tenía una Rolling Rock. Los dos permitieron que yo gastara mi dinero en ellos, y Nix se preguntó en voz alta si en mi mundo pagar una bebida constituía una segunda cita. Pasé por alto la pulla y pedí las cervezas, junto con una Rolling Rock para mí. Intenté recordar la última vez que pedí una Rolling Rock, pero no pude. Sospeché que para ello tuve que hacer uso de un carnet de identidad falso.

Nix, advertí, tenía la sección deportiva del *Press Herald* a un lado abierta por la página de baloncesto.

—¿Eres aficionado? —pregunté.

—Mi hijo juega con los Yachtsmen —contestó.

Los Yachtsmen eran el equipo de baloncesto del instituto Falmouth. La temporada anterior habían recibido una paliza en el derby local contra el Yarmouth, de esas que por lo general sólo se superan después de años de psicoterapia: veinte a uno en la final regional. Parecían muertos y enterrados, pero en la temporada actual de momento sólo habían perdido un partido, a manos del York, y se habían impuesto en los primeros dieciséis por un margen medio de diferencia de más de veinte puntos. Ahora tenían la final estatal al alcance de la mano, y el entrenador Halligan, quien también había llevado a Falmouth a nueve títulos estatales en el campeonato de fútbol a lo largo de sus veintiséis años de carrera, era candidato a la canonización.

—Mejor temporada que la anterior —comenté.

—Este año tienen a chicos más fuertes —dijo Nix—. Mi hijo también juega al fútbol, y esquía. Tiene la constitución de un caballo de carreras, y aún le queda otro año. Está preparado para ascender a la primera categoría.

Eché un largo trago a su cerveza. Una vez más dejó que Macy se ocupara de la carga pesada.

—¿Y qué quieres saber sobre Jude, pues? —preguntó Macy.

—¿Cómo lo encontraron?

—Por una llamada al 911 desde una cabina de Congress. No dieron ningún nombre. Imaginamos que fue otro sin techo.

—¿Hubo algún detalle fuera de lo común?

Macy miró a Nix, que se detuvo a pensar en la respuesta.

—Era un sótano de tierra a medio construir, en forma de ele, así que estaba dividido más o menos en dos partes por el ángulo de las paredes. Daba la impresión de que alguien más había dormido allí esa noche. Se observaba una concavidad en el suelo, y encontramos un par de chapas de cerveza. Quienquiera que estuviera allí también había echado una cagada, y utilizó un ejemplar del periódico de ese día para limpiarse. Pero, según la autopsia, Jude llevaba muerto al menos treinta y seis horas cuando lo encontramos. Saca tú mismo las conclusiones.

—Alguien pasó una noche con el cadáver.

—Quizá durmió de espaldas a él, pero sí. Ya sabes, hacía un frío de muerte, y si no tienes otro sitio adonde ir...

—¿Y qué fue de sus pertenencias?

—El saco de dormir había desaparecido —respondió Macy—, y al parecer habían registrado su mochila en busca de objetos de valor.

—¿Se encontró dinero?

—¿Dinero? ¿De cuánto dinero hablas?

—Probablemente más de cien dólares. No gran cosa en el orden normal de la vida, pero mucho para un hombre como ese.

—Hay gente que ha muerto por menos.

—Tú lo has dicho.

—No, no había dinero. ¿Qué pasa? ¿Crees que quizá lo mataron por eso?

—Como tú has dicho, hay gente que ha muerto por menos.

—Claro —dijo Macy—, pero es difícil colgar a un hombre que se resiste, y más aún aparentar que se trata de un suicidio. Las marcas de la soga en el cuello coincidían con el impulso descendente del cuerpo, y el forense no encontró el cuello excesivamente dañado. La víctima sí arañó la soga, pero eso no es raro.

—¿Alguna idea sobre la procedencia de la soga?

—No. Pero no era nueva. Al igual que Jude, había trotado mucho. La cortaron para hacer el lazo.

—En el funeral oí que no se encontraron en su organismo restos de alcohol ni de estupefacientes.

—Así es.

—Cosa que me parece rara.

—Según lo interpretes —dijo Nix—. Si te refieres a eso como método para hacer acopio de valor, sí, cabría esperar que hubiese tomado algo para aliviar el dolor. Por otro lado, si buscas pruebas de un homicidio presentado como suicidio por ahorcamiento, alguna que otra droga o el alcohol podrían haber sido útiles si se pretendía someter antes a la víctima.

Lo dejé pasar.

—La otra cuestión es el dinero —dije.

—¿Y eso? —preguntó Macy.

Ahora sentía interés. Lo vi en sus ojos. A muchos inspectores no les habría gustado que un detective pusiera en duda un caso limpio y cerrado, pero Macy no era uno de ellos. Dudé que hubiera sido alguna vez esa clase policía, y lo que ocurrió en Sanctuary, fuera lo que fuese, no la había cambiado. Si acaso, había fortalecido ese aspecto de su personalidad. No me había contado gran cosa de lo sucedido en la isla aparte de lo que constaba en el informe oficial, y yo no había insistido, pero había oído hablar a la gente. Sanctuary era un lugar extraño, incluso para lo que corría en esa parte del mundo, y algunos de los cadáveres de esa noche nunca se encontraron.

—Jude se tomó muchas molestias para recaudarlo —dije—. Por lo visto, estaba preocupado por su hija. Se llamaba Annie: una exyonqui que intentaba enderezarse y vivía en un refugio de Bangor. Jude se proponía restablecer la relación con su hija cuando ella desapareció. Estaba preocupado por ella. El dinero le ayudaría a buscarla. De hecho, incluso es posible, creo, que pretendiera contratarme a mí con ese dinero.

—¿Cuánto habría cubierto? —preguntó Nix—. ¿Un par de horas?

—Le habría hecho un descuento.

—Aun así.

—Ya.

Nix dio otro tiento a la cerveza.

—En fin, lo más probable es que la persona que durmió en el sótano e hizo una tría entre las pertenencias de Jude se llevara también el dinero. Pero dudo mucho que se molestará en simular un suicidio. Un sin techo recurriría antes a los puños o a un arma blanca. No habría resultado muy difícil liquidar a Jude. No era un hombre fuerte.

—Eso tampoco explica —dije— por qué un hombre que se tomó la molestia de reclamar sus deudas, y que está preocupado por su hija, pone fin a todo en un sótano y la abandona en medio del apuro en el que se encuentre. Y como has dicho, Jude no era un hombre fuerte. Un soplo de brisa se lo habría llevado. Un hombre grande, o dos hombres grandes, podrían haberlo inmovilizado el tiempo suficiente para subirlo a una silla, echarle una soga al cuello y apartar la silla de debajo de él de una patada. Habrían dejado marcas en su cuerpo, imagino. Imposible no dejarlas.

En ese momento pensaba en voz alta. Macy dejó a un lado su cerveza inacabada.

—¿Tienes un par de minutos? —me preguntó.

—Claro.

—Entonces ve al Rosie's. Yo me reuniré allí contigo a tomar otra. De camino tengo que recoger la ropa en la lavandería.

Nix decidió quedarse en el Ruski's a tomarse otra cerveza. Sabía que era mejor no acompañarlos, al margen de la historia que pudiese haber entre Macy y yo. Si ella decidía compartir con un detective privado más información acerca de la muerte de Jude, era asunto suyo. Él no quería, o no necesitaba, saberlo.

Así y todo, cargué con la cuenta, incluida su última copa. Dejó escapar un suspiro teatral cuando me marché.

—Y seguro que ni siquiera llamarás —dijo—. Me siento tan... *utilizado*.

Harry y Erin Dixon estaban enzarzados en una discusión cuando oyeron acercarse el coche.

—Tenemos que marcharnos —dijo Erin.

—¿Para ir adónde? —preguntó Harry.

—No lo sé. A cualquier sitio. Podríamos prometer no contar nada si nos dejan ir y no nos siguen.

Harry procuró no reírse, pero no pudo evitarlo. Era absurdo pensar que Prosperous hubiera sobrevivido tanto tiempo si se hubiese limitado a dejar marcharse a todo aquel que se sintiera incómodo con los edictos del pueblo. Erin debería haberlo sabido mejor que nadie. Habían perseguido a su padre, Charlie Hutton, durante años, y nunca desistieron. Él actuó con inteligencia y le sonrió la suerte. Además, era cajero del banco, y por tanto no se fue con los bolsillos vacíos, ya que se apropió del fondo discrecional antes de huir. El dinero le proporcionó tiempo, y cierto margen de maniobra. Le permitió establecerse con una nueva identidad y una nueva vida, pero Harry tenía la certeza de que siempre vivió temiendo que llamaran a su puerta y escrutando los rostros con que se cruzaba por la calle, atento a cualquier mirada que se prolongase demasiado.

A Charlie no le inquietó la posibilidad de que pusieran a la policía tras sus pasos. Esa no era la manera de proceder en Prosperous. Además, el dinero que robó no existía oficialmente, y el fondo se utilizaba para actividades de las que era mejor que las fuerzas del orden no supieran nada. Pero lo que nunca dejó de sorprender a Harry era que el padre de Erin nunca se hubiese ido de la lengua. Podría haber acudido a la policía e intentado dar a conocer la naturaleza de Prosperous, pero era todo tan descabellado que habría corrido el riesgo de que lo tacharan de loco y no le hicieran caso. Aunque hubiesen dado crédito a su historia, no había cadáveres que pudiera señalarles, ni tumbas poco profundas donde cavar, ni huesos que exhumar. Harry se preguntaba cuánto habría que ahondar para encontrar a las víctimas de Prosperous, si es que realmente quedaba algo de ellas. Cualquiera que llevase a cabo la búsqueda desistiría mucho antes de dar con suelo rocoso, y probablemente algunos de los cadáveres se encontraban aún a mayor profundidad. Por otro lado estaba el hecho de que eso ocurría sólo una vez cada veinte o treinta años, y los responsables guardaban el secreto. Detectar una pauta sería casi imposible, y los nombres de aquellas a quienes eliminaban caían en el olvido tan pronto como ellas estaban bajo tierra. En muchos casos ni siquiera llegaban a saber cómo se llamaban.

Pero existía otra razón probable por la que el padre de Erin había permanecido en silencio, una razón más profunda: estaba ligado a Prosperous, y uno no abandonaba con facilidad sus lealtades a un lugar tan antiguo, y tan extraño. Siguió siendo leal al pueblo a la vez que procuró poner la mayor distancia posible, porque no podía negar lo que en verdad era, aunque ya no deseara formar parte de ello.

Pero el pueblo aprendió de lo ocurrido con Charlie, y se tomaron medidas para que eso no volviera a suceder tan fácilmente. Mantenía a sus habitantes bajo estrecha vigilancia, una vigilancia que disfrazaba de interés por su bienestar, y los vinculaba por medio de los lazos del matrimonio, de las lealtades familiares y profesionales, y del miedo.

—¿Quieres ser como tu padre? —preguntó Harry en cuanto dejó de reír. No le gustó mucho el sonido de su propia risa. Traslucía un tono angustiosamente enloquecido—. ¿Quieres que te persigan durante toda tu vida?

—No —respondió ella en voz baja—. Pero tampoco quiero quedarme aquí.

Harry ya no le prestaba atención. Ahora estaba en vena.

—Y él tenía dinero. Nosotros no tenemos nada. ¿Crees que no controlan nuestros hábitos de gasto, nuestros ingresos y reintegros? Lo saben, o al menos lo sospechan. Somos vulnerables, y eso significa que les preocupa lo que podamos hacer. No, no tenemos elección. Debemos esperar a que esto pase. Debemos conservar la esperanza de que nuestra situación mejore. Cuando eso ocurra, empezaremos a ahorrar. Podemos planearlo, tal como debió de hacerlo Charlie. Uno no se marcha de Prosperous a la ligera. Uno no...

Y en ese momento se oyó un coche. La luz de unos faros inundó la casa, y las palabras se apagaron en la boca de Harry Dixon.

El Rosie's no era muy distinto del Ruski's, pero en el Rosie's las probabilidades de encontrar asiento eran mayores que en el Ruski's, por la sencilla razón de que en el Rosie's había más sillas. No me apetecía otra cerveza, así que pedí café, y contemplé los coches que pasaban por Fore Street. Sonaba música, una canción que creí reconocer, algo sobre mares de caridad y exilios forzosos. Mientras esperaba, telefoneé a Rachel, y ella me pasó a Sam. Charlamos durante un rato sobre los acontecimientos de la escuela primaria, que al parecer incluían mucho trabajo con pinturas y ciertas discusiones con un niño que se llamaba Harry.

—Sus padres le pusieron ese nombre por Harry Potter —explicó Sam. Daba la impresión de que ella no veía eso con buenos ojos. Toda una generación de adultos que se habían disfrazado de magos cuando deberían haber estado pensando en otras cosas parecía destinada a imponer sus fantasías a su prole. Yo no era muy aficionado a la fantasía. Las personas fantasiosas eran de esas a quienes podía atropellarlas un coche sin que nadie se fijara ni le concediera gran importancia más allá de los desperfectos ocasionados en el vehículo, que en todo caso solían ser mínimos, dado que las personas fantasiosas eran, por alguna razón, más ligeras que la mayoría.

—Se pinta un rayo en la frente —explicó Sam.

—¿Ah, sí? —dije.

—Sí. Dice que es de verdad, pero se borra cuando lo frota con fuerza.

Decidí no preguntarle cómo sabía que se borraba, aunque hubiese jurado que, al margen de cómo lo hubiera descubierto Sam, el niño, Harry, no había participado de buen grado en el experimento. De ahí pasamos a hablar del viaje a Florida que haría el fin de semana siguiente, cuando Rachel y ella se reunirían con los padres de Rachel en su nueva residencia vacacional de invierno. El actual novio de Rachel, Jeff, no las acompañaría, me informó Sam.

—Vaya —dije, procurando mantener el tono más neutro posible. Jeff no me inspiraba simpatía, pero eso daba igual. Jeff se inspiraba a sí mismo simpatía suficiente por ambos.

—¡Oye, papá! —exclamó Sam—. No hace falta que finjas que lo sientes.

Dios santo.

—¿Seguro que estás sólo en primaria? —pregunté—. ¿No estudias además psicología?

—Mamá sabe mucho de psicología.

—Sí, y que lo digas. —Pero no tanto como para no liarse con un capullo de la envergadura de Jeff. Aunque bien es cierto que, por lo general, es más fácil resolver los problemas de los demás que ocuparse de los propios. Me planteé comentar esa idea con Rachel, pero lo descarté. Tal vez empezaba a aprender por fin que lo cortés no quita lo valiente—. Dile a mamá que se ponga. Nos veremos cuando vuelvas.

—Adiós. Te quiero —se despidió Sam, y el corazón se me partió un poco.

—Adiós, cielo. Yo también te quiero.

Charlé con Rachel durante un par de minutos más. Se la notaba feliz. Eso estaba bien. Yo deseaba que fuera feliz. Si ella era feliz, Sam sería feliz. Sólo que habría preferido que Rachel fuera feliz con una persona distinta de Jeff. Una relación así decía poco de su buen gusto, pero, claro está, otros podrían haber afirmado lo mismo de su etapa conmigo.

—¿En qué estás trabajando? —preguntó Rachel.

—Nada interesante. Entregas de notificaciones judiciales. Maridos descarriados.

—¿Sólo eso? Dedicarte a esas cosas no te impedirá acabar haciendo de las tuyas tarde o temprano.

—Bueno, también tengo entre manos cierto asunto de un sin techo. Se ahorcó, y no me explico por qué.

—Seguro que no te pagó por adelantado.

—Pues, mira, es curioso que digas eso, porque es posible que alguien en esta ciudad tenga el dinero que él habría destinado a pagarme.

—¿Necesito decirte que te andes con cuidado?

—No, pero siempre va bien.

—Lo dudo, pero por el bien de tu hija...

—Tendré cuidado.

—¿Estás en un bar?

—En el Rosie's.

—Ah. ¿Una cita?

En ese momento llegó Macy. Traía unas fotocopias en una mano y una taza en la otra. Al igual que yo, había pedido café.

—No, yo no lo llamaría así.

Rachel se rio.

—Ya, tú no lo llamarías así, claro que no. Vamos, piérdete.

Colgué. Macy se había quedado a unos pasos para respetar mi intimidad. Entonces se acercó y dejó las hojas en la mesa al sentarse.

—Puedes leerlo —dijo—, pero no te lo dejaré, ¿vale?

—Entendido.

Era el informe de la autopsia practicada al cadáver de Jude. Probablemente yo habría podido llegar a un acuerdo con la oficina del forense para echarle un vistazo, pero así me ahorra el viaje a Augusta.

La sogá utilizada para el ahorcamiento era de algodón, y tenía un nudo corredizo situado en la región occipital. En una mesa cercana se habían encontrado fibras y restos de la cuerda, junto con marcas en la madera procedentes de la hoja de un cuchillo afilado.

—¿Encontrasteis un cuchillo en el lugar de los hechos? —pregunté a Macy.

—No, pero podría ser una de las pertenencias que se llevaron.

—Es posible.

Rígor mortis y coloración post mórtem en ambas piernas, la sección distal de las extremidades superiores y la zona del cuerpo por encima de la cintura. Ambos ojos parcialmente abiertos, la conjuntiva enrojecida y la córnea turbia. La boca medio abierta, la lengua salida.

Pasé a la marca de la soga. El forense vio que rodeaba todo el cuello salvo una mínima porción por debajo del nudo, como consecuencia del peso del cuerpo. La señal presentaba un recorrido ascendente hacia la región occipital. Era un poco más ancha en el lado izquierdo del cuello, pero sólo medio centímetro aproximadamente. En la disección del cuello no se observaron pruebas de fractura del cartílago tiroides ni del hueso hioides, como suele ocurrir en los estrangulamientos forzados, lo cual descartaba, en apariencia, la posibilidad de que Jude hubiese sido agredido. Análogamente, no se advertía extravasación —derrame forzado— de sangre en los tejidos del cuello. El forense llegó a la conclusión de que la causa de la muerte era la asfixia debida a un suicidio por ahorcamiento.

El otro único dato digno de mención en el informe era una lista de magulladuras, cicatrices y abrasiones en el cuerpo de Jude. Eran de consideración suficiente para arrancarme una mueca. Para agravar la cuestión, Macy deslizó otra hoja hacia mí por encima de la mesa. Se trataba de una fotocopia en color, la calidad no era extraordinaria, cosa que en cierto modo agradecí dado que las dos fotografías contenidas en ella mostraban los golpes que Jude había recibido a lo largo de los años. Caídas, peleas, palizas: todo ello había quedado registrado en un mapa de piel y carne, y todo ello oculto bajo las galas de un dandi vestido con ropa de tienda de beneficencia. Cualquiera que fuese tan tonto como para imaginar que la vida en las calles de Portland venía a ser unas vacaciones al aire libre financiadas por el Estado sólo necesitaba echar un vistazo a la imagen del torso y las extremidades de Jude para salir de su error.

—Dice el forense que algunas son recientes, pero en su mayoría son bastante antiguas —aclaró Macy—. Podría haber recibido una o dos en las horas previas a la muerte. Estas de aquí son interesantes.

Señaló con el dedo las marcas en la parte superior de ambos brazos.

—¿Qué son?

Macy me entregó una última hoja. Tenía facilidad para el dramatismo. Las fotos mostraban ampliaciones de esas marcas.

—Parecen agarrones —dije—, como si alguien lo hubiera sujetado con fuerza desde atrás.

—Eso mismo pensé yo —convino Macy—. Pero no significa que guarden relación con la muerte. Era un hombre que encajaba golpes con frecuencia.

—¿Vas a indagar al respecto?

—No era mi intención hasta que tú has aparecido. Oye, sigo pensando que se quitó la vida, pero reconozco que tus dudas me bastan para preguntarme otra vez por

qué lo hizo. Pero quizá fuera útil encontrar el contenido de su mochila o, mejor aún, hablar con la persona que dio el aviso. A saber qué descubriríamos.

—¿Has intentado averiguar algo?

—Se encargó Nix, en la medida de lo posible. Si alguien sabía algo, se lo calló. Pero si yo me tropezara con un muerto, y luego registrara sus pertenencias, y robara el poco dinero que tenía, probablemente también me callaría.

Macy juntó las fotocopias y apuró el café.

—¿Qué? ¿Aceptas mucho trabajo pro bono últimamente?

—No, pero dicen que es bueno para el alma.

—¿Y por eso vas a seguir con este asunto, por el bien de tu alma, y por el hecho de que consideras que quizá le debas a Jude unas cuantas horas?

—Lo que sea que le debo no son horas —dije.

—¿Conservas mi número de teléfono?

—Sí.

—Bien. Pensaba que a lo mejor lo habías perdido, teniendo en cuenta que nunca me llamaste y tal.

—Me disculpo por eso.

—No te disculpes. Fue una buena cena, y la pagaste tú.

—Lo fue. Así y todo, debería haberte llamado. No sé por qué no lo hice.

—Yo sí lo sé —repuso ella—. Por lo mismo que yo no te llamé a ti. La vida. La muerte. —Se puso en pie—. Ya sabes cómo encontrarme —añadió—. Te agradecería que me mantuvieras informada si te enteras de algo.

—De acuerdo —contesté.

Se volvió brevemente cuando se alejaba.

—Me alegro de volver a verte.

—Lo mismo digo —respondí.

La observé marcharse. Otro par de hombres la observaron también.

Maldita sea, pensé.

Morland se hallaba sentado a un lado de la mesa de la cocina, con Hayley Conyer a su derecha. Harry y Erin estaban en el lado opuesto, de cara a ellos. Los Dixon nunca habían recibido a Hayley en su casa. Nunca la habían recibido en ningún sitio. Tampoco habían puesto jamás los pies en su casa. Habían oído decir que era preciosa y recargada, aunque lúgubre. Erin, para sus adentros, se complacía en pensar que el hogar de ellos, aun sin ser nada fuera de lo común, no carecía de alegría. La cocina era luminosa, y el salón contiguo era más luminoso aún. Pero ahora se cernía una sombra sobre todo ello. Hayley Conyer parecía haberse traído consigo algo de la oscuridad de la noche.

—Tenéis una casa encantadora —dijo, como si se sorprendiera del partido que podía sacarle a un poco de dinero la gente insignificante, pero no quisiera vivir como ellos.

—Gracias —contestó Erin.

Había preparado café. Recordaba vagamente que Hayley Conyer prefería el té, pero no se lo había ofrecido con toda intención. Ni siquiera sabía con certeza si había té en casa. Si lo había, llevaba ahí tanto tiempo que nadie desearía beberlo.

—He visto desconchones en la pintura de las ventanas —comentó Morland—. Deberíais hacer algo con eso antes de que empeore mucho más.

Harry mantuvo una sonrisa imperturbable. Aquello era una prueba. Ahora todo era una prueba. En una prueba lo importante era no fallar.

—Estoy esperando a que pase el invierno —explicó—. Cuesta pintar un marco de ventana cuando te tiemblan las manos de frío. Te expones a manchar tanto los cristales que al final ni veas a través de ellos.

Morland no iba a dejarlo estar.

—Habrías podido hacerlo en verano.

A Harry le costaba ya mantener la sonrisa.

—En verano estuve ocupado.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿En qué?

—Ganándome la vida. ¿Esto es un interrogatorio?

Hayley Conyer intervino.

—Sólo estamos preocupados por ti, Harry. Con la recesión, y sus efectos en la construcción... En fin, eres... más vulnerable que la mayoría de la gente. Las empresas como la tuya deben de estar pasando apuros.

—Vamos tirando —terció Erin. No iba a quedarse al margen mientras esos dos acorralaban a su marido—. Harry trabaja mucho.

—No lo dudo —dijo Conyer. Apretó los labios y escarbó en su memoria en busca de algo parecido a una expresión de preocupación—. Veréis, es misión del consejo

proteger al pueblo, y la mejor manera de conseguirlo es proteger a sus vecinos.

No miraba a Harry. Tenía la vista fija en Erin. Le hablaba como si fuera una niña retrasada. Estaba provocándola, como Morland había provocado a Harry. Buscaban una reacción. Buscaban ira.

Buscaban un pretexto.

—Eso lo entiendo, Hayley —contestó Erin. No permitió que el menor asomo de sarcasmo enturbiara su aparente sinceridad.

—Me alegro. Por eso le pedí al jefe Morland que indagara un poco sobre vuestros asuntos, sólo para asegurarme de que os va bien.

Esta vez Erin no pudo disimular su enfado.

—Que ha hecho ¿qué?

Harry apoyó una mano en su brazo, haciendo presión para que ella sintiera su peso.

Tranquila, tranquila.

—¿Le importaría explicarme qué quiere decir eso? —preguntó Harry.

—Quiere decir —intervino Morland— que he hablado con algunos de tus proveedores, y con tus subcontratistas. Quiere decir que estas últimas semanas, cuando me ha venido en gana, te he seguido. Quiere decir que me he reunido con Allan Dantree en el banco y hemos mantenido una discreta conversación sobre tus cuentas.

Harry no pudo evitar cerrar los ojos por un momento. Se había esforzado mucho, pero había infravalorado a Morland, y a Hayley Conyer, y al consejo. No era el primero que intentaba ocultar sus dificultades, ni sería el último. Debería haber sabido que, con el paso de los siglos, el pueblo había aprendido a detectar la debilidad, y a pesar de eso él se había puesto en evidencia recurriendo al fondo discrecional para obtener el préstamo. Tal vez, debido a la situación de la economía, todos habían estado más atentos que de costumbre a pautas anormales, a alteraciones en el comportamiento. Eran muchas las personas que pasaban apuros en las circunstancias actuales. Por eso el consejo había tomado cartas en el asunto. Por eso había decidido capturar a la chica.

—Esos son asuntos privados nuestros —dijo Erin, pero su voz le sonó vacía incluso a ella. En Prosperous nada era privado, en realidad no.

—Pero ¿qué ocurre cuando las dificultades privadas nos afectan a todos? —planteó Hayley, hablando todavía con el mismo tono irritablemente razonable e insidiosamente paternal.

Erin la aborrecía. Era como si le hubieran retirado unas cataratas de los ojos, y sustituido las lentes viejas y opacas por unas nuevas y cristalinas. Vio el pueblo tal como era en realidad, lo vio en toda su crueldad, su engreimiento, su locura. Les habían lavado el cerebro, los había condicionado un comportamiento arraigado a lo largo de los siglos, pero Harry y Erin sólo tomaron conciencia de que ya no podían seguir participando en algo así cuando todo eso se presentó ante su propia puerta

representado en aquella chica. Dejarla escapar fue una solución imperfecta, el acto de aquellos que aún no poseían el valor suficiente para dar el último paso y esperaban que acaso otros lo hicieran por ellos. La chica acudiría a la policía, contaría lo ocurrido, y la policía se presentaría allí.

Y entonces ¿qué? La chica habría podido ofrecerles una descripción de Walter y Beatrix, y de Harry y Erin. Los cuatro habrían sido interrogados, pero Walter y Beatrix no habrían sucumbido ante las preguntas. Habían sido los responsables de buscar y capturar a las dos últimas chicas, pero ahora se acercaban ya a la muerte. Eran tan leales al pueblo como Hayley Conyer, y era poco probable que lo delataran en los últimos años de su vida. En el mejor de los casos, habría sido su palabra contra la de Harry y Erin.

*Nos amenazaron. Nos dijeron que les encontraríamos una chica o nos quemarían la casa. Somos viejos. Estábamos asustados. No sabíamos para qué querían a la chica. No preguntamos...*

¿Y Hayley Conyer, y los concejales, y el jefe Morland? En fin, no habría nada que los relacionara con la chica, nada aparte de la palabra de Harry y Erin Dixon, que la habían tenido encerrada en su sótano hasta que se olvidaron de cerrar bien la puerta, y quizás hicieron eso sólo porque les faltó el valor para seguir adelante con lo que tuvieran planeado para ella, fuera lo que fuese. Aun así, habrían estado expuestos a los cargos de secuestro y privación de libertad, un delito de clase A, o de clase B si el fiscal aceptaba que habían liberado voluntariamente a la víctima viva y en un lugar seguro, sin lesiones físicas graves. Esa era la diferencia entre diez años y treinta años entre rejas; aun así era más tiempo del que cualquiera de ellos deseaba pasar en una celda.

Y quizá, sólo quizá, alguien podría haber dado crédito a su versión.

Pero no, esa era la mayor fantasía de todas.

—¿Harry? ¿Erin? ¿Seguís con nosotros?

Fue Morland quien habló.

Erin miró a su marido. Sabía que los pensamientos de ambos iban por caminos similares.

Y si, y si...

—Sí —dijo Harry—. Escuchamos.

—Tenéis dificultades económicas, dificultades mucho más graves de lo que disteis a conocer a Ben cuando pedisteis el préstamo..., y habéis intentado escondérnoslas.

No tenía sentido negarlo.

—Sí, es verdad.

—¿Por qué?

—Porque nos daba vergüenza.

—¿Eso es todo?

—No. También teníamos miedo.

—¿Miedo? ¿Miedo de qué?

Ahora ya no había marcha atrás.

—Miedo de que el pueblo se volviera contra nosotros.

Ahora fue Hayley quien volvió a hablar.

—El pueblo no se vuelve contra los suyos, Harry. Los protege. Esa es la razón de su existencia. ¿Cómo has podido dudar de eso?

Harry se apretó el caballete de la nariz con los dedos índice y pulgar de la mano derecha. Sentía que se avecinaba una migraña.

—No lo sé —contestó—. Con todo lo que ha estado pasando, con todos nuestros problemas...

—Perdisteis la fe —concluyó Conyer.

—Sí, Hayley, supongo que sí.

Conyer se inclinó sobre la mesa. El aliento le olía a menta y muerte.

—¿Soltasteis a la chica?

—No —dijo Harry.

—Mírame a los ojos y dime la verdad.

Harry retiró la mano de la nariz y miró a Conyer.

—No, no soltamos a la chica.

Ella no quería creerle. Él se dio cuenta. Al igual que Morland, Conyer recelaba, pero no podía demostrar nada, y el pueblo no le permitiría actuar contra ellos sin pruebas.

—Muy bien, pues —dijo—. La cuestión es: ¿qué hacemos ahora? Tendréis que reparar el daño, los dos.

Ahora Harry sentía un dolor palpitante en la cabeza que llegó acompañado de náuseas. Sabía lo que se avecinaba. Lo había sabido desde el momento en que Morland llegó a la casa con el cadáver de la chica en el coche. Deseó hablarles de los sueños que había tenido, pero se lo calló. Ni siquiera se los había contado a su mujer. En sus sueños, la chica no estaba muerta. La habían enterrado viva, porque las chicas muertas no abrían los ojos. Estaba viva y arañó el plástico bajo tierra, y de algún modo consiguió romperlo y escarbar en la tierra hasta salir, sólo que una vez fuera estaba realmente muerta. Se había transformado, era un muerto viviente, y cuando abrió la boca vomitó oscuridad, y la noche se hizo más negra en torno a ella.

—¿Qué quiere que hagamos? —dijo Harry, pero lo preguntó sólo porque era lo que se esperaba de él, como si leyera un guión.

Hayley Conyer le dio unas palmadas en la mano. Él tuvo que esforzarse en no apartarla.

—Buscadnos otra chica —dijo Conyer—. Y rápido.

Llegué al comedor de beneficencia de Preble Street justo cuando se acababa el turno de la cena. Una tal Evadne Bryan-Perkins, que trabajaba en el Centro de Ayuda de Portland, una organización de apoyo comunitario y asistencia a la salud mental, me había indicado que me acercara al comedor. El Tembleques me había dado su nombre como persona de contacto, pero ella me dijo que no lo veía desde hacía un par de días, y comentó que quizá se pasara por Preble Street para comer algo.

En Preble Street se servían tres comidas diarias, no sólo a los sin techo de la ciudad, sino también a los ancianos y las familias que sobrevivían gracias a las ayudas públicas. Eso casi equivalía a 500.000 comidas al año, pero las comidas eran sólo un punto de partida. Al recibir allí a esas personas, el personal tenía la posibilidad de ayudarlas, asesorándolas en materia de vivienda, empleo y sanidad. Como mínimo, podían proporcionarles unos calcetines limpios y abrigados, detalle importante en el invierno de Maine.

Una de las voluntarias, una joven llamada Karyn, me dijo que el Tembleques había pasado por allí esa noche un rato antes, pero se había marchado nada más acabar de comer. Eso no era propio de él, explicó. Era un hombre más sociable que otros, y generalmente agradecía la compañía y el calor del refugio.

—No es el mismo desde la muerte de su amigo Jude —añadió—. Existía un lazo entre ellos y se cuidaban mutuamente. El Tembleques apenas nos ha hablado del tema, pero la procesión va por dentro.

—¿Tiene idea de adónde podría haber ido?

Karyn llamó a otro voluntario, esta vez un chico de edad universitaria.

—Le presento a Stephen —dijo ella—. Fue uno de los coordinadores del sondeo sobre los sin techo de este año. Quizá pueda ayudarlo.

Karyn continuó limpiando mesas y me dejó con Stephen. Era un joven alto. Yo tenía que echar la cabeza atrás para mirarlo a los ojos. No se mostró tan comunicativo como Karyn. Mantuvo los brazos cruzados mientras hablaba conmigo.

—¿Puedo preguntarle por qué un detective privado quiere localizar al Tembleques? —preguntó.

—Vino a hablarme de la muerte de Jude y me dio que pensar. Si he de seguir adelante, es posible que él pueda ayudarme a encontrar la respuesta a ciertas preguntas. No está metido en un lío. En cuanto a eso te doy mi palabra.

Noté que reflexionaba sobre mis palabras antes de llegar a la conclusión de que mi propósito no era complicarle aún más la existencia al Tembleques, y se relajó lo suficiente para ofrecerme un café. Entre la cerveza que había tomado en el Ruski's y el café del Rosie's, llevaba en el cuerpo más líquido que un camello, pero una de las primeras cosas que aprendí cuando comenzaba en la policía fue a aceptar siempre que alguien con quien pretendía hablar me ofrecía un café o un refresco. Así la otra persona se relajaba, y si se relajaba, mostraba mayor predisposición a ayudar.

—Karyn ha mencionado un sondeo —comenté mientras tomábamos el café en vasos de plástico.

—El Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbanístico nos exige que elaboremos anualmente un censo de indigentes —explicó Stephen—. Si no sabemos cuántos necesitan ayuda, no podemos planificar los presupuestos, las necesidades de personal, ni siquiera la cantidad de comida que nos hará falta en los meses siguientes. Pero ese sondeo es también una oportunidad para ponernos en contacto con quienes nos han eludido hasta el momento, e intentar traerlos al redil.

Debí de poner cara de perplejidad.

—Se preguntará por qué alguien que pasa hambre rechaza la posibilidad de una comida caliente, ¿no? —dijo Stephen.

—No le veo mucho sentido, no.

—Algunas personas que se echan a la calle no quieren que se las encuentre —explicó—. Muchas padecen trastornos mentales, y si uno es un esquizofrénico paranoide que cree que el Gobierno pretende matarlo, lo último que hará es presentarse en un refugio donde alguien podría empezar a escarbar en sus asuntos. También están aquellos que simplemente tienen miedo. Tal vez se han visto envueltos en una pelea en el pasado y saben que en algún sitio hay una navaja esperándolos, o han tenido una mala experiencia con las autoridades y ahora prefieren pasar inadvertidos. Así que una noche al año salimos todos a buscar bajo las gradas y detrás de los contenedores e intentamos tenderles la mano. Mejor dicho, también salimos en otros momentos del año, pero, por el nivel de atención continuada de la noche del sondeo y la mera presencia de los voluntarios en las calles, en sólo unas horas conseguimos resultados muy superiores.

—¿Y por dónde ronda el Tembleques?

—Le gusta venir al refugio si hay una colchoneta disponible donde dormir. No nos ha visitado mucho desde la muerte de Jude, lo cual significa que ha acampado en algún sitio cerca de la interestatal, probablemente en los alrededores de Back Cove Park, o que duerme en la parte de atrás de uno de los comercios de Danforth o Pleasant, donde la poli no lo ve. Yo buscaría allí.

Jugueteó con el vaso de café. Quería decir algo más. No lo apremié.

—¿Conocía al señor Jude? —preguntó al fin.

Nunca había oído a nadie llamar «señor» a Jude. Siempre era simplemente Jude. El chico se ganó aún más mi simpatía.

—Un poco —contesté—. A veces le ofrecía algo de dinero por vigilar un coche o una casa durante un rato. Nunca me falló.

—Era un hombre listo, y buena persona —afirmó Stephen—. Nunca llegué a explicarme cómo acabó en la situación en la que estaba. En otros casos sí lo entiendo. Con algunos hombres y mujeres, uno ve una trayectoria que es posible reconstruir. Pero en el caso de Jude no. Lo más que puedo decir es que tenía un engranaje flojo en la maquinaria, y cuando se aflojó del todo, el mecanismo entero paró en seco.

—¿No estudiarás ingeniería, por casualidad?

Sonrió por primera vez.

—A un hombre se lo conoce por sus metáforas.

—Parece que Jude te caía bien —observé.

—Pues sí. Incluso en medio de sus propios problemas siempre encontraba tiempo para los demás. Procuré seguir su ejemplo ayudándolo a él.

—¿Te refieres a su hija?

—Sí, Annie. Digamos que la vigilaba por él.

—¿Ah, sí?

—Por mi trabajo aquí en el refugio, estoy en situación de hablar con otros de este mismo entorno. De vez en cuando llamaba al Tender House de Bangor, donde se alojaba Annie, sólo para poder asegurar al señor Jude que ella estaba bien. Cuando desapareció, yo...

Se interrumpió.

—¿Te sentiste responsable?

Stephen asintió, pero guardó silencio.

—¿Jude hizo algún comentario que te llevara a pensar que él también te consideraba responsable?

—No, nunca. No era propio de él. Pero eso no sirvió de mucho. No por eso me sentí menos culpable.

Stephen era a todas luces un buen chico, pero padecía el egocentrismo propio de la juventud. El mundo giraba en torno a él, y por consiguiente creía poseer el poder necesario para cambiar su funcionamiento. Y como suelen hacer los jóvenes, se había apropiado del dolor de otro, aunque aparentemente por la mejor de las razones. El tiempo y la edad lo cambiarían: si no era así, no seguiría durante mucho tiempo en comedores de beneficencia y refugios. Sus frustraciones harían mella en él y lo obligarían a abandonar. Se lo echaría en cara a otros, pero el culpable sería él.

Le agradecí su colaboración y le di mi número de móvil, por si yo no conseguía encontrar al Tembleques o este al final decidía ir a pasar la noche al refugio. Stephen prometió dejar una nota a los voluntarios del desayuno y el almuerzo, para que me avisaran si el Tembleques se presentaba a comer al día siguiente. Antes de salir de allí, fui al lavabo, sólo para asegurarme de que no me reventaba la vejiga en algún lugar entre el refugio y Back Cove. Había un anciano ante uno de los lavabos, desnudo de cintura para arriba. El cabello blanco le caía más abajo de los hombros, y su cuerpo me recordó las imágenes que había visto del lastimoso torso de Jude, salpicado de cicatrices, semejante a una representación medieval de Cristo después de bajarlo de la cruz.

—¿Cómo va eso? —saludé.

—De perlas —contestó el anciano.

Se afeitaba con una maquinilla desechable. Se retiró un resto de espuma de la mejilla, se enjuagó la cara con agua y se palpó para comprobar si la piel le había

quedado suave.

—¿Tiene loción para después del afeitado? —preguntó.

—No la llevo encima —contesté—. ¿Por qué lo dice? ¿Ha quedado con una chica?

—No he salido con una chica desde que Nixon era presidente.

—Otra cosa que echarle en cara: arruinó su vida amorosa.

—Era un hijo de puta, pero en ese frente no necesité ayuda.

Me lavé las manos y me las sequé con una toalla de papel. Tenía dinero en el bolsillo, pero no quería ofender al viejo. Al final, decidí que era mejor correr el riesgo de herir sus sentimientos. Dejé un billete de diez en el lavabo junto a él. Lo miró como si Alexander Hamilton fuera a morderlo si intentaba coger el billete; eso, o que yo pudiera pedirle que él me mordiera a mí como parte de una extraña práctica sexual.

—¿Y eso para qué es? —preguntó.

—Para la loción para después del afeitado.

Tendió la mano y cogió el billete.

—Siempre me ha gustado Old Spice —comentó.

—Mi padre usaba Old Spice.

—Algo que existe desde hace tanto tiempo tiene que ser bueno.

—Eso mismo pienso yo —dije—. Cuídese.

—Eso haré —contestó—. Y... eh.

Me volví.

—Gracias.

Ser indigente es un trabajo a jornada completa. Ser pobre es un trabajo a jornada completa. Eso es lo que no entienden quienes echan en cara a las personas desfavorecidas que no salgan al mundo y busquen un empleo. Ya tienen un empleo, y ese empleo es la supervivencia. Hay que ponerse temprano en la cola para recibir alimento, y más temprano aún para tener un sitio donde dormir. Uno acarrea sus pertenencias a la espalda, y cuando dejan de servirle, rebusca en la basura para sustituirlas. Uno sólo tiene cierta cantidad de energía que consumir, porque sólo dispone de cierta cantidad de alimento con que nutrir el cuerpo. La mayor parte del tiempo está cansado y dolorido, y lleva la ropa húmeda. Si la poli lo encuentra durmiendo en la calle, lo obliga a ponerse en marcha. Con un poco de suerte, lo trasladarán a un refugio, pero si no quedan camas libres, o no hay colchonetas disponibles en el suelo, tendrá que dormir sentado en una silla de plástico en la recepción, con todas las luces encendidas porque eso impone el reglamento contra incendios. Así que uno vuelve a las calles, porque al menos ahí puede tumbarse a oscuras y, a lo mejor, dormir. Cada día es igual, y cada día uno es un poco más viejo y está un poco más cansado.

Y a veces recuerda quién fue en otro tiempo. Fue un niño que jugaba con otros niños. Tuvo unos padres. Quiso ser bombero o astronauta o ingeniero ferroviario. Tuvo un marido. Tuvo una mujer. Fue amado. Nunca habría imaginado que acabaría así.

Uno se acurruca en la oscuridad y espera a que la muerte le dé un último y venturoso beso de despedida.

El Tembleques volvía a estar en las calles. Había sentido la tentación de alojarse en algún refugio y buscar una colchoneta donde dormir. Le dolía el brazo. En invierno, lo atormentaba a todas horas, y después las molestias le duraban meses, pero desde la muerte de Jude era aún más insoportable. Probablemente se trataba de algo... ¿Cómo se decía? Pensó y pensó. «Psicosomático», eso era. Había tardado un minuto largo en recordar la palabra; a Jude, en cambio, le habría salido al instante. Jude sabía de historia, de ciencias, de geografía. Podía contar la trama de cualquier gran novela que hubiera leído, y recitar de memoria pasajes enteros. Una vez el Tembleques lo puso a prueba con unas cuantas de ellas. En broma, comentó que, por lo que él sabía, Jude podía estar sacándose de la manga esas citas textuales. Jude, en respuesta, le dijo que había puesto en entredicho su honor —esa palabra utilizó: «entredicho»—, y no les quedó más remedio que ir a la Biblioteca Pública de Portland, en Congress, donde el Tembleques sacó de las estanterías *El gran Gatsby*, junto con *Las aventuras de Huckleberry Finn*, *Lolita*, *Las uvas de la ira*, *Mientras agonizo*, *Ulises* y los poemas de Longfellow, Cummings y Yeats. Jude fue capaz de reproducir largos fragmentos de esas obras sin equivocarse en ninguna palabra, sin trabucarse una sola vez, e incluso algunos bibliotecarios se acercaron a escuchar. Para

cuando llegó a Shakespeare, era como estar en presencia de uno de esos actores de antaño, esos comediantes que iban de pueblo en pueblo cuando en todas partes aún había teatros en los que actuar, el elenco en un camión, el atrezzo en otro, y representaban variedades, y comedias, y dramas sociales, o tal vez una obra abreviada de Shakespeare, previamente expurgada de todas las partes aburridas, sin nada más que los grandes momentos del drama: los fantasmas, los puñales ensangrentados, los reyes moribundos.

Y allí estaba Jude con su viejo traje a cuadros y sus zapatos bicolors, los tacones gastados y los agujeros de las suelas tapados con trozos de cartón, rodeado de lectores curiosos y bibliotecarios sonrientes. Se abstraía en las palabras, se abstraía en los papeles, durante un rato era otra persona, y en ese momento el Tembleques lo quiso, lo quiso a la vez que se recreaba en el resplandor de placer que emanaba del rostro de Jude, lo quiso a la vez que, ensimismado, cerraba los ojos y pronunciaba una oración de gratitud por la presencia de Jude en su vida, preguntándose a la vez cómo una persona tan lista, con tanto talento, podía acabar revolviendo la basura de los contenedores y durmiendo en las calles de una ciudad siempre ensombrecida por el invierno, y qué flaquezas en su personalidad lo habían empujado a dar la espalda a su familia y su hogar y dejarse arrastrar por los vientos como una hoja en otoño.

Al Tembleques le pesaba mucho la mochila. Se planteó de nuevo ir al refugio. Podría haber dejado allí sus pertenencias —aunque no hubiera una cama para él, quizás alguien se habría prestado a cuidárselas— y volver a recogerlas más tarde, pero la compañía de otra gente lo angustiaba cada vez más. Miraba los rostros conocidos, pero el que buscaba no estaba ya allí, y la presencia de los demás no hacía más que recordarle la ausencia de Jude. ¿Desde cuándo eran amigos? El Tembleques no lo recordaba. Había perdido la noción de los años hacía mucho tiempo. Las fechas eran intrascendentes. No llevaba la cuenta de aniversarios de boda ni de cumpleaños de los hijos. Dejaba los años atrás, desechados sin más como zapatos viejos que ya no satisfacían siquiera sus modestas necesidades.

Ahora se encontraba ya cerca de Deering Oaks. Regresaba una y otra vez allí, al lugar donde Jude había exhalado su último aliento. Era un doliente y un peregrino. Se detuvo ante la casa, que ahora tenía las ventanas tapiadas. Alguien había instalado un cerrojo nuevo en la puerta del sótano desde la muerte de Jude: la policía, supuso, o el propietario, si es que aún era propiedad de una persona y no de un banco. Habían precintado la puerta con la misma cinta que ponían allí donde se había cometido un crimen, pero ya estaba rota. Se agitaba en la brisa nocturna.

El Tembleques no percibía la presencia de Jude en la casa. Por eso sabía que Jude no se había quitado la vida. No creía en fantasmas. No creía siquiera en Dios, y si al final descubría que en eso se equivocaba... Bueno, Dios y él tendrían unas palabras por la jodida suerte que le había asignado en la vida. Pero sí poseía cierta intuición sobre las personas y los lugares. Jude también la tenía. Era necesaria si uno quería sobrevivir en las calles. El Tembleques sabía instintivamente en quién confiar, y a

quién eludir. Sabía en qué lugares era seguro dormir y en qué lugares, aunque vacíos e inocuos en apariencia, era mejor no detenerse a descansar. Hombres y mujeres dejaban una huella a su paso por la vida, y uno podía interpretarla si se lo proponía. Jude había dejado su huella en ese sótano, su última huella, pero el Tembleques no la interpretaba como la huella de un hombre que había sucumbido a la desesperación. El Tembleques la interpretaba como la huella de alguien que habría luchado si hubiese tenido fuerzas, y si no hubiese estado en desventaja.

Bajó hasta la puerta del sótano y sacó la navaja suiza del bolsillo. Era una de sus pertenencias más valiosas, y la conservaba bien. Mantenía especialmente afilada una de las hojas, y esa fue la que utilizó entonces para grabar dos signos en la mampostería junto a la puerta. El primero era un rectángulo con un punto en el centro, el antiguo símbolo del alfabeto del vagabundo para indicar «peligro». El segundo era una diagonal con un trazo más corto en el punto medio, casi perpendicular. Con eso advertía que convenía mantenerse a distancia.

Dedicó el resto de la noche a hacer preguntas. Actuó con cautela y discreción, y abordó únicamente a aquellos en quienes confiaba. Aquellos que, como él sabía, no le mentirían ni lo traicionarían. Había tardado un tiempo en decidir cómo proceder. La idea había cristalizado después de la conversación con el detective. Alguien se había llevado el dinero de Jude y el contenido de su mochila. Podrían haber sido los autores de su muerte, pero era poco probable que después hubieran avisado a la policía de la presencia del cadáver ahorcado. Tampoco se habrían llevado el dinero si pretendían que la muerte pareciese un suicidio. En todo caso, por lo que el Tembleques había averiguado, Jude llevaba muerto un día o más cuando se halló su cuerpo.

A su juicio, todo eso indicaba que la persona que había comunicado el homicidio y la persona que se había llevado el dinero y había revuelto las pertenencias de Jude eran la misma, y el Tembleques se inclinaba a pensar que acaso fuera uno de los suyos, una persona de la calle. Un sin techo de la ciudad se había tropezado por casualidad con el lugar donde Jude dormía o, más probablemente, había ido allí en busca de Jude. Había corrido la voz: Jude reclamaba sus préstamos. Necesitaba dinero. La persona desconocida podía haber estado buscando a Jude a fin de pagar sus deudas, pero en la calle también había gente muy capaz de seguir el rastro a Jude con la intención de robarle el dinero que pudiera haber acumulado. Daba igual: de un modo u otro, alguien había encontrado a Jude ahorcado en ese sótano y había saqueado sus pertenencias a la sombra de su cadáver.

El Tembleques sabía muy bien que 127 dólares eran mucho dinero para alguien que vivía a duras penas con un par de pavos al día. Sentiría el impulso de celebrarlo: alcohol, o quizás algo más fuerte, y comida rápida, comprada, no rescatada de la basura. Con la bebida y los estupefacientes la gente se volvía descuidada. Empezaría a circular el rumor de que uno de los suyos había obtenido ingresos imprevistos.

Para cuando el Tembleques regresó a su tienda de campaña en Back Cove Park, ya tenía un nombre.

El Lumbreras.

A la mañana siguiente el Tembleques no se puso en la cola del refugio a la hora del desayuno. Se mantuvo a distancia y acarició con el dedo el papel que llevaba en el bolsillo. Lo había encontrado en el tablón de anuncios de Preble Street. El detective quería hablar con él. El Tembleques había memorizado el número; aun así, se quedó el papel, por si acaso. Era consciente de que los años de vida en las calles le habían deteriorado el cerebro. A veces miraba la esfera de un reloj y veía las manecillas que señalaban los números, pero era incapaz de decir la hora. O podía estar en una tienda, viendo claramente en la etiqueta el precio de un paquete de seis cervezas o de una botella de aguardiente, con las monedas ya listas en la mano para pagar, y no establecer la conexión entre el coste de la bebida y el dinero en su poder.

Ahora, al amparo de un portal en Cumberland Avenue, repitió el número de teléfono móvil para sí. Se había planteado llamar al detective e informarle de lo que sabía, pero antes quería asegurarse. Quería presentar al detective pruebas sólidas. Quería demostrar su valía, tanto por sí mismo como por Jude, y por eso decidió permanecer allí en la penumbra y observar cómo los otros sin techo se congregaban para el desayuno.

No tardó en localizar al Lumbreras. Llegó poco antes de las ocho, con la mochila a la espalda. Sus botas atrajeron enseguida la fina vista del Tembleques. Eran unas Timberland de color tostado, muy superiores al calzado que el Lumbreras solía usar. Cabía la posibilidad de que las hubiera encontrado, pero, por otro lado, eran uno de esos artículos que vendían a veces en las tiendas de Goodwill y que incluso un zoquete como el Lumbreras, con dinero en el bolsillo, tendría la sensatez de adquirir. Un buen par de botas mantenían los pies abrigados y secos, y facilitaban un poco las caminatas por las calles. Observó al Lumbreras intercambiar saludos con aquellos a quienes conocía, pero apenas habló con nadie. El Lumbreras siempre había sido un solitario, en parte por decisión suya, pero también porque no era digno de confianza. Había personas a quienes uno podía dejarles la mochila y saber que quedaba a buen recaudo, que el contenido no sería registrado y que los objetos de valor —calcetines, ropa interior, una chocolatina, un abrelatas, una cantimplora— no desaparecerían. El Lumbreras no era una de ellas, y más de una vez había recibido una paliza por sus hurtos.

El Tembleques había averiguado que el Lumbreras llevaba varios días de borrachera en borrachera, y por todo lo alto: alcohol de grano Mohawk de 95 grados y *bourbon* Old Crow, una botella detrás de otra. En una actitud muy propia de él, el Lumbreras se había negado a compartir el contenido de su bar portátil. De haberlo hecho, quizá no habrían corrido tantos murmullos de descontento.

El Tembleques no siguió al Lumbreras al interior del refugio. Prefirió esperar en la calle mordisqueando un bagel del día anterior. Lo conocían en casi todas las panaderías y cafeterías de la ciudad, y rara vez salía de ellas sin que le ofrecieran algo

de comer. Como cliente dispensado de pago, procuraba repartir de manera equitativa sus visitas, y a esas alturas tenía una rutina semanal: tal sitio el lunes por la mañana, tal otro el martes, tal otro el miércoles... Al final, la gente ya lo esperaba, y si alguna vez no aparecía, después, cuando regresaba, le hacían preguntas: ¿Qué pasó? ¿Has estado enfermo? ¿Te encuentras bien? El Tembleques siempre contestaba la verdad. Nunca pretextaba una enfermedad cuando no la había, y nunca mentía. No poseía gran cosa, razón por la cual para él era aún más importante conservar cierta apariencia de dignidad y honor.

El Lumbreras salió al cabo de una hora. El Tembleques sabía que había comido e ido al cuarto de baño. Probablemente llevaba en el bolsillo medio bagel o una tostada envuelta en una servilleta para más tarde. El Tembleques dejó que el Lumbreras se adelantara un poco y después lo siguió. Cuando el Lumbreras, al llegar a Congress Square Park, se detuvo a hablar con una mujer conocida como Frannie, el Tembleques se metió en un Starbucks de la acera de enfrente y tomó asiento junto al ventanal. Con el brazo lisiado, y la postura ligeramente encorvada que acompañaba esa deformidad, se sentía el espía más inverosímil del mundo. Un elefante en misión secreta habría llamado menos la atención. Por suerte, era al Lumbreras a quien seguía. El Lumbreras era tonto y vivía ensimismado. Se le daba casi tan mal como a la gente normal advertir lo que ocurría a su alrededor.

Portland estaba cambiando. El viejo hotel Eastland, adquirido por una gran cadena —el Tembleques había perdido la cuenta de los hoteles y restaurantes nuevos que habían aparecido en la ciudad en los últimos años—, se hallaba en reformas y, al parecer, parte de Congress Park, la vieja plaza situada en la esquina de Congress con High, se vendería a los nuevos propietarios del hotel. Antes había en esa esquina un Dunkin' Donuts, que en su día se convirtió en lugar de reunión para los sin techo de la ciudad, pero había desaparecido hacía ya tiempo. A veces el Tembleques pensaba que los sucesivos comercios establecidos en ese lugar eran tan fugaces como algunas de las personas que frecuentaban las intermediaciones. A lo largo de los años aquello había sido una lavandería, un Walgreens, el hotel Congress Square y, mucho tiempo atrás, unas toscas casas de madera. Ahora era un espacio de ladrillo y cemento, con una zona a un nivel más bajo en el centro y unos cuantos arriates, donde la gente como el Lumbreras y Frannie podían ocuparse de sus asuntos.

El encuentro del Lumbreras con Frannie acabó en trifulca: ella lo insultó a gritos y él la amenazó con molerla a palos. El Tembleques deseó suerte al Lumbreras. Frannie llevaba en las calles una década o más, y el Tembleques prefería no pensar siquiera en los malos tratos que había padecido y a los que había sobrevivido en todo ese tiempo. Según contaban, una vez le arrancó la nariz de un mordisco a un hombre que intentó violarla. Posteriormente eso se calificó de exageración: no le arrancó la nariz de un mordisco, decían los entendidos en tales asuntos, sino sólo el cartílago situado bajo el hueso nasal. El Tembleques imaginó que eso debió de llevarle su tiempo, porque Frannie no tenía más de media docena de dientes dignos de ese

nombre. Se la representó agarrando al hombre por las orejas y royéndole la nariz con sus desiguales restos dentales. Se estremeció.

Siguió al Lumbreras durante dos horas, observándolo mientras buscaba monedas en los teléfonos públicos y alrededor de los parquímetros y escarbaba sin mucho interés en los cubos de basura por si encontraba algún casco o lata de refresco retornable. En el cruce de Congress con Deering Avenue, el Lumbreras tomó por Deering y pasó por delante del centro de desintoxicación de alcohólicos Skip Murphy. Se quedó un rato enfrente, pero el Tembleques no entendió por qué. El centro sólo aceptaba a quienes tenían un empleo a jornada completa o a estudiantes con algún tipo de ingreso. Es más, sólo admitía a las personas con un firme propósito de mejorar, y para el Lumbreras la única opción real de mejora era morirse. Tal vez conocía a alguien allí dentro, y si era así, el pobre desdichado en cuestión haría bien en eludir al Lumbreras, porque el Tembleques lo consideraba muy capaz de intentar arrastrar de vuelta a su terreno a cualquiera que hubiese emprendido el programa de recuperación en doce pasos. Esa sería la única razón por la que el Lumbreras quizás ofreciera su botella a alguien. Desgracia compartida, menos sentida, pero compartir la condenación ya era el súmmum.

El Lumbreras reanudó su camino, seguido por el Tembleques, y por fin llegaron al escondrijo del Lumbreras, donde guardaba todo aquello que no podía o no quería llevar encima. Algunos utilizaban un carrito de supermercado para transportar sus pertenencias, pero eran sobre todo aquellos que pretendían ganar algo con lo que rescataban de la basura. El Lumbreras carecía de esa clase de determinación. Había escondido todo aquello digno de guardarse detrás de un almacén en St. John Street, camuflándolo entre los arbustos junto a un contenedor que al parecer no se vaciaba desde la invención del plástico. Cuando el Tembleques dobló la esquina, se hallaba agachado ante los arbustos, y tan absorto en lo que hacía que no lo oyó acercarse.

—Eh —saludó el Tembleques.

El Lumbreras estaba en cuclillas, de espaldas al Tembleques. Miró por encima del hombro, pero no hizo ademán de levantarse. El Tembleques lo vio mover la mano derecha entre el follaje.

—Eh —contestó el Lumbreras.

Seguía buscando a tientas con la mano. El Tembleques, al ver su sonrisa, supo que había encontrado lo que buscaba. Un cristal destelló bajo la luz del sol cuando el Lumbreras retiró la mano. Empezó a erguirse, pero el Tembleques fue más rápido que él. Quizás algunos lo llamaran tullido a sus espaldas, pero no era un inválido ni mucho menos. Echó el pie izquierdo al frente con firmeza y trazó un vigoroso arco con el derecho. Alcanzó al Lumbreras a un lado de la cabeza con la puntera de la bota. El Lumbreras dejó escapar un único gañido y se desplomó de costado. La botella vacía de Old Crow se le cayó de la mano y rodó por el suelo. El Tembleques lanzó un segundo puntapié al Lumbreras, para mayor seguridad y porque le apetecía. El Lumbreras nunca le había caído bien. Jude tampoco lo apreciaba mucho, pero su

código ético personal le impedía volverle la espalda. La actitud de Jude para con el Lumbreras era, a juicio del Tembleques, la prueba inequívoca de que su difunto amigo no carecía de defectos.

Esta vez el Tembleques golpeó al Lumbreras de refilón en la barbilla. El Lumbreras empezó a alejarse a rastras, y el Tembleques lo remató con un punterazo en la entepierna desde atrás. El Lumbreras dejó de moverse. Tendido en el suelo, con las manos ahuecadas en las ingles, emitió gemidos ahogados.

La brisa de la noche anterior había cesado, y ahora el aire estaba quieto. El Tembleques empezó a registrar las pertenencias del Lumbreras. Tardó sólo un minuto en encontrar la vieja bolsa de lona de Jude. Jude la utilizaba para transportar lo que llamaba «lo esencial»: toallitas, el cepillo de dientes, un peine, y el libro que estuviese leyendo en ese momento. Pequeña como era, se acarrea fácilmente, pero a la vez tenía cabida suficiente para contener cualquier tesoro que pudiera hallar entre la basura en el camino, antes de dejar su mochila principal en una taquilla de Amistad. El Lumbreras debió de meter ahí los objetos valiosos de Jude antes de marcharse del sótano.

El Tembleques se dejó caer contra el contenedor. Ver la bolsa, tocarla con sus manos, lo llevó a tomar conciencia nuevamente, con toda claridad, de que Jude se había ido. Rompió a llorar. El Lumbreras lo miró desde el suelo. Tenía los ojos vidriosos y sangraba por la boca.

—Tú le quitaste esto —le acusó el Tembleques—. Se lo quitaste cuando su cuerpo aún estaba caliente.

—Su cuerpo no estaba caliente —replicó el Lumbreras—. Estaba frío como el mármol.

Intentó incorporarse, pero aún le dolían los huevos. Meciéndose de dolor, volvió a tumbarse, pero consiguió seguir hablando.

—Además, Jude habría querido que me lo quedara. Él no podía llevárselo. Si hubiera podido hablar, me lo habría dicho él mismo.

Dios santo, cómo detestaba el Tembleques a ese individuo. Lamentó no haberle pateado los huevos con más fuerza: si le hubiera atizado con ganas, se le habrían subido a la garganta y se habría ahogado.

—Aunque él te lo hubiera dado, no habrías merecido quedártelo —dijo el Tembleques.

En la bolsa encontró lo que quedaba del dinero de Jude —43 dólares, todavía sujetos con la misma goma elástica— y el dentífrico y el peine de Jude. Las toallitas habían desaparecido. Curiosamente, el libro que Jude estaba leyendo en el momento de su muerte, una historia arquitectónica de las primeras iglesias de Inglaterra, se hallaba también entre los libros robados por el Lumbreras. Jude lo había encargado especialmente, recordó el Tembleques. En la librería Longfellow le habían encontrado un ejemplar de bolsillo, y se negaron a cobrárselo. Jude lo había recogido unos días antes de morir, poco después de volver de su más reciente viaje al norte. El

Tembleques lo había considerado una manifestación más del insaciable intelecto de Jude, pero en el caso de este libro la actitud de su amigo había sido distinta. No le había hablado de él al Tembleques, como tampoco le había revelado adónde iba exactamente las dos últimas veces que se marchó de Portland.

—¿A Bangor? —había insistido el Tembleques.

—No tiene importancia.

—¿Crees que tu hija sigue allí?

—No, creo que se fue... a otro sitio.

—¿La has encontrado?

—Todavía no.

Jude había empezado a señalar las páginas mientras leía. El Tembleques hojeó el libro, y cayeron unos billetes de autocar. Intentó cogerlos, pero en ese instante el viento se levantó otra vez, como surgido de la nada, y le arrebató los billetes. Los arrastró hasta un zarzal, y el Tembleques se arañó la mano derecha al intentar rescatarlos. Estuvo a punto de desistir, pero no había llegado hasta ahí para renunciar a algo que tal vez le fuera útil al detective. Se arrodilló y metió el brazo entre las zarzas, indiferente al dolor y a los daños en el abrigo.

—Maldita sea —susurró—. Maldito sea este zarzal.

—No —dijo una voz a sus espaldas—. Maldito seas tú, pedazo de capullo.

La luz del sol se reflejó otra vez en la botella de Old Crow. En esta ocasión no se alejó rodando, sino que se estrelló contra el cráneo del Tembleques.

El Tembleques recobró el conocimiento mientras el auxiliar médico le curaba las heridas. Más tarde se enteraría de que un conductor, al entrar en el solar para dar la vuelta, lo vio tendido en el suelo y pensó que estaba muerto.

—Habrás que darle unos puntos —dijo el auxiliar.

Su colega y él llevaban guantes de plástico azules manchados de sangre, sangre del Tembleques. Este intentó levantarse pero lo obligaron a permanecer inmóvil.

—Quédese quieto. Nosotros nos ocuparemos de usted.

El Tembleques notó algo en la mano derecha. Miró y vio los billetes de autocar, arrugados en su puño. Se los metió cuidadosamente en el bolsillo del abrigo y rozó con los dedos el papel con el número de teléfono del detective.

—¿Tiene a alguien a quien podamos llamar? —preguntó el auxiliar, y el Tembleques comprendió que no sabían que era un sin techo. Había llevado la ropa a la lavandería el día anterior, y se había duchado y afeitado en Amistad mientras la ropa se secaba.

—Sí —dijo el Tembleques, y a pesar del golpe en la cabeza recitó de memoria el número de móvil del detective antes de volver a perder el conocimiento.

Para cuando llegué al Maine Medical, un médico había extraído las esquirlas de cristal del cuero cabelludo del Tembleques y le había cosido la brecha. Estaba aturdido por el suave sedante que le habían administrado, pero no iba a quedarse ingresado esa noche. En la radiografía no se observó fractura de cráneo. Simplemente tendría un dolor de cabeza espantoso, y daba la impresión de que el cuero cabelludo se lo había cosido Victor Frankenstein.

Me señaló en silencio sus pertenencias, que se hallaban en una bolsa de plástico. La enfermera me dijo que, antes de desmayarse detrás del almacén, insistió en que los auxiliares recuperaran su libro. Este también estaba en la bolsa.

—¿Una historia de las primeras iglesias inglesas? —pregunté, sosteniéndolo en alto ante el Tembleques, que yacía en la camilla con ojos soñolientos—. Debo decir que me sorprende.

El Tembleques tragó saliva con dificultad y señaló la jarra de agua cercana. Le serví un vaso y se lo acerqué a la boca. Sólo se derramó un poco.

—Era de un amigo —dijo.

—¿De Jude?

Asintió, pero quedó claro que con el gesto se le resintió la cabeza, porque hizo una mueca de dolor y no intentó repetirlo.

—El abrigo —dijo.

Registré los bolsillos de su abrigo hasta encontrar los billetes de autocar, junto con el papel donde constaba mi número de móvil. Los billetes eran de dos viajes de ida y vuelta de Portland a Bangor con la compañía Concord, y de otros dos viajes de ida y vuelta en el autocar de la línea regular de Cyr Bus que comunicaba Bangor con Aroostook y varios puntos intermedios, esta vez desde Bangor hasta Medway, en el condado de Penobscot.

—¿De dónde sacó el dinero para estos billetes? —pregunté al Tembleques—. ¿De otros préstamos anteriores que reclamó?

—Supongo —contestó el Tembleques—. Y de cascos y latas retornables.

Los indigentes de Portland, como otras muchas personas en su situación, obtenían un poco de dinero rescatando de la basura envases de bebidas. La noche de los martes era especialmente fructífera, porque los miércoles se recogían los desechos reciclables.

—¿Dijo para qué quería ir a Medway?

—No.

—Pero seguramente tenía que ver con su hija, ¿verdad?

—Sí. Esas últimas semanas todo tenía que ver con su hija.

Volví a mirar los billetes. Las principales razones para viajar hasta Medway eran la caza, la pesca, los paseos en motonieve y el esquí, y no me imaginaba a Jude en ninguna de esas actividades, tanto si era temporada como si no. Quizá su hija había

acabado allí, pero en esa época del año el movimiento en la zona era mínimo. Tarde o temprano la nieve empezaría a derretirse, pero a eso seguiría un periodo de calma hasta que llegaran los turistas de verano.

Hojeé el libro. Ahí había algo, algo que no acababa de identificar. Algo que danzaba en la periferia de mi conciencia. Maine y las iglesias inglesas.

De pronto caí en la cuenta: un pueblo con una iglesia antigua, una iglesia inglesa.

—Prosperous —dije en voz alta, y una enfermera me dirigió una mirada de curiosidad—. Pero ¿qué demonios hacía Jude en Prosperous?

La policía no tardó mucho en encontrar al Lumbreras. Después de comprar una botella de dos litros de ginebra Caldwell, había descubierto un lugar tranquilo donde bebérsela en Baxter Woods. Ni siquiera se había molestado en deshacerse de los objetos afanados en el sótano de Jude. Una vez esposado y metido en el asiento trasero del coche, el Lumbreras, sin necesidad de preguntárselo, declaró que no se arrepentía de haber golpeado al Tembleques con la botella vacía de Old Crow.

—Le habría pegado con una llena —dijo— si hubiese podido permitírmelo.

Cuando lo interrogaron en la jefatura de policía de Portland, el Lumbreras, algo más sobrio, aportó muy poco a lo que ya se sabía sobre la muerte de Jude. El Tembleques prefirió no presentar cargos por la agresión, aduciendo: «Jude no habría querido que lo hiciera». Aunque, claro está, Jude había muerto, y no era él quien había recibido el botellazo en la cabeza.

Reservaron una cama para el Tembleques en uno de los refugios, y el personal accedió a tenerlo bajo observación por si aparecía algún síntoma de conmoción cerebral. Se lo veía cómodo cuando hablé con él acerca del Lumbreras, pero un refugio temporal no parecía el sitio ideal para recuperarse de una herida en la cabeza. Quiso la fortuna que Terrill Nix fuera uno de los primeros agentes en acudir al lugar de la agresión, y los dos acordamos ver si podía hacerse algo para dar prioridad al Tembleques en la lista de asignación de alojamiento a cambio de sus esfuerzos en la localización del Lumbreras.

La policía siguió interrogando al Lumbreras acerca de Jude, y lo que podía haber visto o no haber visto en el sótano. El Lumbreras no fue muy útil en ese sentido, no por renuencia, sino porque no había visto nada aparte del cadáver de Jude y la posibilidad de acceder a sus pertenencias. La policía podía haber presentado cargos contra el Lumbreras por un hurto menor, dado que el valor total del dinero en efectivo y los enseres apropiados en el sótano no superaba los quinientos dólares, y por alterar el posible escenario de un crimen, pero al final se decidió devolverlo a las calles sin más. Los sistemas judicial y penitenciario ya estaban bastante saturados, y era poco probable que un periodo entre rejas tuviera, para bien o para mal, gran incidencia en el Lumbreras.

Macy se reunió con Nix mientras yo estaba en el hospital, y le mencioné los

billetes de autocar, y el libro sobre arquitectura de iglesias.

—¿Qué demonios hacía una persona como Jude en Prosperous? —preguntó ella.

—¿Sabes?, eso ha sido exactamente lo mismo que me he preguntado yo —contesté.

—Déjame adivinar —dijo Macy—. Vas a hacer una visita a Prosperous en un futuro cercano.

—Probablemente.

—He hablado con mi teniente —continuó Macy—, y en su opinión todo esto no es más que complicar algo que debería ser muy sencillo. Hay trabajo suficiente para mantenernos ocupados durante los próximos doce meses sin necesidad de añadir el caso de Jude a la lista. Según él, por ahora deberíamos dejarlo correr. Pero no me desentenderé. Si descubres algo sólido, házmelo saber. ¿Terrill?

Miró a Nix para consultar su parecer. Tuve que admirar la manera de trabajar de Macy. Muchos inspectores no se habrían dignado incluir a un agente en una conversación como esa, y menos aún pedirle su opinión. El posible inconveniente era que el inspector podía dar una apariencia de indecisión, o que al final los agentes se consideraran con derecho a meter baza sin invitación previa, pero me dio la impresión de que Macy no tendría esos problemas. No hacía demasiadas concesiones, hacía sólo las justas.

Nix eligió el camino más fácil.

—Cuanto más lo consulto con la almohada, más me parece que ese hombre dio el salto por voluntad propia. Hablé con uno de los psiquiatras del Centro de Ayuda de Portland. Dijo que Jude había sido depresivo durante la mayor parte de su vida. Esa era una de las razones por las que no podía permanecer en el alojamiento que le buscaban. Le entraba la depresión y volvía a las calles.

Entendí la postura de Macy y Nix. Jude no era una bonita estudiante de la Universidad del Sur de Maine, ni una enfermera, ni un prometedor alumno de instituto, y el relato de su muerte, por incompleto que fuese, ya se había escrito y aceptado. En otro tiempo yo mismo había actuado así.

—¿Alguien preguntó al Lumbreras por un cuchillo? —quise saber. Aún no veía claro cómo había cortado Jude la cuerda, en el supuesto de que lo hubiese hecho él mismo.

—Mierda —dijo Macy.

Salió e hizo una llamada. Cuando regresó, se la veía preocupada.

—El Lumbreras tenía una navaja en su haber cuando lo detuvimos, pero sostiene que es suya. No recuerda haber visto un cuchillo en el lugar de los hechos. Pero podría ser mentira, y admite que estuvo borracho la mayor parte del tiempo que pasó en el sótano. No creo que el Lumbreras recuerde gran cosa de nada, ni siquiera en sus mejores momentos.

Parecía hablar para convencerse más a sí misma que a mí. Lo dejé correr. La semilla estaba plantada. Si echaba raíces, tanto mejor.

Macy se marchó con Nix. La observé mientras se alejaba. Un médico que pasaba la observó también.

—Maldita sea —dijo.

—Sí —contesté—. Eso mismo pienso yo.

Cuando volví a ver a Macy, me estaba muriendo.

La casa de Harry y Erin Dixon se sumió en un ánimo sombrío cuando el jefe Morland y Hayley Conyer se marcharon. La visita de cualquiera de los dos habría bastado para inquietar a los Dixon en el mejor de los casos, dado que eran los habitantes más poderosos de Prosperous, aun cuando Morland no perteneciese al consejo. Pero una visita de los dos juntos, y más en esas circunstancias, era suficiente para llevar a Harry y Erin al límite de su aguante.

Habían dejado escapar a la chica porque deseaban liberarse de esa locura —y quizá porque les recordaba a la hija que nunca habían tenido pero siempre habían deseado—, y ahora se veían arrastrados más aún a la locura del pueblo sólo por haber actuado como era debido. En cierto modo, pensó Erin, tal vez fuera la conmoción que necesitaban. Habían puesto ya en entredicho algo de su propio letargo, de su conformidad con los edictos del pueblo, o de lo contrario no habrían actuado así, dejando ir a la chica. Ahora, ante la perspectiva de secuestrar a una sustituta, se disipaba definitivamente toda falsa ilusión.

A medida que vieron las cosas con mayor claridad, aumentó también su desesperación por marcharse de Prosperous, pero de momento ninguno de los dos había hablado de la misión que ahora les imponían. En mayor o menor grado —mayor en el caso de Harry, menor en el caso de su mujer—, los dos eran como niños: albergaban la esperanza de que, si volvían la espalda, acaso el problema desapareciese o se presentase por sí sola alguna otra solución. Harry, en particular, se había sumido en la negación. A su pesar, casi deseaba que una chica extraviada —una indigente, una fugitiva— pasara por Prosperous, o fuera recogida en la carretera por algún concejal: un hombre mayor y de apariencia fiable, como Thomas Souleby o Calder Ayton, que se prestara a llevarla al pueblo y comprarle jabón y un bocadillo en Gertrude's. Se disculparía para ir al lavabo, y entonces se desarrollaría una conversación a puerta cerrada. Una mujer, una figura materna, se acercaría a la chica. Le expresaría su preocupación. Le ofrecería un lugar donde alojarse, aunque fuera sólo durante una o dos noches, para darle ocasión de adecentarse. Incluso podría haber trabajo para ella en Gertrude's si quería. En Gertrude's siempre escaseaba el personal. Sí, eso daría resultado; eso serviría. Eso aliviaría la presión a que se hallaban sometidos Harry y Erin, y así podrían seguir planeando su futura huida. Sí, sí...

Pasó un día. Harry evitó hablar con su mujer, buscando excusas para mantenerse alejado de ella. No era así como había durado tanto tiempo su matrimonio. Ciertamente, Harry se resistía a veces a participar en conversaciones sobre los sentimientos, heridos o no, pero había acabado aceptando su valor. Si bien Erin no podía saber qué dirección tomaban los pensamientos de su marido, lo conocía lo suficiente para adivinarlos.

*Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz...*

Él a veces recitaba ese texto de las sagradas escrituras —el Evangelio según san Lucas 22:42, si Erin no recordaba mal— ante dificultades menores, como cuando ella le pedía que sacara la basura bajo la lluvia o, a veces —irritantemente—, cuando se disponían a hacer el amor. Su marido tenía sus flaquezas. Erin no se hacía ilusiones a ese respecto; tal como él, suponía Erin, era consciente de las de ella, por más que ella se complaciera en pensar que las suyas eran más leves, de menor trascendencia. Harry era poco amigo de los enfrentamientos, y no se le daba bien tomar decisiones importantes. Prefería que la responsabilidad de estas recayera en las circunstancias, ya que así no sería él el culpable si las consecuencias eran negativas. Erin nunca lo había expresado de viva voz, pero algunos de sus problemas económicos quizá podrían haberse evitado si su marido hubiese mostrado un poco más de temple, una pizca más de firmeza.

Pero ¿lo habría querido tanto entonces? Ese era el quid de la cuestión.

Al igual que su marido, ella asistía a la iglesia todos los domingos. Se congregaban allí la mayoría de los vecinos de Prosperous. Había baptistas y metodistas y católicos. Algunos incluso se acogían a esas iglesias a pie de carretera cuya confesión no estaba clara ni para los propios fieles. Creían y a la vez no creían. Comprendían la diferencia entre lo remoto y lo inmanente, entre el creador y lo creado. Pero Erin obtenía más consuelo de los rituales que su marido. Se daba cuenta de que él desconectaba durante los oficios, porque tenía poco o ningún interés en la religión organizada. Para él, el culto dominical era una válvula de escape, pero sólo en el sentido de que le proporcionaba cierta paz y sosiego para pensar, para abandonarse a sus ensoñaciones o, de vez en cuando, para echarse una cabezada. Erin en cambio sí prestaba atención. No estaba de acuerdo con todo lo que oía, pero gran parte de ello era inapelable. Vivir con decencia, ¿o, si no, qué sentido tenía la vida?

Y los vecinos de Prosperous vivían con decencia, y en casi todos los aspectos de la vida se comportaban debidamente. Hacían donaciones benéficas. Cuidaban el medio ambiente. Toleraban —no, acogían— a gays y lesbianas. Tanto los conservadores a ultranza como los progresistas radicales encontraban su lugar en Prosperous. A cambio, el pueblo gozaba de una bendición: la buena fortuna.

Sólo que, a veces, el pueblo tenía que dar un empujoncito a la fortuna.

Pero si su marido hubiese prestado un poco más de atención a lo que se decía en los oficios, y leído la Biblia en lugar de elegir citas a bulto, tal vez habría recordado la segunda parte de ese versículo que tanto le gustaba esgrimir cuando ella empezaba a acariciarle el cuello con los labios a altas horas de la noche.

*... pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.*

Era la voluntad de Prosperous la que debía hacerse.

—Tenemos que hablar del tema —dijo Erin cuando se sentaron a la mesa para cenar a una hora temprana. Había preparado un estofado, pero hasta ese momento los dos se habían limitado a poco más que jugar con la comida en el plato.

—No hay nada de qué hablar —respondió Harry.

—¿Cómo? —Erin miró a su marido con absoluta incredulidad—. ¿Has perdido la razón? Quieren que secuestremos a una chica. Si no lo hacemos, nos matarán.

—Ya ocurrirá algo —dijo Harry.

Se obligó a comer un poco de estofado. Era extraño —o quizá no fuera extraño en absoluto—, pero desde que el jefe Morland y él habían enterrado a la chica, sentía cierto rechazo a la carne. Consumía mucho queso, y pan con mantequilla de cacahuete. El estofado tenía un sabor tan fuerte que se vio obligado a contenerse para no escupirlo en el plato. De algún modo consiguió masticarlo el tiempo suficiente para poder tragarlo. Separó la carne de las verduras y las patatas, y procedió a comerse estas últimas.

—No nos matarán —dijo—. No pueden. El pueblo ha sobrevivido porque no hace daño a los suyos. Eso el consejo lo sabe. Si nos matan, otros empezarán a temer que luego les toque a ellos. El consejo perderá el control.

O lo aumentará, pensó Erin. A veces era necesario dar ejemplo, sólo para mantener a raya a los demás, y la mayoría de los vecinos del pueblo —los que estaban enterados, los que participaban— tendrían poca paciencia con todo aquel que pusiese en peligro el presente y el futuro de Prosperous. Los vecinos que pudieran sentir cierta compasión por los apuros de los Dixon eran aquellos que más se parecían a ellos, los que pasaban dificultades en secreto. Pero no existía la menor probabilidad de que estos se volvieran contra Prosperous una vez que desaparecieran los Dixon, siempre y cuando el jefe Morland y Hayley Conyer no se presentaran ante su puerta y les exigieran que fueran en busca de una muchacha. Los jóvenes varones no daban el mismo resultado. Eso Prosperous lo había aprendido hacía mucho tiempo.

—Te equivocas —dijo Erin—. Y tú lo sabes.

Él se resistía a mirarla. Ensartó media patata con el tenedor y se la llevó a la boca.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó él.

—Tenemos que contárselo a alguien.

—No.

—Escucha...

—¡No!

Ella se encogió. Harry rara vez levantaba la voz, ni en momentos de alegría ni, desde luego, en arranques de ira. Esa era una de las razones por las que tanto la había atraído. Harry era como un árbol fuerte: podían azotarlo las tormentas, pero siempre permanecía bien arraigado. El inconveniente de ese talante era que tendía a reaccionar más que a actuar, y sólo cuando no le quedaba otra opción. Ahora se encontraba en una situación que siempre había esperado eludir, y dado que no sabía cómo salir de ella, había respondido con la inercia, unida a una peculiar y errónea fe en una combinación de suerte y la posibilidad de que el consejo cambiara de idea.

—Ya me ocuparé yo —dijo Harry.

Hablaba de nuevo en su tono habitual. Ese breve destello de ira, de energía, había pasado, y Erin lo lamentó. Cualquier cosa era mejor que esa lasitud.

Antes de que pudiera continuar, llamaron a la puerta. No habían oído acercarse ningún coche, ni habían visto luces.

Harry se puso en pie. Procuró no plantearse quién podía haber ahí fuera: Morland, para echar otro vistazo al sótano y analizar de nuevo cómo había escapado la chica; o Hayley Conyer, para interesarse en sus avances, para ver si habían empezado ya a rastrear las calles.

Pero no era ninguno de los dos. Ante la puerta estaba el hijo de Luke Joblin, Bryan, con una bolsa a los pies. Bryan tenía veintiséis o veintisiete años, si Harry no recordaba mal. Realizaba algunos trabajos pesados para su padre, y se le daban bien las tareas manuales. Harry había visto algún que otro mueble hecho por Bryan, y había quedado favorablemente impresionado. Pero el muchacho carecía de disciplina. No se esforzaba en desarrollar sus aptitudes. No quería ser ebanista, ni carpintero, ni dedicarse a hacer muebles. Básicamente le gustaba la caza, en temporada y fuera de temporada. Podía ser cualquier cosa, desde un cuervo hasta un alce: Bryan Joblin disfrutaba intentando matarlo.

—¿Bryan? —dijo Harry—. ¿Qué haces aquí?

—Mi padre se ha enterado de que quizá necesiten ustedes un poco de ayuda —respondió Bryan. A Harry no le gustó el brillo que vio en su mirada. No le gustó nada—. Me ha sugerido que me quede con ustedes durante una o dos semanas. Ya me entiende, hasta que tengan las cosas otra vez bajo control.

Sólo entonces vio Harry la funda de rifle. Un Remington 700 de calibre 30-06. Se lo había visto a Bryan más de una vez.

Harry no se movió. Sintió la presencia de Erin a sus espaldas, y sólo tomó conciencia de su propio temblor cuando ella apoyó la mano en su hombro.

—No hay problema, ¿verdad, señor Dixon? —preguntó Bryan, y su tono dejó claro que la pregunta tenía una sola respuesta correcta.

—No, ningún problema —respondió Harry.

Retrocedió para dejar pasar a Bryan. El chico cogió su bolsa y su arma y entró. Saludó a Erin con un gesto —«Señora Dixon»—, y la comida de la mesa captó su atención.

—Estofado —dijo—. Huele bien.

Erin no había apartado los ojos de Harry. De pronto se miraron en presencia del joven Joblin, y lo supieron.

—Te enseñaré tu habitación, Bryan —se ofreció Erin—, y luego puedes cenar con nosotros. Hay comida de sobra.

Harry la observó mientras lo guiaba por el pasillo hasta la habitación de invitados. Cuando los dos se perdieron de vista, Harry se llevó las manos a la cara y apoyó la espalda en la pared. Seguía en esa postura cuando Erin regresó. Ella le besó el cuello y se dejó envolver por su aroma.

—Tenías razón —susurró él—. Se han vuelto contra nosotros.

—¿Qué vamos a hacer?

Harry contestó sin vacilar.  
—Huiremos.

El lobo sufría. La herida de la pata se agravaba. A causa del dolor y el miedo iniciales se había alejado del lugar donde fue aniquilada su manada, pero ahora le costaba recorrer incluso distancias cortas. En las profundidades de su conciencia el lobo comprendía el hecho de su propia agonía. Esta se manifestaba en forma de gradual oscurecimiento en torno a la luz, una persistente pérdida de claridad en la periferia de su visión.

El lobo temía a los hombres, sus sonidos y su olor, guardaba aún en su memoria la carnicería que habían ocasionado a orillas del río. Pero allí donde se congregaban los hombres también había comida. El lobo tenía que rebuscar entre los cubos y las bolsas de basura, pero así comía mejor de lo que había comido desde hacía semanas. Incluso había conseguido capturar a un pequeño perro mestizo que se había adentrado demasiado en el bosque. El lobo oyó cómo unos hombres llamaban y silbaban al perro mientras él le destrozaba la garganta, pero el cuerpo de la presa apenas pesaba y pudo llevárselo entre las fauces. Lo alejó de los sonidos de la búsqueda y lo devoró hasta que quedaron sólo la piel y los huesos.

Pero eso no sació el hambre del lobo.

Ahora era de noche, y contraía el hocico. Captó el olor a carne descompuesta. Llegó al lugar donde el rastro era más fuerte y descubrió que la tierra estaba blanda y removida.

Indiferente al dolor en la pata herida, empezó a cavar.

## Segunda parte

### La trampa

—¡Dios mío! —exclama el noble caballero—, ¿será esto la Capilla Verde? Aquí podría cantar el propio Diablo a medianoche sus maitines.

Sir Gawain y el Caballero Verde

Prosperous era como muchos pueblos de Maine, sólo que esos pueblos, en su mayoría, se hallaban en la costa y debían su riqueza a turistas dispuestos a desembolsar cincuenta dólares sin pestañear por una boya langostera decorativa. Pero Prosperous quedaba muy a trasmano de las rutas turísticas y sus tiendas y empresas dependían del comercio local para conservar su solvencia. Al recorrer en coche la calle Mayor, me fijé en las farolas antiguas y en los escaparates bien cuidados. Además, no se veía nada semejante a una franquicia. Las dos cafeterías eran pequeñas y autóctonas, y la farmacia parecía remontarse a los tiempos en que se servían sanguijuelas con receta. El bar de Prosperous me recordó al Jacob Wirth's de Boston, incluido el viejo reloj colgado encima del letrero, y la tienda de abastos situada en el límite del pueblo podría haber formado parte de una calle del siglo XIX sin atraer una sola mirada de soslayo.

Esa mañana, en Portland, antes de emprender el viaje hacia el noroeste, había leído un poco acerca de Prosperous en la biblioteca de la Sociedad Histórica de Maine. En Prosperous, el índice de viviendas en propiedad alcanzaba casi el ciento por ciento, y el valor medio de los inmuebles dentro del término municipal superaba en un cincuenta por ciento, como mínimo, el promedio estatal. Lo mismo ocurría con los ingresos medios por familia y con el número de habitantes con estudios superiores, tanto licenciaturas como doctorados. En otro orden de cosas, si en Prosperous había algún habitante negro, estaba bien escondido, y lo mismo podía decirse de los asiáticos, los hispanos y los indios. De hecho, si las cifras del censo eran correctas, no residía en Prosperous ni una sola persona que no hubiera nacido allí. Curiosamente, las familias contaban con un número de miembros muy superior a la media del estado: casi cuatro, mientras que el promedio estatal era de 2,34. En ese pueblo, por lo visto, los hijos preferían quedarse en casa con sus papás.

Descubrí otro dato extraño sobre Prosperous. Si bien el porcentaje de veteranos del ejército era poco más o menos el que correspondía a una población de esas dimensiones, ninguno de los habitantes había recibido una herida fatal al servicio de su país. Ni uno solo. Todos habían vuelto a casa sanos y salvos. Esta hazaña extraordinaria había dado pie a la publicación de un artículo en el *Maine Sunday Telegram* tras el regreso, en 1975, del último soldado natural de Prosperous destinado a Vietnam. Según el pastor, un tal Watkyn Warraner, la buena fortuna del pueblo se debía al «poder de la oración». Su hijo, Michael Warraner, era el actual párroco del pueblo. Si bien existían varios templos católicos, baptistas, metodistas y presbiterianos en las localidades de los alrededores, la única iglesia dentro de los límites del pueblo era una pequeña capilla que llevaba el peculiar nombre de Congregación de Adán antes de Eva y Eva antes de Adán, y era la grey de esta la que al parecer se hallaba bajo la tutela de Michael Warraner.

Y era ahí donde las cosas se ponían de verdad interesantes: la iglesia de Prosperous, que era de piedra y tenía cabida para veinte personas escasas, había sido trasladada a Maine íntegramente desde el condado de Northumberland, en Inglaterra, a principios del siglo XVIII. Se marcó con meticulosidad cada piedra de la iglesia y se consignó su posición en la estructura; después se transportó todo como lastre en los barcos que llevaron a los fieles originales a Bridgeport, Connecticut, en 1703. Desde allí, los colonos viajaron al norte, hasta Maine, y al cabo de unas décadas fundaron por fin el pueblo de Prosperous y reconstruyeron su iglesia, que entretanto había permanecido almacenada.

La razón por la que abandonaron Northumberland, llevándose consigo su iglesia, fue la persecución religiosa. La Congregación, como se la conoció, era una rama de la Familia del Amor, o los familistas, secta religiosa surgida en Europa en el siglo XVI. La Familia del Amor era hermética, y se distinguía por su hostilidad a los forasteros, hasta el punto del homicidio, aunque eso bien podía ser propaganda antifamilista. El matrimonio y las segundas nupcias se realizaban siempre en el seno de la secta, y el carácter exacto de las creencias de sus seguidores se mantenía en secreto. Por lo que pude colegir, los familistas creían que el infierno y el cielo existían en la tierra, y que hubo un tiempo anterior a Adán y Eva. En el siglo XVII, la mayoría de los familistas se integraron en el movimiento cuáquero, a excepción de un pequeño grupo de miembros naturales de Northumberland, que rechazó toda relación formal con los cuáqueros o cualquier otra confesión y siguió rindiendo culto a su manera, pese a los esfuerzos del rey Carlos II para erradicar las iglesias inconformistas en Inglaterra. Todos los funcionarios municipales tenían la obligación de pertenecer a la Iglesia de Inglaterra; todos los clérigos debían utilizar el Libro de Oración Común, y quedaron prohibidas las reuniones religiosas no autorizadas de más de cinco personas a menos que todas fueran de la misma familia. Los familistas se hallaban entre quienes padecieron esa persecución.

Pero, al parecer, no fue fácil eliminar a la secta. Los familistas aprendieron a ocultarse adhiriéndose a confesiones establecidas a la vez que continuaban celebrando sus propios oficios en secreto, y mantuvieron esa farsa durante los peores años de la campaña contra los inconformistas. Por otra parte, como el matrimonio endogámico era común, podían sortear con facilidad la norma de las reuniones religiosas.

En 1689 el Parlamento de Londres aprobó la Ley de Tolerancia, que otorgaba a los inconformistas el derecho a sus propios maestros, predicadores y lugares de culto, pero por lo visto algunos familistas ya habían tomado la decisión de abandonar las costas de Inglaterra para siempre. Quizá simplemente se habían cansado de esconderse y habían perdido la fe en su propio Gobierno. El único indicio de profundo descontento lo encontré en las notas a pie de página de un texto titulado «La huida al oeste: las iglesias inconformistas y la bondad de Dios en los primeros asentamientos de Nueva Inglaterra», donde se afirmaba que los familistas integrantes

de la Congregación no tuvieron más remedio que marcharse de Inglaterra porque, de tan inconformistas, eran casi paganos.

Eso enlazaba con un par de párrafos del libro de Jude sobre la arquitectura de las iglesias, según los cuales la capilla de la Congregación se distinguía por sus esculturas, entre ellas numerosas «cabezas foliadas», parte de la tradición de decorar edificios cristianos con tallas de símbolos ancestrales de la fertilidad y espíritus de la naturaleza. En lugares de culto más antiguos estos adornos, por norma, se toleraban, o incluso gozaban de gran aceptación. Para los primeros patriarcas de la Iglesia, venían a ser un reconocimiento tácito del vínculo entre el hombre y la tierra en las comunidades agrarias. Ahora bien, en el caso del edificio que al final llegó a Maine, la opinión generalizada entre los detractores de la secta era que dichas cabezas no se consideraban simples elementos ornamentales: eran el objeto mismo de la veneración familista, y los símbolos cristianos constituían meros adornos secundarios. Mientras aparcaba a un paso de la calle Mayor, no acababa de explicarme que una feligresía obligada en otro tiempo a ocultarse concediera tanto valor a una iglesia antigua como para transportarla al otro lado del Atlántico. Esa podía ser una iglesia digna de verse.

El interior de la casa consistorial, un edificio de piedra rojiza del siglo XIX con una ampliación moderna en la parte de atrás, era luminoso y estaba limpio. Cuando pregunté por el jefe de policía, me indicaron una cómoda butaca y me ofrecieron un café mientras lo avisaban. El café llegó acompañado de una galleta en una servilleta. Si la espera se prolongaba mucho, quizás alguien me ofrecería una almohada y una manta. Dediqué esos minutos a contemplar las imágenes de Prosperous en el transcurso del tiempo, expuestas en las paredes. No había cambiado mucho a lo largo de los siglos. En esencia los nombres de las tiendas eran los mismos, y sólo los coches en las calles y la indumentaria de hombres y mujeres indicaban el paso del tiempo.

A mi derecha se abrió una puerta y apareció un hombre uniformado. Era más alto que yo, y más ancho de hombros. Llevaba bien planchada la camisa azul, y el cuello desabrochado dejaba entrever una camiseta de una blancura extraordinaria. Tenía el pelo castaño oscuro. Llevaba gafas bifocales sin montura, y una SIG al cinto. En conjunto, parecía un contable que hiciera ejercicio casi todas las tardes. Sólo sus ojos echaban a perder el efecto. Eran de color gris claro, el color de un cielo invernal que anunciaba nieve.

—Lucas Morland —se presentó, a la vez que me estrechaba la mano—. Soy el jefe de policía.

—Charlie Parker.

—Encantado de conocerlo, señor Parker —dijo él, y pareció sincero—. He leído mucho sobre usted. Veo que ya le han ofrecido un café. ¿Quiere otro?

Contesté que con ese me bastaba, y me invitó a entrar en su despacho. Costaba ver el color de las paredes porque eran tantos los certificados y premios allí colgados que la pintura resultaba superflua. Sobre su escritorio había varias fotografías de una

mujer morena y dos niños varones morenos. El jefe Morland no aparecía en ninguna. Me pregunté si estaría separado. Aunque, por otro lado, bien podía ser que, sencillamente, tomara él las fotografías. Corría el peligro de convertirme en uno de esos individuos que siempre ven «el vaso medio vacío». O «el vaso más vacío».

O quizás en uno de esos individuos que se preguntan: «¿Qué vaso?».

—Un pueblo muy bonito, el suyo —comenté.

—No es mío. Yo sólo cuido de él. Todos lo cuidamos, cada cual a su manera. ¿Está planteándose trasladarse aquí?

—No creo que pudiera pagar los impuestos.

—Inténtelo con el sueldo de un poli.

—Seguramente así empezó el comunismo. Más vale que no levante mucho la voz o empezarán a buscar otro jefe de policía.

Se recostó en su silla y entrelazó las manos ante su vientre. Noté que tenía un poco de barriga. Ese era el problema de los pueblos tranquilos: allí no había gran cosa que hacer para quemar calorías.

—No crea, aquí se acepta todo —dijo Morland—. ¿Se ha fijado en el lema del pueblo, el que se lee en el cartel a la entrada?

—Pues la verdad es que no.

—Es fácil pasarlo por alto, supongo. Lo forma una única palabra: «Tolerancia».

—Muy conciso.

Miró por la ventana y vio pasar una fila de niños de primaria, todos firmemente aferrados a una cuerda rosa. Era un día despejado pero frío, e iban cubiertos de tal cantidad de capas de ropa que era imposible verles la cara. En cuanto se perdieron de vista, y él se hubo cerciorado de que no les había acaecido ninguna desgracia, ni parecía probable que fuera a acaecerles, volvió a dedicarme su atención.

—¿En qué puedo ayudarle, pues, señor Parker?

Le entregué una copia de una fotografía de Jude que había encontrado en el Centro de Ayuda de Portland. Se la habían tomado en una comida navideña el año anterior, y Jude aparecía sonriente, con un traje de color tostado y una camisa blanca; complementaba su atuendo una tira de espumillón en lugar de corbata. Un pedante habría señalado que la tonalidad del traje se acercaba al color crema, demasiado claro para esa época del año, pero eso a Jude no le habría importado.

—Me preguntaba si han visto a este hombre aquí, en Prosperous, en fecha reciente, o si ha tenido algún contacto con su departamento —dije.

Morland arrugó la nariz y examinó la fotografía a través de la franja inferior de las bifocales.

—Sí, lo recuerdo. Vino aquí preguntando por su hija. Se llamaba... —Morland tamborileó con los dedos en el escritorio mientras buscaba el nombre en su memoria. Por fin dijo—: Jude. Eso: Jude. Cuando le pregunté si ese era su nombre de pila o su apellido, me dijo que era lo uno y lo otro. ¿Está metido en algún problema o ha contratado sus servicios? Si quiere que le diga la verdad, no me parecía un hombre

con recursos suficientes para contratar a un detective privado.

—No, no me ha contratado, y sus problemas, fueran cuales fuesen, ya han terminado.

—¿Ha muerto?

—Lo encontraron ahorcado en un sótano de Portland hará una semana.

Morland movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Ahora que lo dice me parece recordar que leí algo al respecto.

El hallazgo del cadáver de Jude mereció un párrafo en el *Press Herald*, seguido de un artículo un tanto más largo en el *Maine Sunday Telegram* sobre las presiones a las que se enfrentaban los indigentes de la ciudad.

—¿Dice que vino a preguntar por su hija?

—Exacto —contestó Morland—. Annie Broyer. Según él, alguien en el refugio de mujeres de Bangor le había dicho que ella venía hacia aquí. Al parecer, una pareja de ancianos le había ofrecido un trabajo, o eso le habían contado. Quería saber si la habíamos visto. Tenía una fotografía de ella, pero era antigua. Sin embargo la describió bien, o lo suficientemente bien para que pudiera decirle que ninguna mujer que respondiera a esa descripción había llegado a este pueblo, al menos que yo supiera, y desde luego yo lo habría sabido.

—¿Y se dio por satisfecho con eso?

Morland adoptó una expresión que yo había visto ya un millar de veces. Seguramente yo mismo había recurrido a ella alguna que otra vez. Era la expresión de un funcionario que no cobraba lo suficiente para ocuparse de la insatisfacción de aquellos que no se resignaban a aceptar la realidad de una situación.

—No, señor Parker, no se dio por satisfecho. Pretendía que lo llevara a todas las casas de Prosperous ocupadas por una pareja de ancianos, y que les enseñara la fotografía de su hija. De hecho, llegó al punto de sugerir que registráramos las casas de todas las personas mayores de sesenta años, por si alguna la tenía allí encerrada.

—Doy por supuesto que eso no fue posible.

Morland abrió las manos en un gesto de impotencia.

—Ese hombre no había denunciado la desaparición de su hija. Ni siquiera sabía si había desaparecido. Sólo presentía que algo andaba mal. Pero cuanto más ahondamos en el asunto, más claro quedó que en realidad él no conocía en absoluto a su hija. Fue entonces cuando descubrí que ella había estado viviendo en un refugio para mujeres, que él era un sin techo y que los dos estaban distanciados. A partir de ese punto todo se volvió muy confuso.

—¿Qué hizo usted al final?

—Me quedé una copia de la fotografía, añadí una descripción de su hija y le dije que preguntaría por ahí. Pero también intenté explicarle que este no era un pueblo donde la gente acogía a mujeres desconocidas que se encontraba por la calle y les ofrecía una cama bajo su techo. Para serle franco, no conozco muchos pueblos donde la gente se comporte de esa manera. La verdad, no acabé de creerme toda la historia.

Me dio un par de números de teléfono de refugios y comedores de beneficencia donde podía dejarle un mensaje, y lo llevé en coche a Medway para que cogiera el autocar de regreso a Bangor.

—A ver si adivino —dije—: el ofrecimiento de llevarlo en coche a Medway no admitía una negativa.

Morland me dirigió de nuevo la expresión de funcionario sufrido.

—Oiga, no me quedó más remedio. Dijo que iba a tomarse un café, y al cabo de un rato me entero de que está parando a la gente por la calle para enseñarle la foto de su hija y pegando fotocopias cutres en las farolas. Yo le había dicho que haría lo que estuviera en mis manos para ayudarlo, y no mentía, pero no iba a consentir que un vagabundo, ni siquiera un vagabundo bien vestido, acosara a los vecinos del pueblo y afeara el mobiliario urbano. Me gusta mi trabajo, señor Parker, y quiero conservarlo. La mayor parte del tiempo es fácil, e incluso cuando es difícil, sigue siendo relativamente fácil. Además, me gusta este pueblo. Me crié aquí. Mi padre fue el jefe de policía antes que yo, y su padre lo fue antes que él. Es nuestro negocio familiar, y lo hacemos bien.

Fue todo un discurso. Si se hubiese presentado a unas elecciones, yo lo habría votado.

—Llevó, pues, a Jude a Medway. —Me resistí a insinuar que había echado a Jude a patadas—. Pero me atrevería a decir que él no entendió la indirecta.

Morland hinchó las mejillas.

—Empezó a telefonar a mi despacho dos o tres veces al día para preguntarme si había alguna novedad, pero no la había. Aquí nadie había visto a su hija. Lo habían informado mal, pero se negaba a aceptarlo, así que volvió. Esta vez no tuvo la gentileza de venir a visitarme; se dedicó a ir de casa en casa, llamando a las puertas y mirando por las ventanas. Como es lógico, empecé a recibir llamadas telefónicas de vecinos aterrorizados, porque ya se hacía de noche. Tuvo suerte de que no le pegaran un tiro. Lo detuve y pasó una noche en una celda. Le dije que podría haber presentado cargos contra él por entrar sin autorización en propiedades ajenas. Demonios, incluso fue al cementerio media hora después de ponerse el sol, como ese personaje de Dickens.

—Magwitch.

—Ese.

—¿Qué hacía en el cementerio?

—Pretendía entrar en la iglesia. No me pregunte por qué: la tenemos cerrada con llave, y sólo puede visitarse previa petición. Hemos sufrido actos de vandalismo en el pasado. ¿Ha oído hablar de nuestra iglesia?

Le dije que sí, y que sentía curiosidad por verla antes de marcharme, si era posible. Morland se animó un poco ante la perspectiva de que yo abandonara el pueblo. Comenzaba a estar harto de hablar de los problemas de vagabundos muertos y sus hijas.

—En conclusión, a la mañana siguiente lo llevé de nuevo a Medway..., y le dije que si volvía a asomar las narices por Prosperous lo detendría y presentaría cargos contra él, y en la cárcel no podría ayudar a su hija. Eso sí pareció entenderlo, y aparte de una llamada telefónica, o de diez, ya apenas volví a tener noticia de él. Hasta ahora.

—¿Y en el pueblo nadie sabía nada acerca de su hija?

—No.

—Pero ¿por qué iba a contarle su hija que venía a Prosperous si no tenía una razón para ello? ¿No le parece raro que alguien se invente una cosa así?

—Quizá pretendía impresionar a otra gente de la calle. O en el peor de los casos, habló con alguien en Bangor que le dijo que era de Prosperous y no lo era. Puede que ese tal Jude tuviera razón y que a su hija le haya pasado algo, pero si es así, no ha ocurrido aquí.

Morland me devolvió la foto de Jude y se puso en pie. Habíamos terminado.

—¿Quiere ver la iglesia antes de irse, pues?

—Si no es mucha molestia —respondí—. Al menos después no tendrá que llevarme a Medway.

Morland consiguió esbozar una parca sonrisa, pero guardó silencio. Cuando me levanté, me permití rozar con el brazo una de las fotografías del escritorio. La atrapé antes de que cayera al suelo y la miré.

—¿Es su familia? —pregunté.

—Sí.

—Unos chicos muy guapos. ¿No tiene hijas?

Morland me dirigió una mirada extraña, como si yo hubiese insinuado algo desagradable sobre él y el carácter de sus relaciones familiares.

—No, no tengo hijas —respondió—, y me alegro, debo decir. Según cuentan mis amigos con hijas, dan más problemas que los chicos. Las hijas te parten el corazón.

—Sí —coincidí—. Sin duda a Jude la suya se lo partió.

Morland me cogió la fotografía de la mano y la devolvió a su sitio en la mesa.

—Usted tenía una hija, ¿verdad?

—Sí. Murió —contesté, atajando cualquier otro comentario posterior. A esas alturas ya estaba acostumbrado.

—Lo sé —dijo Morland—. Lo siento. Ahora tiene otra niña, ¿no?

Lo miré con curiosidad, pero no advertí la menor mala intención en él.

—¿Eso lo ha leído también en algún sitio? —pregunté.

—¿Cree que hay alguien en las fuerzas del orden de Maine que no conozca su historia? Este es un estado de pueblos pequeños. Aquí todo se sabe.

Eso era cierto. Aun así, Morland tenía una retentiva notable para las historias familiares de hombres a quienes no conocía.

—Sí, tengo otra hija —admití.

Morland pareció a punto de añadir algo, pero se lo pensó mejor y se contentó con

comentar:

—Quizá si ese hombre no hubiese abandonado a su familia, su hija no habría acabado como acabó.

Morland tenía razón —quizás incluso Jude, en vida, habría estado de acuerdo con él—, pero yo no era quién para señalar las carencias de Jude como marido y padre. En ese sentido tenía que sobrellevar mi propia culpabilidad.

—Al final intentó compensarlo —observé—. Cuando vino a buscar a su hija a Prosperous, hizo sólo lo que haría cualquier padre.

—¿Es eso una crítica por el trato que le dio este departamento?

Morland no se sulfuró, pero le faltó poco. «Este departamento», advertí, no «yo».

—No —contesté—. Usted sólo hizo lo que habría hecho cualquier jefe de policía.

Eso no era del todo verdad, pero sí hasta cierto punto. Quizá si Morland hubiera tenido una hija, habría actuado de manera más compasiva; y si Jude no hubiera sido un vagabundo, y su hija no hubiera sido una exyonqui sin techo, tal vez Morland se habría esforzado un poco más, sólo un poco, pero a veces con eso basta. Así y todo, no expresé nada de esto en voz alta. No habría servido de nada, y yo no podía asegurar que, en su posición y con su bagaje, me hubiera comportado de otra manera.

Abandonamos el despacho. Morland dijo a la recepcionista que iba a la capilla. Ella pareció sorprenderse, pero calló.

—Esa mujer, Annie Broyer..., ¿cree usted que ha muerto? —preguntó Morland cuando salimos a la calle.

—No lo sé —respondí—. Espero que no.

—¿Seguirá buscándola, pues?

—Probablemente.

—¿Y quién lo ha contratado para esto?

—No me ha contratado nadie.

—Entonces, ¿por qué la busca?

—Porque nadie más la buscará —contesté.

Morland tomó nota de eso y me dijo que lo siguiera en mi coche.

Aún movía la cabeza en un gesto de negación cuando arrancó.

La Santa Capilla de la Congregación de Adán antes de Eva y Eva antes de Adán, por usar su nombre completo, se hallaba situada en medio de un bosque más o menos a un kilómetro al noroeste de Prosperous. Un cartel con el rótulo PROPIEDAD PRIVADA marcaba la entrada del camino y una cadena impedía el acceso. El jefe Morland tenía la llave del candado. El camino discurría sinuosamente por el bosque hasta una reja de hierro pintada de negro, tras la cual se encontraban el cementerio original del pueblo y la propia iglesia. Morland aparcó en una estrecha franja de hierba junto a la reja y yo me detuve en el camino. La reja tenía una verja, provista también de una cadena y un candado, pero ya estaba abierta cuando llegamos.

—He avisado al pastor Warraner cuando veníamos hacia aquí para pedirle que se reuniera con nosotros —explicó Morland—. Por pura cortesía. La iglesia está a su cargo. Yo tengo una llave, pero sólo por si acaso. De lo contrario le dejo todos estos asuntos a él.

Eché una ojeada alrededor, pero no vi el menor rastro del párroco. La iglesia, con muros de piedra gris toscamente labrada, era aún más pequeña y más primitiva de lo que yo preveía y estaba orientada no al este, que era lo habitual, sino al oeste. Rodeé todo el edificio, y no tardé mucho. Una puerta maciza de roble era en apariencia la única entrada o salida, y disponía de dos ventanas estrechas en los flancos norte y sur con cristales por dentro y barrotes por fuera. El muro tras el cual, según supuse, se hallaba el altar era liso, sin ventanas. Tenía un tejado relativamente nuevo, en discordancia con aquellas piedras antiquísimas.

Los principales elementos decorativos, las caras a las que la iglesia debía su fama, estaban en los ángulos superiores de las paredes, creando una especie de efecto Jano allí donde confluían, una impresión potenciada por el hecho de que la hiedra y las ramas que constituían los adornos iban de una cara a otra y continuaban por el extremo superior de los muros, de modo que todos los rostros parecían brotar de la misma fuente. Se habían erosionado a lo largo de los siglos, pero no tanto como cabría esperar. Enrevesadas formaciones de hojas pétreas formaban unas pantallas protectoras alrededor de los rostros, y estos miraban desde dentro. Me recordaron los cuentos de hadas y la infancia, y la manera en que las marcas en los troncos de árboles muy viejos a veces adquirían el aspecto de personas contrahechas y atormentadas, según la luz y el ángulo en que se las examinara.

Pero lo que más me llamó la atención fue la pura malevolencia de las expresiones de esas tallas. No manifestaban emociones delicadas ni representaban la esperanza. Por el contrario, no auguraban nada bueno a quienes las miraran. A mi modo de ver, no tenían más cabida en una iglesia que una imagen pornográfica.

—¿Qué le parece? —preguntó Morland cuando se reunió conmigo.

—Nunca había visto nada semejante —contesté. Fue la respuesta más neutra que

pude ofrecer.

—Dentro hay más —anunció—. Esto es sólo el prelude.

En ese preciso momento la puerta de la capilla se abrió y salió un hombre.

—Pastor Warraner —saludó Morland—, le presento al señor Parker, el detective del que le he hablado.

Warraner no se correspondía con la imagen que yo me había formado del clérigo encargado de un edificio con casi un milenio de antigüedad. Llevaba pantalones vaqueros y unas maltrechas botas de faena, amén de una cazadora marrón de ante con todo el aspecto de la típica prenda a la que se recurría instintivamente desde hacía tiempo cuando se necesitaba calor y comodidad. Rondaba los cincuenta años y tenía unas profundas entradas en el nacimiento del pelo. Cuando nos dimos la mano, vi y sentí su piel encallecida. Percibí además un leve aroma a tablonos y virutas de madera.

—Llámeme Michael —dijo—. Me alegro de haber podido acercarme a saludarlo.

—¿Vive cerca? —pregunté. No había visto otro vehículo al llegar.

—Justo al otro lado del bosque —contestó, señalando con el pulgar por encima del hombro derecho—. A cinco minutos a pie. Lo mismo que tardaría en la furgoneta viniendo por carretera, y el paisaje es mucho menos interesante. Así que tiene más sentido venir andando. ¿Puedo preguntarle qué trae por este pueblo a un detective privado?

Miré las tallas de la iglesia, y ellas me miraron a mí. Una tenía la boca totalmente abierta y la lengua le asomaba obscenamente entre los labios. Parecía mofarse de toda esperanza que yo pudiera albergar de encontrar a Annie Broyer viva.

—Un indigente llamado Jude vino a Prosperous no hace mucho —expliqué—. Me ha contado el jefe Morland que posiblemente entró sin permiso en el recinto de la iglesia en una de sus visitas.

—Lo recuerdo —dijo Warraner—. Fui yo quien lo encontró aquí. Estaba muy alterado, y no me quedó más remedio que pedir ayuda al jefe Morland.

—¿A qué se debía su estado de alteración?

—Estaba preocupado por su hija. Ella había desaparecido, y él tenía la impresión de que quizás había venido a Prosperous. Consideraba que la policía no le prestaba la ayuda que necesitaba. Sin ánimo de ofender, jefe.

—No me ofendo —contestó Morland, aunque costaba saber si era sincero porque llevaba aún las gafas de sol para protegerse del resplandor invernal reflejado en la nieve. Yo apenas conocía a Morland, pero me lo representaba ya como un hombre capaz de guardarse celosamente cualquier agravio, alimentándolo y viéndolo crecer.

—El caso es que intenté calmarlo, pero sin grandes resultados —explicó Warraner—. Le dije que saliera del recinto, y así lo hizo, pero me preocupaba que intentara forzar la puerta de la iglesia, y avisé al jefe.

—¿Por qué cree usted que quería entrar en la iglesia? —pregunté.

Warraner señaló los rostros que se cernían sobre su cabeza.

—La gente trastornada tiene obsesiones —dijo—, y este magnífico edificio antiguo da más pie a la obsesión que otros muchos. A lo largo de los años han intentado robar las tallas de los muros y desfigurarlas en más de una ocasión. Hemos encontrado a gente manteniendo relaciones sexuales aquí mismo convencida de que eso la ayudaría a concebir un hijo, y no sólo a jóvenes, sino también a personas con edad para saber lo que hacían. Y naturalmente nos han visitado representantes de grupos religiosos que se oponen a la presencia de símbolos paganos en iglesias cristianas.

—Según tengo entendido, este pueblo fue fundado por los familistas, y esta fue inicialmente su iglesia —dije—. Me da la impresión de que su sistema de creencias no se limita a ser una variante complicada del cristianismo.

Warraner pareció sorprenderse gratamente ante la pregunta, como un mormón a quien de pronto invitan a una casa a tomar café y tarta para conversar acerca del ingenio y la sabiduría de Joseph Smith.

—¿Por qué no pasa a mi despacho, señor Parker? —dijo, y me acogió en la capilla.

—Siempre y cuando no lo aparte de alguna otra cosa más importante —contesté.

—Sólo de unos armarios de cocina. Soy ebanista.

Extrajo una tarjeta del bolsillo y me la entregó.

—¿Entonces no es párroco a jornada completa?

Warraner se echó a reír.

—Estaría en la miseria si lo fuese. No, en realidad sólo soy cuidador e historiador a tiempo parcial. Aquí ya no celebramos oficios: ya no hay familistas. Lo más cercano que tenemos son unas cuantas familias cuáqueras. Los demás son predominantemente baptistas y unitarios, y hay incluso algún que otro católico.

—¿Y usted? —pregunté—. ¿Conserva el título de «pastor»?

—Bueno, me especialicé en religión en Bowdoin y cursé un máster en teología en el seminario de Bangor, pero siempre he preferido trabajar la madera. Aun así, imagino que podría decirse que el gen teológico está presente en la familia. Organizo un grupo de oración semanal, aunque a menudo soy el único que reza, y hay gente del pueblo que acude a mí en busca de consejo y orientación. Suelen ser personas que no van con regularidad a la iglesia, pero conservan la fe. No indago mucho en qué creen exactamente. Basta con que crean en alguna instancia superior a ellos.

Estábamos ya dentro de la iglesia. Si fuera hacía frío, dentro hacía aún más. Cinco duros bancos de madera miraban hacia un altar desnudo. No se veían crucifijos, ni símbolo religioso alguno. Detrás del altar dominaba la pared un rostro foliado mayor que cualquiera de los que decoraban los muros exteriores. Había dos rostros similares, un poco menores, entre las ventanas.

—¿Le importa que me acerque a mirar? —pregunté.

—En absoluto —contestó Warraner—. Pero cuidado donde pisa. El suelo de piedra tiene irregularidades.

Me dirigí al altar por el pasillo derecho de la iglesia y eché una mirada al primero de los rostros. Estaba representado con mayor detalle que los exteriores y tenía una expresión risueña y pícaro. Al examinarlo más detenidamente, vi que todas sus facciones eran recreaciones en piedra de productos de la tierra: calabazas, guisantes, bayas, manzanas y espigas de trigo. Había visto algo parecido antes, pero no recordaba dónde.

—¿No había un artista que pintaba imágenes parecidas a esta? —pregunté a Warraner.

—Giuseppe Arcimboldo —contestó—. Siempre he tenido la intención de estudiarlo, pero nunca he encontrado el momento. Imagino que él y los creadores de estas tallas, si no los hubiesen separado varios siglos, tendrían mucho de que hablar, sobre todo en lo referente a la estrecha relación entre el hombre y la naturaleza.

Me acerqué al altar y me detuve ante la talla. Si la cara de la derecha era casi alegre —aunque a la manera de alguien que acaba de ver ahogarse a un cachorro y lo encuentra divertido— y evocaba imágenes de la abundancia de la tierra, esta era muy distinta. Se componía de raíces, espinas y ortigas, de zarzas, arbustos invernales deshojados y hiedra. De su boca abierta surgían ramas erizadas de púas, y estas parecían formar sus facciones y asfixiarlas, como si la imagen se atormentara a sí misma. Era de una fealdad extrema e imponía su presencia de manera vibrante, asombrosa: un ser antiquísimo traído a la vida a partir de cosas muertas.

—Es el mismo semblante, o el mismo dios, según cuales sean las inclinaciones de cada uno —aclaró Warraner desde atrás.

—¿Cómo?

Señaló a su derecha en dirección al rostro compuesto de productos de la tierra, a su izquierda en dirección al otro, elaborado a partir de flores abiertas, y por último a un cuarto rostro que yo no había visto, porque estaba encima de la puerta: formado de paja y hojas que empezaban a marchitarse y morir.

—Todos son versiones de una deidad similar —explicó Warraner—. El siglo pasado se acuñó el nombre «Hombre Verde» para referirse a ese dios, un dios pagano asimilado por la tradición cristiana, un símbolo de la muerte y el renacer muy anterior a la idea de la resurrección de Cristo. Entenderá por qué un edificio decorado así atrajo a los familistas, una secta que creía en la soberanía de la naturaleza, no la de Dios.

—¿Y usted es familista, pastor Warraner? —pregunté.

—Como le he dicho, los familistas ya no existen —contestó—. Para serle franco, es una lástima. En apariencia eran tolerantes con las ideas de los demás y a la vez repudiaban por completo cualquier otra religión. Se negaban a llevar armas, y se callaban sus opiniones y creencias. Atraían a la élite, y no aceptaban a los ignorantes. Si estuvieran aún entre nosotros, considerarían una abominación casi todo lo que ahora pasa por ser religión organizada en este país.

—Leí que se los acusó de cometer asesinatos para defenderse —dije.

—Propaganda —repuso Warraner—. La mayor parte de esas acusaciones provenían de John Rogers, un clérigo del siglo dieciséis que odiaba a Christopher Vitel, el líder de los familistas en Inglaterra. Calificó a la Familia del Amor de «secta horrible» y basó sus arremetidas en declaraciones de exfamilistas disidentes. No existen pruebas de que los familistas mataran a quienes discrepaban de ellos. ¿Por qué iban a hacerlo? Los miembros de la secta eran quietistas: ni siquiera se identificaban en público, sino que se ocultaban entre otras confesiones para no darse a conocer ni correr riesgos.

—Como camaleones religiosos —comenté—, confundiéndose con el entorno.

—Exacto —confirmó Warraner—. Al final sencillamente se convirtieron en lo que fingían ser.

—Salvo los que vinieron aquí para fundar Prosperous.

—E incluso ellos acabaron desapareciendo —dijo Warraner.

—¿Por qué se marcharon de Inglaterra los familistas? —pregunté—. No quedaba claro en lo poco que pude averiguar sobre ellos. Por lo que sé, cuando se marcharon la persecución religiosa estaba en su última fase. ¿Por qué huir cuando ya no existía una amenaza?

Warraner se reclinó contra un banco y cruzó los brazos. Fue un gesto curiosamente defensivo.

—Se produjo un cisma entre los familistas —explicó—. Surgieron desavenencias entre aquellos que propugnaban las formas de culto cuáqueras y aquellos que deseaban adherirse al sistema de creencias original de la secta. Los tradicionalistas temieron que se los acusara de algo más peligroso que de disidentes, sobre todo cuando se dijo que el edificio en el que estamos debía demolerse. Veían esta iglesia como la fuente de su fe, lo cual es posible que fuera la razón por la que quienes habían optado por seguir un camino alternativo desearan su destrucción. Se formó un grupo de fieles acaudalados para salvar la iglesia, y a la secta, de la destrucción. El resultado fue un éxodo a Nueva Inglaterra y la fundación de Prosperous.

Consultó su reloj.

—Y ahora disculpe —dijo—, pero debo volver a mis armarios de cocina.

Eché otro vistazo al rostro más grande, la imagen de un dios invernal; luego le di las gracias y me reuní con Morland, que esperaba junto a la puerta. Observamos a Warraner mientras echaba la llave, prendida de una pesada argolla, y se aseguraba de que quedaba bien cerrada.

—Una última cosa —dije.

—¿Sí?

Se lo notaba impaciente. Deseaba marcharse.

—¿No era también Christopher Vitel ebanista?

Warraner hundió las manos en los bolsillos y me miró con los ojos entornados. El sol ya se ponía y el aire era cada vez más frío, como si la gelidez del interior de la capilla se hubiese filtrado en el mundo exterior mientras la puerta estaba abierta.

—Veo que ha hecho los deberes, señor Parker —comentó.

—Me gusta mantenerme informado.

—Sí, Vitel era ebanista. Sus enemigos emplearon eso contra él para insinuar que no era más que un vagabundo.

—Pero era mucho más que eso, ¿no? Según tengo entendido, también comerciaba con tejidos en los Países Bajos, y fue allí donde conoció al fundador de los familistas, Hendrik Niclas. Sólo que por entonces se llamaba Christopher Vitell. Prescindió de la segunda «ele» cuando regresó a Inglaterra a difundir la doctrina de los familistas, asumiendo, de hecho, una nueva identidad.

—Puede que eso sea verdad —dijo Warraner—. Esos cambios ortográficos no eran raros por aquel entonces, y quizá ni siquiera fuese intencionado.

—Y después —proseguí—, alrededor de 1850, cuando el Gobierno de la reina Isabel perseguía a los familistas, Vitel sencillamente desapareció.

—No consta en los anales a partir de ese momento —dijo Warraner—. No se sabe por qué. Es posible que hubiera muerto.

—O adoptado otra identidad. Un hombre que cambió de nombre una vez pudo volver a hacerlo fácilmente.

—¿Qué insinúa, señor Parker?

—Tal vez la predicación no sea el único talento que ha heredado usted de sus antepasados.

—Debería haber sido usted historiador, señor Parker. Un tanto especulativo, quizá, pero historiador en todo caso. Aunque, claro está, ¿acaso la investigación histórica no se parece a la labor del detective?

—Supongo que sí. En realidad nunca me lo había planteado en esos términos.

—Pero en respuesta a su comentario, no tengo la menor idea de si mi ascendencia se remonta hasta Vitel, pero si ese fuera el caso, me consideraría afortunado.

Comprobó la puerta por última vez y se encaminó hacia la verja.

—Ha sido interesante hablar con usted, señor Parker —dijo por encima del hombro justo cuando llegaba a ella—. Espero que venga a visitarnos otra vez algún día.

—Creo que sí regresaré —respondí, pero sólo me oyó Morland.

—Esto es un punto muerto —dijo el jefe de policía—. Lo que sea que busca no está aquí.

—Puede que tenga usted razón —respondí—, pero no sé qué busco, así que ¿quién sabe?

—Pensaba que buscaba usted a una chica desaparecida.

—Sí —dije mientras Warraner se adentraba en el bosque sin volver la vista atrás—, eso pensaba yo.

Morland salió conmigo del camposanto y echó la llave a la verja. Le di las gracias por su tiempo, subí a mi coche y me marché. Pensé que quizá me siguiera hasta el límite del pueblo para asegurarse de que me iba, pero no lo hizo. Cuando doblé a la

derecha, él torció a la izquierda para regresar a Prosperous. Dejé la radio apagada y no puse música mientras conducía. Pensé en Jude, y en Morland, y en el tiempo que acababa de pasar con el pastor Warraner. Un pequeño detalle me inquietaba. Tal vez fuera intrascendente, pero me molestó como una espina clavada en la carne durante mi viaje hacia el sur. Para cuando llegué a Bangor me fue imposible pasarlo por alto.

Después de apartarnos del tema de la intrusión de Jude en el cementerio, Warraner ya no me había preguntado nada más sobre Jude, ni sobre mis razones para visitar Prosperous. Podía ser simplemente que Warraner no sintiera curiosidad por Jude o su hija desaparecida. Tal vez se distrajo mientras hablábamos de su querida capilla. O existía una tercera posibilidad: Warraner no preguntó por Jude porque ya sabía que Jude estaba muerto, pero si era así, ¿por qué no mencionarlo? ¿Por qué no preguntar quién me había contratado, o por qué había viajado tan al norte para hacer indagaciones sobre un sin techo? Sí, cabía la posibilidad de que Morland le hubiera contado a Warraner la razón de mi visita mientras yo lo seguía hasta la iglesia, pero en ese caso, ¿por qué Warraner se habría molestado en preguntar lo mismo por segunda vez?

Mis faros iluminaron ramas deshojadas y árboles torcidos, y cada sombra ocultaba el rostro del Hombre Verde.

Morland estacionó en las afueras de Prosperous y se quedó en el coche, bebiendo café del termo y observando a los vehículos que entraban y salían del pueblo. Se hallaba en lo alto de una colina, el Crown Victoria parcialmente oculto por los árboles; utilizaba a menudo ese emplazamiento para sorprender a los conductores que superaban el límite de velocidad. Ese lugar se lo había enseñado su padre, señalándole el punto exacto, la posición perfecta desde donde vigilar sin ser visto y disponer a la vez de una perspectiva ilimitada de la carretera. Esta vez Morland dejó el radar en el estuche. No quería interrupciones. Quería pensar.

Era necesario informar a Hayley Conyer de la visita del detective, y convenía que lo hiciera él mismo, no el pastor Warraner. A saber qué veneno vertería Warraner en el oído de Hayley. Era el pastor quien más había levantado la voz para exigir la muerte de ese tal Jude, mientras Morland, por el contrario, intentaba disuadir al consejo municipal de llevar a cabo una acción que finalmente había atraído a un hombre peligroso.

Porque el detective era peligroso, de eso a Morland no le cabía duda. El jefe no estaba ocupado cuando llegó el detective a la casa consistorial, y habría podido recibirlo de inmediato, pero necesitó un momento para poner en orden sus ideas, para reflexionar acerca de las posibles razones de la visita de ese hombre. Morland se sorprendió cuando el detective mencionó a Jude, pero lo disimuló bien. Más difícil le resultó guardar la compostura cuando el detective quiso visitar la capilla, pero no tenía por qué inquietarse: era una solicitud muy comprensible dado el insólito carácter del edificio. Por otro lado, Morland se lo puso en bandeja al comentar que Jude había sido detenido en el recinto de la iglesia. Warraner, por su parte, recibía con regularidad cartas y mensajes de correo electrónico de personas interesadas en ver la capilla, aunque él tomaba la precaución de limitar esas visitas a aquellos cuyas razones a todas luces no ocultaban segundas intenciones.

Pero Morland sospechaba que el detective nunca hacía nada sin segundas intenciones. No era hombre que entrara a ver una iglesia antigua sólo porque le sobraba tiempo. Buscaba alguna conexión. Morland confiaba en que al menos se hubiese marchado de Prosperous sin establecer ninguna. El jefe repasó una y otra vez los detalles de su conversación, añadiendo lo que había oído de la charla entre el detective y Warraner. Morland procuró ver la situación a través de los ojos del detective, y para cuando el termo estaba ya vacío, había llegado a la conclusión de que nada en los sucesos del día podía haber alimentado las sospechas a medio formar del detective. Había salido de pesca, sólo eso, y el anzuelo había vuelto vacío. Aun así, a Morland no le gustó la mirada que el detective lanzó a Warraner cuando el pastor se marchaba, ni la insinuación de que la desaparición de la chica podía no ser el único propósito de su visita. Quizá no había atrapado nada con ese primer anzuelo, pero había dejado otros en el cauce.

Morland se apeó del coche y se adentró entre los arbustos para orinar. Era ya de noche, pero el resplandor plateado de la luna se reflejaba en la pequeña charca conocida como Estanque de la Dama. Era allí donde, en las primeras décadas del pueblo, se reunían las mujeres de Prosperous para bañarse sin que las molestaran sus hombres. Morland se preguntó cuántos de ellos, ya por entonces, conocían la verdadera naturaleza del pueblo. Probablemente sólo unos cuantos, pensó. Ahora era mayor el número de vecinos que conocía la esencia de Prosperous, pero no todos ni mucho menos estaban al corriente. Algunos preferían no darse por enterados, y a otros se los dejaba intencionadamente en la ignorancia. Era curioso, pensó Morland, que generaciones de familias de Prosperous no fueran partícipes de la verdad y sin embargo cosecharan los beneficios. Más curioso todavía era el hecho de que, a lo largo de los siglos, el secreto del pueblo no lo hubiera descubierto ningún forastero aun teniendo en cuenta los homicidios cometidos para silenciar a los traidores que pretendían revelarlo. Quizá fuera un argumento circular: el pueblo siempre estaba en peligro porque necesitaba el asesinato para sobrevivir, pero por medio del derramamiento de sangre obtenía las bienaventuranzas que le permitían reducir al mínimo ese riesgo y garantizaban la permanente prosperidad del pueblo. Planteado así parecía sencillo, lógico.

Morland se preguntó si, al igual que su padre y su abuelo antes que él, se había convertido en un monstruo tal que casi no se daba cuenta ya de su propia deformidad moral y espiritual.

El tema de la traición lo llevó a pensar de nuevo en los Dixon. Había sido decisión de Morland instalar al hijo de Luke Joblin en su casa. Esperaba que la presencia de Bryan Joblin mantuviera a raya a los Dixon y los obligara a actuar conforme a los deseos del consejo, pero tenía sus dudas. Si los Dixon realmente conseguían suministrar al pueblo una chica para sustituir a Annie Broyer, Morland renunciaría al café durante un año.

Pero una parte de él albergaba la esperanza de que Harry Dixon tuviera razón: de que bastara con haber matado a la chica y con que su sangre hubiera impregnado la tierra de Prosperous. El pueblo atravesaba dificultades, pero menos que el resto del estado. La gente iba tirando. Morland fantaseó con la hipotética situación de que el pastor Warraner informara al consejo de que ya iba todo bien y la capilla permanecía en paz, y por lo tanto no era necesario tomar más medidas. Pero Warraner era un hombre fanático y a la vez débil, y Morland no había decidido todavía si este último rasgo era útil o peligroso. Dependía de las circunstancias, supuso, pero esa era la causa de que Warraner acostumbrara atacar por la espalda en las disputas. No era un mediador honrado. Morland lamentó que el padre de Warraner hubiera muerto y no estuviera a cargo de la capilla. El viejo Watkyn Warraner fue un hombre cauto, a decir de todos, y guio a la grey durante más de medio siglo sin que se derramara sangre más que una vez. Fue el periodo de placidez más largo que había vivido el pueblo.

«En fin, ahora estamos pagándolo», pensó Morland. Dos cadáveres, uno allí y otro en Portland, y al parecer no bastaba con eso. Ahora un detective hacía preguntas, un hombre extraño conocido por sacar a la luz secretos enterrados desde hacía tiempo y por aniquilar a sus enemigos. En esas circunstancias, Warraner podía aducir que el derramamiento de sangre era más necesario que nunca, ya que sólo mediante la sangre se salvaría el pueblo, y era muy posible que los concejales coincidieran con él. Eran todos viejos y asustadizos; incluso Hayley Conyer lo era, sólo que ella escondía su miedo mejor que la mayoría. Era necesario incorporar a personas más jóvenes al consejo, pero pocos jóvenes del pueblo estaban preparados para asumir la carga de proteger Prosperous. Se requerían décadas para que el pueblo se filtrara en el alma de uno, para que uno tomara conciencia de sus obligaciones para con el pueblo. Era una especie de corrupción, una contaminación transmitida de generación en generación, y sólo los más viejos presentaban el grado de corrupción y contaminación suficiente para tomar las difíciles decisiones necesarias a fin de mantener vivo el pueblo.

Morland utilizó una botella de agua para lavarse las manos antes de secárselas en las perneras del pantalón. Había llegado el momento de hablar con Hayley Conyer. Telefoneó a su esposa y le dijo que llegaría tarde. No, no sabía exactamente a qué hora. Sólo sabía que le esperaba una larga velada. Morland fue a casa de Conyer y aparcó delante. Las cortinas estaban corridas en todas las ventanas, pero se veía una rendija de luz en el mausoleo que tenía por sala de estar. No lo sorprendió encontrarla en casa. A menos que saliera por asuntos relacionados con el consejo, Hayley no se movía de allí. Morland no recordaba la última vez que se alejó del pueblo durante más de un par de horas. Temía que, sin ella, aquello se desmoronara. Eso era parte del problema, naturalmente.

—Bruja —susurró, a la vez que se apeaba del coche. El viento se llevó la palabra, y descubrió que contraía la mano derecha de forma involuntaria, como si esperara atrapar el insulto antes de que llegara a oídos de Hayley Conyer.

Llamó al timbre, y Hayley abrió.

—Perdone que la moleste... —empezó a decir Morland.

Hayley alzó una mano para interrumpirlo.

—Descuida —dijo—. Te esperaba.

Lo invitó a pasar y lo acompañó al salón, donde el pastor Warraner ya se había acomodado en un sillón.

—Mierda —dijo Morland.

La mujer que estaba de guardia en el Tender House de Bangor se llamaba Molly Bow, y por su aspecto habría podido ser un mascarón de proa. Aunque corpulenta y curtida, tenía cierto encanto de matrona, y en un momento dado tuve que retroceder un par de pasos para que no me aplastara con sus pechos cuando pasó a mi lado para acceder a un archivador en su despacho.

—Paso —dijo mientras yo me arrimaba a la pared. Se señaló el busto—. Nací grande. Al margen de los dolores de espalda, me ha sido útil en la vida. La gente procura apartarse de mi camino.

Una vez más imaginé una goleta o, mejor aún, un buque de guerra surcando las olas, pero mantuve la mirada fija en un punto neutro de la pared opuesta, muy por encima de su pecho.

Ninguna señal exterior anunciaba la presencia del Tender House. Ocupaba dos edificios de madera contiguos, rodeados de una cerca blanca sólo un poco más alta que la de las casas vecinas. Había dos coches aparcados en el camino de acceso, y una verja de acero accionada automáticamente, pintada también de blanco, impedía el paso. Nada más cruzar la puerta del edificio principal vi una sala de espera con juguetes, libros de autoayuda en una estantería, cajas de pañuelos de papel, grandes recipientes con ropa de segunda mano organizada según el tipo de prenda y talla, para todas las edades, desde bebés hasta adultos, y, en un rincón discreto, cepillos de dientes, dentífrico y artículos de baño. Detrás de la recepción había una pequeña sala de juegos.

El Tender House no era un refugio para indigentes, sino más bien un «centro para situaciones de crisis» destinado a mujeres, donde la falta de vivienda era sólo uno de los problemas que afrontar. Atendía a víctimas de malos tratos sexuales y domésticos, fugitivas y mujeres que simplemente necesitaban un lugar donde alojarse mientras intentaban mejorar sus circunstancias. El personal trabajaba en estrecha colaboración con la policía y los juzgados y asesoraba a las mujeres sobre las cuestiones más diversas, desde las órdenes de alejamiento hasta las oportunidades educativas y de empleo, pero por lo general canalizaban a las indigentes a largo plazo hacia otras instituciones y centros.

—Aquí está —anunció Bow, agitando una carpeta. Se lamió el dedo índice y hojeó el contenido—. La acogimos durante once días, excepto la quinta noche, cuando alguien repartió un par de botellas de dos litros de Ten High en Cascade Park. Al día siguiente tuvimos unas cuantas jaquecas que atender, entre ellas la de Annie.

—¿Era alcohólica?

—No, no lo creo. Había consumido droga, pero cuando llegó a nuestra puerta afirmó que estaba limpia. Le dejamos bien claro que seguimos una política de tolerancia cero en lo que se refiere a las drogas. Al primer colocón, la poníamos de patitas en la calle.

—¿Y con respecto al alcohol?

—Oficialmente tampoco lo aceptamos. Extraoficialmente, hacemos la vista gorda hasta cierto punto. Nada de bebida en el propio centro, y nada de estados de ebriedad. De hecho, me llevé una decepción cuando Annie volvió aquí con resaca. Yo la tenía catalogada como una joven que de verdad estaba decidida a cambiar su vida. Nos sentamos con ella y mantuvimos una charla. Resultó que su padre, de quien estaba distanciada, había venido a buscarla, y su presencia en la ciudad la había alterado. Le ofrecieron un par de tragos para que se serenara, y a partir de ese momento no recordaba ya nada con claridad.

—¿Contó algo de la relación con su padre?

Saltaba a la vista que Bow era reacia a revelar confidencias. Entendí sus reservas.

—Annie ha desaparecido y su padre ha muerto —aclaré.

—Lo sé. Se ahorcó en un sótano de Portland.

Dejé pasar un par de segundos.

—Lo encontraron ahorcado en un sótano de Portland —rectifiqué. Era un detalle, pero tenía su importancia.

Molly se sentó a su mesa. Hasta entonces había permanecido de pie. Yo también. Cuando ella tomó asiento, la imité.

—¿Por eso está usted aquí, porque no cree que fuera un suicidio?

—De momento no tengo ninguna prueba de que no lo fuera —respondí—. Pero hay un par de cuestiones que no paran de rondarme por la cabeza.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo que él quería a su hija, y sin duda deseaba recuperar el contacto con ella. Había hablado de venir aquí para estar más cerca de Annie. Además, se tomó muchas molestias para reunir un poco de dinero en los días anteriores a su muerte. Y lo consiguió. Ese no es el comportamiento propio de un suicida.

—¿Para qué era el dinero?

Me di cuenta de que el interrogatorio se había invertido: debería haber sido yo quien preguntaba, no ella, pero a veces uno tiene que retroceder un paso para avanzar dos.

—Para mantenerse mientras buscaba a su hija. Creo que también tenía la esperanza de contratarme para ayudarlo a dar con ella.

—¿Y cuánto dinero consiguió reunir?

—Más de cien dólares.

—¿Trabaja usted por tan poco?

—Curiosamente es usted la segunda persona que me lo pregunta. Podría haberle concedido un par de horas, o algo más si utilizaba tiempo financiado por alguno de mis clientes en mejor situación económica.

—¿No es eso poco ético?

—Sólo si no informo a esos otros clientes. Me pagan por horas, aunque el encargo me lleve sólo cinco minutos. No cobro por fracciones. Oiga, ¿podría

preguntar yo algo en algún momento?

Bow sonrió.

—Acaba de hacerlo.

Demonios.

Se recostó en la silla, como un vigente campeón que acaba de deshacerse de otro aspirante a la corona; a continuación me echó un hueso a modo de consuelo.

—Era broma —dijo—. No se imagina la cantidad de gente que viene aquí a hacer preguntas sobre las mujeres que atendemos. Debo andarme con cuidado por el bien de ellas.

—¿Qué clase de gente?

—A veces nos llegan mujeres que hacen la calle en momentos de desesperación, y un cliente se presenta aquí a buscarlas por el mero hecho de que es un capullo, o porque tiene alguna queja sobre el servicio que recibió, o porque le gustó tanto que quiere repetir. Vienen maridos y novios que pretenden recuperar sus propiedades, porque esa clase de hombres, en su mayoría, considera a las mujeres pertenencias. Hacen lo posible para dorar la píldora, eso desde luego: quieren resolver las cosas hablando, dar una nueva oportunidad a la relación, y lamentan lo que sea que hayan hecho, que normalmente implica el uso de un puño o una bota, a menudo con alguna violación doméstica por medio... Pero he desarrollado el olfato para detectar a los peores. No resulta muy difícil. En cuanto les pones alguna traba, salen con amenazas, además suelen ser bastante tontos. Merodean por los alrededores con la esperanza de sorprender a sus mujeres en la calle y llevárselas, pero nosotros mantenemos buenas relaciones con el Departamento de Policía de Bangor y los agentes se presentan aquí casi antes de que hayamos colgado el teléfono.

»Sin embargo, algún hombre ha intentado entrar por la fuerza, o ha agredido a las voluntarias. El año pasado hubo uno que incluso quiso incendiar el centro prendiendo fuego en la puerta de atrás. Al mismo tiempo procuramos mantener abiertos los canales de comunicación entre las mujeres y sus familias. Este es un sitio al que las mujeres, y sus hijos, vienen en momentos de desesperación. No es una solución a largo plazo. Eso se lo dejamos bien claro desde el principio. Pero durante los últimos diez años he visto ir y venir a algunas de las mujeres que cruzan esas puertas. No hacen más que acumular años de magulladuras. A veces me pregunto cuánto hemos evolucionado como sociedad en lo que atañe a las mujeres. Cada vez que enciendo la tele y oigo a un gilipollas con una americana de sport quejarse de las feministas, me entran ganas de pegarle fuego, y ya ni le cuento lo que pienso de esas taradas que un día se ven en lo alto del montón y rechazan el concepto mismo de feminismo, como si su éxito no se basara en la lucha de generaciones de mujeres. Las reto a pasar un día aquí en compañía de una mujer de cuarenta años cuyo marido lleva tanto tiempo quemándola con un cigarrillo que tiene que buscar un sitio donde aún le duela, o de una chica de diecinueve obligada a llevar pañal por lo que le hizo su padrastro, y que luego me digan que no son feministas.

Lo extraño de su discurso fue que, cuando acabó, seguía recostada en la silla y no había levantado la voz siquiera un poco. Era como si ya hubiese visto demasiado en esta vida para malgastar su valiosa energía en una ira inútil. Era mejor encontrarle cauces más productivos.

—¿Y dónde encaja Annie en medio de todo eso?

Molly acarició la carpeta con los dedos, como si Annie Broyer estuviera sentada en el suelo junto a ella y aún pudiera darle consuelo, transmitirle la certeza de que el mundo tal vez la trataría con más delicadeza a su debido tiempo.

—Su padre la abandonó, y su madre murió cuando ella era aún una adolescente. Eso no significa que tuviera que convertirse en adicta y acabar en las calles, pero es lo que pasó. Sin embargo no era débil. Poseía verdadera fuerza. No me gusta utilizar la palabra «rescate», o presentarme como si mi misión fuera cambiar la vida de todas las mujeres que entran aquí. Sencillamente eso no es posible, y hacemos lo que podemos, pero Annie tenía algo, algo resplandeciente e intacto. Por eso pasé por alto la borrachera, y el hecho de que no pudiese respetar el toque de queda ni aunque le fuera la vida en ello...

De pronto tomó conciencia del doble sentido de lo que acababa de decir y se interrumpió. Se contrajo en un espasmo de dolor y desvió la mirada.

—Pero no es eso lo que pasó, ¿verdad? —dije—. No desapareció de las calles en plena noche.

—No —respondió en cuanto tuvo la seguridad de que no se le quebraría la voz, aunque siguió sin mirarme—. Vino de día, hizo la maleta y se marchó. Yo ni siquiera estaba. Le pidió a otra voluntaria que me diera las gracias por lo que había hecho, pero yo no había hecho nada, en realidad no. —Volvió a tocar la carpeta—. ¿Cree que ha muerto?

—¿Y usted?

—Sí. No me gusta decirlo, pero sí: siento como una especie de ausencia. Tengo el presentimiento de que no está en este mundo. ¿Cree usted...?

—¿Qué?

—¿Es posible que su padre le hiciera daño, que la matara y luego se quitara la vida por los remordimientos de conciencia?

Pensé en lo que sabía de Jude.

—No, no lo creo.

—Llámeme cínica —dijo ella—, pero tenía que preguntarlo. No habría sido el primero.

En el despacho reinó por un momento un profundo silencio, interrumpido por una joven que apareció junto a la mesa de recepción procedente de algún lugar del piso de arriba. Vestía una camiseta amarilla que le llegaba hasta los muslos y era de una belleza casi insoportable. Tenía la piel impoluta y el pelo tan rubio que despedía un resplandor blanco. Sostenía en brazos a una niña de dos o tres años que podría haber sido su hija o, dada la juventud de la chica, quizás incluso su hermana menor. Era

evidente que la niña había estado llorando, pero al ver a dos adultos se calló. Apoyó la cara en el cuello de la joven y me observó con atención.

—Lo siento —dijo la chica—. Quiere leche caliente, pero se nos ha acabado. Esperaba que...

Tendió una taza de plástico, una de esas con tapa y pitorro.

—Claro, cariño —dijo Molly, y cogió la taza—. Siéntate. No tardaré nada.

Molly fue al frigorífico, sacó una botella de leche de dos litros y desapareció en la pequeña cocina contigua a la recepción. Yo veía a la joven desde donde estaba sentado, y ella me veía a mí. Sonreí a la niña que llevaba en brazos. La pequeña, sin devolverme la sonrisa, me escrutó desde su segura posición bajo la barbilla de la chica antes de ocultar la cara en su pecho. Decidí no molestar a ninguna de las dos y de nuevo me dediqué a buscar puntos interesantes que observar en la pared. Al final Molly regresó con la leche caliente, y las dos niñas —porque eso eran— se marcharon de nuevo al piso de arriba.

—No sé si deseo siquiera conocer la historia —dije cuando Molly regresó.

—Es un mal asunto —respondió Molly—, pero los hemos tenido peores. Siempre hay un caso peor. Eso es lo espantoso. Y por norma no permitimos la entrada de varones en el centro a partir de los cinco años, así que probablemente su presencia aquí la ha desconcertado un poco. No se lo tome de manera personal. Perdona, ¿dónde estábamos?

—En Annie, y el día que se marchó del refugio.

—Eso.

—Me gustaría hablar con la mujer que la vio por última vez. ¿Sigue aquí?

Molly asintió con la cabeza.

—Candice, pero le gusta que la llamen Candy.

—¿Accederá a hablar conmigo?

—Posiblemente, pero deberá tratarla con paciencia. Es especial. Ya verá...

Candice tenía casi cuarenta años. Llevaba unas zapatillas de color rosa en forma de conejitos, vaqueros muy holgados y una camiseta que anunciaba que trabajaría a cambio de galletas. Tenía el pelo rojo y despeinado, y la piel del rostro salpicada de acné. Los ojos resultaban un poco pequeños para la cara, pero exhibía una sonrisa radiante. Si Molly no me hubiese hablado de ella de antemano, probablemente no habría adivinado que padecía síndrome de Down en grado leve. Molly me contó que a menudo se empleaba el término «alta funcionalidad» para describir la aptitud de las mujeres como Candy, pero por lo general era una expresión mal vista en la comunidad de afectados por el síndrome, ya que implicaba una jerarquía entre aquellos que lo padecían. Candy era hija de los fundadores del refugio. Los dos habían fallecido ya, pero Candy seguía allí. Limpiaba las habitaciones, echaba una mano en la cocina y proporcionaba compañía y consuelo a quienes lo necesitaban.

Como dijo Molly: «Candy da buenos abrazos».

Candy tomó asiento en un sofá del despacho mientras Molly le preparaba un tazón de chocolate caliente.

—Sin demasiados malvaviscos —advirtió Candy—. Estoy cuidando el peso.

Se dio una palmada en el vientre. Aun así, puso cara de decepción cuando llegó el chocolate, con un salpicón de pequeños malvaviscos, como correspondía a una dieta para perder peso.

—Vaya —se lamentó. Desconsolada, hincó el dedo en las islas de colores rosa y blanco a medio fundirse—. No hay muchos malvaviscos.

Molly enarcó las cejas en dirección al cielo.

—Me has dicho que estabas cuidando el peso —recordó Molly.

—Estoy cuidando el peso —repitió Candy—. Pero no estoy gorda. Da igual. No te preocupes.

Adelantó el labio inferior y dejó escapar un suspiro de resignación. Molly fue a la cocina y regresó con malvaviscos suficientes para cubrir toda la superficie del chocolate caliente y más.

—Gracias —dijo Candy—. Muy amable.

Sorbió ruidosamente la bebida y levantó la cara con un bigote de chocolate.

—Aaaah. Qué bueno.

Molly apoyó una mano en el brazo de Candy.

—Este señor, Charlie, quiere hacerte unas preguntas sobre Annie —dijo.

—¿Annie?

—Sí. Te acuerdas de Annie.

Candy asintió.

—Annie era amiga mía.

Molly me había contado que Candy se había encariñado de forma especial de Annie, y Annie a su vez se había portado especialmente bien con Candy. A algunas de las mujeres del refugio les resultaba más difícil que a otras relacionarse con ella. La trataban como a una deficiente, o una niña. Annie no hacía ni lo uno ni lo otro. Trataba a Candy como Candy, sin más.

—¿Recuerdas cuándo la viste por última vez? —pregunté.

—El veintidós de enero —contestó Candy—. Un martes.

—¿Puedes contarme de qué hablasteis?

A Candy se le empañaron los ojos.

—Me dijo que iba a marcharse. Había encontrado un trabajo. Me puse triste. Annie era mi amiga.

Molly volvió a darle unas palmadas en el brazo.

—¿Te dijo dónde había encontrado ese trabajo? —pregunté.

—En Prosperous. —Candy tuvo ciertas dificultades para pronunciar el nombre del pueblo, que quedó en «Prospuss».

—¿Estás segura?

—Sí. Lo dijo. Me contó que se iba a Prospuss. Tenía un trabajo. Iba a limpiar, como Candy.

—¿Y mencionó quién le había dado ese trabajo?

Candy se detuvo a pensar.

—No. Tenían un coche azul.

—¿Cómo lo sabes? ¿Los viste?

—No. Me lo dijo Annie.

—A Candy le interesan mucho los coches —explicó Molly.

—Me gusta saber los colores —dijo Candy—. ¿De qué color es tu coche?

—Yo tengo dos coches —contesté.

—¡Dos coches! —exclamó Candy, visiblemente asombrada—. ¿De qué color?

—Uno rojo y otro azul. Antes también tenía uno verde, pero...

—¿Sí? ¿Pero?

—La verdad es que no me gustaba el color.

Candy reflexionó al respecto. Cabeceó.

—A mí no me gusta el verde. Me gusta el rojo.

—A mí también.

Candy sonrió. Habíamos establecido un vínculo. Para ella, por lo visto, alguien que prefería los coches rojos a los verdes no podía ser del todo malo.

—¿Annie no te diría por casualidad la marca del coche? —quise saber.

—No, sólo que era azul.

—¿Y sobre los dueños? ¿Te dijo algo?

—Eran viejos.

Tomó otro sorbo de chocolate caliente.

—¿De qué edad? —pregunté—. ¿Mayores que yo?

Candy se rio.

—Tú no eres viejo.

—¿Mayores, pues?

—Creo que sí. —Bostezó—. Estoy cansada. Hora de acostarse.

Habíamos terminado. Candy se levantó para marcharse, sosteniendo con cuidado el tazón de chocolate a fin de no derramarlo.

—Candy, ¿puedes contarme algo más sobre Annie? —pregunté.

El coche azul era un dato útil, pero no gran cosa.

—Annie me dijo que me escribiría —contestó Candy—. Me lo prometió. Pero no me ha escrito.

Dirigió la atención a Molly otra vez.

—Debes ir a Prospuss —instó Candy—. A buscar a Annie. Annie es mi amiga.

—Charlie irá a buscar a Annie —aseguró Molly—. ¿Verdad, Charlie?

—Sí —contesté—. Iré a buscar a Annie.

—Dile que Candy ha dicho que escriba —pidió Candy—. No debe olvidar a su amiga Candy.

Dicho esto, salió al trote camino de su habitación. Molly y yo guardamos silencio hasta tener la certeza de que se había ido.

—Annie habría escrito —afirmó Molly—. No habría querido decepcionar a Candy. —Tragó saliva—. Si yo hubiese estado aquí cuando se marchó, le habría pedido los datos de su nuevo paradero. Habría dicho que quería conocer a las personas que le ofrecían trabajo. Pero ese día todo el personal a jornada completa del refugio asistía a una reunión con el Departamento de Sanidad y Servicios Humanos en Griffin Street, y aquí, en el refugio, sólo quedaron voluntarias. Voluntarias, y Candy.

En ese momento cualquier comentario por mi parte habría sonado a perogrullada, así que guardé silencio. Opté por sacar una tarjeta de visita del billetero y entregársela.

—Si usted o Candy se acuerdan de alguna otra cosa que pueda servirme, o si pasa por aquí alguna otra persona preguntando por Annie, le agradecería que me llamara. Por otro lado...

—¿Sí?

—No conviene, creo, que Candy hable mucho de ese coche azul. Es mejor que se lo calle.

—Entiendo. No le hemos mentado a Candy, ¿verdad? Va usted a seguir buscando a Annie. En serio, lo contrataría yo misma si pudiera pagarle.

—Se olvida de lo poco que vale mi trabajo.

Esta vez no sonrió.

—Por alguna razón dudo que eso sea verdad. Lo que usted cobra y el valor de su trabajo son dos cosas distintas.

Le estreché la mano.

—Estaremos en contacto.

Molly me acompañó a la puerta. Cuando abrió, percibimos un movimiento a nuestras espaldas. Candy estaba sentada en la escalera, donde no se la veía desde el despacho.

Lloraba, lloraba desconsoladamente.

Encontré al Tembleques en su cama del refugio de Oxford Street. Habían hecho todo lo posible para que estuviera cómodo mientras se restablecía de la herida en la cabeza. Aún le dolía, y el cuero cabelludo había empezado a picarle, pero por lo demás estaba tan bien como cabía esperar en alguien que había recibido un botellazo. Le ayudé a meterse en mi coche y lo llevé al Bear para ofrecerle una hamburguesa y una cerveza. Una vez instalado en su asiento, con una Shipyard Old Thumper en un vaso ante él, después de pedir una hamburguesa rodeo y ser agasajado durante un rato por Cupcake Cathy, le conté por encima los sucesos del día. Al fin y al cabo, trabajaba para él. Le había pedido un dólar en pago mientras yacía en la camilla del

hospital. Una de las enfermeras lo había malinterpretado, y probablemente ahora mi reputación en el Maine Medical estaba por debajo de la de ciertos abogados caza ambulancias.

—Así pues, ¿fue Jude definitivamente a Prosperous? —preguntó el Tembleques.

—No sólo fue, sino que lo echaron del pueblo. Dos veces. La primera educadamente, la segunda no tanto.

—Podía llegar a ser muy testarudo —comentó el Tembleques.

—También era listo —dijo—. Al menos más listo que yo, porque todavía no sé muy bien por qué andaba husmeando en esa vieja iglesia.

—¿Se cree lo que le contó ese poli?

—No tengo ningún motivo para dudar de él. El trabajo del que habló la hija de Jude podría haberse torcido. Quizás ella cambió de idea, o la pareja de ancianos, si es que existía, podría haberse replanteado su papel de buenos samaritanos mientras ella iba a buscar su equipaje. O tal vez sólo tuvo mala suerte.

—¿Mala suerte?

—Era una mujer vulnerable que vivía en la calle. Hay hombres por ahí que considerarían presa fácil a alguien así.

El Tembleques asintió y tomó un largo sorbo de cerveza.

—Lo sé —dijo—. He conocido a no pocos de esos a lo largo de mi vida, y no todos duermen en colchonetas en el suelo.

—Puede que tenga razón —contesté—. Por experiencia sé que los peores van trajeados y tienen buenos coches. Pero hay una cosa segura: por lo que se refiere a los servicios sociales de Bangor, Annie escapó de su control el día en que habló de ese trabajo. Me he pasado por el refugio de mujeres en el camino de vuelta y nadie la ha visto ni ha tenido noticias de ella desde entonces.

—¿Y esa mujer, esa tal Candy, está segura de que Annie dijo que iba a Prosperous?

—Sí, pero eso no significa que ella acabara en Prosperous.

—¿Y ahora qué va a hacer usted?

—Volver allí. Buscar un coche azul. Ver qué pasa.

—Vaya, buen plan. Lo tiene todo pensado. ¿Y la gente le paga por eso?

—No mucho —contesté, en una clara indirecta—. Y a veces nada.

En el salón de la casa de Hayley Conyer, Morland juntó las manos ante su cara, cerró los ojos y pronunció una plegaria de agradecimiento a un dios en el que no creía. Era la fuerza de la costumbre, y sólo eso. Iba a la iglesia los domingos por una cuestión de imagen. Todos los vecinos más influyentes de Prosperous pertenecían a una confesión u otra. Algunos incluso eran creyentes. Al igual que en el caso de sus antepasados allá en Inglaterra, aquellos que labraron rostros en los muros de la iglesia, su fe podía abarcar más de una deidad. Morland no era de esos. Ni siquiera sabía ya en qué creía, más allá del propio Prosperous. Sólo podía afirmar con certeza que ningún dios cristiano incidía en su conciencia.

Estaba cansado de discutir, pero al menos había prevalecido su opinión, de momento. En situaciones de crisis, no era Morland, sino Warraner, como custodio de la iglesia, quien contaba con la atención de Hayley, pero en esta ocasión Morland había conseguido convencerla. Había contribuido a ello la ausencia de dos miembros del consejo: Luke Joblin asistía a un congreso de agentes inmobiliarios en Filadelfia, y Thomas Souleby se hallaba bajo observación en una clínica del sueño de Boston, porque recientemente le habían diagnosticado apnea. Ante una crisis, Hayley podía actuar sin el voto del consejo, pero Morland la había persuadido de que la situación no era tan desesperada. El detective sólo hacía preguntas. Nada relacionaba la muerte del padre de la chica con el pueblo, y la propia chica ya no estaba. A menos que el detective pudiera comunicarse con los difuntos, pronto se le agotarían los cauces de investigación.

Hayley Conyer se sirvió en la taza lo que quedaba de té. A esas alturas debía de estar frío e insoportablemente fuerte, pero no era propio de ella desperdiciar nada. A su derecha se hallaba Warraner, inexpresivo. Por otro lado estaba eso: Warraner era partidario de tomar medidas, pero no podía especificar qué clase de medidas. Matar al detective no era una opción, y Warraner no tenía una solución propia que ofrecer. Sencillamente no le gustaba que Morland se saliera con la suya. Warraner prefería ser cola de león a ser cabeza de ratón.

—Sigo sin estar del todo convencido —dijo Warraner—. Ese hombre es una amenaza para nosotros.

—Todavía no —insistió Morland por enésima vez. Apartó las manos de su cara—. No a menos que nosotros lo convirtamos en una amenaza.

—Volveremos a hablar del asunto cuando Thomas y Luke regresen —zanjó Hayley. Se la veía tan harta de Warraner como al propio Morland—. Entretanto quiero ser informada en el mismísimo momento en que aparezca por Prosperous, si es que aparece. No quiero esperar a enterarme por el pastor.

Una sonrisa se dibujó en el rígido semblante de Warraner. Morland no reaccionó. Sólo deseaba marcharse de aquella casa. Se puso en pie y alcanzó el abrigo del respaldo de la silla.

—Si vuelve, se enterará —aseguró Morland.

Tenía hambre. Julianne habría hecho lo posible por guardarle algo para cenar, pero a esas horas ya estaría incomible de tan reseco. Aun así, se lo comería, y no sólo por el apetito; se lo habría comido incluso si Hayley Conyer lo hubiera cebado a base de caviar y *foie-gras* en la reunión. Se lo comería porque su mujer lo había preparado para él.

—Buenas noches —dijo Morland.

—Una cosa más, Lucas —dijo Hayley, y Morland se tensó como si ella le hubiera clavado un cuchillo en los riñones.

Se volvió. Incluso Warraner pareció sentir curiosidad por oír lo que Hayley se disponía a decir.

—Quiero que se traslade el cadáver de la chica —ordenó ella.

Morland la miró como si estuviera loca.

—No lo dirá en serio.

—Lo digo muy en serio. La presencia del detective en Prosperous me ha puesto nerviosa, y si descubre el cadáver, la habremos jodido.

Warraner pareció escandalizarse. Incluso Morland se sorprendió. No había oído pronunciar una palabra malsonante a Hayley Conyer desde tiempos inmemoriales.

—Tienes que alejar los restos de la chica del término municipal —prosiguió—. Los quiero muy lejos. Me da igual cómo te deshagas del cuerpo. Eso es asunto tuyo, pero quiero que desaparezca, ¿entendido?

En ese momento Morland odió a Hayley Conyer más de lo que había odiado nunca a nadie. La odió, y odió a Prosperous.

—Entendido —contestó.

Esta vez no la llamó bruja. Tenía una palabra más fuerte para ella, y la usó durante todo el camino a casa. Desenterraría el cuerpo al día siguiente, pero no lo haría solo, porque el puto Harry Dixon estaría a su lado.

—¡Mala puta! —exclamaba Morland mientras conducía—. ¡Mala puta! ¡Mala puta! ¡Mala puta!

Golpeaba el volante con fuerza cada vez que pronunciaba esas palabras, y el viento tironeaba de las ramas de los árboles mientras el bosque se reía en torno a él.

Cerca de Prosperous, en un radio de cuatro kilómetros, había tres pueblos. Sólo uno, Dearden, tenía unas dimensiones dignas de consideración; los otros dos eran pueblos en la misma medida en que Plutón era antes un planeta, o que un puñado de individuos reunidos en un cruce podía considerarse una multitud.

En todo pueblo hay una persona que es un auténtico pelmazo. Dicho papel se reparte de manera bastante equitativa entre ambos sexos, pero la edad varía poco: por encima de los cuarenta, y preferiblemente mayor aún; por lo general, soltero, o con la clase de cónyuge o compañero que le profesa veneración o se halla a un paso del homicidio. Si se celebra una reunión, dicho individuo está presente. Si se perciben cambios en el ambiente, se opone. Si uno dice negro, ese individuo dice blanco. Si uno le da la razón en que es blanco, ese individuo se replantea su postura. Rara vez ocupa un cargo electo, y si alguna vez lo ocupa, no hay nadie tan chiflado como para reelegirlo. La función que se arroga en la vida es asegurarse de que nadie le tome el pelo, y quiere que lo sepa el mayor número de gente posible. Por culpa suya, todo avanza más despacio. En ocasiones ni siquiera avanza. Muy de vez en cuando, sin proponérselo, ese individuo causa un bien impidiendo que ocurra aquello que en última instancia podría haber sido adverso o activamente destructivo para su comunidad, pero atina sólo por el simple hecho de que incluso un reloj parado da bien la hora dos veces al día.

Si una localidad es relativamente grande, puede haber muchas personas así, pero Dearden, por su tamaño, sólo podía albergar uno de estos seres. Se llamaba Euclid Danes, e incluso en una búsqueda superficial por Internet con relación a Dearden salía el nombre de Euclid con tal frecuencia que podía inducir a sospechar que era el único ser vivo del pueblo. A decir verdad, tan omnipresente era Euclid Danes que ni siquiera Dearden era lo bastante grande para contenerlo, y su área de influencia abarcaba también partes de Prosperous. Euclid Danes poseía una hectárea de tierra entre Prosperous y Dearden, y al parecer la misión de su vida era oponerse por sí solo a la expansión de Prosperous hacia el sur. La finca constituía una barrera entre los dos pueblos, y él, como propietario, había resistido firmemente y con óptimos resultados todo intento de compra, o de expulsión, por parte de los habitantes de Prosperous. No parecía interesado en el dinero ni en las buenas razones. Estaba empeñado en conservar sus tierras, y si con ello sacaba de quicio a los ricachos del pueblo de al lado, tanto mejor.

La casa de Euclid Danes era la pesadilla del mal vecino por antonomasia: pésimamente mantenida toda ella, tenía un jardín que era pariente cercano de una selva, salpicado además de piezas de maquinaria no identificables que, con un poco de trabajo y mucha desfachatez, incluso podrían haberse presentado como una forma de escultura moderna. En el camino de acceso había un Volkswagen Escarabajo. En un garaje abierto, un poco más allá, se hallaba el chasis de un segundo Escarabajo,

despojado de piezas.

Aparqué y llamé al timbre. Al fondo de la casa se oyeron unos ladridos nerviosos.

Abrió la puerta una mujer con una bata de faena azul, flaca como un palo de escoba. Un cigarrillo humeaba en su mano derecha. Con la izquierda sostenía un cachorrillo mestizo, agarrándolo por la piel del cuello.

—¿Sí? —dijo.

—Busco a Euclid Danes.

Dio una calada al cigarrillo. El cachorro bostezó.

—Cielos, ¿y ahora qué ha hecho? —preguntó.

—Nada. Sólo quería hacerle unas preguntas.

—¿Por qué?

—Soy investigador privado.

Le enseñé mi documentación. Incluso el cachorro pareció más impresionado que ella.

—¿Seguro que no se ha metido en un lío?

—No conmigo. ¿Es usted la señora Danes?

La pregunta le provocó una carcajada que degeneró en arranque de tos.

—¡Dios bendito, no! —exclamó después de recuperarse—. Soy su hermana. No hay una sola mujer en el mundo tan desesperada como para casarse con ese pobre desgraciado, y si la hay, prefiero no conocerla.

De hecho, no vi alianza nupcial en su dedo. Aunque, claro está, era tan flaca que difícilmente habría podido encontrarse una sortija a su medida, y en caso de encontrarla, quizá la mujer se habría desequilibrado por el peso. Estaba tan delgada que casi parecía asexuada, y llevaba el pelo más corto que yo. A no ser por la bata y las pálidas piernas como palillos que asomaban por debajo de la falda, habría podido pasar por un anciano.

—¿Está el señor Danes, pues?

—Ah, estará en algún sitio, pero no aquí. Estará en su trono, recibiendo a la corte. ¿Conoce el Benny's?

—No.

—Entre en el pueblo y, en el primer cruce, tome a la izquierda. Siga el tufo a cerveza rancia. Cuando encuentre a ese hombre, dígame que vuelva a casa de una puta vez. Estoy preparando un pastel de carne. Si no lo veo sentado a la mesa cuando salga del horno, se lo daré a los perros.

—Se lo haré saber, cuente con ello.

—Muy agradecida. —Sostuvo el cachorro a la altura de mis ojos—. ¿Quiere comprar un cachorro?

—No, gracias.

—¿Quiere quedárselo gratis?

El cachorro, consciente al parecer de que él era el tema de la conversación, meneó el rabo esperanzado. Era de color marrón, con ojos soñolientos.

—Pues no.

—Maldita sea.

—¿Qué va a hacer con él?

Miró al cachorro a los ojos.

—Darle el pastel de carne, supongo.

—Ya.

Cerró la puerta sin pronunciar una palabra más. Me quedé donde estaba durante un momento, tal como se hace cuando uno ha mantenido algo que, si no hubiera estado atento, podría haber tomado por una conversación, y después volví al coche y fui en busca del Benny's.

Encontrar el Benny's no representaba una gran dificultad. Dearden no era una metrópoli, y sólo existía un cruce digno de ese nombre en el centro del pueblo. No había ninguna indicación, sólo cuatro señales de stop, y el Benny's era el único establecimiento de la calle. De hecho, el Benny's era *lo único* en la calle. Más allá se extendía el bosque. El Benny's era un edificio bajo de ladrillo rojo, el letrero lo había proporcionado la empresa Coca-Cola hacía al menos treinta años y ahora presentaba un aspecto desvaído y amarillento. Además, le faltaba el apóstrofo que indicaba el posesivo. Tal vez a Benny no le gustaba alardear de sus propiedades. En tal caso, eliminar el apóstrofo era una sabia decisión.

Un bar que no se limpia con regularidad emana ciertos efluvios. Todos los bares huelen un poco a eso —es fruto de la cerveza derramada que se ha filtrado en los suelos y en los espacios de almacenamiento, junto con lo que sea que acostumbra propagarse en la levadura vieja—, pero en el Benny's ese olor era tan fuerte, incluso desde fuera, que los pájaros que lo sobrevolaban corrían el riesgo de desorientarse por los efluvios procedentes del alcohol. El Benny's añadía un elemento más a ese hedor combinándolo con grasa arraigada: esta revestía los extractores de la parte de atrás del edificio. Para cuando crucé la puerta, el Benny's había dejado ya su impronta en mí, y supe que apestaría igual que el local hasta llegar a casa, en el supuesto de que mis arterias no se endurecieran antes y me provocaran la muerte.

Curiosamente, dentro no olía tan mal, aunque oler peor habría sido difícil dadas las circunstancias. El Benny's era más un restaurante que un bar, siempre y cuando uno fuera generoso en su definición de restaurante. Detrás de la barra, a la izquierda, había una cocina abierta, junto con un par de barriles de cerveza que inducían a pensar que allí las microcervecerías se consideraban una moda pasajera. Encima, en la pared, se mostraba el menú en un tablero provisto de letras y números de plástico ajustables, con unos precios que no variaban desde la muerte de Elvis y unos platos del estilo de los que habían contribuido a matarlo. Las mesas eran de formica y las sillas de madera y vinilo. Luces navideñas pendían de las cuatro paredes justo por debajo del techo proporcionando la mayor parte de la iluminación, y unos viejos

carteles y espejos con marcas de cerveza constituían la decoración.

Y, bueno, tenía su encanto, como advertí en cuanto se me acostumbró la vista a la penumbra.

Sonaba música a bajo volumen: «Come Together», seguido de «Something», de *Abbey Road*. Ante la parrilla, un hombre corpulento con delantal daba la vuelta a unas hamburguesas.

—¿Cómo va eso? —saludó—. La camarera lo atenderá enseguida. ¿Qué tal ahí fuera?

—Hace frío. Aunque el cielo está despejado.

—Según el parte meteorológico, esta noche la temperatura podría caer a doce grados bajo cero.

—Al menos aquí dentro se está caliente.

El hombre sudaba ante la parrilla. Nadie iba a tener que echar sal a la hamburguesa.

—Siempre he tenido aislante térmico.

Se dio unas palmadas en la descomunal barriga, y me acordé al instante de Candy, la mujer del Tender House de Bangor, que vigilaba su peso y contaba los malvaviscos. Eso me recordó cuál era el motivo de mi presencia allí.

Una mujer de mediana edad, pequeña y robusta, con abundante pelo, salió de pronto de la oscuridad. Yo ya había empezado a entrever media docena de siluetas dispersas alrededor, pero habría tenido que iluminarles la cara con una linterna para distinguir sus facciones.

—¿Una mesa, guapo? —ofreció la mujer.

—Busco a Euclid Danes —contesté—. Su hermana me ha dicho que quizás estuviera aquí.

—Está en su despacho —indicó la camarera—. La mesa del fondo. ¿Lo manda ella para que lo lleve a casa?

—Según parece, está preparando un pastel de carne.

—Me lo creo. Es lo único que sabe preparar. ¿Le sirvo algo?

—Un café, por favor.

—Se lo serviré bien cargado. Lo necesitará si quiere aguantar despierto los desvaríos de ese hombre.

Euclid Danes era como su hermana vestido de hombre. Incluso puede que fueran gemelos. Vestía un traje azul raído y corbata roja, por si se veía obligado de pronto a entrometerse en los asuntos de otra persona. Cubrían su mesa periódicos, recortes, documentos diversos, varios bolígrafos y rotuladores, y un plato de patatas fritas a medio comer. No levantó la vista cuando me acerqué a él, abstraído como estaba en añadir anotaciones a una pila de informes.

—¿Señor Danes? —dije.

Levantó la mano derecha sin dejar de deslizar la estilográfica por el papel con la izquierda. Las anotaciones eran más extensas que el texto del propio informe. Casi

pude oír los suspiros de frustración en alguna reunión futura cuando Euclid Danes se pusiera en pie, se aclarara la garganta y tomara la palabra.

Pasó un largo rato. Llegó el café. Eché leche. Tomé un sorbo. El nivel de los océanos subió y bajó, las montañas quedaron reducidas a polvo. Finalmente Euclid Danes concluyó su trabajo, tapó la pluma y la colocó paralela al papel en el que había estado escribiendo. Entrelazó las manos y me miró con una expresión juvenil de curiosidad. Se advertía picardía en sus ojos. Tal vez Euclid Danes fuera la cruz que tenía que soportar Dearden, pero poseía la inteligencia necesaria para ser consciente de ello, y lucidez de sobra para disfrutarlo.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó.

—¿Le importa que tome asiento?

—En absoluto. —Señaló una silla.

—¿Son tuyas esas patatas fritas? —pregunté, señalando el plato.

—Lo eran.

—Su hermana se enfadará cuando se entere de que ha comido.

—Mi hermana siempre está enfadada, coma o no coma. ¿Ahora se dedica a contratar detectives para controlar mis hábitos?

Procuré no manifestar mi sorpresa.

—¿Lo ha llamado por teléfono, su hermana?

—¿Para avisarme? Jamás haría una cosa así. Seguramente ahora está en casa rezando para que usted me haga desaparecer. No, leo los periódicos y veo las noticias, y soy buen fisonomista. Usted es Charlie Parker, de Portland.

—Presentado así, se diría que soy un pistolero.

—Pues sí, esa impresión da, ¿verdad? —dijo, y un brillo asomó a sus ojos—. ¿Y bien? ¿Qué puedo hacer por usted, señor Parker?

La camarera apareció y me sirvió más café.

—Me gustaría hablar con usted de Prosperous —contesté.

El jefe Morland recogió a Harry Dixon en su casa. No informó a Harry de por qué lo necesitaba; sólo le indicó que cogiera su abrigo y un par de guantes. Morland ya llevaba una pala, el pico y linternas en el coche. Estuvo tentado de pedir a Bryan Joblin que los acompañara, pero al final le dijo que esperara allí con la mujer de Harry. Morland no quería que ella, presa del pánico, cometiera alguna estupidez. Vio la expresión en los ojos de Erin Dixon mientras Harry iba a buscar su abrigo, como si él se propusiese meter bajo tierra a su marido, pero la situación no había llegado a ese punto, todavía no.

—Tranquila —dijo Morland—. Te lo devolveré entero. Sólo necesito su ayuda.

Erin no contestó. Sentada junto a la encimera de la cocina, lo miró fijamente. Ganó ella, o Morland la dejó ganar. Él no supo bien si fue lo uno o lo otro. En todo caso, desvió la mirada.

Bryan Joblin, arrellanado junto al fuego, tomaba una PBR y veía por televisión un concurso absurdo. Bryan era útil porque no pensaba mucho y hacía lo que le mandaban. A hombres así siempre se les podía encontrar una función. Se construían imperios sobre sus espaldas.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse ese aquí? —preguntó Erin, señalando a Bryan con la barbilla.

Si Bryan la oyó, no respondió. Tomó otro sorbo de cerveza e intentó adivinar en qué continente se hallaba la República de Angola.

—Sólo hasta que encontréis a la próxima chica —respondió Morland—. ¿Cómo está el asunto?

—He ido dando vueltas en coche por ahí, igual que Harry —respondió Erin—. Sería más fácil si ese cretino no nos siguiera a todas partes.

Bryan Joblin, absorto en su concurso, tampoco reaccionó. Su respuesta había sido «Asia», y ahora, en su frustración, golpeaba el brazo del sillón con la mano abierta. Bryan nunca sería concejal, no a menos que todos los demás seres vivos de Prosperous, incluidos gatos y perros, falleciesen antes que él.

Morland sabía que Bryan vigilaba alternativamente a Harry y su mujer. A ratos ayudaba a Harry en la reforma de un desván en las afueras de Bangor. Acaso no fuese muy listo, pero era hábil con las manos cuando reunía la energía necesaria para actuar. En la práctica era poco lo que Bryan podía hacer si Harry o Erin intentaban alguna estupidez mientras él se hallaba con el otro cónyuge, pero su presencia era un recordatorio del poder de Prosperous. Era presión psicológica, con cierta insinuación de amenaza física.

—En cuanto tengamos una chica, Bryan se irá —afirmó Morland—. Vosotros os lo habéis buscado, tanto la compañía de Bryan como todo lo demás.

Harry había reaparecido con su abrigo. Se lo había tomado con calma. Morland se preguntó qué habría estado haciendo.

Harry dio una palmada a su mujer en el hombro con delicadeza al pasar por su lado. Ella tendió el brazo para rozarle la mano, pero ya era tarde. Harry había seguido adelante.

—¿Sabes cuánto vamos a tardar? —preguntó Harry a Morland.

—Un par de horas. ¿Has cogido guantes?

Harry sacó un par del bolsillo. Siempre llevaba guantes. Formaban parte de su uniforme.

—Pues en marcha —dijo Morland—. Cuanto antes empecemos, antes acabaremos.

Euclid Danes me preguntó a qué se debía mi interés en Prosperous.

—Preferiría no decírselo —contesté. No quería que los detalles acabaran en una de las carpetas de Euclid, a punto para esgrimirlos en la siguiente reunión.

—¿No se fía de mí? —preguntó Euclid.

—No lo conozco.

—¿Y cómo ha dado conmigo?

—Señor Danes, en Internet sale usted por todas partes. Parece un sarpullido cibernético o algo así. Me sorprende que los vecinos de Prosperous no hayan pagado para eliminarlo.

—Allí no me aprecian mucho, no —admitió.

—Siento curiosidad por saber a qué se debe su conflicto con el pueblo. Por lo que se ve, destina usted mucha energía a insertar astillas bajo las uñas de su población.

—¿Población? ¿Se los considera eso? —repuso—. «Secta» es una palabra más exacta, diría yo.

Aguardé. Se me daba bien esperar. Euclid separó una hoja de papel en blanco de una pila y dibujó un círculo en el centro.

—Esto es Prosperous —dijo. A continuación trazó varias flechas que apuntaban hacia otros círculos menores—. Aquí están Dearden, Thomasville y Lake Plasko. Más allá tenemos Bangor, Augusta, Portland. Prosperous manda a su gente al exterior... a trabajar, a estudiar, a rendir culto..., pero no admite a cualquiera. Necesitan sangre nueva, porque no quieren empezar a engendrar idiotas a causa de un banco genético poco variado, y por eso, desde hace medio siglo poco más o menos, permiten a sus hijos que se casen con gente de fuera, pero mantienen a distancia a esas nuevas unidades familiares hasta que se demuestra que son compatibles con el pueblo. No se venden casas a quienes no han nacido en Prosperous, ni locales comerciales. Lo mismo pasa con el suelo, o lo poco que queda en el pueblo por urbanizar. Y ahí es donde entro yo.

—Porque Prosperous quiere expandirse —dije—, y usted es un estorbo.

—Una chocolatina de premio para el caballero. Los fundadores del pueblo eligieron un emplazamiento rodeado de lagos, pantanales y densos bosques por todas partes, excepto por una: la franja de tierra situada al sudeste. En esencia crearon una pequeña fortaleza, pero ahora les ha salido el tiro por la culata. Si quieren que sus hijos sigan viviendo en Prosperous, necesitan suelo donde construir, y el pueblo ya casi se ha quedado sin terrenos urbanizables. No han llegado todavía a una situación crítica, pero poco les falta, y Prosperous siempre planifica por adelantado.

—Presentado así, se diría que el pueblo es un ser vivo.

—¿Y acaso no lo es? —repuso Euclid—. Todos los pueblos son un conjunto de organismos que constituyen una única entidad, como una medusa. En el caso de Prosperous, los organismos de control son las familias fundadoras originales, y sus líneas de sangre se han mantenido puras. Controlan el consejo municipal, el cuerpo de policía, el consejo escolar, todas las instituciones de cierta importancia. Los mismos apellidos se repiten a lo largo de la historia de Prosperous. Esas personas son los custodios del pueblo.

»E igual que una medusa, Prosperous arrastra unos largos tentáculos. Sus vecinos

rinden culto en iglesias de las principales confesiones, que están fuera de Prosperous, porque en el pueblo sólo hay cabida para una iglesia. Manda a los hijos de las familias fundadoras a los pueblos cercanos, incluido Dearden. Les proporcionan dinero para que se presenten a los cargos públicos municipales y estatales, para que respalden a organizaciones benéficas, para que ayuden con donaciones a causas que lo merezcan cuando el estado no puede o no quiere hacerlo. Después de un par de generaciones, la gente olvida que esas personas son criaturas de Prosperous, y que todos sus actos van encaminados a beneficiar en primer lugar a Prosperous. Lo llevan en la sangre, desde los tiempos en que llegaron aquí los restos de la Familia del Amor. ¿Sabe qué es la Familia del Amor?

—He leído algo —contesté.

—Familia del Amor..., sí, naranjas de la China. Esa gente no sabía qué era el amor. No estaban dispuestos a convertirse en cuáqueros, y por eso se marcharon de Inglaterra, creo yo. Mataban para protegerse, y tenían las manos manchadas de sangre. O se iban, o acababan enterrados por sus enemigos.

—El pastor Warraner sostiene que quizás eso sólo fuera propaganda. Los familistas eran disidentes religiosos. Esas mismas mentiras se difundieron sobre los católicos y los judíos.

—Warraner —repitió Euclid, y reaccionó como si aquel nombre fuera una mosca que se le hubiese metido en la boca y necesitase escupirla de la punta de la lengua—. Ese no es más pastor que yo. Puede atribuirse el título que quiera, pero no sabe qué es la bondad. Y otra rectificación: los familistas no eran sólo disidentes; eran infiltrados. Se ocultaban en el seno de parroquias establecidas y simulaban una fe que no era la suya. Dudo que eso haya cambiado mucho con el paso de los años. Siguen siendo una infección. Son parásitos, y vuelven el organismo contra sí mismo.

Esa era una metáfora que yo ya había oído antes en otras circunstancias. Hizo revivir en mí desagradables asociaciones con personas que, sin saberlo, albergaban dentro de sí espíritus ancestrales, ángeles antiguos que aguardaban el momento en que podrían empezar a devorar a sus huéspedes desde dentro.

Por desgracia para Euclid Danes, su discurso acerca de las medusas, los parásitos y las líneas de sangre le confería una imagen de obsesivo paranoico. Quizá lo fuese. Pero Euclid era inteligente, o al menos lo suficiente para adivinar por dónde iban mis pensamientos.

—Le suena descabellado, ¿verdad? —dijo—. ¿Parecen los desvaríos de un loco?

—Yo no lo expresaría tan rotundamente.

—Estaría usted entre la minoría, pero todo esto es muy fácil de demostrar. Dearden está en declive, pero en comparación con Thomasville parece Las Vegas. Nuestros jóvenes se marchan porque no hay trabajo, ni esperanza de que lo haya algún día. Van cerrando comercios, y los que siguen abiertos sólo venden cosas que necesitan los viejos carcamales como yo. Los pueblos de toda esta región mueren lentamente, todos excepto Prosperous. Allí también tienen dificultades, porque las

tiene todo el mundo, pero no como las nuestras. Es un pueblo aislado, protegido. Para alimentarse, chupa la vida a los pueblos de alrededor. Buena fortuna, suerte, providencia divina..., llámelo como quiera, pero no abunda, y Prosperous la ha acaparado toda.

La mujer de la gran mata de pelo se acercó para ofrecerme aún más café. Al parecer, yo era el único en el bar que lo tomaba, y a todas luces ella no quería desperdiciar el contenido de la cafetera. Me esperaba un largo viaje de regreso a casa. El café me ayudaría a permanecer despierto. En todo caso, me lo bebí rápidamente, pensando que Euclid Danes no tendría mucho más que contarme.

—¿Hay otros como usted? —pregunté.

—¿Majaras? ¿Paranoicos? ¿Fantasiosos?

—¿Por qué no «disidentes»?

Sonrió al ver que me apropiaba de la palabra.

—Algunos. Suficientes. Pero son más discretos que yo. No sale a cuenta contrariar a la gente de Prosperous. Primero se encuentra uno con cosas pequeñas..., la desaparición de un perro, desperfectos en el coche, quizás una llamada a Hacienda para informar de que uno acepta algún que otro trabajito bajo mano para pagarse la cuenta del bar..., pero luego va a más. Aquí no es sólo la economía lo que ha causado el cierre de comercios y la marcha de tantas familias.

—Pero usted se ha quedado.

Cogió la estilográfica y desenroscó el tapón, dispuesto a concentrarse de nuevo en sus papeles. Alcancé a ver la marca de la pluma: Tibaldi. Más tarde lo consulté: los precios oscilaban entre 400 y 40.000 dólares. La de Euclid Danes tenía mucho oro.

—Parezco un viejo chivo, viviendo en esa casa ruinoso con más perros que bichos y una hermana que sólo sabe preparar pastel de carne —dijo—, pero mi hermano era juez del Tribunal Supremo de Massachusetts, mis sobrinos son abogados y banqueros, y nadie puede enseñarme nada sobre la dinámica de la Bolsa. Tengo dinero y cierto grado de influencia. Creo que por eso me odian tanto, porque si no soy uno de ellos, es sólo por un accidente de nacimiento. Y aunque no lo sea, piensan igualmente que debería ponerme del lado de la riqueza y el privilegio, dado que yo mismo soy rico y privilegiado.

»Así que Prosperous no puede actuar contra mí, ni asustarme. Lo único que puede hacer es esperar a que muera, e incluso entonces esos cabrones descubrirán que he puesto tantas trabas jurídicas en torno a mis tierras que la propia humanidad desaparecerá antes de que encuentren la manera de construir en ellas. Ha sido un placer hablar con usted, señor Parker. Le deseo suerte con lo que sea que está investigando.

Agachó la cabeza y empezó a escribir otra vez. Eso me recordó el final de la película *Un mundo de fantasía*, cuando Gene Wilder despide a Charlie e intenta abstraerse en sus papeles hasta que el chico devuelve el chicle eterno como recompensa. Yo no había dado a conocer a Euclid todo lo que sabía por pura cautela.

Lo había infravalorado y juzgado mal, y tuve la impresión de que quizás Euclid había cometido el mismo error conmigo.

—Un tal Jude, un sin techo, se ahorcó en Portland no hace mucho —expliqué—. Antes de morir buscaba a su hija. Ella se llamaba Annie Broyer. Él estaba convencido de que la chica había ido a Prosperous. Todavía no hay ni rastro de ella. Sospecho que ha muerto, y no soy el único que lo cree. También pienso que encontró su final en Prosperous.

Euclid dejó de escribir. El tapón volvió a la pluma. Se arregló la corbata y alargó el brazo para alcanzar su abrigo.

—Señor Parker, ¿por qué no vamos a dar un paseo?

Ya era de noche. Yo había seguido a Euclid Danes hasta el límite noroeste de la localidad de Dearden. La cerca de sus tierras indicaba el final del término municipal. Más allá se extendía el bosque: parte de la demarcación de Prosperous.

—¿Por qué no han construido aquí? —pregunté—. La tierra es apta. Sólo habría que talar unos cuantos árboles.

Euclid sacó una pequeña linterna del bolsillo e iluminó el suelo. Me señaló un hoyo en la tierra, de unos cuarenta centímetros de diámetro, o poco más. Quedaba parcialmente oculto por la maleza y las raíces de los árboles.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—No lo sé. He encontrado tres a lo largo de los años, pero puede que haya más. Me consta que hay un par cerca de esa vieja iglesia de Prosperous. No los he visto con mis propios ojos desde hace tiempo..., como se podrá imaginar, soy persona non grata en ese pueblo..., pero lo sé de buena tinta por otros que han estado allí.

—¿Cree que el terreno es inestable?

—Podría serlo. No soy experto en la materia.

Tampoco yo lo era, pero aquello no era suelo kárstico, al menos que yo supiese. No me constaba que en la zona se hubieran descubierto dolinas como las de Florida. Ese hoyo era curioso, incluso inquietante, pero esa sensación mía tal vez se debiera a un vago temor atávico a los lugares pequeños y cerrados bajo tierra, y el miedo a la caída que despiertan. Yo no era claustrofóbico, pero tampoco me había visto atrapado nunca en un hoyo bajo tierra.

—¿Cómo se formó?

Euclid apagó la linterna.

—Ah, ese es el quid de la cuestión, ¿no? —dijo—. Le dejo a usted la respuesta. Yo sólo sé que me espera un pastel de carne con la consiguiente indigestión. Lo invitaría a acompañarme, pero usted me cae bien.

Se encaminó de regreso a su coche. Yo me quedé junto a la cerca. Distinguía aún el hoyo, una negrura más intensa en contraste con la oscuridad envolvente. Sentí un picor en el cuero cabelludo, como si me corrieran bichos entre el pelo.

Euclid dejó caer un último consejo cuando llegó a su coche, un hermoso Chevrolet Bel Air rojo del 57. «Me gusta que la gente se entere cuando llego», me había dicho. Ahora estaba junto a la puerta abierta, y una brisa fría agitaba su pelo hirsuto y su corbata ancha.

—Suerte con esa gente —dijo—. Pero cuidado donde pisa.

Hizo girar la llave de contacto y mantuvo iluminado el suelo con los faros del Chevrolet hasta que yo regresé sano y salvo a mi coche. Lo seguí hasta su casa y después continué hacia el sur, rumbo a Scarborough.

En las afueras de Prosperous, Lucas Morland y Harry Dixon mantenían la mirada fija en otro hoyo en el suelo. En un primer momento a Harry le asaltó la absurda pero espantosa idea de que la chica realmente había abandonado la tumba, como en su pesadilla, y que la criatura salida de debajo de la tierra era algo mucho peor que una joven herida capaz de dar nombres. Pero de pronto la luz de sus linternas alumbró unas grandes huellas en la tierra esparcida y huesos rotos con señales de dientes. Encontraron la cabeza bajo un viejo roble, con la mayor parte de la cara roída.

—Te lo dije —recordó Harry a Morland—. Te dije que había visto un lobo.

Morland guardó silencio, pero empezó a recoger los restos en la medida de lo posible. Harry lo ayudó. No encontraron el cuerpo entero. El lobo, o algún otro carroñero, se había llevado partes. Faltaba un brazo, y casi toda una pierna.

«Pruebas», pensó Morland. «Son pruebas». Tendrían que buscarlas. De momento la única opción era envolver en plástico lo que pudieran recoger del cuerpo de la chica, meterlo en el coche y rellenar la tumba. En Prosperous, desde hacía generaciones, no había ocurrido nada semejante, nada así de espantoso, así de desafortunado. Si la chica no hubiese huido, si Dixon y la zorra de su mujer no la hubiesen dejado escapar...

Morland deseó asestar un puñetazo a Harry. Deseó matarlo. Aquello era culpa de los Dixon, todo aquello. Aun en el caso de que Harry y Erin encontraran a una chica idónea, Morland buscaría la manera de darles su escarmiento. Joder, si la propia Erin no fuese tan vieja y estuviese tan consumida, podrían haberla usado a ella. Pero no, el pueblo no se alimentaba de los suyos. Nunca lo había hecho. No era ese el trato que recibían los transgresores del propio Prosperous. Existían ciertas normas.

Formaron tres paquetes con las partes del cuerpo envueltas en plástico y los cerraron con cinta adhesiva. Después viajaron hacia el norte durante una hora, alejándose mucho de Prosperous, y volvieron a enterrar lo que quedaba de la chica. El hedor los acompañó durante todo el camino de regreso al pueblo. Luego, ya cada uno en su casa, se ducharon y restregaron, pero aún percibían el olor de ella.

Al ver que su marido aún no había salido, Erin Dixon llamó a la puerta del baño quince minutos después de dejar de oír el agua de la ducha. Bryan Joblin se había quedado dormido en el sillón junto al fuego. Ella había pensado en matarlo.

Últimamente pensaba mucho en matar.

—¡Harry! —llamó—. ¿Estás bien?

Oyó un llanto dentro del baño. Probó a abrir la puerta. El pestillo no estaba echado.

Su marido, sentado en el borde de la bañera, tenía una toalla ceñida en torno a la cintura y el rostro oculto entre las manos. Se sentó junto a él, echó su brazo por encima del hombro de su marido y le estrechó.

—¿Lo hueles? —preguntó Harry.

Erin lo olfateó. Le olió el pelo y la piel. Percibió sólo el aroma del jabón.

—Hueles bien —contestó—. ¿Quieres contarme qué ha pasado?

—No.

Erin se acercó a la puerta del baño y aguzó el oído. Aún se oían los ronquidos de Joblin. Cerró la puerta y regresó junto a su marido, pero habló en un susurro por si acaso.

—Marie Nesbit me ha llamado hace un rato al móvil mientras ese gilipollas dormía como una marmota —dijo.

Marie era la mejor amiga de Erin. Trabajaba de secretaria en la casa consistorial y pertenecía a una de las familias fundadoras, al igual que los Dixon. Su marido, Art, era alcohólico, pero no violento, sino amable y triste la mayor parte del tiempo. Erin se prestaba desde hacía tiempo a escuchar sus penas compasivamente.

—Me ha contado que ha venido al pueblo un investigador. Preguntaba por la chica.

Harry había dejado de llorar.

—¿De la policía?

—No, un detective privado, como en la tele.

—¿Te ha dicho quién lo contrató?

—No. Sólo ha oído el principio de la conversación. No quería que la sorprendieran espiando.

—¿Cómo se llamaba el detective?

—Parker. Charlie Parker. Lo he buscado en Google con el móvil y luego he borrado el historial. Ha salido en los periódicos.

Por eso Morland quiso trasladar el cadáver de la chica. Con la aparición del detective, Morland se había asustado. No, no sólo Morland. Por más que fuera el jefe de policía, obedecía órdenes del consejo. La decisión de desenterrar el cadáver partió probablemente de Hayley Conyer en persona, pero un lobo se les había adelantado. Primero la chica, luego el detective y ahora el lobo. El pueblo iba camino de su ruina.

—Harry —dijo Erin—. Lo he decidido: no les voy a buscar otra chica.

Él asintió. ¿Cómo iban a hacer una cosa así después de haber dejado escapar a la última? ¿Cómo podía una pareja que había deseado en vano tener su propia hija participar en el asesinato de la hija de otras personas?

—Tendrán vigilado al detective —dijo Harry—. Ellos actúan así. No podemos

ponernos en contacto con él, todavía no. Quizá nunca.

—¿Y qué haremos?

—Lo que te he dicho. Nos iremos, y pronto. Después decidiremos.

Erin le cogió la mano. Harry le dio un apretón en respuesta.

—¿Cuándo?

—Dentro de un par de días. No más.

—¿Me lo prometes?

—Prometido.

Ella lo besó. Él separó los labios al sentir el contacto de los de ella, pero antes de que pudieran ir más allá unos golpes en la puerta los interrumpieron, y Bryan Joblin dijo:

—Eh, ¿estáis los dos ahí?

Erin se acercó a la puerta y abrió. Vio ante sí a Joblin con expresión soñolienta. Apestaba a cerveza barata. Miró a Erin, y a Harry de pie detrás de ella, con la toalla alrededor de la cintura, el cuerpo inclinado para disimular la erección ya medio extinta.

—¿Qué? ¿Divirtiéndooos un rato? —preguntó Joblin—. Joder, ¿para qué tenéis un dormitorio? Todos necesitamos usar el baño, y yo he de mear.

El jefe Morland rara vez soñaba. Esta circunstancia le resultaba curiosa. Tenía entendido que todo el mundo soñaba, y que si bien uno, al despertar, no siempre recordaba los sueños, al menos sí retenía algunos detalles. Su mujer soñaba mucho, y conservaba un recuerdo rayano en lo exhaustivo. Morland sólo podía rescatar del fondo de su memoria un puñado de ocasiones en que había despertado con imágenes residuales de sus sueños. Era incapaz de asociarlos con momentos especialmente difíciles o traumáticos de su vida. No era que hubiese soñado la noche que murió su padre, ni que lo hubieran atormentado las pesadillas aquella vez que tuvo la certeza de que le había llegado su hora cuando por poco no cayó con el coche en una zanja a toda velocidad después de patinar en una placa de hielo en la carretera. Él no podía identificar esa clase de relación causa-efecto.

Pero la noche en que Harry Dixon y él encontraron los restos desparramados de la chica sí soñó. Pensando en el lobo, se había ido a dormir tarde. Debería haber dado crédito a Dixon aquella primera noche cuando dijo que había visto un animal en la carretera. Debería haber establecido la conexión entre eso y las bolsas de basura destrozadas y la desaparición del perro de Elspeth Ramsay, pero en ese momento tenía otros asuntos en la cabeza, como la chica con el orificio en el pecho, y los Dixon con el cuento de la tira de tela y la astilla, y la necesidad de detener el lento declive de la fortuna de su pueblo.

Y hacía décadas que no se veía un lobo en el estado. El río San Lorenzo constituía una barrera natural y les impedía el paso desde Canadá. A Morland eso ya le parecía bien. Sabía que en Maine algunos eran partidarios de la reintroducción del lobo, aduciendo que la especie había sido parte importante del ecosistema hasta que fue exterminada. En opinión de Morland, ese mismo argumento podría haberse empleado en favor de los dinosaurios y los felinos de diente de sable, pero esa no era una razón para intentar recuperarlos. ¿Qué podía pasarle a un niño que tal vez se perdiera en el bosque al separarse de sus padres durante una excursión? Y si un adulto tropezaba, se partía una pierna y de pronto se encontraba rodeado de una manada de lobos, ¿qué ocurriría entonces? Lo mismo que le pasó al perro de Elspeth Ramsay, quizás, o lo mismo que le pasó a la chica, sólo que al menos ella ya había muerto cuando el lobo le hincó los dientes. El mundo estaba lleno de gente con buenas intenciones, pero luego eran los hombres como Morland quienes tenían que enmendar los desastres.

Se sirvió un dedo de *bourbon*. Del mismo modo que casi nunca soñaba, sólo muy de vez en cuando consumía alcohol de alta graduación. Se preguntó si existía alguna conexión entre ambos hechos. Daba igual. Esa noche era distinta. Esa noche había ido a desenterrar un cadáver y había descubierto que un lobo ya lo había hecho por él, y lo había obligado a escarbar en la tierra en busca de huesos y carne descompuesta, de jirones de plástico y tela. Ya había visto cadáveres antes: suicidios, disparos accidentales, colisiones de carretera, así como esos casos fruto de la mortalidad

normal y corriente en que se requería la presencia de la policía local para romper una ventana o echar una puerta abajo de una patada, porque alguien, en su egoísmo, había fallecido sin avisar antes a amigos, parientes y vecinos. Morland nunca había matado a nadie él mismo, a diferencia de su padre, pero Daniel Morland había preparado bien a su hijo para la responsabilidad que acabaría recayendo en él cuando fuera jefe de policía, y Morland se había sorprendido de su propia frialdad al ver el cuerpo de la chica después de recibir el disparo. Le recordó la sensación de tristeza pasajera que sentía al contemplar un ciervo abatido durante una cacería.

Bebió un sorbo de *bourbon* e intentó imaginar que era jefe de policía en un pueblo normal. Un «pueblo normal»: se rio a carcajadas de sus propias palabras, y se tapó la boca como un niño que temía verse sorprendido en una travesura. Lo único normal en Prosperous era que allí se demostraba que, con el paso del tiempo, los individuos podían habituarse a los comportamientos más horribles. Muchos de los vecinos del pueblo, incluso los más íntimamente implicados en sus secretos, se consideraban «buenas» personas, y no sin razón. Cuidaban de sus familias y, en general, observaban la ley. En cuanto a tendencias políticas, Prosperous era el pueblo más progresista de esa parte de Maine: la Proposición 1 para permitir el matrimonio gay en el estado había sido aprobada en Prosperous por una mayoría tan numerosa como la de Portland, y en las elecciones tendía ligeramente hacia el Partido Demócrata o los progresistas independientes. Pero los habitantes de mayor edad eran conscientes de que el pueblo se fundaba en una mentira, o en una verdad demasiado horrenda para expresarla. Algunos de ellos preferían hacer como si no lo supieran, y nadie les echaba en cara su fingida ignorancia. No eran aptos para el liderazgo. Al final, este recaía siempre en las familias originales, en los fundadores. Ellos cuidaban del pueblo por todos los demás.

Morlandapuró la copa. Debería haber telefoneado a Hayley Conyer para informarla de la presencia del lobo y el revoltijo hallado en la tumba, pero no lo hizo. Ya estaba harto de Hayley por ese día. La llamada podía esperar hasta la mañana siguiente. Entonces organizaría una partida de caza, y encontrarían al lobo y lo matarían discretamente. Thomas Souleby tenía un viejo sabueso que podía ser útil para seguir el rastro del lobo. Morland sabía poco de la caza de lobos, aparte de lo que había averiguado esa noche en Google, pero al parecer existía divergencia de opiniones en lo referente a la utilidad de las jaurías de perros en una cacería. Unos sostenían que un lobo huiría de ellos, pero en Wisconsin unos doscientos perros de caza muertos lo desmentían. La desaparición del perro mestizo de Elspeth Ramsay inducía a pensar que este lobo no tenía reparos en eliminar a un animal doméstico si se le presentaba la ocasión. Daba igual: de todos modos, en Prosperous no abundaba la clase de perros que podría ser útil en un enfrentamiento con un lobo, no a menos que se le hubiese escapado alguna noticia de última hora sobre la fortaleza oculta de los labradoodles. Las trampas parecían ser la manera más eficaz de hacer frente a ese animal, pero tal vez tuvieran la suerte de que se pusiera antes a tiro de sus armas,

aunque la suerte escaseaba en esos tiempos.

Se acostó. Dio un beso a su mujer. Ella masculló algo dormida.

Morland soñó.

En su sueño, Prosperous ardía.

En los días posteriores los titulares de los periódicos fueron todos muy parecidos: TRIPLE TRAGEDIA AZOTA UN PUEBLO; UN PUEBLO DE MAINE LLORA A SUS MUERTOS; LOS PROBLEMAS LLEGAN DE TRES EN TRES EN UNA COMUNIDAD MUY UNIDA...

Un helicóptero Black Hawk UH-60 con cuatro «asesores militares» estadounidenses a bordo y toda su tripulación se estrelló en Kandahar, Afganistán. Tres de los hombres sobrevivieron al accidente, causado por una avería mecánica, pero no al posterior combate con los talibanes. En los rincones más oscuros de Internet circulaba una fotografía de tres cabezas cercenadas y dispuestas en fila en la arena. Dos de esos militares fueron identificados como el capitán Mark Tabart y el sargento primero Jeremy Cutter, ambos oriundos de Prosperous, Maine.

El mismo día que murieron los dos soldados, una mujer llamada Valerie Gillson tomó una curva entre Dearden y Prosperous y vio un cervato herido en medio de la carretera. Daba la impresión de que un vehículo había embestido al animal, porque se le veían las patas traseras retorcidas y rotas. Escarbaba en la carretera con las pezuñas delanteras y agitaba la cabeza en su sufrimiento. Valerie salió del coche. No podía abandonar al animal angustiado, ni podía atropellarlo para acabar con su padecimiento: nunca más habría podido sentarse al volante de su coche. Sacó el móvil y llamó al Departamento de Policía de Prosperous. El jefe Morland sabría qué hacer. El teléfono sonó, y Marie Nesbit, que ese día coordinaba los avisos, atendió la llamada.

—Hola. ¿Marie? Soy Valerie Gillson. Sí, estoy bien, pero me encuentro a un par de kilómetros al sur del pueblo y hay un ciervo herido en medio de la carretera. Se lo ve muy dolorido y yo no...

Se interrumpió. Acababa de advertir que el ciervo tenía algo enredado en las patas traseras. Parecía alambre. No, alambre no: raíces, o espesas zarzas. No estaba muy segura. Llegaban hasta la maleza. Era casi como si el ciervo herido hubiese sido colocado allí como cebo. Instintivamente levantó el móvil y fotografió las patas del animal.

Oyó la voz de Marie preguntándole si seguía bien.

—Perdona, Marie, es que acabo de ver...

Valerie Gillson no llegó a decir a Marie qué había visto, porque en ese momento un camión maderero dobló la curva a sus espaldas un poco demasiado deprisa. El conductor viró para esquivar el coche y arrolló a Valerie, que murió en el acto. Más tarde su teléfono móvil fue recuperado. En él aparecía la última fotografía que Valerie había tomado: los cuartos traseros de un ciervo, con las patas enredadas en raíces

oscuras.

Pero del propio ciervo no se encontró el menor rastro.

Y en el taller de la armería, al fondo de la tienda, Ben Pearson llevaba su rifle de caza preferido al banco de trabajo. Era el arma que había utilizado para matar a Annie Broyer. El jefe Morland le había aconsejado que se deshiciera de ella, y Ben era consciente de que la recomendación de Morland tenía su razón de ser. La bala traspasó a la chica, y Ben no encontró ni rastro de ella por más que la buscó. Ese rifle lo relacionaba con el asesinato, y por más tiempo y esfuerzo que hubiera destinado a adaptarlo para convertirlo en un arma sin rival en kilómetros a la redonda, debía desmontarlo y destruirlo.

Había pensado mucho en la chica muerta. No se arrepentía de haberle disparado. Si hubiera escapado, habría sido el fin para todos ellos. Aun así, Ben tenía una persistente sensación de transgresión. No le correspondía a él matar a la chica. La habían entregado al pueblo por una razón muy concreta. Era del pueblo. Pertenecía a Prosperous, y Prosperous debía sacrificarla. Al matarla, Ben había privado al pueblo de lo que era suyo. Eso no había ocurrido nunca en la larga historia de la comunidad. Ben temía que si no encontraban pronto a otra chica, hubiera repercusiones. Enterraría el rifle en el bosque. Ese sería su pequeño sacrificio, un acto de compensación.

Por primera y última vez, Ben tropezó en su taller, un lugar que conocía desde hacía décadas. Al caerse, le resbaló el dedo hacia la guarda del gatillo. El rifle no debería haber estado cargado. Por lo que a Ben se refería, el rifle no podía estar cargado. Era obsesivamente cuidadoso con esas cosas, y nunca dejaba un cartucho en la recámara.

La bala le traspasó el pecho, rozándole el corazón.

Y mientras moría, estrechó su querido rifle entre los brazos.

Yo esperaba la llamada de Euclid Danes desde que en la prensa empezó a establecerse una conexión entre las muertes de los soldados en Afganistán y la localidad de Prosperous. Un atropello fatal y un fallecimiento en apariencia accidental por herida de bala en el mismo pueblo en el espacio de veinticuatro horas difícilmente habrían captado tanto interés mediático, pero eso sumado a las bajas militares, y a la forma en que habían muerto los soldados, convirtió a Prosperous en blanco de atención, y no sólo de los medios locales y estatales. Los medios nacionales también dirigieron su mirada hacia el pueblo, y este apareció en las ediciones digitales del *New York Times* y *USA Today*. La tarea de tratar con los medios recayó en Hayley Conyer, la máxima representante del consejo municipal. (Un periodista de la televisión local poco afortunado se refirió a ella como «concejala», y tuvo suerte de escapar con vida). Manejó bien su función. Se mostró cortés, digna y distante. Dio a los periodistas lo justo para impedir que siguieran hurgando, y a fuerza de repetir las mismas frases una y otra vez, junto con continuas súplicas para que se respetara la intimidad del pueblo, logró aplacar su curiosidad. Prosperous capeó el temporal de atención durante unos días y después se sumió en una calma traumatizada.

Euclid me llamó al tercer día, cuando Prosperous empezaba ya a perder protagonismo en los boletines informativos.

—Parece que a Prosperous se le ha agotado el barril de buena suerte —comentó. No se lo notaba triunfal, sino preocupado.

—Son cosas que pasan —dije.

—No a Prosperous.

—Tendrán que sobrellevarlo, supongo.

—Eso es lo que me inquieta. Esta mañana he recibido una llamada. Un número no identificado. Era una voz de hombre, pero no la he reconocido. Me ha dicho que mis gilipolleces ya no iban a seguir tolerándose, y que si no mantenía la boca cerrada, me echarían a un hoyo bajo tierra, a mí y a la arpa de mi hermana. Son palabras textuales de ese hombre, no mías. Aprecio a mi hermana, independientemente de sus guisos. También me han advertido que no hable más de la cuenta con desconocidos en el Benny's.

—Alguien lo ha delatado.

—En Dearden escasea el dinero, así que no me extrañaría que a alguien le pagaran unos dólares bajo mano para tenerme vigilado, pero he pensado que debía estar usted al corriente de la llamada. Con todo lo que ha ocurrido en estos dos o tres últimos días, Prosperous va a sufrir, y los animales heridos dan zarpazos.

—Lo tendré en cuenta. Gracias, señor Danes.

Euclid Danes se despidió y colgó.

Esperé a que repatriaran los restos de los soldados y sus cadáveres yacieran bajo

tierra antes de volver a Prosperous.

Fue la hija del pastor Warraner quien puso a su padre sobre aviso acerca de la presencia de un hombre en el cementerio.

Warraner casi había terminado los retoques finales del último armario de cocina. Era un encargo de fuera del pueblo: los clientes eran un banquero de Rockland y su mujer, y ni siquiera habían pestañeado ante el presupuesto, pese a que él había añadido una bonificación del veinte por ciento a una cantidad ya de por sí alta. Las tragedias recientes, y sus consecuencias para el pueblo, no lo obligarían a incumplir el plazo de entrega. Cuando se produjeron las muertes, llevaba ya un adelanto de una semana, cosa que agradeció: no trabajaba bien con miedo en el corazón, y ya había bajado su rendimiento durante las recientes complicaciones de Prosperous.

El consejo tenía prevista una reunión para la noche siguiente, ahora que el circo mediático había levantado su campamento y se había marchado en busca de nuevos padecimientos e infortunios. Warraner había insistido en que el cónclave se celebrara antes, pero Hayley Conyer se había opuesto. La presencia de los periódicos y las cámaras de televisión, y la atención no deseada que habían atraído sobre Prosperous, la habían alterado, lo cual se sumó a su conmoción y su dolor por las cuatro muertes. Ben Pearson y ella habían mantenido una estrecha relación, pese a que sus personalidades eran muy distintas. Hayley tenía algo de aristocrático, en tanto que Ben poseía la campechanía propia de Maine. A diferencia de otros muchos habitantes de Prosperous, Ben Pearson no temía a Hayley Conyer, y ella admiraba su independencia de pensamiento. Debido a eso, respetaba su opinión más que la de otros miembros del consejo y normalmente tendía a escuchar cuando él se mostraba en desacuerdo con ella, y adaptaba sus puntos de vista y sus actos en consonancia.

Ahora quedaba una vacante en el consejo. En circunstancias normales, los restantes concejales habrían reunido los nombres de los candidatos adecuados y se los habrían propuesto a los vecinos del pueblo para que dieran el visto bueno, pero Prosperous estaba en crisis, y ese no era el momento idóneo para llevar a cabo unas elecciones. El consejo seguiría adelante con sólo cinco miembros, y Morland y Warraner continuarían en su función de observadores que podían asesorar y ofrecer sus razonamientos, pero sin voto.

Los soldados, junto con Valerie Gillson y Ben Pearson, fueron enterrados en el nuevo cementerio situado al sur del pueblo. Nadie había sido inhumado en el camposanto de la vieja iglesia desde finales del siglo anterior, ni siquiera los difuntos de las principales familias cuyos apellidos adornaban ya tantas lápidas. Fue el padre de Warraner quien decretó que el cementerio quedaba cerrado a futuros entierros, y nadie puso en duda su decisión. La única razón que dio fue la siguiente: ¿por qué arriesgarse a perturbar la paz de lo que descansa?

Recientemente su hijo había promulgado un edicto aún más restrictivo. El

cementerio y la iglesia eran coto vedado para todos. Nadie podía entrar allí, y mientras los medios estuvieron en el pueblo, Morland y sus ayudantes, con la colaboración de los vecinos jóvenes más dignos de confianza, mantuvieron vigilada la zona las veinticuatro horas del día para impedir el paso a visitantes y periodistas. De haberle preguntado la razón a Warraner, habría dado esta: ¿por qué arriesgarse a perturbar más la paz de aquello que ya no descansa?

Y ahora allí estaba su hija menor diciéndole que un hombre se paseaba entre las lápidas y tomaba fotografías de la iglesia con su teléfono. Warraner se indignó tanto que, sin ir siquiera a su casa a coger el abrigo, se echó a correr en mangas de camisa a través del bosque, indiferente al frío, indiferente a las ramas que tiraban de él, a la vez que recordaba la última fotografía del teléfono móvil de Valerie Gillson, la imagen de un ciervo con las patas enredadas en unas zarzas, un ciervo que había sido inmovilizado y puesto como cebo...

De pronto salió del bosque y vio al intruso.

—¡Eh! —exclamó—. Esto es propiedad privada y terreno sagrado. No tiene derecho a estar aquí.

El desconocido se volvió, y el pastor Warraner, al verlo, comprendió de inmediato que los problemas del pueblo acababan de agravarse considerablemente.

Observé a Warraner cuando paró en seco ante la reja de hierro que rodeaba el cementerio. Tenía la respiración entrecortada, y un hilo de sangre procedente de un arañazo en el cuello le manchaba la camisa.

—¿Qué hace en el cementerio? —preguntó.

Avancé hacia él. Me observó atentamente.

—Lo mismo que la última vez —contesté—. Busco a una chica desaparecida.

—No la encontrará aquí. Está usted perturbando la paz de los muertos.

Rodeé una cruz de piedra inclinada. Los nombres y las fechas inscritos en ella eran totalmente ilegibles de tan antiguos y desdibujados.

—¿Ah, sí? Por lo que sé no es fácil despertar a los muertos, salvo a aquellos que ya de entrada nunca han estado del todo dormidos.

—Este no es momento ni lugar para burlas, señor Parker. Nuestro pueblo atraviesa tiempos difíciles.

—Soy consciente de eso, señor Warraner, y hablo muy en serio.

Me hallaba ya frente a él. Se aferraba a la reja con tal fuerza que se le veían los nudillos blancos en contraste con la piel. Me volví a la derecha y seguí caminando, con lo que lo obligué a mantenerse a la par mientras andaba.

—La verja está a su izquierda —dijo.

—Lo sé. He entrado por ahí.

—Está cerrada con llave.

—Estaba cerrada con llave. La he encontrado abierta.

—Miente.

—Podría llamar al jefe Morland y pedirle que la espolvoree en busca de huellas dactilares, o podría simplemente comprar un candado mejor.

—Pienso llamar al jefe Morland —declaró Warraner—. Exigiré que lo detengan por entrar en una propiedad privada sin permiso.

Buscó el teléfono móvil en los bolsillos pero sacó las manos vacías. Le ofrecí el mío.

—Puede llamar con entera libertad, pero, en todo caso, tenía previsto hacerle otra visita al jefe Morland en cuanto acabara aquí.

Vi que Warraner sentía la tentación de coger mi teléfono, pero incluso él comprendió lo absurdo que era. La amenaza de solicitar la intervención policial tenía una eficacia exigua si la propia persona amenazada estaba a punto de llamar a la policía.

—¿Qué quiere, señor Parker? —preguntó.

Me detuve junto a un hoyo en el suelo. Era parecido al que me había enseñado Euclid Danes cerca del linde de sus tierras.

—Me preguntaba qué podía ser esto.

Había tropezado con el agujero por accidente; literalmente: casi me rompí el tobillo.

—Es una madriguera de zorro —contestó.

—¿Ah, sí?

Me arrodillé y la examiné. Una madriguera activa solía presentar indicios de las idas y venidas del animal, pero en aquel hoyo no se observaba la menor señal. La tierra alrededor permanecía inalterada.

—Es muy grande para ser una madriguera —comenté—, y no se ve ni rastro de zorros.

—Es una madriguera antigua —contestó Warraner. La hostilidad manaba de él a oleadas.

—¿Hay muchas madrigueras antiguas por aquí?

—Posiblemente. Nunca me he dedicado a contarlas. Por última vez: quiero que salga de aquí. Ahora.

Si los dos hubiésemos tenido nueve años y estado en el patio de un colegio, quizá le habría dicho que me obligara, o le habría preguntado qué me haría si me negaba, pero en un cementerio eso no parecía apropiado, y ya lo había irritado más que suficiente por el momento. Me siguió hasta la verja, y examinó el candado en cuanto yo me hallé de nuevo en el lado indicado de la reja. No había tenido que romperlo: en las dos décadas de amistad con Angel había aprendido los rudimentos del uso de la ganzúa. Warraner ajustó la cadena en torno a la verja y la reja y cerró el candado.

—¿Quiere seguirme hasta la comisaría? —pregunté.

—No —respondió Warraner—. Sé que irá allí. Tiene más preguntas que hacer, ¿verdad? ¿Por qué no nos deja en paz?

—Siempre quedan preguntas, incluso cuando las cosas se aclaran. Son gajes del oficio.

—¿El oficio de ser un capullo que se cree muy superior y no permite a un pueblo que llore a sus muertos?

Se recreó en la palabra «capullo». Me habían llamado cosas peores, pero nunca un titulado en teología.

—No, el oficio de ser humano. Debería probarlo, señor Warraner, o pastor Warraner, o sea cual sea el título que haya elegido adoptar. A sus muertos ya no les importa, y sus lágrimas de poco les servirán. Busco a una chica desaparecida. Si sigue viva, tiene problemas. Si ha muerto, los tiene otra persona. Como individuo que declara ser un hombre de Dios, ahora mismo su compasión, diría yo, está mal encauzada.

Warraner hundió las manos en los bolsillos de los vaqueros como para reprimirse, por miedo a infligirme algún daño. Era un hombre corpulento, y también fuerte. Si me ponía las manos encima, llegaría a lastimarme un poco. Naturalmente, le habría roto una rodilla antes de que se acercara tanto, pero eso no quedaría bien en mi currículum. Aun así, él apoyaba todo el peso en la pierna izquierda, que tenía recta como un palo. Si se movía, estaba a mi merced.

Warraner respiró hondo para serenarse y recobrar la dignidad. El momento pasó.

—Usted no sabe nada de mi dios, señor Parker —dijo con tono solemne.

Miré más allá de él y observé las piedras antiguas y los rostros burlones de su iglesia, visibles en la decreciente luz del atardecer.

—Puede que se equivoque a ese respecto, pastor.

Cuando me alejé en el coche, permaneció con las manos hundidas en los bolsillos y la mirada fija en mí, junto a la verja, a la sombra de su iglesia.

A la sombra de su dios.

El jefe Morland miraba por la ventana de su despacho cuando aparqué frente a la casa consistorial. Si se alegró de verme, procuró ocultarlo resueltamente. Cruzado de brazos, me observó con semblante inexpresivo mientras me acercaba por el camino. Dentro reinaba un silencio tenso entre los empleados, y deduje que poco antes el jefe Morland había mantenido una estridente conversación telefónica con el pastor Warraner. Nadie me ofreció café ni galletas. Nadie quiso siquiera cruzar una mirada conmigo.

La puerta del despacho de Morland estaba abierta. Me detuve en el umbral.

—¿Le importa que entre?

Descruzó los brazos.

—Si me importara, ¿cambiaría algo?

—Podría hablar con usted desde aquí, pero sería un poco infantil.

Con un gesto, Morland me indicó que pasara y cerrara la puerta. Esperó a que me sentara antes de tomar asiento también él.

—Por su culpa, mi teléfono no para de sonar desde hace un rato —dijo.

—¿Warraner?

—El pastor es sólo el último que ha llamado. Hemos recibido denuncias de que un hombre en un coche como el suyo andaba merodeando por las casas, y ya he mandado a uno de mis ayudantes a echar un vistazo. Si usted hubiese venido en su llamativo Mustang, lo habría identificado fácilmente, pero según parece hoy ha dejado su juguete en Portland.

—Procuraba ser discreto.

—El pastor no opina lo mismo. ¿Es que no ha visto el cartel donde dice «Propiedad Privada» a la entrada del cementerio?

—Si prestara atención a todos los carteles que dicen «Propiedad privada» o «Prohibido el paso», nunca conseguiría nada. Además, pensaba que desde la última visita guiada ya era prácticamente un fiel más de la parroquia.

—Aquí no hay fieles.

—Ya, sobre eso quería preguntarle. No acabo de entender que una secta religiosa se tomara la molestia de transportar una iglesia al otro lado del Atlántico, de reconstruirla piedra a piedra, y luego, con un gesto de indiferencia, se marchase sin más.

—Fueron pasando a mejor vida.

—Habla usted en sentido metafórico, ¿no? Porque los descendientes de los primeros colonos siguen aquí. En este pueblo hay más nombres antiguos que en la Biblia.

—No soy historiador, pero en Prosperous muchos sí se tienen por tales —dijo Morland—. Los familistas se extinguieron. Por lo que he oído, abandonar Inglaterra fue lo peor que pudo ocurrirle a la Familia del Amor. Antes sobrevivían porque

padecían persecuciones y opresión, y nada afianza tanto las convicciones de un hombre como la prohibición de seguir sus propias creencias. Con la libertad de culto llegó la libertad para no rendir culto.

—¿Y cuál es su confesión, jefe?

—Soy católico. Voy a misa a la iglesia de la Inmaculada de Dearden.

—¿Conoce a un tal Euclid Danes, que vive allí?

—Euclid es metodista, pero lo repudiarían si no anduvieran tan escasos de fieles para llenar sus bancos. ¿De qué lo conoce?

No parpadeó, no desvió la mirada, no se frotó la oreja izquierda con la mano derecha ni se rascó la nariz ni hizo nada de todo eso que supuestamente hacen los hombres y las mujeres cuando mienten o intentan ocultar algo, pero bien podría haberlo hecho. Morland sabía de sobra que yo había hablado con Euclid Danes. En un pueblo como Prosperous, mal jefe de policía sería si no lo supiera. Así que fingía, y lo dejé fingir, y los dos observamos nuestras respectivas interpretaciones.

—Lo encontré por Internet —respondí.

—¿Buscaba una cita?

—Me parece un poco viejo para mí, aunque seguro que es muy limpio y ordenado.

—Euclid no goza de gran aceptación en este pueblo.

—Eso para él es motivo de orgullo. Puede que yo en su lugar sintiera lo mismo. ¿Sabe usted que ha recibido amenazas?

—Siempre está recibiendo amenazas. Pero de poco sirven.

—Habla casi como si lo aprobara.

—Es un hombre testarudo y se ha convertido en un obstáculo para la expansión de todo un pueblo y el dinero que eso podría aportar a la economía local.

—Como usted mismo ha dicho, posiblemente nada alimenta tanto la determinación de cierta clase de hombres como verse amenazados por las creencias que tenga.

—No creo que la Primera Enmienda le conceda a uno el derecho a ser un gilipollas.

—Yo creo que esa es precisamente su función.

Morland alzó las manos al aire en un gesto de desesperación.

—Dios mío, si cerrara los ojos, casi tendría la sensación de estar oyendo al mismísimo Danes, y no se imagina lo mucho que eso me disgusta. ¿Ha hablado con Danes, pues? Bravo. Seguro que le salió con la monserga de que este es un pueblo rico y malo, y de que sus vecinos son unos capullos por la sencilla razón de que velan por los suyos. Me importa un huevo lo que diga Danes. Estamos capeando la recesión, y nos va bien. ¿Sabe por qué? Porque nos apoyamos mutuamente, porque estamos unidos, y eso nos ha ayudado a superar los tiempos difíciles.

»Por si no se ha dado cuenta, señor Parker, este pueblo ha recibido un varapalo recientemente. En lugar de dedicarse a entrar sin permiso en cementerios antiguos,

debería ir al nuevo y presentar sus respetos a los dos chicos que acabamos de enterrar allí. No le costará encontrar sus cruces. Tienen banderas al lado. Cerca verá la tierra recién removida de la tumba de Valerie Gillson, y los mensajes que sus hijos han dejado allí para ella. Mire a la derecha, y una pila de flores marca el sitio donde descansa Ben Pearson. Cuatro muertos en veinticuatro horas, un pueblo de luto, y tengo que aguantar sus gilipolleces.

Algo de razón tenía. Sólo que preferí pasarlo por alto.

—Busco a una pareja de cierta edad —dije, como si él no hubiera hablado—. De sesenta años como mínimo, aunque ya sabe cómo son los jóvenes: cuando uno tiene veinte años, cualquiera de más de cuarenta parece viejo. Esa pareja tiene un coche azul. He visto unos cuantos coches azules en mi recorrido por su limpiísimo pueblo, pero me he resistido al impulso de empezar a llamar a las puertas antes de hablar con usted. Podría ahorrarme tiempo si me facilitara los nombres y las direcciones de todo aquel que concuerde con esos criterios.

Saqué del bolsillo un pequeño cuaderno de tapa dura, extraje un minibolígrafo del lomo y esperé. Me sentí como una secretaria a punto de tomar dictado.

—¿De qué está hablando? —preguntó Morland.

—Según un testigo, las personas que trajeron a Annie Broyer a este pueblo eran una pareja mayor con un coche azul. He pensado que no estaría de más hablar con las parejas mayores que tengan un coche azul. A veces las opciones más simples son las mejores. Si quiere puede acompañare, a menos que esté preparando algún otro discurso electoral.

Llamaron a la puerta situada detrás de mí.

—Ahora no —dijo Morland.

La puerta se abrió mínimamente. Al volverme, vi a una secretaria asomar la cabeza.

—Jefe, he...

—¡He dicho que ahora no!

La puerta volvió a cerrarse de inmediato. Morland no había apartado de mí la mirada durante ese breve intercambio.

—Como le dije la otra vez, no hay ninguna prueba de que la mujer a la que busca acabara en Prosperous.

—Yo creo que sí vino aquí.

—¿Se ha denunciado su desaparición?

—No —admití.

—Busca, pues, a una persona de la calle, una ex yonqui, que probablemente ha recaído en sus antiguos hábitos, ¿y quiere que lo ayude a acusar de secuestrarla a unos vecinos ancianos?

—Ancianos, y no tan ancianos —corregí—. Y sólo a los que tengan acceso a un coche azul.

—Salga de aquí.

Cerré el cuaderno e inserté de nuevo el minibolígrafo en el lomo.

—Imagino que tendré que consultarlo en el Departamento de Tráfico.

—Usted mismo. Aquí nadie concuerda con esa descripción. Esa chica no está en Prosperous. Si vuelvo a verlo dentro de los límites del pueblo, presentaré cargos por acoso y entrada sin permiso en propiedad privada.

Me puse en pie. Ya había agotado mi cuota de agravios de ese día.

—Gracias por su tiempo, jefe —dije cuando salía del despacho—. Ha sido usted de gran ayuda.

Lo interpretó como un sarcasmo —lo vi en su cara—, pero yo lo dije con toda seriedad.

Yo no había dicho a Morland en ningún momento que Annie Broyer fuera ex yonqui.

El lobo siguió merodeando cerca del pueblo. Había vuelto al lugar donde encontró la reserva de carne y huesos bajo tierra, pero ahora ya sólo quedaba el olor. Durante un rato las calles del pueblo se vieron inundadas de más luz, más ruido y más hombres que antes, y la actividad impulsó al lobo a huir al bosque, pero el hambre lo obligó a volver. Rompió una bolsa de basura y se comió los restos de pollo que olió dentro antes de escabullirse de nuevo hacia el bosque. Seguía flaco, e incluso a través de la doble capa del pelaje se le dibujaban nítidamente las costillas. La temperatura había empezado a bajar otra vez: esa noche alcanzaría los veinte bajo cero. A lo largo del invierno su cuerpo se había alimentado de la abundante grasa subcutánea, ya casi consumida del todo. Ahora se mantenía gracias a la comida del pueblo, pero el daño ya estaba hecho. Prevenido por el instinto, supo que debía refugiarse del frío, encontrar un lugar oculto, oscuro y cálido. En su juventud, los miembros de la manada colonizaban a veces zorreras abandonadas, y ahora el lobo buscaba un hoyo en el suelo donde esconderse. El dolor se extendía por todo su cuerpo, y no podía apoyar el peso en la pata herida.

Al sur del pueblo, captó el olor de un ciervo. Era un rastro antiguo, pero el lobo identificó el dolor y el pánico padecidos por el ciervo en sus momentos finales. Se detuvo, ahora cauto. El ciervo había muerto aterrorizado, y bajo el hedor dulce de la presa el lobo detectó otro olor, uno que, pese a ser desconocido, le crispó los nervios. El lobo no era víctima de ningún depredador, excepto el hombre. Podía enfrentarse incluso a un oso pardo en una pelea por comida, y en cierta ocasión su manada había atacado y devorado a un oso negro en hibernación. El miedo que sintió el lobo en ese instante le recordó su miedo al hombre, sin embargo, aquello no era un hombre.

Pero el rastro del ciervo impulsó al lobo a seguir. Aplanó las orejas contra la cabeza y enarcó el lomo cuando un coche pasó ruidosamente. La luz desapareció, el sonido se desvaneció y el lobo continuó abriéndose paso entre los árboles hasta que por fin llegó a un claro.

En el claro había un hoyo. Al lado, casi oculto por las raíces y las ramas, yacía el ciervo. El lobo entornó los ojos y echó las orejas hacia atrás. Mantuvo el rabo recto, paralelo al suelo. La amenaza procedía del hoyo. El lobo gruñó y erizó el pelaje. En previsión de un ataque, se agazapó. El olor del ciervo saturaba sus sentidos. Lucharía para comer.

Y de pronto movió el rabo y lo escondió totalmente entre las patas. Sacó la lengua y bajó los cuartos traseros, sus ojos fijos aún en el hoyo pero el hocico apuntado hacia arriba. Enarcó de nuevo el lomo, igual que al pasar el coche, pero esta vez no fue un gesto de miedo, sino de sometimiento activo, el respeto que un animal muestra a otro dominante. Al final, el lobo se acercó al ciervo a la vez que se mantenía a distancia prudencial del hoyo. Las zarzas enredadas en torno a las patas traseras del ciervo se desprendieron fácilmente cuando el lobo tiró de los restos. A pesar del cansancio y el hambre, no empezó a comer hasta que logró apartar el ciervo del hoyo tanto como pudo. El olor del peligro se difuminó. La amenaza del animal dominante remitía, se alejaba.

Se adentraba en la tierra.

En la casa del jefe Morland sonó el timbre. Su mujer se disponía a abrir cuando Morland le dijo que ya se ocuparía él. Apenas había hablado con ella desde que llegó a casa, y no había cenado con la familia. Su mujer no hizo ningún comentario, ni puso objeción alguna. Su marido rara vez se comportaba así, pero cuando lo hacía, normalmente tenía una buena razón, y ella sabía que no convenía agobiarlo. Él ya le contaría sus problemas a su debido tiempo.

Ante la puerta apareció Thomas Souleby. Lo acompañaba un hombre a quien Morland no conocía. Calzaba unas gruesas botas de color tostado, y su cuerpo permanecía oculto bajo varias capas de ropa. Tenía una espesa barba roja, salpicada de gris aquí y allá. En la mano derecha sostenía una trampa para lobos colgada de una cadena.

Los dos visitantes entraron en la casa, y la puerta se cerró silenciosamente a sus espaldas.

## **Tercera parte**

### **La matanza**

Nosotros los humanos tememos a la bestia que el lobo lleva dentro porque no comprendemos a la bestia que nosotros mismos llevamos dentro.

Gerald Hausman,  
*Meditations With the Navajo*

Se reunieron en casa de Hayley Conyer, como siempre cuando debían tratar asuntos de gran trascendencia en privado. El consejo municipal celebraba sus reuniones públicas con regularidad, pero la agenda para esos encuentros se decidía con mucha antelación, excluyéndose resueltamente los temas delicados. Por otro lado, sólo abrían sus puertas a los habitantes de Prosperous, desde un fallido intento de boicotear una sesión por parte de Euclid Danes. El difunto Ben Pearson había propuesto matar a Danes después de ese incidente en concreto, y no lo decía en broma. Si la moción se hubiese sometido a la votación del consejo, se habría aprobado de forma unánime casi con toda seguridad.

Luke Joblin fue el primero en llegar a casa de Hayley, acompañado de Kinley Nowell. Kinley había abandonado por voluntad propia el hospital tras la muerte de Ben Pearson. Aún estaba débil y respiraba con dificultad y poco a poco, pero entró en la casa por su propio pie, ayudado de un andador que venía utilizando desde hacía una década o más. Joblin le llevaba el respirador. Después de ellos llegó Thomas Souleby, y luego Calder Ayton. Hayley se mostró de lo más solícita con Calder, cuyo rostro reflejaba profundamente la pérdida de Ben. Le habló en susurros cuando él se sentó en silencio a la mesa, junto a la silla vacía a su derecha, la que siempre había ocupado Ben Pearson.

El pastor Warraner llegó al mismo tiempo que el jefe Morland. Si Hayley no hubiese conocido la animadversión que existía entre ambos, tal vez habría sospechado que actuaban en connivencia, pero cuando abrió la puerta, los dos hombres permanecían en el porche a una incómoda distancia el uno del otro, manifestándose claramente su antipatía mutua en el lenguaje corporal. Sabía que Morland se había pasado el día en el bosque con Abbot, el cazador traído al pueblo por Souleby, poniendo trampas para el lobo. Morland parecía extenuado. Bien, pensó Hayley: así estaría más maleable. Lo agarró por el brazo cuando entró e indicó a Warraner que pasara al comedor. Warraner obedeció. No le preocupaba lo que Hayley Conyer pudiera decir a Morland a sus espaldas. Incluso después de su último encuentro, en el que Hayley se había puesto del lado de Morland y en contra de él, Warraner seguía sintiéndose seguro en su posición como asesor espiritual de Hayley.

—¿Has encontrado al animal? —preguntó Hayley.

—No, todavía no, pero aún ronda por aquí. Hemos descubierto los restos de un ciervo. Estaba lleno de mordeduras. Abbot ha calculado que ya llevaba muerto un tiempo, pero las marcas eran recientes, de hace menos de veinticuatro horas. Hemos puesto trampas con cebo. Pronto lo atraparemos. Dice Abbot que el animal está herido. Lo ha deducido por las huellas.

Pero Hayley sentía ahora más interés por el ciervo. Como los otros, había visto la fotografía captada por el móvil de Valerie Gillson.

—Ese ciervo... ¿era...?

—Es posible. No quedaba mucho que identificar. Y había un hoyo no muy lejos de donde lo hemos encontrado.

Ella asintió con la cabeza.

—Pasa. Los demás esperan.

Morland se reunió con el resto. Los cuatro miembros supervivientes del consejo se habían sentado a ambos lados de la mesa del comedor, dejando vacía la silla de la cabecera para Hayley. Warraner estaba en el otro extremo de la mesa, separado de Kinley Lowell por dos sillas. Morland se sentó enfrente de Warraner, a tres sillas de Calder Ayton. Si entornaba los ojos, casi veía el fantasma de Ben Pearson en una de ellas, abriendo un paquete de galletas exóticas o repartiendo golosinas inglesas, porque siempre era Ben quien se ocupaba de proporcionar al consejo y a los observadores un pequeño capricho. Pero la silla permanecía desocupada, y no había nada en la mesa, ni informes que estudiar, ni cuadernos abiertos. De esta reunión no se levantaría acta.

Hayley apagó las luces del pasillo y ocupó su asiento a la cabecera de la mesa.

—Muy bien —dijo—, empecemos.

Harry Dixon se arrodilló dentro del armario de su dormitorio y retiró una parte del zócalo. La casa estaba en silencio. Erin asistía a su taller de *patchwork*, donde habían empezado a coser una colcha en memoria de las personas del pueblo recién fallecidas. Según Erin, eran tantas las mujeres que deseaban participar que habían tenido que añadir más sillas. Bryan Joblin la había acompañado, aunque se quedaría bebiendo en un bar mientras Erin cosía. Harry se preguntó durante cuánto tiempo se proponía el consejo prolongar la farsa de imponerles la presencia de Joblin: hasta que Erin y él encontraran a otra chica; hasta que demostraran su fiabilidad. Joblin estaba allí sólo para asegurarse de que se comportaban debidamente y proseguían con los esfuerzos encaminados a dar con una sustituta para Annie Broyer.

Con ese fin, Harry había salido un rato antes con Joblin, y juntos habían recorrido las calles de Lewiston y Augusta, atentos a las mujeres. No era un trabajo precisamente difícil. Harry supuso que, de todos modos, Joblin, en su tiempo libre, debía de hacer algo parecido, aunque sin carácter de urgencia. Demonios, el propio Harry echaba miradas melancólicas a las jóvenes bellezas cuando su mujer no andaba cerca, pero ni mucho menos como Bryan Joblin. En Prosperous el joven Joblin tenía fama de ser un mujeriego de primer orden, hasta el punto de que una vez, después de un encuentro casual en la calle Mayor, la propia Hayley Conyer se llevó aparte a Bryan y a su padre y los avisó de que si Bryan no se guardaba el pito, o al menos se limitaba a usarlo en la inmensidad de los Estados Unidos, fuera del término municipal de Prosperous, ella personalmente se lo cortaría y lo colgaría del cartel de bienvenida al pueblo a modo de advertencia para otros que pudieran sentirse también tentados de andar jugando con los sentimientos y, de hecho, los cuerpos del futuro

reproductivo de Prosperous. Desde entonces Bryan Joblin se había entregado a la lujuria básicamente en los antros de relativa perdición de Bangor, y aún tendía a cambiar de acera para evitar toda confrontación con Hayley Conyer, como si temiera que la anciana pudiera sacar una navaja en cualquier momento y cumplir su amenaza.

Esa tarde Harry y Bryan pusieron los ojos en colegialas y jóvenes amas de casa. Una de ellas sería ideal, dijo Joblin. Propuso atrapar a una chica allí mismo —una joven morena de aspecto atlético recién salida de un centro comercial de Augusta—, pero Harry lo disuadió. Esas cosas debían planearse bien, le explicó Harry. Capturar a una mujer a plena luz del día entrañaba demasiados riesgos. Echaron un vistazo a las indigentes, pero eran todas demasiado mayores o estaban consumidas. Se necesitaba carne más fresca.

—¿Y una niña? —preguntó Joblin—. Llevarse a una niña tiene que ser fácil.

Harry no contestó. Se limitó a imaginarse a Bryan Joblin muriendo de maneras dolorosas.

Joblin había despoticado durante todo el camino de regreso a Prosperous, pero Harry sabía que informaría a su padre de que, en apariencia, los Dixon al menos intentaban cumplir con sus obligaciones para con el pueblo, y Luke Joblin, a su vez, se lo transmitiría al consejo. Para completar el engaño, Harry pidió a Joblin que rastreara páginas web de prostitución: veinticinco años o menores, había estipulado Harry, y de otros estados. Sin tatuajes, y que no exigieran identificación a los posibles clientes. Además, independientes, no chicas de agencia. Bryan se zambulló en la tarea con entusiasmo. Incluso sacó por impresora una lista de posibles candidatas para Harry.

—¿Sabes que se puede seguir el rastro de esas búsquedas hasta nuestro ordenador? —preguntó Erin a Harry cuando se enteró de lo que hacía Bryan. Detrás de ella, en la cama, tenía la bolsa ya lista con todo lo necesario para la labor de retazos. Hablaban en susurros. Ahora pasaban la mayor parte del día casi en silencio por la presencia no deseada de su invitado. Era como vivir en una especie de retiro religioso.

—Da igual —dijo Harry—. De todos modos no es más que una cortina de humo.

—Aun así, no me gusta. Parece que el ordenador está sucio. Cuando tenga que usarlo, no volveré a sentirme igual.

«Dame fuerzas», pensó Harry.

—El ordenador no se vendrá con nosotros —dijo—. Te compraré uno nuevo cuando lleguemos...

—Cuando lleguemos ¿adónde? —preguntó ella.

—Cuando lleguemos a donde sea que vayamos —contestó él.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

—¿Cuándo? —repitió ella. Tenía lágrimas en los ojos—. No puedo seguir así mucho más tiempo. No resisto la compañía de Bryan Joblin. Detesto su olor, su voz.

Detesto cómo me mira.

—¿Te mira? ¿Qué quieres decir?

—Dios santo, Harry, no te enteras de nada. ¡De nada! Se diría que no concibes siquiera la posibilidad de que otro hombre me encuentre atractiva.

Dicho esto, salió hecha una furia para reanudar su labor en la enorme colcha. Harry había observado a Erin mientras esta se dirigía hacia el coche, seguida de Bryan Joblin. Sin duda, aún era una mujer atractiva. Él lo sabía mejor que nadie. No debía sorprenderlo que también Joblin supiera valorarla.

Ahora dejó el trozo de zócalo en la moqueta y metió la mano en el hueco que quedó al descubierto. Sacó una caja roja ignífuga, una versión más pequeña de aquella en la que él y Erin guardaban sus pasaportes y documentos valiosos. La llave estaba en la cerradura. No temía que alguien encontrara la caja, y no quería que Erin se topara con la llave por azar y preguntara qué era. No tenían muchos secretos el uno para el otro, pero ese era uno de ellos.

Harry abrió la caja. Contenía cinco mil dólares en billetes de diez y veinte: era la reserva de Harry para una emergencia. Se había resistido a recurrir a ese dinero hasta esa semana, incluso cuando el negocio atravesaba sus peores momentos. Harry no sabía cuánto les durarían cinco mil dólares después de la huida, pero la mayor prioridad sería poner tierra de por medio entre ellos y Prosperous. Luego haría unas cuantas llamadas. Aún tenía amigos fuera de Prosperous.

La caja contenía también una carta escrita y lista para ser enviada por correo. Iba dirigida a Hayley Conyer, y, en resumen, era la promesa de que Erin y él guardarían silencio acerca de Prosperous si los dejaban en paz. A pesar de todo lo ocurrido, Harry seguía siendo leal al pueblo. No quería revelar sus secretos.

El último objeto de la caja era un arma, un revólver Smith & Wesson 638 con tambor de cinco balas, percutor oculto, cañón de menos de cinco centímetros y un peso, descargado, de sólo cuatrocientos gramos. Lo había adquirido para Harry uno de sus subcontratistas, un fontanero con numerosas condenas que estaba en deuda con él porque le daba trabajo cuando nadie más lo aceptaba. Harry temía comprar un arma de fuego por vía legal. Le preocupaba que el jefe Morland se enterara, y que luego vinieran las preguntas y, con estas, las sospechas. El revólver cabía cómodamente en el bolsillo de su chaqueta preferida, y era potente, preciso y fácil de disparar, incluso para un neófito como él. Erin no aprobaba las armas y no la habría tolerado dentro de la casa. Si hubiese descubierto la existencia del Smith & Wesson, él se habría visto obligado a dar un uso rápido a la caja de munición de autodefensa —balas de punta redondeada— que guardaba junto con el revólver.

Traspasó todo el contenido de la caja a una pequeña bolsa negra de lona y escondió esta en el estante superior del armario, detrás de una pila de camisetas viejas. No se lo había contado a Erin, pero los preparativos para la marcha estaban casi concluidos. Había hablado con un vendedor de coches usados de Medway y acordado un trueque por su furgoneta, con un poco de dinero añadido. Una mañana,

mientras Bryan Joblin vigilaba a Erin, Harry había ido al T. J. Maxx de Bangor con las medidas de su mujer anotadas y había comprado ropa interior, prendas cómodas y zapatillas deportivas, junto con un par de maletas baratas. Para él, no necesitaba gran cosa: había escondido una bolsa de basura llena de vaqueros, camisas y un par de botas nuevas en la caja de herramientas de reserva en su furgoneta, y lo metió todo en una de las maletas. Luego fue al Walgreens de Broadway y adquirió en la medida de lo posible los mismos cosméticos y artículos de higiene personal que había visto en el cuarto de baño y el tocador de su mujer. Una vez llevado a cabo todo aquello, hizo una visita rápida a la hermana de Erin y le pidió que le guardara las maletas. Para su sorpresa, ella se abstuvo de interrogarlo. Eso lo llevó a preguntarse cuánto sabía ella ya, o sospechaba, acerca de Prosperous.

Harry devolvió la caja vacía a su hueco en el fondo del armario y colocó de nuevo el zócalo. Tuvo la impresión de que, una vez sacado el dinero y el arma, había tomado una decisión. Sólo quedaba un último paso por dar. Después no habría vuelta atrás.

Harry fue en coche a la estafeta de correos y, tras una ligera vacilación, dejó en el buzón la carta para Hayley Conyer.

Hayley estaba jugando con él, Morland lo sabía: intentaba pillarlo desprevenido e inquietarlo. La había visto actuar así más de una vez con las personas que la disgustaban, y su padre lo había prevenido al respecto con miras al momento en que su hijo lo sustituyera en el cargo de jefe de policía.

«Es un lince, créeme», decía su padre. «Ándate con cuidado en su presencia, y nunca le des la espalda. A lo largo de los años se ha batido en duelo con muchos hombres y mujeres que se creían más listos que ella, y los ha aniquilado a todos».

Ya por entonces Morland se preguntaba si su padre hablaba en sentido literal o metafórico.

Ahora Morland, tras ponerse lo más cómodo posible en la vieja e inestable silla del comedor, trataba de sobrellevar las provocaciones de Hayley sin sucumbir al mal genio. Había pasado casi una hora, y ella seguía sin mencionar al detective. Estaba preparando el terreno, dejando que la tensión se condensara en torno a Morland, refrenándolo para que cuando por fin abordaran el tema, él estuviera crispado y a la vez sintiera el peso de la insinuación de que ella desaprobaba su proceder, por más que él no supiera de qué otro modo podría haber reaccionado ante el interés del detective por la chica desaparecida. ¿Qué esperaba Hayley? ¿Que él matara a todo aquel que osara lanzar siquiera una mirada de curiosidad en dirección al pueblo? Quizá sí: siempre había sido muy paranoica, aunque pretendiera justificarse afirmando que el destino del pueblo estaba en sus manos y la responsabilidad para con sus habitantes recaía en ella. ¿Cómo era aquello de que el poder corrompe? Fuera como fuese, era cierto, pero a la vez incompleto: el poder no sólo corrompía. Al cabo de un tiempo, también podía enloquecer.

En esa tesitura, Hayley había hecho caso omiso de las intervenciones de Morland a lo largo de la última hora, pese a que a todas luces dejaba huecos en la conversación para que él diera su parecer. Si Morland permanecía en silencio, ella le pedía alguna aportación y prescindía de escuchar en cuanto él tomaba la palabra, hasta que por fin, mientras él estaba en plena alocución, empezaba a hablar al mismo tiempo, o se volvía hacia otro de los presentes para que expusiera un punto de vista alternativo, o sencillamente cambiaba de tema, dejando a Morland con la palabra en la boca. Era humillante, y Morland tenía la certeza de que la intención última de Hayley era inducirlo a marcharse de la reunión, pero él se negó a rendirse y darle lo que quería. Era vital que se quedara allí. Adivinaba los propósitos de Hayley, y debía impedir que se saliera con la suya. Ella no conocía al detective, ni comprendía plenamente el peligro que representaba. Incluso Warraner, que había estado dos veces con Parker, cometía el error de infravalorarlo, pero en su caso era consecuencia de un infundado sentido de superioridad. Morland lo había observado en compañía del detective en la iglesia, comportándose como un guía turístico con pretensiones, casi invitando a Parker a sacar conjeturas acerca de conocimientos esotéricos que podían ser ciertos o

no. Pero el detective era más sutil y más astuto de lo que Warraner creía, y para cuando Warraner tomó conciencia de eso —por las preguntas del detective sobre los familistas y Vitel—, ya era demasiado tarde.

Y luego el detective volvió, hablando de coches azules, provocando a Morland y Warraner tal como Morland se veía ahora nuevamente provocado. Además, el detective había hablado con Danes, y Danes era mucho más que una simple molestia. Tenía contacto directo con miembros de la asamblea legislativa del estado, aunque su influencia sobre el actual gobernador era escasa, básicamente porque el actual gobernador, por lo que Morland sabía, no escuchaba a nadie. Pero Morland y el consejo sabían que Danes había conseguido sembrar en Augusta la semilla de la sospecha acerca de Prosperous. Si bien la mayoría de la gente lo consideraba un bicho raro y le concedía poco crédito, era un bicho raro con dinero, y el dinero compraba influencia.

Morland recordó otra vez la ira del difunto Ben Pearson por la intromisión de Danes en la sesión a puerta abierta del consejo. El viejo cabrón prácticamente echaba espuma por la boca, y Souleby y los otros no le iban muy a la zaga, exigiendo sangre como los sumos sacerdotes ante Pilatos. En aquella ocasión fue Hayley quien ejerció de voz de la razón. No debían matar a Danes, porque ¿quién sabía qué problemas podría ocasionarles su muerte al menor indicio de juego sucio? Debían esperar a que falleciese de muerte natural, pero hasta el momento Danes hacía gala de una buena salud tan irreductible como la propia Hayley. A veces Morland sospechaba incluso que ella veía con agrado la existencia de Danes. Casi parecía mostrar indulgencia ante sus esfuerzos para obstaculizar la expansión del pueblo, como si la intensidad de estos fuese el reflejo de la importancia de Prosperous y la constatación de su propia función como regidora.

Prosperous también tenía influencias en Augusta. Era lógico en un pueblo tan rico como ese, y si bien sus habitantes disentían en cuanto a orientación política, reconocían que las donaciones a políticos de todas las tendencias estaban al servicio de la causa común. Pero esas influencias debían utilizarse sutil y cuidadosamente. Morland intuía que se acercaba el momento en que sería necesario reclamar el rédito de las inversiones del pueblo en la política del estado. Habría preferido reservarlo para otro momento, pero se sentía cada vez más incómodo en esa reunión. Era como ver a una serpiente prepararse para atacar, ajena a la sombra del cuchillo a sus espaldas.

El consejo casi había concluido su conversación sobre las recientes pérdidas. Hayley preguntó por las familias y por cómo lo sobrellevaban, Warraner se explayó detalladamente sobre su función pastoral, y todos rivalizaron entre sí para ver quién era el más compasivo, el más comprensivo, el más afligido por los sufrimientos ajenos. No tardó en decidirse que debía crearse un fondo de ayuda para las familias en momentos de necesidad. Los concejales ofrecieron de inmediato generosas aportaciones, y Hayley igualó la suma de todas ellas. Una vez realizada la cuestación

en el resto del pueblo para que cada cual contribuyera mucho o poco, el total representaría una considerable fuente de consuelo económico para las familias.

«Llámesese como se quiera», pensó Morland. «Llámesese soborno, una manera de comprar tiempo y lealtades». Los vecinos ya empezaban a rumorear (porque Morland estaba atento, y siempre que le era posible avivaba el fuego del descontento para con el consejo). ¿Por qué había ocurrido eso? ¿Qué había sido de la protección de los concejales? ¿Qué iba a hacer el consejo al respecto? Si el consejo no podía hacer nada, o no podía hacer lo suficiente, tal vez había llegado el momento de que otros intervinieran y reemplazaran al frente de las responsabilidades a aquellos ancianos que habían prestado tan buen servicio a Prosperous durante tanto tiempo, pero cuyo tiempo había quedado atrás.

Y si alguno de ellos ponía objeciones —y con «alguno» sólo podían referirse a uno, Hayley Conyer—, pensó Morland, el pueblo comprendería que sufriera un ineludible golpe de mala suerte, ya que las ancianas tenían accidentes, y Prosperous aceptaría su fallecimiento como otra forma de sacrificio. Esa era, pues, una reunión importante, tal vez la más importante en casi un siglo. Quizá la supervivencia del pueblo no estuviese en juego, todavía no, pero la supervivencia del actual consejo sin duda lo estaba.

—Bien, pues, así queda acordado —dijo por fin Hayley.

Lo pondría todo por escrito al día siguiente, creando un acta intrascendente de una reunión de gran trascendencia. Que el pueblo, y aquellos que tenían la mirada puesta en el pueblo, vieran cómo se comportaba este en tiempos difíciles. Mientras tanto, la verdad se comunicaría con sigilo en las gasolineras, y en las esquinas, y en las cocinas cuando los niños se hubieran acostado. Se acallarían las manifestaciones de incertidumbre. El consejo había actuado. Todo iría bien.

—Eso nos lleva al principal asunto de la tarde.

Los demás cambiaron de postura. Se volvieron hacia Morland. Este sintió cómo se ceñían las ataduras en torno a él y, de forma instintiva, tomó aire, hinchando el torso, tensando los brazos y las manos contra lazos invisibles, agrandándose, procurándose espacio donde moverse.

Hayley se recostó en su silla de madera torneada con barrotes ahusados en el respaldo, la única que tenía brazos de todas las que rodeaban la mesa. Apoyó el codo derecho en el brazo, se colocó el pulgar bajo la barbilla y el índice en contacto con la sien derecha, y miró pensativamente a Morland, como una reina esperando a que el cortesano que la había decepcionado diera explicaciones para eludir la cita con el verdugo.

—Bien, jefe Morland —dijo—, hablemos de ese detective.

Ronald Straydeer pasó por mi casa mientras yo leía una vez más el material sobre los familistas que había seleccionado en los archivos de la Sociedad Histórica de Maine. Ronald era un indio penobscot de Old Town, al norte de Bangor. Había servido en el cuerpo K-9 en Vietnam, y como muchos de los que combatieron en esa guerra, regresó con el alma fracturada. En el caso de Ronald, la fractura se debió a la decisión del ejército estadounidense de clasificar como «equipo» a los perros militares y dejarlos después como «excedentes» cuando Estados Unidos huyó de Vietnam del Sur. Miles de perros militares fueron traspasados al ejército de Vietnam del Sur o sacrificados, y muchos de sus guías, como en el caso de Ronald, nunca perdonaron del todo a su país por el trato dispensado a los animales.

El Vietcong detestaba a los equipos del K-9 porque realizaban ataques sorpresa casi imposibles, y tanto los perros como sus guías eran perseguidos por un enemigo cargado de prejuicios. El lazo entre los soldados del K-9 y sus perros era muy fuerte, y resultaba imposible cuantificar el daño emocional y psicológico causado por la actitud del Ejército estadounidense para con los equipos. Unos militares más sensatos, con mayor sensibilidad a los efectos del combate en la psique, habrían permitido a esos hombres adoptar a sus perros, pero la correspondiente ley no entraría en vigor hasta el año 2000. Por contra, los soldados del K-9 vieron cómo Vietnam del Sur caía en manos de los vietnamitas del norte y supieron que sus perros, en venganza, serían sacrificados.

Ahora Ronald trabajaba con veteranos, pero lo hacía sin la menor ayuda del Gobierno o el Ejército. No quería tener nada que ver con ellos. Según creo, esa era una de las razones por las que vendía hierba. En realidad no tenía una postura muy definida respecto a las drogas: era sólo una manera de desquitarse discretamente del Tío Sam por sacrificar a *Elsa*, el pastor alemán de Ronald allá en Vietnam. No obstante, trapicheaba en gran medida por diversión: probablemente Ronald regalaba más que vendía, y el resto se lo fumaba él.

Hacía tiempo que no lo veía. Alguien me dijo que se había marchado de la ciudad. Su hermano, allá en Old Town, estaba enfermo, o eso contaban, y Ronald había ido a echar una mano a su familia. Pero, por lo que yo sabía, Ronald no tenía ningún hermano.

Esa noche le brillaban los ojos más que de costumbre, y llevaba una americana azul, vaqueros, camisa a juego y zapatillas deportivas de color crudo.

—Oye —dije—, ese *look* de la camisa y el pantalón vaquero sólo da resultado si eres un cantante *country* o tienes una granja.

Ronald me lanzó una mirada severa.

—¿Es necesario que te recuerde cuánto tiempo vagó por estas tierras mi pueblo antes de que llegara el hombre blanco?

—¿Con ropa vaquera a juego?

—Avanzamos con los tiempos.

—Un poco rezagados.

Me siguió a mi despacho. Le ofrecí un café, o una cerveza si le apetecía, pero rechazó lo uno y lo otro. Tomó asiento en uno de mis sillones. Era un hombre corpulento, y daba la impresión de que el sillón le quedaba pequeño. De hecho, por la manera en que se encajonó en él empecé a pensar con cierta preocupación en cómo nos las arreglaríamos para sacarlo de ahí cuando intentara levantarse. Me imaginé inyectando grasa vegetal a los lados con una manga pastelera.

—¿Y qué? ¿Cómo van las cosas? —pregunté.

—He dejado de beber —contestó.

—¿En serio?

Ronald nunca había sido un gran bebedor, por lo que yo recordaba, pero sí consumía alcohol con regularidad, aunque en general se limitaba a la cerveza.

—Sí. También he dejado de fumar hierba.

Eso sí era una novedad.

—¿También has dejado de trapichear?

—Tenía dinero suficiente en el banco. Ya no necesito seguir con eso.

—¿No te habrás caído de un caballo de camino a Damasco?

—No, tío. No me gustan los caballos. Tú estás pensando en los indios de las llanuras. Deberías leer algún que otro libro, para instruirte un poco.

Ronald dijo todo eso con semblante impasible. Por lo general, costaba saber si hablaba en serio o bromeaba, al menos hasta que empezaba a darte puñetazos en la tripa.

—Oí que pasaste una temporada fuera de la ciudad —comenté—. Ahora creo saber la razón: estabas haciendo un curso de superación personal.

—Y pensando.

—¿Y en qué pensabas, si no es indiscreción?

—En la vida. Gilipollices filosóficas. Tú, siendo blanco, no lo entenderías.

—Pues te ha sentado bien, eso hasta un hombre blanco puede verlo.

—Decidí que beber, fumar y trapichear no era una actitud constructiva por mi parte, trabajando con hombres para quienes todas esas actividades podrían ser una tentación. Si pretendía ayudarlos a encarrilarse y limpiarse, también yo debía encarrilarme y limpiarme, ¿entiendes?

—Perfectamente.

—Pero he seguido leyendo la prensa. No han dicho nada de ti. Según parece, no has matado a nadie desde hace meses. ¿Acaso te has retirado?

—En las circunstancias actuales, podría sentir la tentación de romper mi periodo de celibato con las armas. ¿Has venido sólo para tomarme el pelo o puedo ayudarte en algo?

—Ha llegado a mis oídos que andas haciendo preguntas en refugios para indigentes —dijo Ronald.

En su trato con excombatientes, a menudo podía encontrárselo en los refugios, donde intentaba establecer vínculos con hombres y mujeres que se sentían abandonados por su país una vez concluida su etapa de uniforme. De vez en cuando alguno incluso acababa instalándose en su casa. A pesar de esa actitud suya un tanto imperturbable, Ronald Straydeer poseía una capacidad aparentemente infinita para la empatía.

—Así es.

—¿Veteranos?

Tiempo atrás Ronald me había echado una mano en algunos casos relacionados con soldados o con el ejército. Ese era su territorio, y sentía la obligación de protegerlo.

—En realidad no, o sólo por asociación. Tú conocías a Jude, ¿no? —pregunté.

—Sí. Era buen tío. Vestía raro, pero era útil. Me enteré de que murió. Suicidio.

—No creo que se quitara la vida. Estoy convencido de que lo ayudaron a irse al otro barrio.

—¿Y sabes por qué?

—¿Puedo preguntar a qué se debe tu interés?

—Alguien tiene que cuidar de esa gente. Yo lo intento. Si por algún motivo los sin techo de esta ciudad se convierten en blanco de alguien, me gustaría saberlo.

Esa era una razón tan buena como cualquier otra para hacer indagaciones.

—Aún es prematuro —respondí—, pero quizá lo mataron porque fue a buscar a su hija. Ella se llamaba Annie, y seguía los pasos de su padre, en los dos sentidos de la expresión. Se había descarriado, y acabó en las calles. Según creo, pretendía atraerlo para tenerlo cerca y a la vez lo mantenía a distancia. Se alojaba en un refugio para mujeres de Bangor, pero ya no está allí. No tiene a nadie que denuncie la desaparición, pero sospecho que podrían haberla secuestrado. Jude estaba preocupado por ella antes de morir.

—¿Y eso qué tiene que ver contigo?

—Un amigo de Jude, un tal Tembleques, me contó que Jude había juntado un dinero para pagarme unas horas. Digamos que me siento obligado.

—Conozco al Tembleques. ¿Se te ocurre quién podría haberse llevado a la chica?

—¿Has estado alguna vez en Prosperous?

—No. He oído hablar del pueblo. Me da que allí no les interesan los nativos ni nadie que no sea blanco y rico.

—Annie le dijo a alguien de Bangor que una pareja ya mayor le había ofrecido trabajo en Prosperous. Fue a recoger sus cosas al refugio antes de irse con esa gente, y ya no se ha vuelto a saber nada de ella.

—Es posible que esa pareja mintiera —dijo Ronald—. Es fácil decir que eres de un sitio y en realidad ser de otro.

—Eso ya me lo he planteado.

—Por eso eres detective.

—Exacto. Me complace considerarme sabio, para ser un hombre blanco.

—El listón está muy bajo —comentó Ronald.

—No para todos nosotros, y quizá no para Annie Broyer. Por lo que me han contado de ella, tengo la sensación de que no era tonta. De lo contrario no habría sobrevivido en las calles tanto tiempo. Debió de pedir alguna prueba de que esas personas eran de fiar, creo. Si dijo que iba a Prosperous, muy posiblemente es allí donde acabó. Por desgracia, según la policía del pueblo, no hay señales de ella, ni las ha habido nunca.

No había contado a Ronald nada que el Tembleques o la policía de Portland no supieran ya en su mayor parte. Cualquiera otra idea o sospecha, entre ellas la peculiar historia de los familistas, me la callé.

Ronald permaneció sentado en silencio. Parecía estar reflexionando, aunque fuera acerca de cómo salir del sillón ahora que ya había averiguado lo que quería saber.

—¿Cómo encontraron a Jude esos individuos que lo mataron? —preguntó Ronald por fin.

Individuos, en plural: Ronald sabía que se requería más de una persona para simular un ahorcamiento, incluso el de un hombre en apariencia tan débil como Jude.

—Buscaron en los refugios —contesté—. Como tú has comentado, era un personaje inconfundible.

—Alguien podría haberse fijado en ellos. Los sin techo, los listos, siempre están alerta. Permanecen atentos por si aparece la policía, o un amigo, o alguien que se la tenga jurada. En las profundidades abisales, la vida es difícil e implacable. Uno tiene que andarse con pies de plomo si no quiere acabar devorado.

Ronald tenía razón. Yo no había indagado lo suficiente en las calles. Me había dejado distraer por Prosperous y por lo que el pueblo pudiera representar, pero tal vez había otro camino.

—¿Sabes de alguien con quien pueda hablar respecto a esta cuestión?

—Si dices cosas como «respecto a esta cuestión» nadie te dirigirá siquiera la palabra. Déjame a mí.

—¿Seguro?

—Yo les sonsacaré más que tú.

Tuve que admitir que estaba en lo cierto.

—Una cosa —dije.

—¿Sí?

—Yo que tú sería discreto. Si no me equivoco y, en efecto, Jude murió asesinado, los responsables actuarán sin contemplaciones en caso de verse obligados a borrar su rastro. No necesitamos más cadáveres.

—Entendido.

Ronald se puso en pie para marcharse. Como yo preveía, tuvo ciertas dificultades para levantarse del asiento, pero de algún modo, empujándose vigorosamente con los brazos, lo consiguió. Una vez liberado, echó una mirada un tanto hostil al sillón.

—La próxima vez no me sentaré —dijo.

—Quizá sea lo mejor.

Miró por la ventana las marismas iluminadas por la luna.

—He estado pensando en conseguir otro perro —comentó.

Ronald no tenía perro desde Vietnam.

—Buena idea —dije.

—Sí —contestó Ronald, y sonrió por primera vez desde su llegada—. Sí, creo que sí lo es.

Cuando se marchó, telefoneé a Nueva York para hablar con Angel y Louis. Contestó Angel. Siempre contestaba Angel. Louis consideraba los teléfonos instrumentos del diablo. Los utilizaba sólo de mala gana, y su conversación era aún más parca por teléfono que en persona, lo cual era mucho decir; o, tratándose de Louis, era más bien no decir nada.

Angel me explicó que andaba buscando otras posibles guaridas del Coleccionista, pero por el momento no tenía nada. Tal vez ya las habíamos detectado todas, y ahora el Coleccionista vivía en un hoyo como el personaje de un libro que leí de niño. Dicho personaje había intentado asesinar a alguien que quizá fuera Hitler, y había fallado. Perseguido el personaje a su vez, tuvo que esconderse bajo tierra literalmente, excavando una cueva en el suelo y esperando a que sus perseguidores aparecieran. *Animal acorralado*: ese era el título de la novela. La llevaron al cine, y el protagonista de la película, *Lejos de la manada*, era Peter O'Toole. Al pensar en el libro y el filme, me acordé de los hoyos aparecidos en Prosperous. Algo los había causado, pero ¿qué?

—¿Sigues ahí? —preguntó Angel.

—Sí, perdona. Tenía la cabeza en otra parte.

—Tú mismo, los diez centavos corren de tu cuenta.

—Empieza a notársete la edad: estás recordando la época en que el coste de una llamada telefónica era de diez centavos. Dime, ¿de qué hablabais el señor Edison y tú por aquel entonces?

—Por mí podéis iros a la mierda tú y el señor Edison.

—El Coleccionista sigue suelto. Puede vivir en cualquier sitio, sin la menor comodidad, pero el abogado no. En algún registro consta la adquisición de una vivienda que aún no hemos encontrado.

—Seguiré buscando. ¿Y tú qué? ¿A quién estás incordiando ahora?

Le hablé de Jude, y de Annie, y de Prosperous, e incluso de Ronald Straydeer.

—La última vez que hablé contigo te dedicabas a la entrega de notificaciones —dijo Angel—. Ya sabía yo que eso no duraría.

—¿Cómo está Louis?

—Aburrido. Espero que cometa algún crimen, sólo para que salga del

apartamento.

—Dile que vea una película. ¿Has oído hablar de *Lejos de la manada*?

—¿De la «mamada»? ¿Es porno?

—No. De la «manada».

—Ah, menos mal, porque a mí eso me sonaba a porno gay.

—¿Por qué habría de ver yo porno gay?

—No lo sé. Quizás estés pensando en cambiarte de bando.

—Ni siquiera sé cómo acabaste tú en ese bando. Desde luego no te eligieron a ti el primero.

—Por mí, podéis iros a la mierda tú y tu bando.

—Dile a Louis que busque *Lejos de la manada*. Creo que le gustará.

—Vale. —Su voz se debilitó un poco cuando se apartó del auricular—. Oye, Louis, Parker dice algo de que necesitas una mamada.

Me llegó una respuesta ahogada.

—Dice que ya no está para muchos trotes.

—*Lejos de la manada*, con Peter O'Toole.

—¿Pito O'Toole? —preguntó Angel—. ¿El tío se llama así? Oye, eso por fuerza es porno...

Colgué. Incluso la palabra «colgar» me sonó vagamente obscena después de la conversación que acababa de mantener. Preparé un café y salí al porche a tomármelo mientras contemplaba el resplandor de la luna sobre las marismas. Las nubes se deslizaban ante ella cambiando la luz, persiguiendo sombras. Agucé el oído. A veces deseaba que ellas vinieran, la hija perdida y la mujer que caminaba con ella, pero esa noche no percibía su presencia. Quizás era mejor así. Cuando ellas venían, corría la sangre.

Pero al final volverían. Siempre volvían.

Morland explicó a los miembros del consejo lo que sabía del detective. Habló de su historia y de la muerte de su mujer y su hija muchos años antes. Los puso al corriente de algunos de los casos en que había intervenido, aquellos que habían salido a la luz pública, pero los informó también de los rumores que circulaban sobre otras investigaciones, investigaciones secretas. Morland pisaba suelo resbaladizo: quería hacerles entender la amenaza que el detective representaba, pero no avivar sus preocupaciones hasta el punto de inducirlos a actuar precipitadamente. Morland tenía la certeza de que Hayley ya sabía casi todo lo que él contaba. La perorata era en atención a los otros concejales y a Warraner.

—¿Dices que su camino se ha cruzado con el de los Creyentes? —preguntó Souleby.

Se oyó un murmullo de desaprobación entre los demás. El consejo municipal existía en Maine desde hacía más tiempo que la secta conocida como los Creyentes, y los concejales sentían por ellos una mezcla de inquietud y aversión. La búsqueda a la que se consagraban los Creyentes —el empeño en dar con sus hermanos, con ángeles perdidos como ellos mismos— no interesaba en absoluto a los vecinos de Prosperous. Además, el pueblo tampoco deseaba atraer la atención de otros individuos como los Creyentes, o aquellos a cuya sombra bregaban los Creyentes. Estos eran sólo un elemento de una conspiración más amplia, que invadía lentamente el estado de Maine. El consejo no quería saber nada de eso, aunque mantuviera canales officiosos de comunicación con ciertas partes interesadas por medio de Thomas Souleby, que pertenecía a varios clubes de Boston y se movía a sus anchas en esos círculos.

—Así es —contestó Morland—. Sólo he oído rumores, pero puedo afirmar que los Creyentes lamentaron más que él esos encuentros.

El viejo Kinley Nowell se dispuso a hablar. Antes tuvo que retirarse la mascarilla de la cara, y daba la impresión de que cada palabra le suponía un esfuerzo desesperado. Morland pensó que ya parecía un cadáver. Tenía la piel de un blanco céreo y apestaba a mortalidad y a los fármacos que le administraban para ahuyentarla.

—¿Por qué no han asesinado ya al detective?

—Algunos lo han intentado —contestó Morland—, y han fallado.

—No hablo de matones y delincuentes —aclaró Nowell. Se llevó la mascarilla al rostro y respiró hondo dos veces antes de continuar—. Ni siquiera hablo de los Creyentes. Hay otros entre bastidores, y esos no fallan. Se dedican al homicidio desde que hay en el mundo hombres a quienes matar. La sangre de Caín corre por sus venas.

Los Patrocinadores: así los designaban, según había oído Morland. Hombres y mujeres de gran riqueza y poder, como el consejo municipal pero a gran escala. La gente con que trataba Souleby.

—Si está vivo —dijo Souleby, casi como en respuesta a sus pensamientos—, es

porque quieren que siga vivo.

—Pero ¿por qué? —preguntó Nowell—. Salta a la vista que es una amenaza para ellos, si no ahora, en el futuro. No tiene sentido que lo dejen vivir.

Conyer recurrió a Warraner en busca de la explicación, no a Souleby. A su modo de ver, era una cuestión teológica.

—Michael, ¿podrías tú, como pastor, dar una solución a este enigma?

Tal vez Warraner fuera arrogante y propenso a la connivencia, pensó Morland, pero no era tonto. Se concedió casi un minuto entero de reflexión antes de contestar.

—Les da miedo matar aquello que no entienden —dijo por fin—. ¿Qué quieren? Encontrar a su dios enterrado y liberarlo, y presienten que están más cerca que nunca de ese objetivo. Podría ser que el detective fuera un obstáculo en esa búsqueda, o bien que tuviera un papel que desempeñar en ella. Por el momento, no comprenden la verdadera naturaleza de ese hombre y temen actuar contra él por temor a que, si lo hacen, en último extremo perjudiquen su propia causa. He escuchado las explicaciones del jefe Morland, y admito que quizás haya infravalorado al detective.

Esto sorprendió a Morland. Warraner rara vez reconocía sus debilidades, y menos delante de Hayley y el consejo. Pilló a Morland desprevenido, y por eso mismo no estaba preparado cuando desenvainó el cuchillo y lo esgrimió contra él.

—Dicho esto —prosiguió Warraner—, añadiré que el jefe Morland también lo infravaloró, y no tendría que haberlo traído a la iglesia. Debería haber mantenido al detective alejado de la iglesia, y de mí. En esa situación me vi obligado a responder a sus preguntas, que afronté de la mejor manera posible, dadas las circunstancias.

«Embustero», quiso decir Morland. «Vi cómo te vanagloriabas. Pedazo de necio: esta me la guardo».

—¿Jefe? —terció Hayley—. ¿Es eso verdad?

Parecía encontrarlo gracioso. Morland lo notó. Le gustaba ver cómo sus mascotas se echaban dentelladas entre sí. Morland advirtió su deseo de inducirlo a montar en cólera. Las pequeñas humillaciones a las que lo había sometido antes no habían bastado. Tal vez Hayley ya tenía a alguien en mente para sustituirlo, pero Morland dudaba que se hubiera adelantado tanto a los acontecimientos. Hayley sabía sólo que él empezaba a ponerla en tela de juicio, y ella deseaba conservar su posición. Si debía sacrificarlo para sobrevivir, lo haría.

Pero Morland se limitó a decir:

—Hice lo que consideré oportuno.

Observó con cierta satisfacción el asomo de decepción que empañó el rostro de la anciana.

Souleby, tan diplomático como siempre, eligió ese momento para intervenir.

—Culparnos unos a otros no va a servirnos de nada —declaró—. Jefe Morland, la pregunta es esta: ¿el detective se dará por vencido?

—No, pero...

Morland se detuvo a pensar cómo formular sus siguientes palabras.

—Adelante —instó Souleby.

—No tiene pruebas, ni pistas. Sólo tiene sospechas, y con eso no basta.

—En ese caso, ¿por qué volvió al pueblo por segunda vez?

—Porque está incitándonos. A falta de pruebas, quiere empujarnos a actuar. Quiere que arremetamos contra él. Si actuamos, confirmaremos sus sospechas, y entonces reaccionará con violencia. Él no es sólo el cebo, sino también el anzuelo.

—Únicamente si vive —dijo Nowell, rebosante de malevolencia ahora que para él se acercaba el final, como si estuviera decidido a consumir toda su crueldad antes de fallecer.

—Tiene amigos —añadió Morland—. No permitirían que una acción contra él quedara impune.

—También ellos pueden morir.

—Me temo que no lo entiende...

—¡Basta! —graznó Nowell. Alzó un dedo marchito, como un viejo cuervo hincando las garras en la oscuridad—. Lo entiendo mejor de lo que tú te crees. Tienes miedo. Eres un cobarde. Eres...

El resto de sus acusaciones se perdieron en un arranque de toses y jadeos. Fue Luke Joblin quien tuvo que colocarle la mascarilla y ajustársela. Por el momento las aportaciones del anciano a la sesión, por inanes que fueran, se habían acabado. «¿Por qué no te mueres ya?», deseó Morland. «Muérete y deja libre el puesto a alguien con un mínimo de sentido común». Nowell lo miró por encima de la mascarilla y le leyó el pensamiento.

—¿Decías? —instó Souleby.

Morland apartó la vista de Nowell.

—El detective ha matado —dijo—. Algunas de sus víctimas se conocen, y hay otras muchas que no, se lo aseguro. Un hombre que ha obrado así y no está entre rejas, o no se ha visto privado de su medio de vida y sus armas, cuenta con la protección de alguien. Sí, algunos miembros de las fuerzas del orden se alegrarían de verlo fuera de juego, pero incluso ellos se verían obligados a actuar si él sufriera algún daño.

Se impuso el silencio entre los miembros del consejo, roto sólo por la atormentada respiración de Kinley Nowell.

—¿No podríamos dirigirnos a los Patrocinadores y pedirles consejo? —propuso Luke Joblin—. Puede que incluso colaboraran con nosotros.

—Nosotros no pedimos permiso a nadie para actuar —dijo Hayley Conyer—. Sus intereses y los nuestros no son los mismos, ni siquiera en este caso. Si ellos no están dispuestos a tomar medidas contra el detective por su propio interés, no lo harán por el nuestro.

—Y está además el asunto de la otra chica —intervino Calder Ayton. Fueron sus primeras palabras desde el inicio de la reunión. Morland casi había olvidado su presencia.

—¿Qué quieres decir, Calder? —preguntó Conyer. También ella parecía sorprendida de que despegara los labios.

—Quiero decir que hemos recibido una advertencia, o cuatro, según cuál sea nuestra perspectiva del actual dilema —explicó Calder—. La gente está preocupada. Al margen de la amenaza que ese detective pueda representar, es necesario encontrar otra chica y entregarla, y pronto. ¿Podemos arriesgarnos a que ese hombre ande husmeando por aquí en un momento tan delicado en la historia del pueblo?

—¿Qué se sabe de los Dixon? —preguntó Souleby a Morland—. ¿Algún avance?

—Bryan los vigila —dijo Luke Joblin, contestando por Morland—. Cree que no tardarán en encontrar a alguien.

Pero Morland tenía su propia opinión acerca de la situación.

—Según me ha contado Bryan, Harry y él han estado reconociendo el terreno, pero..., y por favor, no te lo tomes a mal, Luke..., tu hijo no destaca por su inteligencia. En mi opinión, los Dixon no son de fiar. Creo que están embaucando a Bryan. Deberíamos haber encargado esa misión a otros.

—Pero, Morland, fueron tus sospechas las que nos llevaron a ponerlos a prueba con la búsqueda —señaló Conyer.

—Quizás haya mejores maneras de comprobar su lealtad —sugirió Morland.

—Lo hecho, hecho está —dictaminó Conyer—. Ya es tarde para lamentaciones.

Una vez más fue Thomas Souleby quien intervino.

—Pero si están embaucando a Bryan, y por extensión a todos nosotros, ¿qué pretenden con ello? —preguntó.

—Creo que planean huir —respondió Morland.

Su opinión sentó mal. Ciertamente, había gente que se marchaba de Prosperous. Al fin y al cabo, aquello no era una fortaleza, ni una cárcel, y fuera de sus límites existía un mundo más amplio. Pero quienes se marchaban no suscitaban dudas acerca de su lealtad al pueblo, y con el paso del tiempo muchos de ellos regresaban. Fugarse era un asunto muy distinto, ya que conllevaba la posibilidad de delación.

—Existe un precedente de fuga en la familia de Erin —recordó Ayton.

—No culpamos a los hijos de los pecados de sus padres —terció Conyer—. Y su madre compensó con creces los fallos de su padre.

Volvió a depositar la atención en Morland.

—¿Has tomado alguna medida? —preguntó.

—Sí.

—¿Podrías ser más preciso?

—Podría, pero preferiría no hacerlo —respondió Morland—. A fin de cuentas, puede que esté equivocado respecto a ellos. Ojalá sea así.

—¿Y el detective? —insistió Ayton—. ¿Qué pasa con el detective?

—Lo someteremos a votación —propuso Conyer—. Pero quizás el reverendo tenga algo que añadir antes de que empecemos.

—Sólo diré que el detective es peligroso, creo —contestó Warraner.

«Una respuesta oportunamente ambigua», pensó Morland. «Decidan lo que decidan, y sean cuales sean las consecuencias, la culpa no recaerá en ti».

—¿Y el jefe? ¿Algo que añadir?

—Ya saben lo que pienso —respondió Morland—. Si lo atacan y consiguen matarlo, traerán más problemas a este pueblo. Si lo atacan y no lo matan, puede que las consecuencias sean aún peores. No debemos actuar contra él. Acabará cansándose, o lo distraerá otro caso.

Pero Morland se preguntó si no estaba haciéndose falsas ilusiones. Sí, quizás el detective los dejara en paz por un tiempo, pero no olvidaría el asunto. No era propio de él. Regresaría, una y otra vez. Lo mejor que podía ocurrir era que esas visitas no le reportaran beneficio alguno y, con el tiempo, algún otro les hiciera el favor de matarlo.

En torno a él, el consejo reflexionó sobre lo que se había dicho. No habría sabido decir si sus palabras habían hecho mella o no.

—Gracias a los dos por vuestras aportaciones —dijo Conyer—. ¿Os importaría esperar fuera mientras deliberamos?

Los dos hombres se levantaron y salieron. Warraner se arrebujó en el abrigo, hundió las manos en los bolsillos y tomó asiento en el porche. Resultaba curioso, pero Morland tenía la sensación de que algo de sus palabras de advertencia había traspasado el caparazón de fe ciega e ilusa autosuficiencia de Warraner. Lo veía en el semblante del pastor. Warraner se desvivía por proteger su iglesia. Para él, garantizar la seguridad y la buena fortuna del pueblo era un simple subproducto de su propia misión. A su modo de ver, una cosa era dar su consentimiento al homicidio de un sin techo, una persona que no sería, a su juicio, llorada ni echada en falta, y otra muy distinta era involucrarse en una agresión a un individuo peligroso, lo cual podría tener consecuencias negativas tanto si conseguían eliminarlo como si no.

—Cebo —dijo Warraner.

—¿Cómo? —preguntó Morland.

—Has dicho que el detective estaba dispuesto a ofrecerse como cebo. ¿Por qué iba un hombre a ponerse en semejante peligro, y más por alguien a quien ni siquiera conocía?

—Por cierto sentido de la justicia, quizás. El mundo fuera de los límites de nuestro pueblo no es tan absolutamente corrupto como a nosotros nos gustaría creer. Al fin y al cabo, ya ves lo corruptos que hemos acabado siendo nosotros mismos.

—Nosotros hacemos lo que es necesario.

—No por mucho más tiempo.

—¿Por qué dices eso?

—Nuestra manera de proceder no puede mantenerse en el mundo moderno. Al final nos descubrirán.

—¿Crees, pues, que deberíamos dejarlo?

—Podemos dejarlo por iniciativa propia, o pueden obligarnos a dejarlo. Tal vez lo

primero fuera menos doloroso que lo segundo.

—¿Y el viejo dios?

—¿Qué es un dios sin creyentes? Es sólo un mito en espera de ser olvidado.

Warraner se quedó boquiabierto. Para él, eso era una blasfemia.

—Pero ¿qué será del pueblo?

—El pueblo sobrevivirá. Simplemente será un pueblo como cualquier otro.

Morland se atragantó con su propia bilis y se le saltaron las lágrimas a causa de la acidez. ¿Cómo podía llegar a ser Prosperous un pueblo normal? La sangre lo había impregnado por entero. Era un lodazal rojo de pecado.

—No —dijo Warraner—, nunca podrá serlo.

Y Morland estaba seguro de que Warraner no lo había entendido.

—No has respondido a mi pregunta —insistió Warraner—. Un vago concepto de justicia no basta para explicar los actos de ese hombre.

—En la justicia nunca hay vaguedad —contestó Morland—. Si da esa impresión es a causa de la ley. Y en cuanto a ese hombre... —Morland había estado pensando mucho en el detective. Después de informarse sobre él, creía que, en cierto modo, casi lo entendía. Cuando volvió a hablar, se dirigía tanto a sí mismo como a Warraner—. No creo que le dé miedo morir. No busca la muerte, y luchará contra ella hasta el final, pero no la teme. Creo que sufre. Una pérdida lo ha trastornado, y eso se ha convertido en un padecimiento permanente. Cuando la muerte venga a por él, pondrá fin a su sufrimiento. Hasta entonces no puede infligírsele ningún mal peor que los que ya ha experimentado. Eso lo convierte en un enemigo extraordinario, porque tiene más aguante que sus rivales. Y las cosas que ha hecho, los riesgos que ha corrido por otros, le han granjeado aliados, y algunos de ellos quizá sean aún más peligrosos que él, porque no comparten sus principios morales. Si tiene un punto débil, es su sentido moral. En la medida de lo posible, hará lo correcto, lo justo, y si obra mal, tendrá que cargar con la culpabilidad.

—Tú lo respetas.

—Habría que ser tonto para no respetarlo.

—Pero casi parece que te inspira simpatía.

—Sí —admitió Morland—. Quizá me inspire más simpatía de la que me inspiro yo mismo.

Salió al jardín de Hayley Conyer y encendió un cigarrillo. Ella no lo vería con buenos ojos, pero le daba igual. Le habían dejado clara su posición: la intrascendencia de su papel en los asuntos del pueblo, la vacuidad de su autoridad. Cuando aquello terminara, tendría que presentar la dimisión. Con un poco de suerte, el consejo la aceptaría y le permitiría marcharse con su familia. Si no, podía obligarlo a quedarse, convertido en un patético personaje que sólo serviría para poner multas por aparcamiento indebido y exceso de velocidad.

Aunque podría ser peor.

Presintió que se acercaba el final de todo, lo presentía desde el homicidio de la

chica. La aparición del detective no había hecho más que confirmar lo que Morland ya sabía. Ni siquiera con la llegada de la primavera habría renacimiento, no para Prosperous. Quizá fuera mejor así.

Dio una larga calada al cigarrillo y pensó en lobos.

El lobo captó el olor a carne. El viento lo arrastró hasta él. Descansaba al abrigo de un árbol caído, sumido en un sueño agitado y enfebrecido por el dolor, cuando le llegó el olor de la sangre. El lobo sólo había mordisqueado el ciervo muerto que había conseguido llevarse. La carne, corrompida por la manera de morir del ciervo, sabía mal.

El lobo se levantó lentamente. Siempre se quedaba agarrotado al ponerse en pie, incluso cuando había yacido sólo durante un breve rato; pero la promesa de carne fresca bastó para espolearlo. Con la luna llena en el cielo, y la sangre en el aire, se encaminó renqueante hacia el sur.

Fue Thomas Souleby quien avisó a Morland y Warraner de que ya podían volver a entrar. Para entonces, Morland había terminado un cigarrillo y empezado otro. Las cortinas del salón se movieron, y alcanzó a ver un rostro que lo observaba. Podría haber sido Hayley Conyer, pero no estaba seguro. Aplastó el resto del segundo cigarrillo en la grava y se planteó dejarlo allí para que la vieja bruja lo encontrara a la mañana siguiente, pero se lo pensó mejor. La mezquindad no compensaba, por más que proporcionara una sensación transitoria de satisfacción.

Souleby lo olfateó cuando volvió a entrar en la casa.

—Ella notará el olor —advirtió Souleby—. Una cosa es fumarse un pitillo a escondidas, y otra traer la prueba a su propia casa.

Morland no lo miró. No quería que Souleby percibiera su desesperación, su lúgubre presentimiento de que, por encima de todo, era vital dejar en paz al detective. Momentos antes, mientras se paseaba y fumaba, temía cada vez más lo que se avecinaba.

—Notará en mí el olor de cosas peores cuando esto termine —replicó Morland—. El pueblo entero apestará a sangre.

Y Souleby no intentó desmentirlo.

Morland supo qué habían decidido en cuanto entró en el comedor. Supuso que lo sabía incluso antes de salir para dejar a los concejales con sus deliberaciones, pero la expresión vengativamente triunfal en la parte del rostro de Kinley Nowell no oculta por la mascarilla disipó cualquier duda que pudiera quedarle.

Ahora que Hayley Conyer se había asegurado la victoria, no tuvo inconveniente en ablandar su actitud para con *su* jefe de policía, porque así era, desde luego, como ella lo veía: «su» jefe de policía, «su» consejo, «su» pueblo. Esperó a que él tomara asiento y sonrió igual que un posible jefe preparándose para comunicar una mala noticia a un candidato fallido a un puesto de trabajo.

—Hemos decidido eliminar al detective —anunció.

—Eso tendrá repercusiones —advirtió Morland.

—Hemos tenido en cuenta esa posibilidad. El dedo de la culpa señalará... en otra dirección.

Morland vio que Conyer tenía ahora ante sí una hoja de papel. Ante su mirada, ella sacó un bolígrafo del bolsillo de la rebeca y dibujó un símbolo en el papel. Sin mediar la palabra, se lo entregó.

Morland no tocó la hoja. No fue necesario, porque veía con sobrada claridad el dibujo; tampoco deseaba tocarla. Conyer había dibujado un tridente. Era el símbolo de los Creyentes. Una situación ya de por sí difícil y peligrosa estaba a punto de convertirse en un posible desastre.

—Sabrán que hemos sido nosotros —adujo Morland.

—Tiene razón —convino Souleby. Se lo veía sinceramente asustado. Era obvio que no se había hablado de esa parte del plan de Conyer—. Es un disparate.

—Si nos andamos con cuidado, no lo sabrán —aseguró Conyer—. Y nosotros siempre nos andamos con cuidado.

Eso era falso, pero Morland prefirió no ponerla en evidencia. Si de verdad se hubiesen andado con cuidado, el detective no habría pisado el pueblo.

Nowell se quitó la mascarilla.

—¿Y qué más da si llega a saberse que hemos sido nosotros? —preguntó con voz ronca—. Los Creyentes, ya de entrada, no eran muchos, y el detective eliminó al resto.

—Eso no lo sabemos con certeza —señaló Morland—. Puede que haya otros. Se esconden. Forma parte de su naturaleza. Y por otro lado está el asunto de los Patrocinadores. Siempre han mantenido lazos con los Creyentes. Incluso puede que haya Creyentes entre ellos. Podrían haber actuado contra el detective, pero optaron por no hacerlo. Es posible que no vean con buenos ojos la decisión de eliminarlo.

—La culpa no recaerá en nosotros —insistió Conyer.

—No puede estar segura de eso —repuso Morland.

Sintió el principio de una migraña. Se frotó las sienes, como si eso pudiera ahuyentar de algún modo el dolor y las náuseas. Estaba cansado. Debería haber mantenido la boca cerrada sin más, porque esa discusión no tenía sentido. La batalla estaba perdida, y pronto también lo estaría la guerra.

—Tienes razón: yo no puedo estar segura —dijo Conyer.

Morland, sorprendido, alzó la vista.

—Pero ellos sí —concluyó.

Morland oyó movimiento a sus espaldas, y dos sombras se proyectaron sobre la mesa.

Todo había sido una farsa: la reunión, las argumentaciones, la última deliberación en privado. La decisión se había tomado ya mucho antes. De lo contrario, esos dos no estarían allí. No viajaban a menos que el asesinato fuese inminente.

—Ya no tienes que preocuparte por el detective, Morland —dijo Conyer—. Nuestros amigos se ocuparán de él por nosotros. Pero, de momento, los Dixon siguen bajo tu responsabilidad. Los quiero vigilados. Si intentan huir, hay que impedirselo.

»Y si salen del término municipal —añadió—, los quiero muertos.

Fueron abandonando la reunión. Nadie habló. Morland salió a fumarse otro cigarrillo y los observó marcharse. Le traía sin cuidado qué pensara Hayley Conyer de su adicción a la nicotina. Era la menor de sus preocupaciones. En todo caso, sus días como jefe de policía sin duda estaban contados. Ella lo había castrado en el comedor, con la misma contundencia que si hubiese usado contra él la navaja con que había

amenazado a Bryan Joblin. En cierto modo, pues, tuvo su lógica que fuese sólo Luke Joblin quien se rezagara cuando casi todos los demás se habían ido ya, Souleby por su cuenta, y Ayton cargando con Kinley Nowell y su menguante vileza.

Morland ofreció un cigarrillo a Joblin, y este lo aceptó.

—Ya sabía yo que en realidad no lo habías dejado.

Desde hacía un par de meses Joblin venía anunciando a bombo y platillo que había abandonado el tabaco, aunque se jactaba con mayor estridencia cuando su mujer andaba cerca.

—Barbara cree que sí —dijo Joblin—. No sé qué me sale más caro, el tabaco o las pastillas de menta.

Juntos observaron cómo se alejaban las luces de posición del último coche, que se perdieron de vista cuando este dobló para enfilarse hacia el pueblo.

—¿Te ronda algo por la cabeza, Luke? —preguntó Morland.

—Estoy preocupado —respondió Joblin.

—¿Por Bryan?

—No, Dios santo. Tienes razón: no es listo, pero sabe cuidarse por sí solo. Si necesitas ayuda con los Dixon, puedes contar con él. Es un joven fiable.

Bryan Joblin era cualquier cosa menos fiable. Rayaba en la psicopatía, a lo que se sumaba una profunda veta de maldad y desviación sexual, pero Morland se reservó la opinión. Tenía pocos amigos en el consejo, y no le convenía enemistarse también con Luke Joblin.

Joblin dio una larga calada al cigarrillo.

—No, es por los Patrocinadores. No entiendo por qué no nos hemos puesto en contacto con ellos. No nos conviene contrariarlos. Podrían aplastarnos. Deberíamos haber hablado con ellos antes de actuar, pero Hayley ha descartado la posibilidad nada más plantearse. ¿Por qué?

—Porque rendimos culto a dioses distintos —contestó Hayley Conyer desde detrás de ellos.

Morland ni siquiera la había oído acercarse. Estaban solos y de pronto ella surgió a sus espaldas como de la nada.

—Lo siento —dijo Joblin, pero no quedó claro si se disculpaba por la crítica a esa decisión, o por el hecho de haberse visto sorprendido fumando en el jardín de Conyer, o por las dos cosas. Buscó algún sitio donde apagar el cigarrillo. No quería tirarlo al suelo. Finalmente se decidió por levantar el pie izquierdo y aplastar el cigarrillo contra la suela de cuero del zapato. Dejó una quemadura. Tendría que esconder el zapato hasta que encontrara un momento para llevarlo a cambiarle la suela. Si no, su mujer se preguntaría por qué un fumador reformado apagaba cigarrillos en unos zapatos de trescientos dólares. Morland cogió la colilla y la metió en el paquete ya vacío.

—No lo sientas —contestó Conyer—. Eso está en la raíz de todo lo que hacemos aquí, de todo lo que intentamos proteger. No somos como los Patrocinadores, y su

dios no es como el nuestro. El suyo es un dios maligno, un dios colérico.

—¿Y el nuestro? —preguntó Morland.

Vio a Warraner, que los observaba desde la escalera del porche. Detrás de él, en el recibidor, aguardaban dos siluetas.

Hayley Conyer apoyó la mano con delicadeza en el antebrazo de Morland. Era un gesto curiosamente íntimo, de consuelo, de ánimo y, comprendió Morland, de pesarosa despedida.

—El nuestro es sólo voraz —respondió.

El lobo había encontrado la carne: un trozo de anca de venado ensangrentada. Lo rodeó, cauto a pesar de la necesidad, pero al final no pudo resistirse más.

Avanzó dos pasos, y la trampa se cerró en torno a su pata.

Fundado en 1794, y situado a orillas de Casco Bay, donde el río Androscoggin desemboca en el mar, el Bowdoin College solía figurar entre las principales universidades de Estados Unidos. En su lista de exalumnos se contaban Henry Wadsworth Longfellow, Nathaniel Hawthorne, el explorador Robert Peary y el sexólogo Alfred Kinsey. Por desgracia, no parecía incluir al pastor Warraner de Prosperous. En una llamada a primera hora de la mañana al Departamento de Relaciones con Ex Alumnos no encontré constancia de ningún Michael Warraner entre sus antiguos estudiantes, y una indagación similar en el Seminario de Teología de Bangor dio idéntico resultado.

Mientras seguía chupando un lápiz e intentaba deducir por qué Warraner se había molestado en mentir sobre algo que podía verificarse fácilmente, recibí una llamada de una secretaria de Bowdoin. Por lo visto, uno de los profesores adjuntos del centro estaba interesado en verme. De hecho, tenía un rato libre esa tarde, si yo disponía de un momento para «asomar la cabeza» por la universidad.

—¿De verdad ha dicho eso? —pregunté.

—Si ha dicho ¿qué?

—¿«Asomar la cabeza»?

—Él habla así. Es inglés.

—Ah. Ya.

—Dígale, por favor, que con mucho gusto asomaré la cabeza.

En algún lugar de la facultad de religión, el apellido «Warraner» había disparado una pequeña alarma.

El profesor Ian Williamson ofrecía exactamente el aspecto que yo siempre había pensado que debía tener un académico y que casi ninguno tenía: un poco despeinado —pero no tanto como para suscitar demasiadas dudas sobre su salud mental— y aficionado a los chalecos y la combinación de distintas telas de *tweed*, aunque en su caso la potencial casposidad de esa vestimenta quedaba compensada por la elección de unas zapatillas Converse como calzado. Juvenil, barbudo y alegremente disperso, daba la impresión de que en cualquier momento podía avistar una nube interesante y echarse a correr detrás de ella a fin de capturarla con un lazo.

Al final, resultó que Williamson era una década mayor que yo, así que obviamente la vida académica le sentaba bien. Llevaba en Bowdoin más de veinte años, pese a que aún hablaba como un visitante de fin de semana en Downton Abbey. Francamente, si con ese acento el profesor Williamson no ligaba en Maine, no ligaba con nada. Su especialidad era la tolerancia religiosa y las tradiciones místicas comparativas, y su despacho en el encantador edificio antiguo de la facultad contenía libros y cachivaches religiosos diversos a partes iguales, de modo que parecía a

medio camino entre biblioteca y puesto de mercado.

Me ofreció café de su propia cafetera personal Nespresso, apoyó los pies en una pila de libros y me preguntó a qué se debía mi interés en Michael Warraner.

—Yo podría preguntarle lo mismo —dije—, dado que al parecer no es uno de sus exalumnos.

—Ah, así que fintamos —dijo Williamson—. De acuerdo. Ya veo. Excelente.

—¿Cómo? —pregunté, sin ver nada.

—Fintamos.

Imitó el gesto de esquivar un golpe ante un enemigo imaginario, emitiendo a la vez un zumbido, sólo para asegurarse de que yo captaba la idea. Y no la captaba.

—Disculpe, ¿está retándome a un duelo?

—¿Cómo? No, me refiero a las fintas verbales: el tradicional toma y daca. Philip Marlowe y demás. Yo digo, usted dice. Ya sabe, esas cosas.

Me miró animadamente. Le devolví la mirada, no tan animadamente.

—O quizá no —dijo Williamson, y algo de su entusiasmo pareció apagarse.

Me sentí como si hubiese dado un puntapié a un cachorro.

—Digamos que siento curiosidad por Prosperous —expliqué—. Y siento curiosidad por el pastor Warraner. Me parece un hombre raro en un pueblo extraño.

Williamson tomó un sorbo de Nespresso. Detrás de él, en su mesa por lo demás vacía, vi tres libros con los lomos orientados hacia mí. Todos guardaban relación con el Hombre Verde. No podía ser casualidad que estuvieran ahí expuestos de una manera tan visible.

—Michael Warraner llegó a Bowdoin como estudiante de humanidades cuando tenía alrededor de veinticinco años —explicó Williamson—. Desde el principio quedó claro que su mayor interés eran los estudios religiosos. Es un programa muy difícil, y en general atrae sólo a estudiantes con verdadera pasión por la materia. La especialidad consta de nueve asignaturas; la especialidad secundaria, de cinco, entre las cuales dos son obligatorias: Introducción al estudio de la religión o Rel. 1, y Teorías sobre religión. El resto es a elegir entre varias opciones, como Religiones asiáticas, Islam y judaísmo posbíblico, Cristianismo y género, y La Biblia y estudios comparativos. ¿Me explico?

—Perfectamente.

Williamson cambió de postura en su silla.

—Warraner no era el más apto de los estudiantes —continuó—. De hecho, su ingreso estuvo en duda durante un tiempo, pero tenía padrinos influyentes.

—¿De Prosperous?

—Y de otros sitios. Era evidente que alguien estaba realizando un verdadero esfuerzo por él. Por otra parte, sabíamos que quedaban plazas en las asignaturas para los estudiantes muy interesados, y...

—¿Sí?

—Entre los miembros del claustro, incluido yo, existía cierta curiosidad acerca de

Prosperous. Como usted sin duda sabe, es un pueblo fundado por una secta religiosa hermética, cuya historia y destino final siguen siendo poco claros a día de hoy. Pensamos que, con el ingreso de Warraner, quizás estaríamos en situación de averiguar más sobre el pueblo y su historia.

—¿Y qué pasó?

—Obtuvimos lo que podría definirse como la «versión oficial». Warraner nos facilitó cierta información, y también se nos permitió estudiar la iglesia y sus alrededores, pero en realidad sobre Prosperous y la Familia del Amor averiguamos muy poco que no supiéramos ya. Por otra parte, las limitaciones académicas de Warraner se pusieron de manifiesto desde el primer momento. Se esforzaba por arañar créditos y aprobados por los pelos. Al final, no nos quedó más remedio que deshacernos de él.

»Más tarde el pastor Warraner, como posteriormente empezó a presentarse, fue readmitido en esta universidad como “alumno especial”. Los alumnos especiales son personas de la comunidad local que, por la razón que sea, quieren reanudar su formación a media jornada. Si bien los evaluamos por su historial académico, también tenemos en cuenta los logros no académicos. Pagan la matrícula de cada asignatura y no tienen a su disposición ayuda financiera. Reciben calificaciones y un expediente académico, pero no pueden aspirar a la titulación y por lo tanto no se gradúan. El pastor Warraner cursó diez de esas asignaturas a lo largo de cinco años, unas con más éxito y entusiasmo que otras. Se mostró muy abierto a cuestiones de cristianismo y género, y no tanto a las religiones asiáticas, el islam y el judaísmo. En conjunto, mi impresión fue que Warraner deseaba la impronta de una formación universitaria. Deseaba decir que había estudiado en la universidad, y nada más. Según tengo entendido, Warraner también sostiene que obtuvo un máster en Bangor, o eso le ha dicho usted a la secretaria.

Intenté recordar las palabras exactas de Warraner.

—Si no recuerdo mal, me dijo que se especializó en religión en Bowdoin y cursó un máster en teología en el Seminario de Bangor.

—Supongo que si uno hace gala de generosidad de espíritu suficiente, podrían interpretarse esas afirmaciones con cierta libertad, la segunda más que la primera. Si pregunta usted por ahí, seguro que descubrirá que estuvo en contacto con Bangor en algún momento y fue rechazado, o intentó asistir de manera extraoficial a los seminarios. Se correspondería con ese deseo de reafirmación y reconocimiento que le comentaba.

—¿Le causó alguna otra impresión?

—Era un fanático.

—¿Eso no es un gaje del oficio?

—A veces. Pero Warraner rara vez hilaba dos frases seguidas sin mencionar a «su» dios.

—¿Y a qué clase de dios rinde culto? He conocido a Warraner, he estado en su

iglesia, y aún no sé muy bien qué clase de pastor es.

—En un sentido superficial, Warraner pertenece a cierto tipo de protestantes austeros. Tiene algo de baptista, una pizca de metodista, pero también una dosis considerable de panteísmo. Sin embargo nada de eso es especialmente profundo. Su religión, a falta de otra explicación mejor, es su iglesia, las propias piedras y la argamasa. Rinde culto a un edificio, o a lo que ese edificio representa para él. ¿Dice que la ha visto?

—Me ofreció una visita guiada.

—¿Y qué le pareció?

—Un poco escasa de crucifijos para mi gusto.

—¿Es usted católico?

—De forma esporádica.

—Yo me crié en la Iglesia de Inglaterra, la baja, debo añadir, y la capilla de Warraner, incluso a mí, me pareció decididamente austera.

—A excepción de las tallas.

—Sí, las tallas son interesantes, ¿no? Poco comunes aquí en Estados Unidos. No tanto, quizás, entre las iglesias más antiguas de Inglaterra y ciertas zonas de Europa, aunque las tallas de Warraner son muy peculiares. Es una iglesia familista, de eso apenas cabe duda, pero una iglesia familista muy especial. No está presente el rasgo de la secta que la llevó a confluir con los cuáqueros o los unitarios, cierto espíritu de paz y amabilidad. Es algo más áspero.

—¿Y Warraner sigue siendo familista?

Williamson apuró su café. Pareció plantearse la idea de preparar otro, pero la desechó. Dejó la taza.

—Sí, señor Parker —contestó—. Creo que no sólo es familista Warraner, sino que todo Prosperous sigue siendo una comunidad familista. Con qué fin, no sabría decirle.

—¿Y su dios?

—Si tiene ocasión, fíjese bien en esas tallas del interior de la iglesia. Tengo la sospecha de que, en algún punto del camino, Warraner y aquellos que comparten sus creencias religiosas han perdido de vista el vínculo entre Dios, la deidad cristiana, y el imperio de la naturaleza. Lo único que queda son esas tallas. Para la gente de Prosperous, esos son los rostros de su dios.

Me levanté para marcharme. En ese momento Williamson me entregó los libros que tenía sobre su escritorio.

—He pensado que estos textos podrían interesarle. Basta con que curse el envío por correo cuando acabe con ellos.

«Curse el envío». Ya estaba otra vez con su peculiar manera de hablar. Advirtió mi sonrisa.

—¿He dicho algo gracioso?

—Sólo me preguntaba si habrá ligado mucho en Estados Unidos gracias a ese acento que tiene.

Una sonrisa asomó a sus labios.

—En efecto, me proporcionó una gran popularidad. Sospecho que quizá, gracias a él, incluso me casé por encima de mis posibilidades.

—Es el residuo de admiración colonial hacia el opresor.

—Se expresa como si fuera licenciado en historia.

—Pues no, no lo soy, pero Warraner hizo un comentario parecido cuando lo conocí. Encontró una analogía entre la labor del detective y la investigación histórica.

—¿Acaso no es histórica toda investigación? —preguntó Williamson—. El crimen se cometió en el pasado, y la investigación se lleva a cabo en el presente. Es una forma de excavación.

—¿Va a escribir un artículo sobre eso?

—Mire, ahora que lo dice, es una posibilidad.

Hojeé el primer libro. Contenía abundantes imágenes y dibujos.

—Con ilustraciones, además —comenté.

—Si las colorea, quizá nos veamos obligados a mantener una larga charla.

—¿Puedo hacerle una última pregunta?

—Adelante.

—¿Por qué tantos de estos rostros son amenazadores u hostiles?

—Por miedo —contestó Williamson—. Miedo al poder de la naturaleza, miedo a los dioses antiguos. Y puede que la Iglesia, en sus orígenes, encontrara en esas imágenes una representación literal de un concepto metafórico: la *radix omnium malorum*, la «raíz de todo mal». El infierno, si opta por creer en él, está bajo nuestros pies, no sobre nuestras cabezas. Habría que cavar muy hondo para encontrarlo, pero para los cristianos que tenían lazos ancestrales con la tierra no era difícil concebir la influencia de lo maléfico en forma de raíces retorcidas y hiedra trepadora, de rostros hechos de algo enterrado a gran profundidad que intentaba crear una representación física de sí mismo por medio de los materiales que tenía a mano. Pero el dios representado en las paredes de la capilla de Prosperous no guarda relación alguna con el cristianismo. Es más antiguo, y está por encima de toda concepción del bien y el mal. Sencillamente es.

—Habla como si usted mismo creyera en él.

—O quizá simplemente me resulta más fácil entender que alguien conciba y venera a un dios formado de árboles y hojas, un dios creado cuando se creó la tierra en torno a él, que a una figura barbuda que vive en el cielo encima de una nube.

—¿Eso puede considerarse una crisis de fe?

Volvió a sonreír.

—No, es sólo una consecuencia natural del estudio de todas las manifestaciones de la creencia religiosa, y del intento de enseñar la importancia de la tolerancia en un mundo en que esta se relaciona con la debilidad o la herejía.

—Déjeme adivinar: a ese respecto, Michael Warraner y usted no coincidían precisamente.

—Pues no. Él no mantenía una actitud hostil hacia otras formas de creencias religiosas, sencillamente no le interesaban.

—Cuando vuelva a verlo, ¿quiere que le dé recuerdos de su parte? —ofrecí.

—Mejor no —respondió Williamson.

—¿Por miedo?

—Por cautela. También a usted le conviene ser cauto. —Ya no se le notaba disperso, ni sonreía—. Una de las pruebas a las que me gusta someter a mis alumnos en su primera clase es un juego de asociación de palabras. Les pido que enumeren todas las palabras, positivas o negativas, que acuden a su mente cuando piensan en «dios». A veces recibo hojas llenas de palabras, otras veces sólo unas cuantas. Pero Warraner fue el único estudiante que escribió una sola palabra. Esa palabra era «hambre». Él y los que son como él rinden culto a un dios hambriento, señor Parker, y no puede salir nada bueno del culto a una deidad famélica. Nada bueno.

Regresé a Scarborough, pero paré en la enorme tienda Bull Moose Music de Payne Road y curioseé por los pasillos durante una hora. En parte fue por placer, en parte como actividad sustitutoria. Tenía la sensación de haber llegado a un punto muerto en lo que se refería a Prosperous, y mi conversación con Williamson sólo había servido para constatar mis propias sospechas sobre el pueblo sin abrir nuevas vías de investigación.

No estaba más cerca de encontrar a Annie Broyer ahora que al principio, y empezaba a preguntarme si quizá no había sido un error presuponer que todo lo que había descubierto a lo largo de la última semana era útil o siquiera verdad: una pareja de ancianos, un coche azul, una alusión de pasada a un empleo en Prosperous hecha a una mujer con las facultades mentales de un niño, y la obsesión de un indigente con las tallas de una iglesia antigua. Cada retazo de información que había recabado era cuestionable, y existía la posibilidad de que Annie Broyer apareciese en Boston, Chicago o Seattle en los días y semanas posteriores. Incluso la descripción de Annie como «exyonqui» podía tener una sencilla explicación: tal vez Morland había telefonado a Portland o Bangor después de mi primera visita al pueblo. A ojos de algunos, yo había transgredido ya el primer mandamiento de toda investigación: no basarse nunca en suposiciones. No establecer patrones donde no los hay. No concebir un guión y luego forzar las pruebas para que encajen. Por otro lado, toda investigación implica cierto grado de especulación, la capacidad de hallarse ante un delito e imaginar la cadena de sucesos que podría haber llevado a la comisión de ese delito. Una investigación no es sólo una cuestión de indagación histórica, como sostenía Warraner. Es un acto de fe tanto en las propias aptitudes de uno como en la posibilidad de justicia en un mundo donde la justicia se supedita al imperio de la ley.

Pero yo no tenía ningún delito que investigar. Únicamente tenía a un sin techo con un historial de depresión que quizá se hubiera ahorcado en un arrebato de desesperación, y a una chica desaparecida con un historial de alcoholismo y drogadicción que había arrastrado durante la mayor parte de su vida. ¿Estaba obsesionándome con Prosperous porque sus habitantes eran ricos y privilegiados en tanto que Jude y su hija eran pobres y sufrían? ¿Estaba señalando con el dedo a Warraner y Morland por el mero hecho de cumplir con sus respectivas obligaciones como pastor y policía, consistentes en proteger a los suyos?

Y aun así...

Michael Warraner no era exactamente un impostor, sino algo acaso mucho más peligroso: un hombre frustrado con un conjunto de principios religiosos o espirituales que reforzaban su inflada opinión de sí mismo y su lugar en el mundo. También quedaba claro, por la manera en que Morland reaccionó ante mi visita a la iglesia sin autorización, que Warraner gozaba de una posición de autoridad en el pueblo, de donde se desprendía que individuos influyentes compartían sus creencias o, cuando

menos, no las rechazaban del todo.

Yo ignoraba qué tenía eso que ver —si es que tenía algo que ver— con la desaparición de Annie y la muerte de su padre. Pero Prosperous me daba mala espina, y había aprendido a confiar en mis corazonadas. Por otro lado, Angel y Louis podrían haberme preguntado si alguna vez algo no me daba mala espina, y si también en tales casos confiaba en mis corazonadas. Yo podría haber contraatacado aduciendo que nadie me había pedido ayuda cuando no tenía problemas, pero de pronto descubrí que empezaba a irritarme por enzarzarme en discusiones con Angel y Louis —y peor aún, por perderlas— cuando ni siquiera estaban presentes.

Pasé por Portland, donde entré a ver una película en el Nickelodeon y luego fui a comer una hamburguesa en The Little Tap House de High Street. El edificio había albergado en otro tiempo el restaurante Katahdin, antes de que el establecimiento se trasladara a Forest Avenue. Un bar de tapas había ocupado brevemente el local después del traspaso, y ahora The Little Tap House se había abierto un hueco como bar de barrio con buena comida. Tomé un refresco e intenté leer durante un rato los libros que Williamson me había confiado. Situaban el origen de las esculturas foliadas como mínimo en el siglo I d. C., y seguían su desarrollo desde las primeras etapas de la Iglesia hasta su proliferación por toda la Europa occidental. Algunas de las ilustraciones eran más gráficas que otras. Mi camarero pareció especialmente interesado en un capitel de la catedral de Autun que representaba a un hombre desapareciendo en las fauces de un rostro foliado. Muchas de las tallas, tales como una máscara de la catedral de Bamberg realizada en el siglo XIII, poseían una peculiar belleza, lo que les confería un aire aún más siniestro.

Encontré la fuente de la referencia latina de Williamson: el evangelio apócrifo de Nicodemo, donde Satán se describía como *radix omnium malorum*, raíz de todo mal, junto a una imagen de un tricéfalo, un demonio de tres rostros de la fachada de San Pietro, en la Toscana, Italia. Zarcillos en espiral salían de las bocas de los demonios, prolongaciones de la raíz original, y el texto describía a esas criaturas como «chupadores de sangre» en el contexto de otra cabeza del siglo XV, esta en la abadía de Melrose. También aquí se aludía a la relación entre elementos humanos y vegetales en las máscaras, a los que se veía como aspectos en esencia hostiles o parasitarios, aunque la opinión general era, al parecer, que representaban una forma de simbiosis, una arraigada interacción y una relación mutuamente beneficiosa entre ambas especies. El hombre recibía los frutos de la naturaleza, o el renacer forjado por los cambios de estación, y a cambio...

En fin, esa última parte no estaba tan clara, aunque la catedral de Autun, con sus imágenes de hombres engullidos, ofrecía un posible campo para la especulación.

Cerré los libros, pagué la cuenta y salí del bar. La temperatura había subido un poco desde la noche anterior, no mucho, pero los meteorólogos pronosticaban ya —prematuramente, sospeché— que lo peor del invierno había quedado atrás por este año. El cielo estaba despejado cuando me dirigí a mi casa en coche, y las marismas

salobres olían a nuevo y limpio cuando aparqué delante. Rodeé la casa hasta la puerta trasera para entrar por la cocina. Era un hábito que había contraído desde que Rachel y Sam se marcharon. Entrar por la puerta de la calle y ver el recibidor vacío era en cierto modo más deprimente que cruzar la cocina, el espacio donde en todo caso más tiempo pasaba. Abrí la puerta y tendí la mano para introducir el código de la alarma cuando mi hija muerta me habló desde detrás. Dijo una sola palabra

*papá*

y contenía en sí la perspectiva de vivir y la esperanza de morir, los finales y los inicios, el amor y la pérdida y la paz y la rabia, todo condensado en dos sílabas susurradas.

Me echaba ya cuerpo a tierra cuando me alcanzó el primer disparo de escopeta y los perdigones me arrancaron la piel de la espalda, el pelo del cuero cabelludo, la carne de los huesos. Sentí escozor. Encontré fuerzas para abrir la puerta de un puntapié y cerrarla de un empujón, pero el segundo disparo voló la cerradura y la mayor parte del cristal, y una lluvia de esquirlas y astillas cayó sobre mí. Cuando intenté levantarme, resbalé en mi propia sangre. A trompicones, conseguí llegar al pasillo a la par que detrás de mí sonaban unos disparos de pistola. Sentí la fuerza de los impactos en la espalda, en el hombro, en el costado. Volví a caer, pero instintivamente, a la vez que el dolor se adueñaba de mí, doblé el cuerpo a la izquierda. Grité al topar con el suelo, pero ya estaba en el umbral de la puerta de mi despacho. Alcancé con la mano el ángulo de la pared y, tirando, entré a rastras. Una vez más cerré la puerta de un puntapié y conseguí sentarme, erguido, contra el escritorio. Desenfundé la pistola. La levanté y disparé una vez. No supe dónde hice blanco. No me importaba. Me bastaba con que el arma estuviera en mi mano.

—Vamos —dije, y la sangre y la saliva salieron a borbotones de mis labios—. ¡Vamos! —repetí, esta vez en voz más alta, y no supe si hablaba para mí o para quien quiera o lo que quiera que estuviese al otro lado de la puerta—. Vamos —dije por tercera vez, a la oscuridad que se acercaba, a las siluetas que me hacían señas desde su interior, a la paz que llega por fin a todo lo que muere. Por encima de los demás sonidos se oía el ululato de la alarma.

Disparé otra vez, y, en respuesta, dos balas traspasaron la puerta. Una falló.

La otra no.

—Vam...

El lobo alzó la vista hacia los hombres que lo rodeaban. En vano, había intentado arrancarse a dentelladas la pata atrapada. Estaba cansado. Su hora había llegado. Con el pelaje en torno a la boca ensangrentado gruñó a los hombres. Un olor acre le hería los sentidos, el olor del ruido y la muerte.

Ladró, fue el último sonido que produjo en aquel invierno. En él se traslucía tanto desafío como cierta resignación. Llamaba a la muerte para que acudiera a por él.

El arma disparó, y el lobo desapareció.

—¡Cogedlo! ¡Cogedlo!

Luz. Sin luz.

—Dios mío, ni siquiera puedo sujetarlo de tanta sangre como hay. Vale, a la de tres. Una, dos...

—Ay, por el amor de Dios.

—Tiene la espalda en carne viva. ¿Qué coño ha pasado aquí?

Luz. Sin luz

Luz. Sin Luz. Luz.

—¿Me oye?

Sí. No. Vi al auxiliar médico. Vi a Sharon Macy detrás de él. Intenté hablar, pero no me salieron las palabras.

—Señor Parker, ¿me oye?

Luz. Ahora más intensa.

—Siga aquí conmigo, ¿me oye? ¡Siga aquí!

Arriba. Movimiento. Techo. Luces.

Estrellas.

Oscuridad.

Todo desapareció.

La casa, una de las más grandes del vecindario, se hallaba en una calle anodina a medio camino entre Rehoboth Beach y Dewey Beach, en la costa de Delaware. Alrededor casi todas eran chalets de alquiler o de veraneo utilizados por habitantes de Washington con un poco de dinero que gastar. Allí la fugacidad era la norma. Cierto que en esa calle unos cuantos residentes vivían todo el año, pero tendían a ocuparse de sus asuntos y dejaban que los demás se ocuparan de los suyos.

Un número considerable de viviendas de la zona eran propiedad de parejas homosexuales, ya que Rehoboth había sido uno de los centros vacacionales de la Costa Este más abiertos a la población gay. Quizás eso resultara un tanto sorprendente, habida cuenta de que Rehoboth fue fundado en 1873 por el reverendo Robert W. Todd como campamento de convivencias metodista. Pero el concepto de comunidad religiosa del reverendo Todd duró poco, y a finales de la década de 1940 los gays de Hollywood organizaban juergas en la finca de los DuPont junto al mar. Después, en los años cincuenta, llegó el Pink Pony Bar, y en los sesenta el Pleasant Inn y el Nomad Village, lugares todos ellos donde se acogía a los ciudadanos de Washington de hábitos más secretos. En los años noventa algunos de los vecinos menos tolerantes del pueblo intentaron en vano restaurar lo que se llamó sin mucha precisión «valores de familia», en algunos casos moliendo a palos a todo aquel que pareciese homosexual, pero las negociaciones entre los representantes de la comunidad gay, los dueños de las casas y la policía pusieron fin en gran medida al malestar, y Rehoboth se acomodó plácidamente a su papel no sólo de «Capital veraniega de la nación», sino también de «Capital veraniega gay de la nación».

La gran casa estaba ocupada muy rara vez, aun para lo que era habitual en las residencias de veraneo. Sus cuidados no se confiaban a ninguna de las agencias inmobiliarias locales, muchas de las cuales incrementaban sus ingresos actuando como agentes para los alquileres de verano y encargándose del mantenimiento de las casas durante los meses de invierno. No obstante, estaba bien conservada, y según los rumores locales, había sido adquirida como parte de una complicada desgravación fiscal, y si era así, cuantas menos preguntas se hicieran al respecto, tanto mejor, sobre todo en una zona donde abundaban los vecinos de Washington que podían tener o no contactos con Hacienda; o como una inversión corporativa, ya que al parecer pertenecía a una empresa inactiva, la cual a su vez formaba parte de otra empresa inactiva, y así sucesivamente, como una serie de muñecas rusas en apariencia infinita.

Y ahora, en las postrimerías del invierno, con las playas en gran medida vacías y desprovistas de vida, la casa estaba por fin ocupada. Se había visto entrar y salir a dos hombres, uno joven y otro viejo, aunque no tenían trato social con nadie en los bares y restaurantes de la zona, y el anciano ofrecía un aspecto un tanto frágil.

Pero en Rehoboth Beach no se consideraba anómalo que dos hombres, fueran cuales fuesen sus edades, viviesen juntos, y por tanto su presencia pasó en general

inadvertida.

Dentro de la casa, el Coleccionista reflexionaba junto a una ventana. Desde allí no se veía el mar, sino sólo una hilera de árboles que protegían la casa y a sus ocupantes de la curiosidad ajena. La decoración se componía básicamente de antigüedades, en su mayoría legados, pero algunas adquiridas a modo de astutas inversiones y a veces por medio del robo descarado. El Coleccionista veía estas adquisiciones como meras deudas saldadas. Al fin y al cabo, los propietarios anteriores ya no las necesitaban, ya que todos ellos, sin excepción, estaban muertos.

El Coleccionista oía la tos y los movimientos de Eldritch en la habitación contigua. Eldritch dormía más desde la explosión que casi le había costado la vida, y que había destruido los registros de delitos públicos y privados recopilados minuciosamente a lo largo de décadas de investigación. Aun cuando el viejo no se hubiese hallado en tal estado de fragilidad, la pérdida de los archivos habría restringido de forma notable las actividades del Coleccionista. Antes no era consciente de lo mucho que dependía de los conocimientos y la complicidad de Eldritch para dar caza y abatir a sus presas. Sin Eldritch, el Coleccionista se veía reducido a la condición de observador, sin más opción que especular sobre los pecados del prójimo a falta de las pruebas necesarias para condenarlo.

Pero en los últimos días, Eldritch había recuperado parte de su antigua energía y emprendido el proceso de reconstruir su archivo. Poseía una memoria asombrosa, pero los sufrimientos y pérdidas recientes lo habían impulsado, alimentado por el odio y el deseo de venganza, a exprimirse más aún la cabeza para rescatar los secretos allí acumulados. Había perdido casi todo lo que era importante para él: una mujer que había sido tanto su consorte como su cómplice, y el trabajo de toda una vida catalogando las flaquezas mortales de los hombres. Ahora sólo le quedaba el Coleccionista, y este sería el arma mediante la que Eldritch se vengaría.

Por tanto, mientras que antes el abogado actuaba como mecanismo de control para los impulsos del Coleccionista, ahora los avivaba. Cada día que pasaba, los dos estaban más unidos. Eso le recordaba al Coleccionista que, en cierto plano, eran aún padre e hijo, pese a que aquello que vivía dentro del Coleccionista era algo muy antiguo y muy alejado de lo humano, y él había olvidado en gran medida su identidad anterior como hijo del anciano abogado que ocupaba la habitación contigua.

La casa era una de las propiedades del Coleccionista adquiridas en fecha más reciente, pero también una de las mejor camufladas. Curiosamente, debía su existencia al detective, Parker. El Coleccionista había llegado a Rehoboth arrastrado por su exploración de la historia del detective, en su intento de comprender la naturaleza de Parker. El pueblo era un elemento del pasado de Parker —muy secundario, desde luego, pero el Coleccionista era en extremo meticuloso— y por consiguiente merecía un examen. La casa, modesta pero hermosa, atrajo al

Coleccionista. Estaba harto de escondites escasamente amueblados, de habitaciones sin alfombras llenas sólo de recuerdos de los muertos. Necesitaba un lugar donde descansar, meditar, planear; y fue así como, por mediación de Eldritch, adquirió la casa. Seguía siendo una de las pocas en las que aún se sentía seguro, sobre todo desde que el detective y sus amigos empezaron a seguirle el rastro, decididos a castigarlo por la muerte de uno de los suyos. Era a Delaware adonde el Coleccionista había trasladado al abogado en cuanto sus heridas sanaron lo suficiente para permitirle viajar, y ahora el Coleccionista también se hallaba secuestrado allí. Hasta entonces nunca había sabido lo que era sentirse perseguido. Siempre había sido el perseguidor. En Newark habían estado a punto de atraparlo: el dolor recurrente de los ligamentos rotos de la pierna era un recordatorio de ello. Esa situación no podía continuar. El Coleccionista tenía una cosecha que recoger.

Peor aún, cuando llegaba la noche, los Hombres Huecos se reunían ante su ventana. Los había privado de vida y había devuelto sus almas al hacedor. Lo que quedaba de ellos persistía, y se sentían atraídos hacia él no sólo porque creían erróneamente que era el único causante de su sufrimiento —siendo los muertos tan capaces del autoengaño como los vivos—, sino porque él podía unirse a ellos. Ese era su único consuelo: que otros podían sufrir como sufrían ellos. Pero ahora percibían su debilidad, su vulnerabilidad, y eso iba acompañado de una esperanza terrible, deforme: que el Coleccionista fuera borrado de la faz de la tierra, y con su desaparición les llegara el olvido que ansiaban. Por la noche se congregaban entre los árboles, su piel moteada y arrugada como fruta vieja y enferma, esperando, instando al detective y sus aliados a arremeter contra él.

«Podría matarlos», pensó el Coleccionista. «Podría aniquilar a Parker y a esos dos que se hacen llamar Angel y Louis. Hay pruebas suficientes contra ellos para justificarlo, pecados suficientes para decantar la balanza».

Probablemente.

Posiblemente.

Pero ¿y si se equivocaba? ¿Cuáles podían ser las consecuencias? El Coleccionista había matado a su amigo en un arrebato de ira, y como resultado ahora era poco más que un animal marcado, huyendo de agujero en agujero, estrechándose en torno a él el cerco de los cazadores. Si el Coleccionista matara al detective, sus amigos no descansarían hasta que el propio Coleccionista estuviera bajo tierra. Si el Coleccionista matara a los amigos de Parker y lo dejara vivo a él, el detective lo seguiría hasta el último confín del mundo. ¿Y si, milagrosamente, matara a los tres? En ese caso habría cruzado una línea, y aquellos que protegían al detective de las sombras terminarían lo que él había empezado y arrollarían al Coleccionista. Fuera cual fuese la decisión del Coleccionista, el desenlace sería el mismo: la cacería continuaría hasta arrinconarlo, y el castigo le sería infligido.

El Coleccionista quería un cigarrillo. Al abogado no le gustaba que fumara en la casa. Decía que entonces le costaba respirar. El Coleccionista podía salir, por

supuesto, pero era consciente de que cada vez lo amedrentaba más mostrarse en lugares abiertos, como si el menor descuido pudiera ser su perdición. Nunca había estado tan asustado. La experiencia le resultaba ingratamente aleccionadora.

El Coleccionista llegó a la conclusión de que no podía matar al detective. Aunque llegara a hacerlo y eludiese de algún modo las consecuencias de sus actos, en último extremo obraría contra el Divino. El detective era importante. Tenía un papel que desempeñar en lo que estaba por venir. Era humano, de eso el Coleccionista no tenía la menor duda, pero cierto aspecto en él escapaba a su comprensión. De algún modo, había tocado al Divino, o había sido tocado por él. Había sobrevivido a muchas situaciones difíciles. El mal se había sentido atraído por él, y él lo había destruido en todos los casos. Existían entidades que temían al Coleccionista, y sin embargo temían aún más al detective.

No había solución. No había escapatoria.

Cerró los ojos y percibió el regodeo triunfal de los Hombres Huecos.

El abogado Eldritch encendió su ordenador y reanudó la tarea que tenía entre manos: la reconstrucción de sus archivos. En general avanzaba por orden alfabético, pero si un nombre o un detalle posterior acudía a su memoria de improviso, abría un expediente por separado e introducía el nuevo dato. Los archivos físicos habían sido poco más que una ayuda mnemotécnica: tenía grabado en el cerebro todo lo importante.

Le dolían los oídos. Había sufrido una lesión auditiva en la explosión que costó la vida a la mujer y destruyó los expedientes, y ahora debía soportar un continuo y agudo acúfeno. También lo aquejaba un deterioro de los nervios de manos y pies, debido al cual padecía espasmos cuando intentaba dormirse y los dedos se le contraían en forma de garras si escribía o mecanografiaba durante demasiado tiempo. Su estado mejoraba paulatinamente, pero se veía obligado a prescindir de la fisioterapia y de una asistencia médica adecuada, porque el Coleccionista temía que eso atrajera sobre ellos al detective.

«Que venga», pensaba Eldritch en sus peores momentos, cuando yacía despierto en la cama, víctima de sacudidas tan violentas en las piernas que casi sentía que se le desgarraban los músculos, y con los dedos tan agarrotados y doloridos que creía que los huesos iban a romperse y asomar a través de la piel. «Que venga, y acabemos de una vez con esto». Pero de algún modo conseguía dormir unas horas para ir tirando, y cada día intentaba convencerse de que percibía una disminución en su sufrimiento: que pasaba más tiempo entre los espasmos que le daban en las piernas, como un niño contando los segundos entre trueno y trueno para creer que la tormenta se aleja y así tranquilizarse; que controlaba un poco más los dedos de las manos y los pies, como un paciente aprendiendo a usar un nuevo miembro trasplantado; que había una mínima reducción en la intensidad del ruido en los oídos, y conservaba la esperanza

de mantener a raya la locura.

El Coleccionista había creado varias cuentas de correo electrónico para Eldritch, con verificación en cinco pasos y prohibición a todo acceso exterior. No se permitía ninguna comunicación telefónica —eso era demasiado fácil de rastrear—, pero el abogado conservaba a sus informadores, y era importante que se mantuviera en contacto con ellos. Ahora Eldritch abrió la primera cuenta. Sólo tenía un mensaje. En la casilla del asunto rezaba POR SI NO HA VISTO ESTO; había llegado hacía sólo una hora. El mensaje contenía un enlace a una noticia.

Eldritch cortó y pegó el enlace antes de abrirlo. Lo llevó al Centro Informativo del Canal 6 de la NBC, emitido desde Portland, Maine. Vio la noticia en silencio, reproduciéndola íntegramente antes de llamar al hombre de la habitación contigua.

—Ven —dijo Eldritch—. Tienes que ver esto.

Al cabo de un momento el Coleccionista apareció junto a su hombro.

—¿Qué es? —preguntó.

Eldritch reprodujo la noticia por segunda vez.

—La respuesta a nuestros problemas.

Garrison Pryor iba de camino a la mesa de VIPS en el L'Espalier de Boylston Street cuando sonó su teléfono móvil personal, el que cambiaba cada semana y del que sólo unas cuantas personas tenían el número. Se sorprendió sobremanera al ver el nombre en el identificador de llamada. Pryor pulsó de inmediato el botón verde de respuesta.

—¿Sí? —dijo.

No habría preámbulos de cortesía. Al Patrocinador Principal no le gustaba alargar las conversaciones en líneas no seguras.

—¿Ha visto las noticias?

—No, he ido de reunión en reunión todo el día, y ahora he quedado con unos clientes para una cena tardía.

—¿Su teléfono tiene acceso a Internet?

—Claro.

—Busque el Canal Seis de Portland y llámeme cuando lo haya visto.

Pryor no discutió ni puso objeción alguna. Llegaba tarde a la cena, pero eso ya daba igual. El Patrocinador Principal no hacía esas llamadas a la ligera.

Pryor colgó, y encontró un lugar donde apoyarse en la pared junto a la boca de metro de Copley. No tardó en dar con la noticia a la que se refería el Patrocinador Principal. Accedió a la página web del *Portland Press Herald*, por si daba más detalles, pero no encontró nada.

Esperó un momento, puso en orden sus pensamientos y telefoneó al Patrocinador Principal.

—¿Está usted en casa?

—Sí.

—Pero ¿puede hablar?

—De momento. ¿Ha sido uno de los nuestros?

—No.

—¿Seguro?

—Totalmente. Nadie habría dado un paso así sin consultármelo antes, y yo no lo habría autorizado. Ya estaba decidido: debíamos esperar.

—Asegúrese de que no estamos involucrados.

—Lo haré, pero no me cabe la menor duda. A ese hombre no le faltan enemigos.

—Tampoco a nosotros. Si se nos relaciona mínimamente con esto, todos padeceremos las consecuencias.

—Haré correr la voz. No habrá más actividad hasta que usted diga lo contrario.

—Y envíe a alguien a Scarborough. Quiero saber qué ha ocurrido exactamente.

—Haré la llamada ahora mismo.

Se produjo un silencio al otro lado de la línea, y luego:

—He oído decir que L'Espalier está muy bien.

—Sí. —Pryor tardó unos segundos en caer en la cuenta de que él no le había

mencionado al Patrocinador Principal dónde cenaba esa noche—. Sí, así es.

—Quizá deba informar a sus clientes de que finalmente no podrá cenar con ellos.

Se cortó la comunicación. Pryor miró el teléfono. Lo tenía desde hacía sólo dos días. Retiró la batería, la limpió con los guantes y la tiró a la basura. Sin dejar de caminar, rompió la tarjeta SIM y echó los trozos a una cloaca. Cruzó Boylston, en dirección a Newbury. Se adentró en las sombras de Public Alley 440, dejó el teléfono en el suelo y empezó a triturarlo con el tacón, cada vez con más fuerza, hasta que al final pisoteó furiosamente los fragmentos de plástico y circuitos, lanzando juramentos. Dos transeúntes lo miraron de soslayo al pasar por Exeter, pero no se detuvieron.

Pryor apoyó la frente en la pared del edificio más cercano y cerró los ojos.

Consecuencias: eso era un eufemismo. Si alguien había atentado contra la vida del detective sin autorización, las cosas podían complicarse de manera ilimitada.

En un apartamento de Brooklyn, el rabino Epstein, sentado ante la pantalla de su ordenador, miraba y escuchaba.

Había sido un largo día de conversaciones, discusiones y algo parecido a un lento avance, en el supuesto de que uno adoptara una perspectiva tectónica de tales asuntos. Epstein, junto con otros dos rabinos moderados, intentaba forjar compromisos entre las autoridades de Brooklyn y los hasidim locales sobre una serie de cuestiones, entre ellas la separación de los sexos en los autobuses urbanos y las objeciones religiosas al uso de bicicletas, en general con poco éxito. Ese día, como castigo por sus pecados, Epstein se había visto obligado a explicar el concepto de *metzitzah b'peh* —la práctica de la succión oral de la herida de un bebé circuncidado— a un concejal incrédulo.

«Pero ¿por qué alguien iba a querer hacer una cosa así?», preguntaba una y otra vez el concejal. «¿Por qué?»

Y Epstein, en realidad, para ser sincero, no tenía respuesta a eso, o al menos no una respuesta que fuera a satisfacer al concejal.

Entretanto, algunos de los hasidim más jóvenes no parecían sentir mucho más aprecio por Epstein que por los *goyim*. Incluso oyó a uno de ellos llamarlo a sus espaldas *alter kocker* —«viejo carcamal»—, pero él no reaccionó. Sus mayores entendían mejor las cosas y, como mínimo, reconocían que Epstein procuraba ayudar actuando como intermediario, intentando llegar a un arreglo con el que pudieran convivir los hasidim y el ayuntamiento. Con todo, si de los hasidim dependiera, levantarían un muro para separar Williamsburg del resto de Brooklyn, aunque para eso probablemente tendrían que enfrentarse a los *hipsters*. No contribuía a mejorar la situación el hecho de que ciertos cargos municipales compararan en público a los hasidim con la mafia. A veces todo eso bastaba para que un hombre razonable se planteara abandonar tanto su fe como su ciudad. Pero en hebreo existía un dicho:

«Sobrevivimos a los faraones. Sobreviviremos también a esto». Expresado en forma de chiste, ese era el tema de todas las festividades judías: «Intentaron matarnos, fallaron, ¡así que comamos!».

Con eso en mente, estaba famélico cuando llegó a casa, pero ahora toda idea de comer había desaparecido. A su lado se hallaba una joven vestida de negro. Se llamaba Liat. Era sordomuda, así que no oyó la noticia, pero sí leyó los labios del locutor cuando apareció en la pantalla. Se fijó en las imágenes de los coches de policía y la casa, y la fotografía del detective que utilizaban todos los informativos. No era un retrato reciente. Ahora se lo veía mayor. Recordó su cara mientras hacían el amor, y la sensación de su maltrecho cuerpo contra el de ella.

Tantas cicatrices, tantas heridas, unas visibles y otras ocultas.

Epstein le tocó el brazo. Ella lo miró a la cara para verlo mover los labios.

—Ve allí —dijo él—. Averigua lo que puedas. Yo empezaré a hacer indagaciones aquí.

Ella asintió y se marchó.

Extrañado, Epstein pensó que nunca la había visto llorar.

Fue Bryan Joblin quien les dio la noticia a la vez que salía por la puerta a todo correr. Su marcha en ese preciso momento, dejándolos allí solos, pareció providencial. Harry y Erin estaban cada vez más crispados por la permanente presencia de Joblin en sus vidas; él, en cambio, se había acomodado alegremente a su función de vigilante, huésped, invitado y, en algún momento, cómplice de un delito aún por cometer. Seguía presionando a Harry para que buscara una chica, como si Harry necesitara que se lo recordaran. La propia Hayley Conyer se había pasado por la casa esa mañana mientras recogían la mesa después del desayuno y había dejado muy claro a los Dixon que se les acababa el tiempo.

—Pronto las cosas van a empezar a acelerarse —anunció Conyer, de pie en el umbral de la puerta, como si fuese reacia a pisar siquiera una vez más su ruinoso casa—. Muchos de nuestros problemas están a punto de desaparecer, y podremos concentrarnos de nuevo en las tareas importantes.

Se inclinó hacia los Dixon, y Harry percibió su aliento caliente y el hedor acre que siempre relacionaba con su madre agonizante, la pestilencia generada por los engranajes internos del organismo ya medio atrofiados.

—Deberíais saber que en Prosperous hay gente que os echa la culpa por lo que les ocurrió a nuestros jóvenes en Afganistán, y también por lo de Valerie Gillson y Ben Pearson —continuó—. Creen que si no hubierais dejado ir a la chica... —esperó a que flotaran por un momento en el aire las distintas interpretaciones posibles de esa oración condicional—, cuatro de los nuestros quizás aún vivirían. Tenéis que esmeraros mucho para compensar vuestros fallos. Os concedo tres días. Para entonces, más os vale que me entreguéis a una sustituta.

Pero Harry sabía que pasados esos tres días ya no estarían en el pueblo, y si aún estaban, posiblemente sería su final. Lo tenían ya todo listo para huir. Si Bryan Joblin no los hubiera dejado a solas justo después de lo ocurrido, quizás habrían esperado un día más, sólo por asegurarse de que no dejaban ningún cabo suelto antes de su fuga. Tomaron, pues, la noticia como una señal: había llegado la hora. Mientras observaban alejarse a Joblin en su coche, sus palabras resonaban aún en el aire: «Hemos liquidado al detective. En los noticiarios no hablan de otra cosa. Ese hijo de puta se ha ido al otro mundo. Se ha ido».

Y veinte minutos después de marcharse Joblin, los Dixon habían abandonado Prosperous.

Harry hizo la llamada de camino a Medway. El concesionario cerraba casi todas las tardes a las seis, pero Harry tenía su número de móvil y sabía que vivía a un par de manzanas de la tienda. Le había anunciado que, según y cómo, tal vez tuviera que irse del estado casi sin previo aviso. Le había salido con el cuento de que su madre

estaba enferma, a sabiendas de que al concesionario tanto se le daba que su madre fuera María la Tifosa con tal de que Harry le dejara el coche trocado y pagara el resto a tocateja. Así las cosas, media hora después de partir de Prosperous, los Dixon salían del aparcamiento del concesionario con un minibús GMC, un Savana, con más de ciento cincuenta mil kilómetros a cuestas. Sólo se detuvieron un momento en las afueras de Medway para telefonar a Magnus y Dianne y avisarlos de que iban de camino. El minibús era feísimo, pero podían dormir dentro si se terciaba, y a saber cuántos días pasarían en la carretera, o hasta dónde tendrían que viajar. No podían quedarse en casa de los cuñados de Harry durante mucho tiempo. Incluso una sola noche implicaba cierto riesgo. De hecho, cuanto más se acercaba a casa de Magnus y Dianne, más pensaba que quizás Erin y él no debían siquiera pernoctar allí. Tal vez fuera más sensato limitarse a coger sus cosas, convenir algún medio para mantenerse en contacto y luego buscar un motel donde pasar la noche. Cuanta mayor distancia pusieran entre ellos y Prosperous, tanto mejor. Expresó sus preocupaciones a Erin, y le sorprendió que ella accediera sin discutir. Lo único que lamentaba, por lo que él veía, era que no habían conseguido matar a Bryan Joblin antes de abandonar el pueblo. Acaso lo dijera en broma, pero Harry, por alguna razón, lo dudaba.

Estacionaron en el camino de acceso de la casa. Dentro las luces estaban encendidas, y Harry vio a Magnus en el salón, ante el televisor, con las cortinas descorridas. Su cuñado se puso en pie al oír el motor. Los saludó desde la ventana. Mientras se apeaban del minibús Magnus abrió la puerta de la calle.

—Pasad —dijo—. Hemos estado muy preocupados desde que habéis llamado.

—¿Dónde está Dianne? —preguntó Erin.

—En el baño. Enseguida baja. —Magnus se hizo a un lado para dejar entrar a Harry y Erin—. Dadme los abrigos.

—No vamos a quedarnos a dormir aquí —informó Harry.

—No es eso lo que nos habías dicho.

—Ya lo sé, pero creo que será mejor que sigamos viaje. Van a salir a buscarnos en cuanto se den cuenta de que nos hemos ido, y no tardarán en descubrir la conexión con Dianne y contigo. Debemos poner tierra de por medio. No puedo explicarte por qué. El caso es que tenemos que alejarnos de Prosperous.

Magnus cerró la puerta. Aun así, Harry notó una corriente de aire en la cara. Procedía de la cocina. Una ráfaga de viento atravesó la casa y abrió la puerta del comedor, a su izquierda. Dentro vieron a Dianne, sentada a oscuras junto a la mesa.

—Creía que estabas... —dijo Erin, pero no pasó de ahí.

Bryan Joblin, sentado frente a Dianne, empuñaba un arma en la mano derecha, dirigida más o menos hacia su pecho. Detrás de él se hallaba Calder Ayton. También él sostenía un arma, pero la suya apuntaba a la cabeza de la hija de Dianne, Kayley.

Harry deslizó la mano lentamente hacia el arma guardada en el bolsillo de su chaqueta, y en ese momento el jefe Morland salió del salón. Apoyó una mano en el brazo de Harry.

—No lo hagas —dijo Morland, en un tono casi amable.

Harry vaciló por un instante y dejó caer la mano a un costado. Morland buscó en su bolsillo y extrajo el revólver Smith & Wesson.

—¿Tienes licencia para esto? —preguntó.

Harry no contestó.

—Ya me lo imaginaba —añadió Morland.

Levantó el arma y la acercó a la nuca de Erin. Apretó el gatillo y las paredes de color crema de la casa se tiñeron de carmesí. Mientras Harry intentaba aún asimilar la imagen del cuerpo de su mujer desplomándose en el suelo, Morland disparó a Magnus en el pecho; luego avanzó tres pasos y mató a Dianne de un solo balazo justo por debajo del caballete de la nariz.

Fueron los gritos de Kayley los que devolvieron a Harry a la realidad, pero para entonces ya era demasiado tarde. Morland barrió los pies de Harry de una patada, y este cayó desmadejado al suelo junto a su mujer muerta. La miró fijamente. Erin tenía los ojos cerrados, el rostro contraído en una última mueca de sorpresa. Harry se preguntó si habría sentido mucho dolor. Esperaba que no. La quería. La quería mucho.

De pronto notó el peso de Morland sobre su espalda. Harry olió el cañón del arma cuando le rozó la cara.

—Hazlo —dijo Harry—. Hazlo ya.

Pero el arma desapareció, y esposaron a Harry con las manos a la espalda. Kayley había dejado de gritar y ahora sollozaba. Pero era un llanto ahogado, como si alguien le hubiera tapado la boca con la mano.

—¿Por qué? —preguntó Harry.

—Porque no puede haber un homicidio múltiple sin un asesino —explicó Morland.

Puso a Harry en pie. Harry lo miró con ojos vidriosos. El semblante de Morland era una máscara de pura desolación.

Calder Ayton y Bryan Joblin abandonaron el salón por la otra salida llevándose a Kayley entre los dos. Atravesaron la cocina hasta la puerta de atrás. Poco después Harry oyó cerrarse el maletero de un coche, y a continuación el vehículo se alejó.

—¿Qué va a pasarle a ella? —preguntó.

—Seguro que ya lo sabes —contestó Morland—. Se os dijo que encontrarais a una chica. Parece que al final habéis cumplido con vuestra obligación.

Bryan Joblin volvió a entrar en la cocina. Sonrió a Harry mientras se acercaba a él.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Harry.

—Bryan y tú vais a dar un paseo. Yo me reuniré con vosotros en cuanto pueda.

Morland se volvió para marcharse, pero de pronto se detuvo.

—Dime, Harry, ¿la chica se escapó realmente o la dejasteis ir?

Qué más daba ya, pensó Harry. La chica había muerto de todos modos, y pronto

él se reuniría con ella.

—La dejamos ir.

Al usar el plural, miró a Erin y no vio la expresión que asomó al rostro de Morland. Contenía un amago de admiración.

Harry tenía la impresión de que debía llorar, pero no le salieron las lágrimas. En todo caso ya era demasiado tarde para el llanto, y no serviría de nada.

—Siento mucho que todo haya acabado así —dijo Morland.

—Vete al infierno, Lucas —repuso Harry.

—Sí —dijo Morland—. Probablemente sea ahí donde acabe.

Pasó un día. Llegó el atardecer. Todo había cambiado, y sin embargo todo seguía igual. Los muertos muertos estaban, y aguardaban a que los moribundos se reunieran con ellos.

En las afueras de Prosperous un enorme cuatro por cuatro se detuvo a un lado de la carretera y dejó salir a uno de sus ocupantes antes de alejarse rápidamente de regreso hacia el este. Ronald Straydeer se echó una mochila a los hombros y, adentrándose en el bosque, se encaminó hacia la iglesia.

El local de obra vista de dos plantas se anunciaba como BLACKTHORN, BOTICARIO, pese a que hacía muchos años que en la tienda no se vendía nada, y el propio Blackthorn llevaba ya tiempo muerto. Durante la mayor parte de su historia había sido el único comercio en Hunts Lane, unas caballerizas de Brooklyn concebidas inicialmente para alojar los caballos de los vecinos ricos de las cercanas calles de Remsen y Joralemon.

El revestimiento exterior de madera era negro; el rótulo situado sobre el escaparate, dorado, y la puerta de la calle estaba siempre cerrada. Las ventanas del piso superior tenían los postigos cerrados, en tanto que el escaparate principal de la planta baja contaba con la protección de una tupida malla metálica. El variopinto material allí expuesto incluía artefactos históricos, una colección de cajas y frascos con los nombres de empresas que ya no existían, algunos ilegibles, y productos con cierta apariencia de pócima milagrosa: Eliminador Mágico del Dolor Dalley, Tonificante Aromático del Doctor Ham, Elixir Nervino del Doctor Miles.

Quizás, en algún punto del pasado, un antecesor del último Blackthorn había considerado oportuno ofrecer esos brebajes a sus clientes, junto con remedios aún más extraños. Una vitrina situada al lado de la puerta contenía paquetes de Mezcla Fumable para el Asma Potter («Puede fumarse en pipa con o sin tabaco corriente») y Cigarrillos para el Tratamiento del Asma Potter, del siglo XIX, junto con polvos Espic y Legras, estos últimos muy apreciados por el escritor francés Marcel Proust, que los utilizaba para combatir el asma y la fiebre del heno. Además de estramonio, un derivado de la planta común *Datura stramonium*, que se consideraba un remedio eficaz para las dificultades respiratorias, dichos productos contenían, en diversas proporciones, potasa y arsénico. Ya caídos en desgracia desde hacía tiempo, se los conmemoraba en la penumbra de Blackthorn, Boticario, entre bebidas de malta para madres en periodo de lactancia, frascos vacíos de clorhidrato de heroína y vino de coca, con extracto de cocaína, así como diversos preparados a base de morfina y opio para la tos, los resfriados y las molestias propias de la dentición infantil.

Para cuando el último Blackthorn entraba en el crepúsculo de su vida —en una tienda que, muy acertadamente, permanecía en penumbra mediante el sensato uso de unas tupidas cortinas para impedir el paso del sol y una actitud ahorrativa respecto a la iluminación eléctrica—, el negocio que llevaba el apellido familiar vendía sólo remedios herbales, y el húmedo interior conservaba aún la prueba de la fe de Blackthorn en la eficacia de las soluciones naturales. En los estantes de caoba había hileras de tarros de cristal con hierbas enmohecidas y reseca y diversos aceites que parecían haber sobrevivido a los años casi sin alteración alguna. Entre los estantes, recargados rótulos enumeraban una sarta de dolencias y las hierbas disponibles para combatir sus síntomas, desde el mal aliento (perejil) y la flatulencia (hinojo y eneldo), hasta las úlceras (sello de oro), el cáncer (arándano, hongo maitake, granada, mora) y

la insuficiencia cardiaca (espino). Todo era polvo e insectos muertos, excepto en el suelo, donde unas pisadas frecuentes habían abierto un estrecho camino a través de los detritos acumulados durante décadas. Este partía de una entrada lateral contigua a la puerta principal, seguía por un pasillo adornado con fotografías de difuntos y pinturas paisajistas de artistas amateurs aquejados de una morbosa fascinación por la obra de los románticos alemanes más depresivos rayana en enfermedad mental, y llegaba a una puerta, la de la tienda propiamente dicha, dividida en cuarterones decorados con gráficas escenas de la pasión de Cristo. Ocultaba el destino final de dicho camino un par de colgaduras de terciopelo negro que aislaban lo que en otro tiempo fue la rebotica de Blackthorn, donde el boticario creaba sus tinturas y polvos.

Ahora, mientras una lluvia fría caía en las calles, motas de luz traspasaban los orificios abiertos por las polillas en las colgaduras y resplandecían como estrellas mientras siluetas invisibles se movían al otro lado. Había anochecido, y en Hunts Lane no había nadie excepto los dos hombres que se hallaban bajo el toldo de una vieja caballeriza, contemplando el escaparate en la acera de enfrente y las vagas señales de vida en el interior.

Habían pasado dos días desde el intento de asesinato.

—Ese hombre me da grima —comentó Angel.

—Le da grima a todo el mundo —confirmó Louis—. Hay muertos que saldrían de la tumba si lo enterraran junto a ellos.

—¿Por qué aquí?

—¿Por qué no?

—Sí, supongo. ¿Cuánto tiempo lleva escondido aquí?

—Un par de semanas, si es verdad lo que he oído.

Encontrar el paradero de aquel individuo le había costado a Louis una suma considerable, junto con un favor que ya no podría volver a reclamar. Le daba igual. Se trataba de un asunto personal.

—Es acogedor, el sitio —comentó Angel—. A lo Dickens. Digamos que le pega. ¿Tienes idea de dónde ha estado durante todos estos años?

—No. Antes tenía por costumbre ir de un lado a otro.

—No le quedaba más remedio. No debe de hacer muchas amistades en su trabajo.

—Seguramente no.

—Al fin y al cabo, tampoco tú las hacías.

—No.

—Excepto yo.

—Sí. En cuanto a eso...

—Anda y que te follen.

—Esa sería la otra opción.

Angel observó el edificio, y el edificio pareció observarlo a él.

—Resulta extraño que haya aparecido por aquí ahora.

—Sí.

—¿Sabes qué ha estado haciendo durante su ausencia?

—Lo que siempre ha hecho: infligir dolor.

—A lo mejor cree que así aliviará parte del suyo.

Louis miró de soslayo a su compañero.

—Te pones muy filosófico en los momentos más inesperados, ¿lo sabías?

—Soy filosófico de nacimiento. Lo que pasa es que no siempre me apetece compartir mis pensamientos con los demás, sólo eso. Es posible que sea un estoico, si entiendo bien lo que eso significa. En todo caso, me gusta la palabra.

—Respecto a lo que decías, ya antes le gustaba infligir dolor, y ver a otros infligirlo, incluso cuando él mismo no sufría.

—Si creyeras en un dios, tal vez dirías que ha recibido un castigo divino.

—El karma.

—Sí, eso también.

Seguía lloviendo.

—Oye —dijo Angel—, hay un agujero en el toldo.

—Sí.

—Es como una metáfora o algo así.

—O sólo un agujero.

—No tienes poesía en el corazón.

—No.

—¿Crees que sabe que estamos aquí?

—Sí lo sabe.

—¿Y?

—Si quieres llamar a la puerta, adelante.

—¿Qué pasará?

—Serás hombre muerto.

—Ya me imaginaba yo que sería algo así. Esperemos, pues.

—Sí.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que abra la puerta.

—¿Y entonces?

—Si intenta matarnos, sabremos que está implicado.

—Y si no intenta matarnos, ¿es que no está implicado?

—No, en ese caso quizá sea más listo de lo que yo pensaba.

—Has dicho que era el hombre más listo que has conocido.

—Exacto.

—Eso no nos augura nada bueno.

—No.

Se oyó un ruido al otro lado del callejón: el sonido de una llave en una cerradura, y el movimiento de un pasador. Angel se desplazó a la derecha, ya pistola en mano. Louis fue a la izquierda, y la oscuridad lo absorbió. Una luz cobró forma lentamente

en el recibidor, visible a través del hemisferio de cristal resquebrajado situado encima de la más pequeña de las dos puertas. Esta se abrió poco a poco, y en el umbral apareció un hombre enorme. Permaneció muy quieto, con las manos ligeramente separadas de los costados. Si Angel y Louis hubiesen querido matarlo, esa habría sido la ocasión perfecta. El mensaje parecía claro: aquel a quien habían ido a ver quería hablar. No habría muertes.

Todavía no.

Angel miró alternativamente los postigos cerrados de las ventanas de la primera planta de la botica y la entrada a Hunts Lane desde Henry Street. Hunts Lane era un callejón sin salida. Si eso era una trampa, no tenían escapatoria. Había expresado sus dudas a Louis acerca del modo de acceso, preguntándose en voz alta si no sería mejor que uno de ellos se quedara en la calle y el otro entrara en el callejón, pero Louis se había opuesto aduciendo: «Él ya sabe que venimos. Es el último». «¿Eso qué significa?», había preguntado Angel, y Louis había contestado: «Que si es una trampa, la activará mucho antes del callejón. Estaremos muertos en cuanto pisemos Brooklyn. Sencillamente no lo sabremos hasta que caiga la cuchilla».

A Angel nada de eso le resultó muy tranquilizador. Sólo había visto a ese hombre una vez, cuando pretendía reclutar a Louis —y por extensión a Angel— para llevar a cabo sus propios propósitos. El recuerdo de ese encuentro nunca se le había borrado de la memoria. Después, Angel se había sentido envenenado por ese contacto, como si al respirar el mismo aire que ese hombre, hubiera contaminado para siempre su organismo.

Louis reapareció. Con la pistola en alto, apuntaba a la silueta encuadrada por la puerta. El hombre dio un paso al frente, y se encendió sobre su cabeza una luz activada por el movimiento. Era ciertamente descomunal, su cabeza semejaba un monumento funerario sobre los hombros, su pecho y sus brazos tenían una envergadura inverosímil. Angel no reconoció su rostro, y sin duda lo recordaría si hubiera visto antes a semejante monstruo. No tenía un solo pelo en el cráneo, un sinfín de cicatrices le surcaba el cuero cabelludo, y sus ojos eran muy claros y redondos, como huevos pasados por agua incrustados en la cara. Era de una fealdad extraordinaria, como si Dios hubiese creado al ser humano más horrendo posible y luego le hubiera dado un puñetazo en la cara.

Lo más chocante de todo era el traje amarillo que vestía. Le confería una extraña apariencia de afectado desenfado, fruto, quizá, de la errónea idea de que acaso su aspecto fuera menos amenazador si lucía colores vivos. Observó cómo se acercaba Louis. A Angel le llamó la atención que el centinela de la puerta no hubiese pestañeado ni una sola vez. Tenía los ojos tan grandes que cualquier parpadeo habría sido evidente, como un batir de alas.

Louis bajó el arma y, simultáneamente, el hombre de la puerta levantó la mano derecha. Mostró a Louis el pequeño frasco de plástico que sostenía y a continuación, sin aguardar la respuesta de Louis, echó la cabeza atrás y se puso unas gotas en los

ojos. Al acabar, salió bajo la lluvia y, en silencio, indicó a Angel y Louis que entraran en la botica, extendiendo la mano derecha como el relaciones públicas del peor club nocturno del mundo.

Angel avanzó a su pesar. Entró en la oscuridad del recibidor detrás de Louis, pero caminando de espaldas, sin apartar la mirada, ni el arma, del gigante incapaz de parpadear, que permanecía en la puerta. Pero este no los siguió al interior. Se quedó bajo la lluvia, con la cara hacia el cielo, y el agua resbaló como lágrimas por sus mejillas.

Angel y Louis siguieron el rastro en el polvo, a la luz de una única lámpara que titilaba en un rincón. El local olía a hierbas marchitas hacía mucho tiempo, tras impregnarse su aroma en las vetas de la madera y en la pintura desconchada de las paredes, pero subyacía un tufo medicinal que se intensificaba conforme se acercaban a las colgaduras que ocultaban la rebotica.

Y por debajo de todo eso se percibía aún otro olor: era el hedor inconfundible de la carne putrefacta.

Louis había enfundado la pistola, y Angel lo imitó. Poco a poco Louis alargó el brazo y apartó las colgaduras, tras las cuales apareció una habitación con un hombre sentado a una mesa iluminada sólo por una lámpara de escritorio con pantalla verde. La lámpara estaba inclinada de tal modo que el hombre quedaba oculto en la sombra, pero, incluso a oscuras, Angel vio que su deformidad era aún mayor que en su anterior encuentro. El individuo alzó la cabeza con dificultad cuando entraron, y habló arrastrando las palabras.

—Bienvenidos —dijo—. Me perdonarán si no les doy la mano.

Tendió la mano derecha, retorcida, hacia la lámpara y mostró unos dedos tan deformes que parecían totalmente inutilizados, reducidos a muñones idénticos al final del brazo. Angel y Louis no se inmutaron; pero Angel, movido por un asomo de compasión, cerró los ojos brevemente. Incluso ante un individuo así, era incapaz de no sentir un mínimo de lástima. Su reacción no pasó inadvertida.

—Ahórremelo —dijo el hombre—. Si me fuera posible deshacerme de esta enfermedad traspasándosela a usted, lo haría sin pensármelo dos veces.

Emitió un gorgoteo, y Angel tardó unos segundos en darse cuenta de que era una risa.

—De hecho —añadió el individuo—, se la traspasaría en cualquier caso, si fuera posible, sólo por el placer de compartirla.

—Señor Cambion —dijo Louis—. Veo que es usted el mismo de siempre.

Con un golpe de muñeca, Cambion desplazó el haz de la lámpara para alumbrarse el rostro estragado.

—Se equivoca: el mismo, no —repuso.

El nombre oficial era enfermedad de Hansen, por el médico noruego Gerhard Armauer Hansen, quien, en 1873, identificó la bacteria que la causaba, pero durante más de cuatro mil años la humanidad la había conocido sencillamente como lepra. Gracias a las terapias multifarmacológicas, las TMF, ahora era curable lo que en otro tiempo se había considerado inmune a todo tratamiento, utilizándose para ello la rifampicina como medicamento base para combatir los dos tipos de lepra, la multibacilar y la paucibacilar. Sin embargo, Cambion era una de las excepciones,

esos pocos desafortunados que no presentaban mejora clínica ni bacteriológica con las TMF. Las razones de ello no estaban claras, pero quienes cuchicheaban a sus espaldas sostenían que, durante las primeras manifestaciones de la enfermedad, fue tratado de manera poco ética con rifampicina como monoterapia, en lugar de combinarla con la dapsona y la clofazimina, y que debido a eso había desarrollado resistencia al fármaco base. El desdichado médico responsable desapareció posteriormente, aunque su familia inmediata no pudo olvidarlo, a lo cual contribuyó la circunstancia de que trozos del médico siguieron llegándoles a intervalos regulares. De hecho, ni siquiera estaba claro si el médico había muerto, ya que las partes del cuerpo remitidas presentaban un aspecto notablemente fresco, aun teniendo en cuenta la mezcla conservante en la que se las envasaba.

Pero, con Cambion, la verdad no abundaba. Incluso su nombre era una invención. En la época medieval, un «cambión» era el vástago mutado de un humano y un demonio. Calibán, el antagonista de Próspero en *La tempestad*, era un cambión, un ser «no dotado de forma humana». Todo lo que podía saberse de Cambion con certeza, confirmado por su presencia en la vieja botica, era que su estado se deterioraba rápidamente. Incluso podría haberse dicho que degeneraba, pero el hecho es que Cambion siempre había sido un degenerado por naturaleza, y su dolencia física acaso podía interpretarse como una manifestación de su corrupción interna. Cambion era rico y carecía de todo principio moral. Había asesinado —a hombres, mujeres, niños—, pero cuando la enfermedad le descompuso la carne, limitando su capacidad de movimiento y privándolo de sensibilidad en las extremidades, pasó de perpetrar homicidios a facilitarlos. Para él, eso siempre había sido un negocio subsidiario muy lucrativo, ya que su reputación atraía a hombres y mujeres que eran como mínimo tan viles como él, pero ahora esa era su actividad central. Cambion era el principal punto de contacto para aquellos que se complacían en combinar el asesinato con la violación y la tortura y aquellos que deseaban fervientemente que sus enemigos sufrieran antes de morir. Se contaba que Cambion, siempre que surgía la ocasión, se recreaba mirando. Su gente —si es que era gente, ya que su humanidad misma estaba en tela de juicio dada su extrema capacidad para la maldad— aceptaba encargos que otros se negaban a asumir, ya fuera por razones de moralidad o de seguridad personal. Pero el sadismo de los suyos era su punto débil. Por eso los servicios de Cambion seguían siendo tan especializados, y por eso él y sus bestias se escondían entre las sombras. Sus actos habían suscitado promesas de castigo que estaban como mínimo a su misma altura.

La última vez que Angel vio a Cambion, hacía más de una década, sus facciones ya presentaban señales de ulceración y lesiones, y ciertos nervios habían empezado a agrandarse, incluido el gran nervio auricular situado debajo de las orejas y el supraorbital en el cráneo. Ahora los estragos de la enfermedad lo habían dejado casi irreconocible. Su ojo izquierdo era poco más que una rendija en la carne, y el derecho lo tenía muy abierto pero turbio. El labio inferior se le había hinchado inmensamente,

con lo que la boca le quedaba abierta. El cartílago nasal se había disuelto y dejado dos orificios en el centro de su rostro separados por una franja de hueso. Unos bultos que parecían tan duros como piedras cubrían el resto de su piel visible.

—¿Qué les parece? —preguntó Cambion, y la saliva brotó de sus labios.

Angel se alegró de no haberse acercado más a la mesa. Después de aquel primer, y último, encuentro con Cambion, había dedicado algún tiempo a informarse sobre la lepra. La mayor parte de lo que sabía, o creía saber, sobre la enfermedad resultó ser pura leyenda, incluida la idea de que el mal se transmitía por contacto. Todavía se investigaban las vías de transmisión, pero al parecer se propagaba esencialmente a través de las secreciones nasales. Angel observó las gotitas de saliva en la mesa de Cambion y se dio cuenta de que contenía la respiración.

—No da la impresión de que esté usted mejorando —comentó Louis.

—Creo que eso es una conjetura sin riesgo de error —dijo Cambion.

—Quizá deba probar... —Louis chasqueó los dedos y se volvió hacia Angel en busca de ayuda—. ¿Cómo se llama esa mierda que tú te pones? Sí, hombre, eso para la sarna.

—Hidrocortisona. Y no es para la sarna. Es para los sarpullidos.

—Sí, eso —dijo Louis. Volvió a dirigir la atención hacia Cambion—. Hidrocortisona. Y esa mierda se le irá en el acto.

—Gracias por el consejo. Lo tendré en cuenta.

—No hay de qué —contestó Louis—. ¿Se lo ha contagiado a ese Bob Esponja que tiene ahí fuera?

Cambion consiguió esbozar una sonrisa.

—Le diré a Edmund cómo lo ha llamado. Seguro que lo encontrará gracioso.

—Para serle sincero, me da igual —dijo Louis.

—Sí, ya me lo imaginaba. En cuanto a su trastorno, se conoce como lagofthalmia, una forma de parálisis facial que afecta al séptimo nervio craneal que controla los orbiculares, los músculos que permiten cerrar los párpados. Eso le impide lubricar debidamente los ojos.

—Hay que ver, vaya par —dijo Louis.

—Me complace pensar que Ed, por estar cerca de mí, ve sus problemas con cierta perspectiva.

—Así sería si contratara usted a un guardaespaldas que estuviera bien de la vista.

—Edmund no es sólo mi guardaespaldas. Es mi enfermero y mi confidente. De hecho —Cambion alzó el brazo derecho, exhibiendo el muñón—, podría decirse que es mi mano derecha. La izquierda, no obstante, sigue teniendo su utilidad.

Mostró la mano izquierda por primera vez. Conservaba tres dedos más el pulgar. En ese momento los tenía en torno a una pistola adaptada, con un gatillo enorme. Apuntaba el cañón más o menos en dirección a Louis.

—Si pretendiéramos matarlo, lo habríamos hecho ya —advirtió Louis.

—Lo mismo digo.

—No es fácil encontrarlo.

—Y sin embargo aquí están. Sabía que acabarían acudiendo a mí en cuanto agotaran los otros cauces de investigación. Han estado armando mucho revuelo en la ciudad, usted y su novio. No debe de haber quedado piedra sin remover.

Era cierto. Horas después del intento de asesinato, Angel y Louis empezaron a indagar, a veces con delicadeza, a veces no tanto. Habían mantenido discretas conversaciones ante tazas de café en restaurantes de lujo, y ante cervezas en las trastiendas de tugurios. Hubo llamadas telefónicas y desmentidos, amenazas y advertencias. Se pusieron en contacto directamente o a través de otros con todo intermediario, todo organizador, todo facilitador que supiera algo acerca de quienes mataban por dinero: Louis quería nombres. Deseaba saber quién había apretado el gatillo y quién había hecho la llamada.

El problema, sospechaba Louis, era que el pistolero —o los pistoleros, porque Louis creía que la combinación utilizada de escopeta y pistola indicaba un trabajo en equipo— no había sido contratado por los cauces habituales. No le cabía duda de que eran profesionales, o al menos había partido de ese supuesto. Aquello no olía a tarea de aficionados, no tratándose de Parker, y la probabilidad de que fueran dos pistoleros reforzaba esa idea. Si se equivocaba, y resultaba que el responsable era un solitario furioso, sería un asunto para la policía y la investigación recaería en ellos. Louis podía llegar antes al pistolero si la información se filtraba, pero ese no era su mundo. En el mundo de Louis, se pagaba a la gente por matar.

Pero los lazos del detective con Louis no eran un secreto, y ninguno de sus conocidos habría aceptado el contrato, ni como agente ni como parte activa. Aun así, creyeron necesario comprobarlo, sólo por si acaso.

También existía la clara posibilidad de que el encargo tuviera que ver con los movimientos de Parker en mundos más oscuros, y, ante esa posibilidad, Louis ya se había puesto en contacto con Epstein, el viejo rabino de Nueva York. Louis le había dejado claro a Epstein que si descubría algo relacionado con el encargo y optaba por no darlo a conocer, se disgustaría seriamente. Entretanto, Epstein había enviado a Maine a su propia guardaespaldas, Liat. Esta llegaba, a juicio de Louis, un poco tarde para la fiesta. Ella y todos los demás.

Una tercera línea de investigación señalaba al Coleccionista, pero Louis había descartado esa hipótesis casi de inmediato. El uso de una escopeta no era propio del Coleccionista, y probablemente este habría ido primero a por Angel y Louis. Louis sospechaba que el Coleccionista quería vivo a Parker, a menos que no hubiera más opción, aunque no entendía por qué, pese a los esfuerzos de Parker para explicarle la situación. Si Louis conseguía acorralar al Coleccionista alguna vez, pensaba pedirle que se lo aclarara, justo antes de pegarle un tiro en la cabeza.

Por último, estaba el caso en el que Parker trabajaba antes del intento de asesinato: una chica desaparecida, un hombre muerto en un sótano y un pueblo llamado Prosperous, pero eso era lo único que Louis sabía. Si alguien de Prosperous

había contratado a un asesino, la cacería volvía a corresponderle a Louis. Encontraría a los pistoleros y los obligaría a hablar.

Y por eso Angel y él se hallaban en ese momento ante Cambion, porque a este le traían sin cuidado Louis, Parker o cualquier otra persona o cosa, y a la vez trataba con individuos a quienes, de puro crueles y depravados, también les traía todo sin cuidado. Aun cuando Cambion no hubiera participado —y eso estaba aún por determinar—, sus contactos se extendían hasta rincones que ni siquiera Louis conocía. Las criaturas que se escondían allí tenían garras y colmillos, y rezumaban veneno.

—Vaya chabola tiene aquí —comentó Louis. Sus ojos empezaban a acostumbrarse a la penumbra. Vio medicamentos modernos en las estanterías detrás de Cambion, y más allá una puerta que daba supuestamente al espacio donde Cambion vivía y dormía. No imaginaba que ese hombre fuera capaz de subir una escalera. Había una silla de ruedas plegada en un rincón y, a su lado, un tazón de plástico, una cuchara y una servilleta. Cambion tenía en la mesa junto a él un tazón de porcelana y una cuchara de plata, y Louis vio otro tazón y otra cuchara parecidos en una mesa auxiliar a su derecha.

Era curioso, pensó Louis: dos personas, pero tres tazones.

—Empezaba a sentir apego por mi nuevo hogar —comentó Cambion—. Pero ahora, me temo, tendré que mudarme otra vez. Una lástima: estos trasiegos me dejan sin fuerzas, y no es fácil encontrar espacios idóneos con un ambiente tan refinado.

—Si es por mí, no hace falta que se marche de aquí a toda prisa —dijo Louis. Ni siquiera se molestó en hacer comentarios sobre el ambiente. Para él, la vieja botica se hallaba a sólo un paso de una sala de embalsamador.

—¿Cómo? ¿Acaso está diciéndome que puedo contar con su discreción, que no dirá una sola palabra acerca de mi paradero? —preguntó Cambion—. Han puesto precio a mi cabeza. La única razón por la que usted ha podido acercarse tanto a mí es porque me consta que rechazó el contrato para liquidarme. Todavía no entiendo por qué.

—Porque pensé que quizá llegara un día como este —respondió Louis.

—¿Un día en el que me necesitara?

—Un día en que tuviera que mirarlo a los ojos para saber si me mentía.

—Pregunte.

—¿Intervino usted?

—No.

Louis permaneció muy quieto mientras escrutaba al hombre en descomposición. Finalmente movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—¿Quién ha sido?

—Nadie de mi círculo.

—¿Está seguro?

—Sí.

Aunque fue un movimiento casi imperceptible, Angel vio que Louis encorvaba los hombros. Cambion era el último intermediario. A partir de ahí la cacería se complicaba mucho.

—Pero he oído un rumor...

Louis se tensó. Empezaba el juego. Con Cambion, siempre había un juego.

—¿Qué rumor?

—¿Qué puede ofrecerme a cambio?

—¿Qué quiere?

—Morir en paz.

—Viéndolo, eso no parece una opción.

—Quiero que el contrato se anule.

—Eso no está en mis manos.

Cambion dejó en la mesa el arma, que había permanecido en su mano durante todo el tiempo, y abrió un cajón. Extrajo un sobre, que deslizó hacia Louis.

—Hablar me cansa —dijo—. Esto debería bastar.

—¿Qué es?

—Una lista de nombres, los peores hombres y mujeres.

—Aquellos a quienes usted ha recurrido.

—Sí, junto con los crímenes de los que son responsables. Quiero comprar la cancelación del contrato con la sangre de esos individuos. Estoy harto de esta persecución. Necesito descansar.

Louis fijó la mirada en el sobre e hizo cábalas. Finalmente lo cogió y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Haré lo que pueda.

—Esos nombres bastarán.

—Sí, creo que sí. Ahora, el rumor.

—Un hombre y una mujer. Casados. Con hijos. Americanos medios perfectos. Tienen un único jefe. Sólo un puñado de encargos. Pero son muy buenos.

—¿Sus motivos?

—No es el dinero. La ideología.

—¿Política?

—Religiosa, si lo que ha llegado a mis oídos es cierto.

—¿Dónde?

—Carolina del Norte, pero es posible que ya no sea así. Eso es lo único que sé.

A sus espaldas apareció Edmund, el gigante vestido de amarillo. Entregó un papel a Louis. En él aparecía escrito un número de teléfono móvil. La reunión había terminado.

—Pronto me marcharé de aquí —anunció Cambion—. Utilice este número para confirmar que el contrato ha quedado sin efecto.

Louis memorizó el número antes de devolverle a Edmund el papel. Este desapareció en los pliegues de la mano del gigante.

—¿Cuánto tiempo le queda? —preguntó a Cambion.

—¿Quién sabe?

—Yo diría que dejar que el contrato siga su curso podría ser un acto de misericordia —comentó Louis cuando Edmund se hizo a un lado para que los dos visitantes pudieran marcharse y se dispuso a acompañarlos a la puerta.

—Puede que usted piense eso —respondió Cambion—. Pero yo aún no estoy preparado para morir.

—Ya —dijo Louis a la vez que se cerraban las colgaduras a sus espaldas—. Eso sí es una pena.

Para Ronald Straydeer, dormir a la intemperie no era una experiencia nueva. Había pernoctado en la selva del Vietnam, en los Grandes Bosques del Norte de Maine y junto a plantaciones de marihuana en la zona alta del estado de Nueva York durante una etapa de malentendidos con ciertos plantadores rivales, que acabó cuando Ronald metió a uno de ellos cabeza abajo en un estrecho hoyo y procedió a llenarlo.

Por consiguiente, Ronald comprendía la necesidad de una buena nutrición y una indumentaria adecuada, sobre todo en lo tocante al frío. Vestía prendas de prolipropileno, no de algodón, en contacto con la piel, porque sabía que el algodón retenía la humedad, y por efecto de la convección el aire frío y la humedad absorbían el calor corporal. Cubría su cabeza un gorro con orejeras, porque cuando se enfría la cabeza, el cuerpo empieza a reducir la circulación en las extremidades. Se movía sin cesar, aunque fuera sólo para desplazar un poco el peso del cuerpo de un pie a otro y estirar mínimamente los brazos y los dedos de manos y pies, generando calor como consecuencia. Había llevado agua más que suficiente, y frutos secos variados, semillas, barras energéticas, cecina y salami, así como un par de raciones de combate MRE —porque a veces un hombre necesitaba una comida caliente, aunque fuera con sabor a pienso para mascotas— y vasos de sopa y café autocalentables. No sabía cuánto tiempo estaría en el bosque, pero había cargado alimento suficiente para cuatro días, o más si consumía frugalmente. Iba armado de un rifle de caza con licencia, un Browning BAR Mark II Stalker ligero de calibre 308. En caso de necesidad, podía declarar que había salido a cazar ardillas o liebres, o incluso coyotes, aunque el Browning no dejaría gran cosa de una alimaña a excepción de trozos de piel y recuerdos.

Había tenido suerte con ese emplazamiento. El bosque en torno a la iglesia en ruinas era una mezcla de árboles caducifolios y de hoja perenne, con predominio de estos últimos. Se instaló en la arboleda más espesa que encontró y cubrió el saco de dormir con ramas. Examinó cuidadosamente los alrededores, pero no entró en el recinto de la iglesia, no por superstición, sino porque, si el Tembleques tenía razón, la iglesia era importante, y la gente tendía a proteger los lugares importantes. Echó un vistazo a la verja y a la reja, y no vio nada que indicara que el recinto contara con dispositivos electrónicos de vigilancia, pero no quería arriesgarse a activar algún posible sensor de movimiento oculto. No se aventuró tampoco a explorar el propio pueblo. Ronald era un hombre imponente y llamativo, y atraía la atención. Quizá tendría pronto la oportunidad de ver bien el pueblo.

Para matar el tiempo, leyó. Llevaba consigo un ejemplar de *Casa desolada* de Charles Dickens, porque recordaba que el detective se lo recomendó una vez. Lo había comprado, pero nunca había encontrado ocasión para leerlo. Ese parecía el momento adecuado.

El Tembleques, al igual que Jude antes que él, tenía la convicción de que

Prosperous estaba podrido, y había medio convencido a Ronald de eso mismo aun antes de que Ronald llegara al pueblo. El Tembleques había acompañado a Ronald por Portland y South Portland cuando este empezó a interrogar discretamente a los sin techo acerca de lo que habían visto en los días anteriores a la muerte de Jude. El Tembleques sabía tranquilizar a la gente. No se mostraba amenazador y en general caía bien. Era un poco, pensó Ronald, como tener un buen perro al lado: un viejo labrador, quizás, un animal cordial y tolerante. Pero eso no se lo dijo al Tembleques. No sabía bien cómo se lo habría tomado.

Pese a sus esfuerzos, no descubrieron nada útil hasta el final de una larga jornada de búsqueda e interrogatorios. El dato procedió de una fuente inesperada: la tal Frannie, la mujer que, como presencié el Tembleques, había discutido con el Lumbreras la mañana en que este lo agredió. En general, el Tembleques eludía a Frannie por su carácter intimidatorio, y porque le evocaba, invariablemente, la imagen de un hombre con la nariz arrancada de un mordisco; a Ronald Straydeer, en cambio, Frannie no lo inquietó en absoluto. Explicó al Tembleques que la conocía desde hacía mucho tiempo, cuando todavía conservaba toda la dentadura.

—¿Es verdad que una vez le mordió la nariz a un hombre y la escupió delante de él? —preguntó el Tembleques. Al fin y al cabo, bien podía ser que Ronald Straydeer lo supiera.

—No —contestó Ronald con solemnidad—. Eso no es verdad.

El Tembleques sintió alivio, pero Ronald no había terminado.

—No la escupió —añadió—. Se la tragó.

El Tembleques sintió náuseas. En la posterior conversación con Frannie utilizó, sin proponérselo, el cuerpo de Ronald como barrera entre él y la mujer. Si ella le había cogido gusto al sabor de la carne masculina, tendría que pasar por encima de Ronald para llegar a él.

Frannie se alegró de ver a Ronald, pero ya no se alegró tanto cuando se enteró de que él ya no trapicheaba. Ensartando tacos, manifestó que Ronald la había decepcionado gravemente. Ronald aceptó su juicio sin rechistar y le dio el nombre de alguien que podía ayudarla a encontrar un poco de hierba, más veinte pavos con los que darse el capricho.

A cambio, Frannie les habló de la pareja que había visto cerca del sótano de Jude.

Frannie tenía poco trato social. Eludía los refugios. Estaba siempre de mal humor, o recién salida de un arrebató de mal genio y a punto de entrar en otro. Nadie le caía bien, ni siquiera Jude. Nunca le había pedido nada, ni él se lo había ofrecido, sabiendo que no le convenía. El Tembleques no entendía por qué se mostraba tan abierta con Ronald Straydeer, ni aun teniendo en cuenta el dinero y el contacto para comprar hierba. Sólo más tarde lo comprendió: Frannie se había sentido halagada por las atenciones de Ronald. Este le habló como hablaría a cualquier mujer. Fue cortés. Sonrió. Le preguntó por una herida en el brazo y le recomendó algo para aliviarla. No hizo nada de esto con afectación: Frannie lo habría calado al instante. Ronald, muy al

contrario, le habló como a la mujer que ella fue en otro tiempo y quizás, en el fondo, todavía se consideraba. ¿Cuánto hacía que nadie la trataba así?, pensó el Tembleques. Décadas, probablemente. Ella no siempre había sido como ahora, y al igual que todos los que acababan en las calles, nunca fue ese el destino que deseó para sí. Mientras Ronald y ella hablaban, el Tembleques vio que se operaba en ella un cambio. Su mirada se suavizó. No era guapa —eso ya nunca volvería a serlo, si es que lo había sido—, pero el Tembleques la vio por primera vez como algo distinto de una persona temible. Mientras charlaba con Ronald, Frannie bajó la guardia, y el Tembleques se dio cuenta de que ella vivía en un estado de miedo permanente, ya que por malo que fuera ser un hombre sin techo, era infinitamente peor ser una mujer sin techo. Eso él siempre lo había comprendido, pero como concepto abstracto, y aplicado en general sólo a las más jóvenes, las adolescentes, que eran más obviamente vulnerables. Había cometido el error de imaginar que para Frannie esa vida podía haberse convertido de algún modo en algo más fácil con el paso de los años, no más difícil, y ahora sabía que se había equivocado.

Así las cosas, Frannie contó a Ronald Straydeer que había pasado por delante del sótano de Jude la noche anterior a su muerte y había visto un coche aparcado en la acera de enfrente. Y como ella siempre estaba desesperada, y nada perdía por intentarlo, golpeó el cristal con la esperanza de que le cayera un dólar.

—Me dieron un billete de cinco —dijo a Ronald—. Cinco pavos. Así, sin más.

—¿Y te pidieron algo a cambio? —preguntó Ronald.

Frannie negó con la cabeza.

—Nada.

—¿No te preguntaron por Jude?

—No.

Porque ya lo sabían, pensó el Tembleques, y no eran tan tontos como para llamar la atención sobornando a una indigente a cambio de información. En lugar de eso le pagaron —lo justo para mostrarse generosos, pero no demasiado generosos—, y ella se marchó, dejándolos allí en espera de que Jude apareciera.

Ronald preguntó a Frannie qué recordaba de ellos. Ella mencionó un coche plateado, matrícula de Massachusetts, pero admitió que quizá se equivocaba sobre la matrícula. La mujer era atractiva, pero a la manera de esas mujeres que, cuando envejecen, se esfuerzan demasiado en mantenerse en forma y acaban con arrugas en el rostro curtido que habrían podido evitarse si se hubieran resignado a tener un poco de carne sobre los huesos. El hombre tenía el pelo ralo y llevaba gafas. Apenas había mirado a Frannie. El dinero se lo dio la mujer, y respondió a las palabras de agradecimiento de Frannie con una breve sonrisa.

La información aportada por Frannie no era gran cosa, pero sí era una pequeña recompensa por sus esfuerzos. Ronald se dispuso a despedirse del Tembleques y volver a casa. Llamaría al detective de camino y le informaría de lo que había descubierto. Pero entonces el Tembleques y él, al pasar por delante de un bar en

Congress, vieron aparecer la cara del detective en la pantalla del televisor. Ronald invitó al Tembleques a una cerveza mientras él se tomaba un refresco, y juntos vieron la noticia. El Tembleques le aseguró que aquello debía de estar relacionado con Jude y su hija. Si era así, también guardaba relación con Prosperous, y si Prosperous estaba implicado, tenía algo que ver con la vieja iglesia, razón por la cual Ronald acabó tumbado en el bosque comiendo MRE y leyendo a Dickens. Aunque el Tembleques se equivocara, al menos así Ronald intentaba hacer algo, pero debía reconocer que el pequeño indigente tenía razón: Prosperous daba mala espina, y la vieja iglesia daba muy mala espina.

Había visto poca actividad desde su llegada. En dos ocasiones un coche patrulla se acercó a la iglesia por el camino, pero ambas veces el policía se limitó a examinar el candado de la verja y realizar una rápida ronda alrededor del cementerio. Ronald se valió de la mira telescópica para leer el nombre del policía: Morland.

El otro único visitante era un cuarentón alto, con entradas en el pelo, que vestía vaqueros, botas de faena y una cazadora marrón de ante. Llegó al cementerio desde el noroeste, por lo que su aparición en el camposanto pilló a Ronald desprevenido. La primera vez Ronald lo observó mientras abría la iglesia y examinaba el interior, aunque no se quedó allí mucho tiempo. Ronald dedujo que era el pastor Warraner. El Tembleques sabía de su existencia por el detective, y también conocía de oídas al jefe de policía, Morland. Tanto Jude como el detective habían tenido roces con los dos, según el Tembleques. Ronald no siguió a Warraner cuando se marchó, pero después encontró un sendero que llevaba desde el camposanto hasta la casa del pastor. Convenía saber de dónde procedía.

El pastor regresó poco antes de ponerse el sol el primer día, esta vez con un rastrillo y una pala, y empezó a despejar de maleza una zona situada a unos quince metros del muro oeste de la iglesia. Ronald lo observó a través de la mira telescópica. Cuando Warraner acabó, se veía en la tierra un hoyo de medio metro de diámetro más o menos. Finalmente, satisfecho al parecer de su trabajo, el pastor se fue y ya no volvió.

Y ahora oscurecía de nuevo, y Ronald se preparaba para pasar otra noche en el bosque cuando llegó el coche. Se aproximó despacio porque no llevaba los faros encendidos, y se detuvo a cierta distancia de la reja del cementerio. Se aparearon dos hombres. Ronald enfocó hacia ellos sus prismáticos de visión nocturna Armasight. Uno era Morland, aunque esta vez no iba de uniforme. El segundo era un viejo espantapájaros con un abrigo largo y un sombrero de fieltro. Permanecieron en silencio mientras Morland abría la verja del cementerio y entraban.

Un segundo coche, una ranchera, se acercó por el camino. Morland y el espantapájaros se detuvieron para verlo llegar. Paró junto al primer vehículo y una anciana se apeó del lado del conductor. Otros dos hombres salieron del asiento trasero, aunque uno de ellos necesitó la ayuda de su acompañante y de la mujer. Llevaba una pequeña botella de oxígeno sujeta a la espalda y una mascarilla le cubría

la boca. Apoyándose en los otros, entró en el camposanto.

Poco después, desde el noroeste, llegó el pastor, pero no estaba solo. Lo acompañaba una chica de dieciocho o diecinueve años. Vestía un chaquetón enguatado encima de lo que parecía un camisón y calzaba unas zapatillas deportivas con los cordones desatados. Tenía las manos inmovilizadas a la espalda y la boca tapada con esparadrapo. A su derecha la custodiaba otro hombre, unos diez años mayor que el pastor. Sujetándola del brazo derecho por encima del codo, la guiaba para que no tropezara con las viejas lápidas a la vez que susurraba y sonreía. La chica no forcejeaba ni intentaba huir. Ronald se preguntó si no estaría drogada, porque tenía los párpados un poco caídos y arrastraba los pies.

La llevaron al lugar que Warraner había limpiado de maleza el día anterior junto a la fachada occidental de la iglesia. Ronald se planteó acercarse, pero prefirió no arriesgarse por miedo a hacer ruido y alertar al grupo. Se conformó con cambiar un poco de posición para ver con mayor claridad qué ocurría. Era una noche tranquila y silenciosa, y si aguzaba el oído, alcanzaba a distinguir las voces de aquellas personas. Oyó que Warraner le decía a la chica que se relajara, que casi habían terminado. El hombre que la sujetaba del brazo la ayudó a arrodillarse, y los demás formaron un semicírculo en torno a ella, casi tapándola. Apareció un cuchillo, y Ronald contuvo la respiración. Dejó los prismáticos y miró a través de la mira telescópica de visión nocturna de su rifle. No era tan potente, y no le proporcionaba una visión tan amplia de la escena, pero si alguien intentaba usar el cuchillo con la chica, fuera policía o no, se proponía impedirselo antes de que el metal tocara su piel. El Browning era autocargable, lo que le proporcionaba cuatro disparos consecutivos sin interrupción.

Pero el cuchillo sirvió sólo para cortar las ataduras que inmovilizaban las manos de la chica. Ronald observó cómo le caían estas a los costados, y a continuación el hombre que la había ayudado le quitó el chaquetón, dejándola sin más abrigo contra el frío que el camisón. A través de la mira, la chica parecía un pálido fantasma en el camposanto. Ronald fijó la mira en el hombre del cuchillo y esperó, casi rozando el gatillo del rifle, pero el cuchillo desapareció, y ningún otro de los presentes iba armado.

Se apartaron de la chica, limitando la visibilidad de Ronald. Pero aún podía ver el camisón, blanco en contraste con la oscuridad. Desplazó la mira de espalda en espalda, atento a cualquier movimiento, en espera de que alguien sacara un arma, de que avanzara hacia la chica, pero nadie hizo nada. Parecían estar aguardando.

Ronald volvió a dirigir la mira hacia la imagen parcial de la chica y advirtió que un dedo de sombra se deslizaba por la blancura del camisón, como si de pronto la luna hubiese iluminado una rama por encima de ella.

Pero no había cerca ninguna rama, ni luna.

Apareció una segunda sombra, y una tercera, como grietas en el hielo. Se produjo una repentina agitación, el blanco se desdibujó y se oyó un crujido sordo, como si se hubiera partido un hueso. Los circunstantes se juntaron, y por un momento la chica

quedó totalmente oculta a Ronald.

Cuando volvieron a separarse, la chica había desaparecido.

Ronald apartó el ojo del visor y parpadeó. No era posible. Recorrió el suelo con la mirada, pero no había el menor rastro de la chica del camisón blanco. Aun cuando de algún modo la hubiesen despojado de esa prenda, su cuerpo desnudo seguiría visible en el suelo, pero Ronald no veía nada.

El grupo ya se dispersaba. Warraner se encaminó hacia su casa, mientras que el hombre que había llegado con él acompañó a los otros cuando volvieron a sus coches. Al cabo de unos minutos, la verja estaba otra vez cerrada y los vehículos regresaban a la autovía por el camino, aún sin encender los faros.

Ronald aguardó quince minutos, y después fue al cementerio. Saltó la reja, indiferente a posibles sensores ocultos, y se acercó al lugar donde había visto a la chica por última vez. Se arrodilló y notó la tierra seca y removida. Había terrones sueltos y una huella en el suelo, como si hubieran arrastrado algo brevemente por encima. Terminaba allí donde estaba antes el hoyo, que ahora se había hundido y en su lugar quedaba una ligera depresión.

Ronald dejó el rifle a un lado y empezó a escarbar con las manos. Cavó hasta que se le rompió una uña, pero no encontró la menor señal de la chica, sino sólo tierra y gruesas raíces, aunque no sabía cuál era el origen de estas, porque en el cementerio no crecía ningún árbol. Con la respiración agitada, se sentó en el suelo. Por encima de él se cernía la vieja iglesia.

Captó su atención un fragmento de algo claro en la tierra. Vio un trozo de tela de color claro, de unos tres centímetros cuadrados, prendido de una piedra pequeña. Ronald lo sostuvo entre el pulgar y el índice.

«No estoy loco», pensó. «No estoy loco».

Cogió el rifle y, empujando la tierra con las botas, intentó ocultar las marcas que había dejado al escarbar. Convencido por fin de que había hecho cuanto podía, regresó a su escondite, recogió sus pertenencias y se preparó para marcharse. Se aseguró de que no se dejaba allí ningún objeto ni basura, aunque, meticuloso como era, eso resultaba poco probable. Así y todo, siempre valía la pena cerciorarse. Cuando terminó, se puso en marcha. No eran aún las once de la noche. Caminando con cautela, llegó poco antes de las doce a la localidad de Dearden, y en las afueras se acurrucó cómodamente al pie de un árbol. Telefonó a un único número en el camino de vuelta, pero no era el 911. Tomó una taza de café para calentarse, pero eso no mitigó sus temblores, y para cuando llegó la furgoneta, le dolía todo el cuerpo. Los hermanos Fulci lo ayudaron a subir y lo llevaron de regreso a Scarborough.

Angel y Louis habían aparcado cerca del cruce de Amity con Henry, a unas cuatro manzanas al sur de Hunts Lane. Hablaban mientras caminaban bajo la lluvia con la cabeza gacha.

—¿Y? —preguntó Angel.

—No nos cuenta todo lo que sabe —contestó Louis.

—Pero ¿te crees lo que nos ha contado?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque sale beneficiado guardándose información, pero no mintiendo, y estamos ante un hombre cuya única motivación es el beneficio. Él no fue quien medió en el encargo, pero tiene información sobre el responsable que no nos ha dado.

—¿Eso lo has sabido sólo con mirarlo a los ojos?

—Entiendo bien a ese individuo. Y sé que me tiene miedo.

—Ese no es un club muy exclusivo.

—No, pero no todos sus miembros tienen los recursos necesarios para actuar contra un amigo mío. Cambion sí los tiene, pero no es tonto, y sabe que si participara en algo así tendría que liquidarme a mí también, y eso no ha ocurrido.

—De donde se desprende que los pistoleros o bien no conocían tu existencia, o les daba igual.

—Y tú sabes de sobra que no puede ser lo último.

—No, claro, Dios nos libre. Si fuera así, ya no encontrarías motivos para vivir.

—Exacto.

—¿Y qué oculta Cambion sobre los pistoleros?

—Los nombres. Cambion no comercia con rumores. Es posible que se hayan cruzado en su camino alguna vez. Puede que incluso haya intentado reclutarlos.

—Y, al igual que tú, se negaron.

—Pero, a diferencia de mí, da la impresión de que son fanáticos religiosos.

—Cierto. Nadie podría acusarte jamás de cruzar las puertas de una iglesia, no a menos que planearas pegarle un tiro a alguien desde las sombras. Cambion espera, pues, que consigas la anulación del contrato, ¿y entonces te dará más información?

—Eso parece, en teoría.

—¿Puedes conseguirlo? ¿Puedes cancelar el contrato?

—No. La cosa ha ido demasiado lejos. Hay mucha gente interesada en ver muerto a Cambion, ya sea por lo que ha hecho, o por lo que sabe.

—Pero si Cambion es tan listo como tú dices, debe de ser consciente de eso.

—Seguramente.

—Entonces, ¿en qué consiste el juego?

—Pretende comprar tiempo. Como te he dicho, su motivación es el beneficio. Creo que sabe exactamente a quién buscamos, y ahora mismo está intentando

averiguar si las personas enviadas a por Parker son más peligrosas que yo. Si lo son, puede venderme a ellos a cambio de lo que sea que necesita: dinero, un escondite o, muy probablemente, las cabezas de algunos de aquellos que lo persiguen. Si Cambion llega a la conclusión de que los pistoleros no dan la talla para eliminarme, nos los pondrá en bandeja, pero esperará a que tengamos algo más que ofrecerle. Dudo que haya mentido al decir que quería vivir el resto de sus días en paz. Busca una garantía de protección, pero sabe que yo solo no puedo concederle eso.

Angel reflexionó al respecto.

—Los federales —dijo al cabo de un rato—. Quiere esconderse tras una cortina oficial.

—Los federales —confirmó Louis.

—Pero nosotros sólo conocemos a un federal.

—Efectivamente.

—Y no le caemos bien.

—No, pero juraría que ahora mismo está muy interesado en nosotros.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque sospecho que es quien viene siguiéndonos las dos últimas manzanas.

—¿El Ford azul grande? Yo mismo me lo venía preguntando. A lo mejor se cree que pasa inadvertido.

—No creo que eso le preocupe.

Louis se plantó en la calzada ante el coche que avanzaba lentamente, se llevó los dedos a los labios y emitió un penetrante silbido a la vez que el vehículo frenaba a menos de un metro de él.

—¡Taxi! —exclamó Louis.

A través del limpiaparabrisas y la lluvia, el agente especial Ross, del FBI, lo miró con una mueca. Movié los labios mudamente mientras Angel se reunía con Louis. Angel ahuecó una mano en torno al oído.

—Perdone, hijo de... ¿qué? —dijo Angel.

La segunda vez Ross repitió la palabra a voz en cuello, por si las dudas.

Se sentaron en el Henry Public, un bar situado en el 329 de Henry Street. Los tres pidieron Brooklyn Brown Ale. Parecía lo más apropiado, habida cuenta del vecindario. Debido a la hora, estaban prácticamente solos en el local.

—Yo invito —se ofreció Ross cuando les sirvieron las cervezas en la mesa—. Ya bastante grave es estar aquí sentado con ustedes. No quiero que me acusen también de corrupción.

—Eh, ¿no fue así como pescaron a ese federal de Boston, aquel que estaba a partir un piñón con Whitey Bulger? —preguntó Angel—. Está uno disfrutando de una copa en compañía de unos amigos en South Boston, y de pronto se ve en la cárcel condenado a cuarenta años.

—Para empezar, nosotros no somos amigos —aclaró Ross.

—Eso sí que hiere mis sentimientos —dijo Angel—. ¿Y ahora cómo voy a hacer para que me retiren las infracciones de aparcamiento?

—De eso se ocupa el puto Departamento de Policía de Nueva York, zoquete —repuso Ross.

—Ah, es verdad —dijo Angel. Tomó un sorbo de cerveza—. Pero ¿y si me multan en Washington?

—Pues se jode.

—Oiga, dice usted más tacos que los federales que salen en la tele.

—Sólo digo tacos en situaciones de estrés.

—Debe de estar en situaciones de estrés a menudo.

Ross se volvió hacia Louis.

—¿Siempre es así? —preguntó Ross.

—Casi siempre.

—Nunca imaginé que diría una cosa así, pero debe de ser usted un puto santo.

—Eso mismo creo yo —coincidió Louis—. Aunque la verdad es que él también tiene sus utilidades.

—No quiero ni saberlo —dijo Ross.

Tomó un largo trago de la botella.

—¿Han ido a verlo?

—¿A Parker? —preguntó Louis.

—No, al nuevo Papa. ¿A quién coño va a ser?

Angel y Louis cruzaron una mirada. Angel quería ir a Maine, pero Louis se había opuesto. Consideraba que podían ser más útiles para Parker en Nueva York. Tenía razón, desde luego; aun así, eso le causaba malestar a Angel. Sentía un profundo aprecio por el detective. Si Parker no salía con vida, Angel quería despedirse de él antes.

—No —contestó Louis—. Dicen que está muriéndose.

—Eso he oído.

—¿Es verdad?

—Parker es como un gato: tiene siete vidas. Sólo que no sé cuántas ha agotado ya.

Los tres se quedaron pensativos mientras bebían.

—¿Qué quiere, agente Ross? —preguntó Louis.

—Según tengo entendido, están ustedes poniendo la ciudad patas arriba para encontrar al responsable. Querría saber hasta dónde han llegado.

—¿Pretende intercambiar información? —inquirió Louis—. Si es así, va a llevarse una gran decepción.

—Sé a quién han ido a ver en Hunts Lane —afirmó Ross.

Se advirtió un leve pestañeo en el ojo izquierdo de Louis. En él, eso era una manifestación de extrema sorpresa, el equivalente al desmayo en otra persona. Ross

lo percibió.

—Joder, ¿tan ineficientes nos cree? —dijo.

—¿Es una pregunta retórica?

—¿Quiere ver mi expediente sobre usted?

Louis lo dejó correr.

—¿Cuánto tiempo lleva vigilándolo? —preguntó Angel.

—Desde que volvió a la ciudad —respondió Ross—. ¿Qué aspecto tiene? No hemos conseguido tomarle una buena foto. En las últimas, no ofrecía muy buena pinta.

—Probablemente aún le cuesta un poco encontrar novia —respondió Angel.

—¿Está involucrado? —dijo Ross. Los observó a los dos y esperó. Tenía mucha paciencia. Pasó un minuto largo, pero no pareció inmutarse.

—No —contestó Louis por fin—. O no directamente.

—¿Tiene intención de detenerlo? —preguntó Angel.

—Sólo disponemos de habladurías. Aunque nos ha llegado el rumor de que hay una recompensa para quien le dé el pasaporte. —Volvió a posar la mirada en Louis—. He pensado que a lo mejor usted quería embolsarse un dinero.

—Se equivoca de hombre —repuso Louis.

—No me cabe duda.

—¿Ha estado escuchando?

—Quién pudiera. No ha salido de esa vieja tienda desde que se instaló allí. No hay teléfono fijo. Utiliza móviles desechables. Lleva a cabo todos sus negocios lejos de las ventanas, y por tanto nos es imposible captar vibraciones, y más aún con todas esas cortinas.

—¿Y? —dijo Louis.

—Por lo que se ve, ha estado abordando a gente de manera informal, con la intención de que se anule el contrato. ¿Es eso verdad?

Nuevamente, Louis aguardó un rato antes de contestar. Angel permaneció en silencio. Si eso iba a ser un trueque, correspondía a Louis decidir cuánto dar y qué quería a cambio.

—Es verdad —contestó Louis—. ¿Está pensando en ofrecerle un trato?

—Según tenemos entendido, guarda muchos secretos.

—Les chupará la sangre por cada uno que revele, y nunca conseguirán que atestigüe.

—Quizá no queremos su testimonio —dijo Ross—, quizá sólo queremos los detalles. Aquí no se trata de meter a nadie entre rejas. Se trata de información.

Angel pensó en la lista de nombres que Louis tenía ahora en su poder. Quizá tuviera algún valor. O quizá no tuviera ninguno. La verdad, muy posiblemente, se hallaba en algún lugar intermedio.

Ross terminó su primera cerveza y, alzando la botella, indicó a la camarera que sirviera otra ronda, pese a que Louis apenas había probado la suya.

—He oído que intentó llevarle a usted a su redil —dijo Ross a Louis—. Hace tiempo.

—No tanto tiempo —repuso Louis.

—¿Y no picó?

—Al igual que usted, parecía un tanto confuso con respecto a mi medio de vida.

—Y a usted no le inspiraba mucha simpatía.

—No había gran cosa a la que tenerle simpatía. Y ahora menos aún, viendo que se ha podrido casi todo él.

Llegó la segunda ronda de cervezas, pero no las tocaron. Angel intuyó que habían alcanzado un punto crucial en la negociación que estaban llevando a cabo fuera cual fuese, pero, por lo que él veía, no se habían producido avances claros de ningún tipo. Angel no estaba hecho para la negociación. Cada vez se encontraba más lejos de trabajar en las Naciones Unidas.

—Volveré a preguntárselo —dijo Louis—. ¿Qué quiere de mí, agente Ross?

Fijó la mirada en Ross, como una serpiente hipnotizando a un animal antes de atacarlo. Ross no parpadeó. Había adoptado el enfoque «tres hombres tomando una cerveza» y no había dado resultado. Debía de saberlo ya de antemano, pero no perdía nada con intentarlo. Ante los ojos de Angel, se transformó: irguió la espalda en el asiento, tensó el rostro, parecía haber perdido varios años. En ese momento Angel comprendió por qué Parker siempre se andaba con pies de plomo en presencia de Ross. Al igual que Cambion, era un artífice de la ocultación, un depositario de secretos.

—He venido para advertirles que no toleraré una campaña de venganza, ni siquiera por su amigo. No la toleraré porque me preocupa que eso sea un estorbo para mi propio trabajo, para la situación en el sentido más amplio. Por cada hombre o mujer que ustedes maten, se cierra una posible vía de investigación. No es así como funciona esto.

—¿Y cuál es la «situación en el sentido más amplio», agente Ross? —preguntó Angel—. ¿Qué es «esto»?

—La búsqueda de algo que ha permanecido oculto desde la aparición de la vida en la tierra —contestó Ross—. Una entidad enterrada hace mucho tiempo. ¿Eso es bastante amplio para usted?

Angel cogió su cerveza.

—¿Sabe qué le digo? Puede que sí me tome esta segunda cerveza después de todo.

Se bebió media botella.

—¿Y usted cree en la existencia de esa «entidad»? —preguntó Louis.

—Lo que yo crea poco importa. Lo que importa es lo que creen quienes la buscan, y los estragos que han causado y seguirán causando hasta que los paremos.

—Es decir, ¿quiere que nos echemos atrás y nos quedemos de brazos cruzados? —preguntó Louis.

—No soy tonto —respondió Ross—. Tratándose de ustedes, quedarse de brazos cruzados no es una opción. Quiero cooperación. Compartirán conmigo lo que averigüen.

—¿Y entonces usted nos dirá si podemos actuar o no? —quiso saber Louis—. Joder, no se ha hecho trato peor desde que a los indios les tomaron el pelo con Manhattan.

—Además, parece una buena manera de acabar en la cárcel —añadió Angel—. Sería como firmar una confesión por adelantado. Nosotros le contamos qué nos gustaría hacer, y usted contesta: «Eh, una idea estupenda, joder. ¡Adelante!». Y acto seguido nos encontramos todos cruzando miradas incómodas delante de un juez.

—Algo de razón tiene —convino Louis—. No hay trato.

Justo era reconocer que Ross no pareció especialmente sorprendido ni decepcionado. Se limitó a meter la mano en el bolsillo y sacar un sobre de color marrón. De dentro extrajo una única fotografía, que colocó en la mesa ante ellos. Mostraba el símbolo del tridente, toscamente grabado en un trozo de madera. Louis y Angel supieron de inmediato qué era: el signo de los Creyentes. Parker se había cruzado con ellos anteriormente; Angel y Louis también. Los Creyentes no habían quedado muy contentos de esos encuentros.

—¿Dónde se tomó la foto? —preguntó Angel.

—En casa de Parker, justo después de la agresión. ¿Ahora entienden por qué les pido que actúen con cautela?

Con el borde de la botella, Louis dio la vuelta a la fotografía para verla más claramente.

—Sí —respondió—. Lo entiendo.

Ahora le tocaba a Louis sacar un sobre del bolsillo. Se lo entregó a Ross sin comentario alguno. Ross lo abrió y echó una ojeada a la lista de nombres, lugares y fechas mecanografiados. No necesitaba que Louis le explicara qué era.

—¿De Cambion? —preguntó Ross.

—Sí.

—¿Por qué se la ha dado?

—Piensa que yo podría mediar en lo referente a sus problemas con el contrato.

—¿Qué obtiene usted a cambio?

—Eso da igual.

Ross plegó la lista y la guardó de nuevo en el sobre.

—¿Por qué me da esto?

—Es lo que quería, ¿no?

—Sí.

—Ahora ya no necesita llegar a un acuerdo con él y puede dar por concluida la vigilancia.

—Y dejarlo a merced de su compasión.

—A mí no me inspira ninguna compasión.

—¿Acaso debería preocuparme eso?

—No veo por qué.

Ross sostuvo el sobre en equilibrio en la palma de la mano derecha, como si lo pusiera en el platillo de una balanza y en el otro estuviera el precio de su alma.

—Han acudido a Cambion porque creían que él sabía algo sobre el encargo para acabar con Parker —dijo Ross—. Me juego algo a que les ha dejado saborear lo que tiene, pero ustedes creen que puede haber más. Negociar en su nombre para anular el contrato formaba parte del acuerdo. No se molesten en decirme si ando más o menos desencaminado. No querría que se sintieran obligados.

—Estoy muy lejos de sentirme obligado, agente Ross —aseguró Louis.

—Pero ahora no tienen nada —añadió Ross.

—Excepto un acceso claro a Cambion si lo necesito, ¿no?

El sobre permaneció en la palma de Ross por unos segundos y luego desapareció en su bolsillo.

—Sí —dijo—. ¿Y Parker?

—Si esto nos lleva a los Creyentes, se lo haré saber por mediación del rabino Epstein. De lo contrario, no se meta en nuestros asuntos.

—Es usted un cabrón arrogante, ¿lo sabía?

—Al menos no me ha llamado engreído. Eso habría causado serias fricciones.

Ross se puso en pie y dejó un billete de cincuenta en la mesa.

—Ha sido un placer tratar con ustedes, caballeros —dijo.

—Lo mismo digo —respondió Louis.

—¿Seguro que no puede echar una mano con las infracciones de aparcamiento? —preguntó Angel.

—Jódase —dijo Ross.

—De todos modos me quedaré su número —dijo Angel—, por si acaso.

Angel y Louis no volvieron a hablar hasta que llegaron a su apartamento, porque Louis temía que Ross pudiera haber decidido curarse en salud poniéndoles un micrófono en el coche. Sin embargo, un posterior registro del vehículo no reveló nada. Daba igual: Louis no había sobrevivido tanto tiempo por ser descuidado, y en realidad Angel no tenía nada mejor que hacer que registrar el coche en busca de dispositivos de escucha, o eso le dijo Louis.

A su regreso los recibió la señora Bondarchuk, la anciana que vivía en el piso de abajo. La señora Bondarchuk, además de ser su única vecina, era su única inquilina, dado que el edificio era propiedad de una de las empresas inactivas de Louis. La señora Bondarchuk tenía pomeranos, a quienes prodigaba casi todo su amor y atención, ya que el señor Bondarchuk se había marchado a un lugar mejor hacía tiempo. Durante muchos años Angel y Louis vivieron con la falsa creencia de que el señor Bondarchuk había muerto, pero, como habían descubierto en fecha reciente, el señor Bondarchuk sencillamente se largó en 1979, y el «lugar mejor» en cuestión era Boise, en Idaho, siendo el adjetivo «mejor» una percepción relativa en un matrimonio desdichado. La señora Bondarchuk no lo echaba de menos. Explicó que su marido se había ido antes de que ella lo asesinara. Los pomeranos eran sustitutos más que satisfactorios, pese a su ruidosa naturaleza, aunque la señora Bondarchuk siempre tenía machos y los esterilizaba a la menor oportunidad, lo cual inducía a Angel y a Louis a pensar que la señora Bondarchuk conservaba cierta hostilidad residual para con el señor Bondarchuk. La señora Bondarchuk defendía el bullicio de sus pomeranos basándose en que eran buenos vigilantes, y por lo tanto constituían en sí mismos un sistema de alarma virtual. Louis escuchaba ese argumento cortésmente, a pesar de que el edificio poseía un sistema de alarma que quizás envidiara más de un gobierno, y que en general sólo los gobiernos podían permitirse.

Unos años antes había tenido lugar lo que la señora Bondarchuk aún recordaba como «la experiencia ingrata»: el intento de acceder al edificio por medios violentos, un esfuerzo que en último extremo acabó con la muerte de los responsables. El incidente no llegó a conocimiento de la policía. Angel y Louis explicaron a la señora Bondarchuk, ante un vaso de leche y un pastel de chocolate, la importancia de eludir a veces las atenciones de las fuerzas del orden, habida cuenta de que dichas fuerzas quizá no siempre comprendieran que en ocasiones sólo podía responderse a la violencia con violencia. La señora Bondarchuk, con edad suficiente para recordar la llegada de los nazis a su Ucrania natal y la muerte de su padre durante el cerco de Kiev, mostró de hecho gran comprensión ante ese punto de vista. Angel, asombrado, la oyó contar que su madre y ella transportaron armas para los partisanos ucranianos, y que ella, una vez, desde un rincón, vio a su madre y otras cuatro viudas castrar y matar a un soldado del batallón de policía militar alemán «Ostland», que tuvo la desgracia de caer en sus garras. A su manera, en cuanto que judía cuyo pueblo había

sido masacrado en Minsk, Kostopil y Sosenki, conocía mejor que Angel la importancia de mantener algunas cosas en secreto frente a las autoridades, y la esporádica necesidad de severas represalias contra hombres desaprensivos. A partir de entonces desarrolló una actitud aún más protectora con sus dos vecinos, y ellos, a su vez, se aseguraron de que pagara un alquiler sólo nominal y tuviera aseguradas sus comodidades.

Ahora, después de saludar a la señora Bondarchuk y activar el sistema de seguridad del edificio, la conversación se centró una vez más en los sucesos de esa tarde, mientras Louis servía dos copas de Meerlust Rubicon sudafricano, un tinto muy invernal. La nieve desdibujaba la vista al otro lado de las ventanas, pero caía sin mucha convicción y no tuvo consecuencias, como los últimos disparos de un ejército derrotado. Angel observó a Louis mientras se quitaba la chaqueta y se arremangaba. Llevaba una camisa inmaculadamente blanca, tan bien planchada como antes de ponérsela. A Angel siempre le asombraba que su compañero ofreciera ese aspecto tan impecable, pues a él le bastaba con mirar una camisa para que empezara a arrugarse, y la única forma de ponerse una camisa blanca una noche y regresar a casa sin que la tela diera señales de severo maltrato era añadirle tanto almidón que pareciera la mitad superior de una armadura.

—¿Por qué le has dado esos nombres a Ross? —preguntó Angel. Lo dijo sin acusarlo ni culparlo en modo alguno. Sencillamente sentía curiosidad.

—Porque Cambion no me gusta, y me alegraré cuando esté muerto. —Louis hizo girar el vino en la copa—. ¿Has notado algo extraño en el *pied-à-terre* de Cambion?

—Si supiera qué significa eso, quizá podría contestar. Déjame adivinar: hablas de la botica.

—Tienes mucho margen para la superación personal.

—Siendo así, tú tienes algo de lo que alegrarte por adelantado. Y respondiendo a tu pregunta, en la guarida de Cambion o comoquiera que tú la llames, todo era extraño.

—Conté tres tazones de sopa, uno de ellos de plástico. Y sólo conté dos personas.

—Uno de los tazones podría haber sido de una comida anterior.

—Es posible.

—Pero no lo crees.

—Era un sitio viejo y extraño, pero todo estaba en orden. Excepto por esos tazones.

—Un tazón de plástico —dijo Angel—. ¿Crees que esconde ahí a un niño?

—No lo sé. En cualquier caso, no creo que su muchacho, Edmund, y él sean los únicos enclaustrados ahí.

—¿Planeas volver para aclarar la situación?

—Todavía no. Tenemos que establecer prioridades.

—Hablando de eso: le has dado la lista a Ross, pero ¿qué recibimos nosotros a cambio?

—Sabemos que los Creyentes no tuvieron nada que ver con el encargo.

Angel se preguntó si el vino y las dos cervezas anteriores habían interactuado de algún modo con efectos desastrosos, aniquilando algunas de sus ya amenazadas neuronas. Ross les había enseñado una foto. ¿Acaso Ross mentía?

—¿Y la fotografía?

—La fotografía no significa nada. Es una pista falsa. Esa gente, o lo que sean, no firma con su nombre. Eso sólo pasa en las novelas baratas. ¿Crees que yo alguna vez le he pegado un tiro a alguien y luego he enrollado una tarjeta de visita y la he metido en el orificio de la bala para hacerme publicidad?

Angel lo dudaba, pero nunca se sabía.

—¿Habrás deducido Ross que es una pista falsa?

—Eso a Ross le trae sin cuidado. Es un clavo más en el ataúd, y con tal de que esa gente estén dentro, a él le da igual quién haya dado el martillazo.

—«Esté», esa gente «esté». Te falla la gramática, ¿sabes?

Los personajes público y privado de Louis eran distintos, pero a veces se olvidaba de cuál era el papel que debía encarnar.

—El puto Ross tenía razón en cuanto a ti, ¿sabes? —dijo Louis.

—Ross no es capaz siquiera de retirar una multa de aparcamiento. Lo ha dicho él mismo. Así que volvemos a visitar a Cambion ¿y qué le decimos? ¿Que hemos vendido su futuro a los federales, o simplemente mentimos y simulamos que todavía intentas anular el contrato?

—Ni lo uno ni lo otro. Conozco a gente en Carolina. Si tiene su base allí un matrimonio de pistoleros que trabaja en equipo, seguro que alguien se ha enterado.

—No si son muy selectivos. No si no trabajan por dinero, sino por una causa mal encaminada.

—¿A qué te refieres? ¿Como nosotros, quieres decir?

—Exactamente igual que nosotros, sólo que en nuestro caso no hay religión por medio.

—Sí, y ya ves lo difícil que ha sido encontrarnos. No hace mucho vinieron unos repartidores con explosivos dispuestos a volar nuestra puerta, y esta noche Ross podría habernos atropellado si se lo hubiera propuesto. Pero daremos con ellos, cueste lo que cueste.

—Y entonces ¿qué?

—Los obligaremos a hablar.

—¿Y después?

Louis probó el vino. Era bueno.

—Los mataremos.

Louis tenía razón en más de una de sus conjeturas. Incluso los hombres más cautos son localizables si su perseguidor tiene la voluntad y los recursos necesarios. El

hombre que se hallaba bajo la lluvia en la esquina encharcada del Upper West Side — el barrio donde los pobres estaban a la vista de los ricos y, lo más preocupante para quienes temían el inminente desmoronamiento de la sociedad, los ricos estaban a la vista de los pobres— había destinado mucho tiempo, y una suma de dinero nada despreciable, a averiguar dónde vivían Angel y Louis. Al final fue el intento de asalto al edificio —«la experiencia ingrata» que había unido a Angel y la señora Bondarchuk— el dato que le permitió descubrir su paradero. Louis había hecho todo lo posible para asegurarse de que el suceso no llegara a oídos de la policía, pero el hombre de la esquina representaba una forma distinta de ley y orden, y no era fácil ocultarles esas cosas a él y a su padre.

El Coleccionista ahuecó la mano en torno a la cerilla y la acercó al cigarrillo que tenía en los labios; luego fumó sujetando el filtro con el pulgar y el índice y protegiendo el ascua de la lluvia con los otros dedos. Había llegado en el preciso momento en que Angel y Louis entraban en el edificio. No sabía dónde habían estado, pero podía imaginarlo: debían de andar tras el rastro de los responsables de la agresión al detective. El Coleccionista admiraba su firmeza, su determinación: nada de precipitados viajes al norte en un arrebatado de compasión para estar junto al lecho del detective, nada de esos inútiles palos de ciego propios de quienes sucumben al dolor en la impotencia y a la ira sin objeto. Incluso debían de haber abandonado la persecución del Coleccionista para concentrarse en el asunto más inmediato. El Coleccionista sabía que muy posiblemente la mayor parte de ese impulso procedía de Louis, pero tampoco debía infravalorar a su amante. Los asesinos sin emociones rara vez sobrevivían mucho tiempo. La clave no era eliminar las emociones, sino someterlas. El amor, la ira, la aflicción: a su manera todas eran armas, pero había que controlarlas. En ese sentido era el tal Angel quien capacitaba a Louis. Sin él, Louis habría muerto hacía mucho tiempo.

Pero Angel también era peligroso. Louis calculaba las probabilidades, y si la situación no era de su agrado, retrocedía y esperaba una ocasión mejor para atacar. En su caso, el espíritu lógico siempre se imponía. Angel era distinto. En cuanto tomaba la decisión de actuar, avanzaba hacia su objetivo hasta que uno de los dos caía abatido. Sabía encauzar la emoción como arma. Esa clase de fuerza y resolución no debía subestimarse. Lo que la mayoría de la gente no comprendía era que el desenlace de una pelea se decidía en los instantes iniciales, no en los finales, e incluso el adversario más grande y fuerte podía verse mermado psicológicamente ante un atacante de una agresividad en apariencia implacable.

Con todo, para el Coleccionista lo más extraño fue tomar conciencia, mientras evaluaba a esos dos hombres, de que había llegado a admirarlos. Incluso cuando lo perseguían de guarida en guarida y destruían los escondites que él se había preparado con tanto esmero, lo impresionaba su ferocidad, su astucia. Tampoco podía negar que él y esos hombres, por su lealtad a Parker, llevaban a cabo la misma labor de maneras distintas. Ciertamente el Coleccionista se había visto obligado a matar a uno de los

suyos, pero en eso había cometido un error. Se dejó vencer por las emociones y asumió el precio por su desliz. Perder las guaridas había sido el precio, pero ya empezaba a cansarse de la continua persecución. Proporcionaría a esos dos hombres lo que buscaban a fin de pactar una tregua. Si no accedían..., en fin, tenía trabajo pendiente y esa persecución era un estorbo. A causa de la distracción y la amenaza que representaban, así como el tiempo y el esfuerzo que le exigían, hombres y mujeres de profunda maldad seguían cebándose en aquellos más débiles que ellos. Había sentencias que debían ejecutarse. Era necesario reabastecer su colección.

Telefonó a Eldritch desde una cabina. Pese a las objeciones del anciano, el Coleccionista había contratado los servicios de una enfermera durante su periodo de ausencia forzosa. El Coleccionista tenía una confianza ciega en la enfermera. Era sobrina de la mujer que se había ocupado de mantener en orden el despacho de Epstein y le había calentado la cama hasta su reciente fallecimiento. Era discreta y sorda, muda y ciega selectivamente.

—¿Cómo estás? —preguntó el Coleccionista.

—Bien.

—¿Qué tal te cuida esa mujer?

—Puedo cuidar de mí mismo. Esa mujer no es más que un estorbo.

—Considéralo un favor que me haces. Así me quedo más tranquilo.

—Me conmueve. ¿Los has encontrado?

—Sí.

—¿Te has puesto en contacto con ellos?

—No, pero pronto les haré llegar un mensaje. Nos reuniremos mañana.

—Quizá no accedan.

—Uno es un pragmático, el otro actúa movido por principios. Lo que tengo que ofrecer atraerá a los dos.

—¿Y si no?

—En ese caso, esto seguirá adelante y al final, inevitablemente, habrá derramamiento de sangre. No es eso lo que ellos quieren, te lo aseguro. Creo que están tan cansados como yo. El detective es su prioridad: el detective, y quienes apretaron el gatillo contra él. ¿Y quién sabe? A lo mejor en la negociación consigo sacar un pequeño extra, un trofeo al que aspiras desde hace muchos años.

—¿Y cuál es, si puede saberse?

—El paradero de un hombre corrupto —respondió el Coleccionista—. El cubil de un leproso.

El policía al servicio de Garrison Pryor había tenido dificultades para acceder al lugar del atentado. Rondaban por todas partes agentes del Departamento de Policía de Scarborough y de la Unidad de Delitos Graves de la policía del estado de Maine, así como del FBI, que envió de inmediato hombres no sólo desde su delegación de Boston, sino también de Nueva York. La casa y los alrededores quedaron acordonados en cuanto llegó el primer coche patrulla, y a fin de evitar filtraciones se amenazó con la suspensión de empleo y posible encarcelamiento a los miembros de las fuerzas del orden o los servicios de emergencia si difundían información.

A pesar de todas estas precauciones, el enviado de Pryor consiguió hablar con un auxiliar del equipo de la ambulancia y —como policía que era— pudo recabar pequeños detalles limitándose a tener la boca cerrada y escuchar. No obstante, pasaron varios días hasta que Pryor se enteró de la existencia del símbolo grabado en la madera de la puerta de la cocina en casa del detective. Ese dato lo puso en una situación comprometida: ¿debía alertar inmediatamente al Patrocinador Principal? ¿O era mejor esperar a que hubiera aclarado las cosas? Decidió hacer lo primero. No quería dar motivos al Patrocinador Principal para dudar de él; convenía más aducir ignorancia, y esmerarse después para corregirla, que ser acusado de retener información, exponiéndose así a suscitar sospechas.

Mientras el sol matutino intentaba traspasar las nubes grises por encima de Boston, el Patrocinador Principal escuchó en silencio mientras Pryor le comunicaba lo que había averiguado. El Patrocinador Principal no era hombre que interrumpiese, ni que tolerase interrupciones.

—¿Y bien? ¿Fue obra de los Creyentes? —preguntó cuando Pryor hubo terminado.

—Es posible —contestó Pryor—, pero, en tal caso, no fue nadie que conozcamos. No existe conexión con nosotros.

No necesitaba mencionar que la mayoría de los Creyentes habían muerto. Ya eran pocos desde el comienzo, y el detective y sus aliados los habían liquidado a casi todos. Aunque el tema nunca se había tratado formalmente, los Patrocinadores, en su mayor parte, consideraban una bendición la eliminación de los Creyentes, individuos obsesionados con encontrar a un ángel recluido, uno de los caídos. Cada uno de estos dos grupos tenía sus propias prioridades, y si bien a veces sus objetivos finales coincidían o marcaban un camino parecido, ninguna de las dos partes confiaba plenamente en la otra. Pero los Patrocinadores, generación tras generación, habían utilizado sin reparos a los Creyentes cuando les convenía. Algunos incluso se habían adscrito a la causa de los Creyentes. Existían conexiones.

—Si alguien, después de un intento de asesinato, se dedica a dejar el símbolo de los Creyentes en la obra de carpintería del lugar de los hechos, cabe la posibilidad de que exista una conexión con todos nosotros —dictaminó el Patrocinador Principal—.

Si hay una investigación, podríamos salir perjudicados.

—Quizás haya sido algún renegado —señaló Pryor—. Pero en ese caso, sería difícil encontrarlo. Conocemos la identidad de las personas que contrariaron a Parker. Los demás se han mantenido ocultos, incluso de nosotros. En último extremo, intuyo que el símbolo es una pista falsa. Quienquiera que llevara a cabo el atentado, o que lo ordenara, quiere desviar la atención.

—Hay quienes de buena gana utilizarían incluso una sospecha de implicación para actuar contra nosotros. ¿Qué se sabe del detective?

—Sigue en estado crítico. En privado, los médicos comentan que no sobrevivirá. Y en caso de que sobreviva, ya no será el mismo de antes. Quizá no desempeñe ningún papel en lo que está por venir.

—Quizá no, o podría ser que sencillamente su papel haya cambiado.

Laurie, la secretaria personal de Pryor, llamó a la puerta de su despacho. La echó con un gesto airado. ¿Qué urgencia podía haber? Si se hubiera declarado un incendio, oiría la alarma.

Pero ella insistió, y su rostro se contrajo en una mueca de inquietud.

—Me parece que tengo que cortar la comunicación —dijo Pryor.

—¿Hay algún problema?

—Creo que sí.

Colgó el teléfono, y Laurie entró de inmediato.

—Había pedido... —empezó a decir Pryor, pero ella lo interrumpió.

—Señor Pryor, abajo hay agentes de la Unidad de Delitos Económicos. El servicio de seguridad intenta retrasar su entrada, pero traen órdenes judiciales.

La Unidad de Delitos Económicos era la rama de la Sección de Delitos Financieros del FBI encargada de investigar fraudes en los mercados de valores y materias primas, entre otras áreas. Los temores del Patrocinador Principal se hacían realidad. El intento de asesinato del detective había proporcionado un pretexto a sus enemigos. Aquello tal vez fuera un tiro al aire, pero pretendía transmitir un mensaje.

Sabemos que existís.

Lo sabemos.

Mientras Garrison Pryor se preparaba para enfrentarse a los investigadores federales, Angel telefoneó a Rachel Wolfe. Ella acababa de regresar a su casa en Vermont tras pasar un par de noches en Portland para estar cerca del padre de su hija. La niña no se había quedado con ella. Rachel pensó que era importante que Sam siguiera con sus rutinas, y que no participara en una especie de velatorio, pero le permitió verlo brevemente en la UCI. Le preocupó exponer a Sam a la imagen de su padre tendido en la cama de un hospital, quebrantado y moribundo, pero la pequeña había insistido. Jeff, la pareja de Rachel, acompañó a Sam en coche hasta Portland y luego se la llevó a casa. Quizá no apreciara en especial al antiguo amante de Rachel, pero había

actuado con mucha consideración desde el atentado, y ella se lo agradecía. Ahora Rachel le hablaba a Angel de tubos y agujas, de heridas y vendajes. Un riñón perdido. Perdigones de escopeta retirados con sumo cuidado del cráneo y la espalda, varios de ellos peligrosamente cerca de la columna vertebral. Posibles daños nerviosos en un brazo. Sospechas de lesión cerebral. Seguía en coma. Su cuerpo parecía haber interrumpido el funcionamiento de todos los sistemas excepto los más esenciales a fin de luchar por la supervivencia.

—¿Cómo reaccionó Sam? —preguntó Angel.

—No derramó ni una sola lágrima —contestó Rachel—. Incluso Jeff parecía afectado, y a él Charlie ni siquiera le cae bien. En cambio Sam... no hizo más que susurrarle a su padre, y no me contó qué le había dicho. Pero, por lo visto, en el viaje de regreso a casa estuvo muy callada. No quería hablar. Luego, cuando Jeff se volvió para mirarla en algún lugar cercano a Lebanon, dormía profundamente.

—¿Has intentado hablar con ella desde la visita?

—Soy psicóloga: no hago más que hablar de las cosas. Se la ve... bien. ¿Sabes qué me ha dicho? Que creía que su padre estaba decidiendo.

—Decidiendo ¿qué?

—Si quería vivir o morir.

Y a Rachel se le quebró la voz al pronunciar esta última palabra.

—¿Y tú cómo lo llevas?

Angel percibía que ella intentaba controlarse, contener el llanto.

—Bien, supongo. Es complicado. Siento que le soy desleal, de algún modo, como si lo hubiese abandonado. ¿Tiene eso alguna lógica?

—Es la culpabilidad.

—Sí.

—Por follar con un gilipollas como Jeff.

Rachel, sin poder evitarlo, soltó una carcajada.

—El gilipollas lo serás tú, ¿sabes?

—Eso me lo dicen a menudo.

—Jeff se ha portado bien, capullo. Y oye, ¿sabes qué fue lo más raro cuando estaba en el hospital?

—Tengo el presentimiento de que vas a explicármelo.

—No lo dudes. Me sorprendió la cantidad de mujeres que vinieron preguntando por él. Fue como estar junto al lecho del rey Salomón. Había una poli menuda y morena, y una mujer de aquel pueblo, Dark Hollow. ¿Te acuerdas? Deberías. Hubo un tiroteo.

Angel hizo una mueca, no tanto por el recuerdo del propio pueblo como por la alusión a la mujer. Se llamaba Lorna Jennings y era la esposa del jefe de policía de Dark Hollow. Allí pasó algo, una de esas historias de las que uno prefiere no hablar con la madre de la hija de un hombre, aunque ahora ambos estuviesen separados y él agonizara en la cama de un hospital.

—Sí, me suena.

—¿Te acuerdas de ella?

—No mucho.

—Embustero.

—¿Se acostó con ella?

—No lo sé.

—Vamos, hombre.

—¡De verdad, no lo sé! No ando siguiéndolo con una toalla y un vaso de agua.

—¿Y esa otra mujer, la poli?

Esa debía de ser Sharon Macy. Parker le había hablado a Angel de ella.

—No, no se ha acostado con ella. De eso estoy casi seguro.

Angel intentó recordar alguna conversación más violenta que esa, pero no la encontró.

—Y hay otra, una que no se aleja mucho de la UCI, y me da la impresión de que tiene permiso de la policía para estar allí, pero no es poli. Es sordomuda, y va armada. He visto cómo lo mira.

—Liat —dijo Angel. Epstein debía de haberla mandado para velar por Parker. Era una curiosa elección de ángel de la guarda. Eficaz, pero curiosa.

—Se ha acostado con ella, ¿verdad? Si no, debería haberlo hecho.

Qué demonios, pensó Angel.

—Sí, se acostó con ella.

—Muy propio de él, eso de acostarse con una mujer que no podía contestarle.

—Fue sólo una vez —añadió Angel.

—¿Tú qué eres? ¿Su apologista personal?

—¡Tú me has convertido en su apologista! Yo sólo he llamado para ver cómo estabas. Ahora me arrepiento de habértelo preguntado.

Rachel se echó a reír. Era una risa sincera, y él se alegró de haberle proporcionado al menos eso.

—¿Iréis a verlo? —preguntó ella.

—Pronto —contestó.

—Estáis buscándolos, ¿no? A los que le hicieron eso.

—Sí.

—Nadie se había acercado nunca tanto a él. Nadie le había hecho tanto daño. Si muere...

—No digas eso. Recuerda las palabras de tu hija: todavía está decidiéndolo, y tiene una razón para volver. Quiere a Sam, y te quiere a ti, aunque te folles a un gilipollas como Jeff.

—Corta ya —dijo Rachel—. Haz algo útil.

—Sí, señora —contestó Angel.

Colgó. Louis esperaba junto a él. Entregó a Angel una Beretta 21 provista de un silenciador que era algo más largo que la propia pistola. Podía dispararse en un

restaurante y la detonación sonaría sólo un poco más fuerte que el golpe de una cuchara contra una taza. Louis llevaba un arma parecida en el bolsillo de su cazadora Belstaff.

Se disponían a hacer algo útil.

Iban a reunirse con el Coleccionista y, si era necesario, matarlo.

Ronald Straydeer se hallaba sentado en el salón de su casa, cerca del hipódromo de Scarborough Downs. Sostenía en las manos una fotografía de él mismo cuando era más joven, vestido de uniforme. Rodeaba el cuello de un descomunal pastor alemán con el brazo. En el retrato Ronald sonreía, y le gustaba pensar que *Elsa* sonreía también.

Lamentó haber dejado de fumar hierba. Lamentó haber dejado de beber. Habría sido fácil volver a lo uno o a lo otro, o incluso a las dos cosas. Dadas las circunstancias, a nadie le habría sorprendido, ni habría motivo para sentirse culpable. Optó, en cambio, por hablar con la foto y con el fantasma de la perra que aparecía en ella.

A menudo le preguntaban, quienes no sabían de qué hablaban, por qué no se había buscado otro perro en los años transcurridos desde entonces. Como bien sabía, algunos decían que quienes tenían perro debían resignarse a perderlo con el tiempo debido a la vida relativamente corta de estos animales. El truco —si es que truco era la palabra acertada— consistía en aprender a amar el espíritu del animal, y comprender que se transmitía de perro en perro, representando cada uno la misma fuerza vital. Ronald creía que había algo de verdad en eso, pero también tenía la sensación de que los hombres podían decir lo mismo de las mujeres, y viceversa. Él había conocido a muchas mujeres, e incluso había querido a una o dos, así que tenía cierta experiencia en la materia. Pero algunos hombres y mujeres perdían a su pareja en una etapa temprana de la vida y ya nunca conseguían entregarse a otra, y Ronald pensaba que tal vez hubiera algo de esa sensación catastrófica de pérdida en sus propios sentimientos por su perra abandonada. No era un hombre sentimental, aunque, claro, algunos tomaban por sentimentalismo su dolor por un animal muerto. Ronald Straydeer simplemente había querido a la perra, y *Elsa* le había salvado la vida a él y a otros soldados en más de una ocasión. Al final, se vio obligado a abandonarla y traicionarla, y la imagen de ella enjaulada, arañando el alambre cuando la apartaban de él, lo corroía a diario desde entonces. Su única esperanza era reunirse al final con su perra en un mundo posterior a este.

Ahora le hablaba al fantasma de la perra sobre la iglesia y la chica y las sombras que la habían envuelto antes de llevársela a rastras bajo tierra. Podría haber acudido a la comisaría, pero había un policía implicado. ¿Y qué les habría dicho? ¿Que vio a una chica arrodillada junto a un agujero en la tierra y de pronto desapareció? Lo único que tenía era un trozo de tela clara. ¿Podían extraer ADN de eso? Ronald lo ignoraba. Dependía, supuso, de si había estado en contacto con la piel de la chica el tiempo suficiente, si es que había estado en contacto. Había dejado el trozo de tela en una de esas bolsas con cierre hermético que utilizaba para la comida y los desechos. Ahora la tenía delante. La sostuvo en alto al trasluz, pero no vio rastros de sangre en ella. Le dio la impresión de que sólo estaba manchada de tierra. Desconocía el

nombre de la chica, y dudaba que pudiera identificarla después de entreverla apenas en la luz verdosa de su lente de visión nocturna. Sólo sabía que no era la hija de Jude. Había visto fotografías de Annie. Jude se las había enseñado, y Ronald poseía una asombrosa retentiva para las caras y los nombres. La chica engullida por el camposanto era más joven que la hija de Jude. Ronald se preguntó si también Annie yacía en algún lugar de ese cementerio, si había corrido la misma suerte que esa pobre chica. En tal caso, ¿cuántas más dormían bajo la iglesia, abrazadas por aquellas raíces? (Ya que no eran sombras lo que había envuelto a la chica en el momento de llevársela, no, ni mucho menos...)

Pero Ronald también sabía intuitivamente que, aun cuando la gente llegara a darle crédito y se llevara a cabo una búsqueda, en aquel camposanto ya podían cavar mucho tiempo y a gran profundidad que al final no encontrarían el menor rastro de la chica. Mientras escarbaba en la tierra hundida con sus manos desnudas esperando descubrir alguna señal de ella, había percibido la presencia de una hostilidad perfecta y profunda, una voracidad malévola dotada de forma. Fue eso, más que la propia incapacidad para seguir cavando, lo que lo indujo a abandonar el esfuerzo de encontrar a la chica. Incluso ahora se alegraba de haber utilizado el agua de la furgoneta de los Fulci para limpiar de sus manos la tierra de aquel lugar, y una de sus toallas para secárselas, y de haberse deshecho después de la toalla en un contenedor para que no volviera a utilizarse. Agradecía no haber contaminado su casa con el menor fragmento de esa tierra maldita, y mantuvo herméticamente cerrada la bolsa que contenía el trozo de tela por miedo a que una diminuta partícula de arenilla cayera de ella y lo ensuciara todo.

El detective habría sabido qué hacer, pero estaba muriéndose. Sin embargo tenía amigos: hombres sagaces, hombres peligrosos. En ese mismo momento estarían buscando a quienes habían disparado contra él. A Ronald no le resultó difícil establecer una conexión entre las pesquisas del detective acerca de la desaparición de Annie Broyer y la imagen de una muchacha desconocida que, arrastrada por algo, se había esfumado bajo tierra en presencia de un grupo de personas. No se requería un gran esfuerzo para imaginar unas circunstancias bajo las cuales esas mismas personas hubieran considerado oportuno arrebatarse la vida al detective.

¿Y si estaba equivocado? En fin, los hombres que respaldaban al detective se parecían más a él de lo que quizás ellos mismos supieran, y tenían ira de sobra. Ronald encontraría una manera de ponerse en contacto con ellos, y juntos vengarían a aquellas desdichadas que permanecían atrapadas, en un descanso sin paz, bajo la tierra de Prosperous.

Mientras Ronald Straydeer reflexionaba y lloraba sus pérdidas, la policía descubrió los cadáveres de Magnus y Dianne Madsen y de Erin Dixon cuando Magnus no se presentó en el hospital a la hora prevista para cumplir con sus obligaciones. La

policía del estado de Maine informó a Lucas Morland, del Departamento de Policía de Prosperous, tan pronto como se identificó a Erin. Viendo que tanto Kayley Madsen como Harry Dixon, por lo visto, habían desaparecido, se envió de inmediato un coche patrulla a casa de los Dixon, pero allí no había el menor rastro de Harry ni de su sobrina. Sus caras empezaron a verse oportunamente en los noticiarios de televisión, y un vendedor de coches de Medway acudió a la policía para declarar que había entregado a Harry Dixon un minibús GMC a cambio de su automóvil hacía sólo unos días. No se tardó en encontrar el minibús en un bosque a las afueras de Bangor, y al volante estaba sentado Harry, con un orificio en la parte de atrás de la cabeza por donde había salido la bala del arma que tenía en la mano. En el asiento contiguo se halló una blusa de mujer con el cuello manchado de sangre. La talla coincidía con la de la ropa del armario de Kayley Madson, y las pruebas de ADN confirmarían posteriormente que la sangre era de Kayley, pese a que no se encontró ninguna otra señal de ella.

PROSPEROUS: EL PUEBLO MALDITO DE MAINE, rezaba uno de los titulares más morbosos después del hallazgo. Prosperous se llenó de investigadores de la policía del estado de Maine, pero Morland supo manejarlos a todos. Cooperó de manera diligente y sin pretensiones. Conocía su lugar. Sólo en una ocasión experimentó un amago de alarma, y fue cuando lo visitó un agente del FBI, un tal Ross, llegado de Nueva York. Ross se sentó en el despacho de Morland, mordisqueó una galleta y preguntó por el detective, Parker. ¿Para qué había ido a Prosperous? ¿Qué deseaba saber? Y luego dio una posible «escapatoria» a Morland. ¿Había hablado Parker con Harry Dixon o su mujer en algún momento? Morland no lo sabía, pero admitió que existía la posibilidad, aunque ignoraba qué podría haber llevado a Parker a reunirse con los Dixon. Pero cualquier cosa que relacionase a Parker con los Dixon le convenía a Morland, y convenía a Prosperous. Ese era un callejón sin salida, y por lo que se refería a Morland, el FBI y la policía del estado podían pasarse décadas investigándolo.

—¿Puedo preguntar qué interés tiene el FBI en el atentado contra un detective privado de Maine? —dijo Morland.

—Simple curiosidad —respondió Ross. A continuación—: Parece que su pueblo atraviesa una mala racha.

—Sí —contestó Morland—. Dicen que las desgracias vienen de tres en tres.

—¿Ah, sí? —dijo Ross—. Yo cuento, esto... —Fue sumándolas con los dedos—. Seis —concluyó—. O nueve, si incluimos a los Madsen y su hija desaparecida. Ah, no, once, si añadimos a aquel indigente de Portland, y también a su hija desaparecida. Son muchas desgracias. Más de tres, en cualquier caso.

No era la primera vez que Morland oía una cosa así. Los investigadores de la policía del estado de Maine habían insinuado lo mismo, y Morland contestó a Ross tal como había respondido a los demás.

—Verá, según mis cálculos, son dos muertes a manos de terroristas religiosos a

miles de kilómetros de aquí; un anciano fallecido al disparársele un rifle; un accidente de tráfico; y, para nuestra vergüenza y pesar, lo que en apariencia es un asesinato con suicidio en el que hay implicados dos vecinos del pueblo. En cuanto a los casos de suicidio en Portland, o chicas desaparecidas, no tengo nada que decir. Sólo sé lo que ha padecido este pueblo. Desconozco las razones por las que Harry Dixon mató a esas personas. He oído que tenía problemas de dinero, pero mucha gente tiene problemas de dinero, y no por eso la emprende a tiros con su familia. Es posible que los conflictos del pueblo le afectaran de alguna manera. No soy psiquiatra. Pero si puede usted establecer una conexión entre todos esos sucesos dispares, nunca más volveré a cuestionar la cantidad de impuestos que el Gobierno destina al FBI.

Ross se acabó la galleta.

—Y el intento de asesinato de un investigador privado —dijo Ross—. Casi me olvidaba de eso.

Morland no respondió. Por el momento ya no tenía nada más que decir al FBI.

—¿Puedo ayudarlo con alguna otra cosa, agente Ross?

—No —contestó Ross—. Creo que eso es todo. Gracias por su tiempo. La galleta estaba muy buena. Enhorabuena a quien la haya hecho.

—Mi mujer —dijo Morland.

—Es usted un hombre afortunado —comentó Ross.

Se puso en pie y se abrochó el abrigo antes de salir. En el aire se notaba aún frío.

—Y vaya pueblo este. Vaya pueblo, ciertamente.

Al cabo de treinta minutos Morland recibió una llamada del pastor Warraner.

Ross había estado en la iglesia.

Al principio Angel y Louis creyeron que la misiva del Coleccionista no era más que una provocación. La entregó un mensajero en bicicleta, y constaba de un sobre acolchado que contenía una última garra de oso del collar que perteneció en otro tiempo a su amigo, el difunto Jackie Garner, y una tarjeta de la heladería y cafetería Lexington, en la calle del mismo nombre, la vieja tienda de refrescos y helados que había permanecido activa en ese emplazamiento desde 1925. Sólo cuando Louis dio la vuelta a la tarjeta y vio una fecha —ese mismo día— y una hora —once de la mañana— anotadas al dorso, comprendieron que quizá fuera otra cosa, aunque no sabían muy bien si se trataba de una rama de olivo o una trampa.

Incluso el lugar elegido por el Coleccionista para la reunión tenía sus resonancias: la heladería y cafetería Lexington era el sitio donde Gabriel, el difunto supervisor de Louis, celebraba sus reuniones con los clientes, y a veces, en su calidad de intermediario, con los agentes, entre ellos Louis. Quizá, pensó Louis, la distancia entre Cambion y Gabriel no era tan grande como le habría gustado creer. Gabriel no era más que Cambion con un sentido moral más desarrollado, pero eso no era mucho decir. Había criaturas en placas de Petri con un sentido moral más desarrollado que Cambion. Por extensión, la distancia entre Louis y Cambion quizá fuera considerablemente menor de lo que él habría deseado pensar. La diferencia era que Louis había cambiado y Cambion no. Cambion no tenía al lado a un hombre como Angel, pero, claro está, un hombre como Angel nunca se habría asociado con alguien como Cambion ya de entrada. Eso llevaba a Louis a preguntarse si Angel había visto la posibilidad de redención en Louis mucho antes de que el propio Louis se diera cuenta. Louis consideraba esto halagador y, al mismo tiempo, un poco preocupante.

La decisión del Coleccionista de escoger la heladería y cafetería Lexington como lugar de encuentro era su manera de decir a Louis que sabía todo lo que necesitaba saber sobre él y su pasado. Eso añadía una peculiaridad más a la invitación del Coleccionista. No era el acto de un hombre que tendía una trampa, sino el de un hombre dispuesto a caer en ella.

Cuando llegaron Angel y Louis, los otros únicos clientes eran dos turistas japoneses, dos hombres, que, entusiasmados, sacaban fotografías del establecimiento, con sus cafeteras de gas y sus rótulos antiguos. El Coleccionista se hallaba sentado al fondo del salón, cerca de la puerta donde un cartel anunciaba PROHIBIDO EL PASO. SÓLO EMPLEADOS. Tenía las manos extendidas sobre la mesa ante sí, apoyadas a ambos lados de una taza de café. Vestía como casi siempre, con un abrigo oscuro largo, pantalón oscuro, chaqueta oscura y una camisa sin corbata que en otro tiempo había sido blanca pero ahora, al igual que sus dedos manchados de nicotina, presentaba un tono amarillento. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, pegado al cráneo, y le colgaban las puntas por encima del cuello de la camisa, lo que añadía toques grasientos al

amarillo. Estaba aún más cadavérico que la última vez que lo vieron, pensó Angel. Esos eran los efectos que tenía en un hombre saberse perseguido.

En cuanto Louis y Angel entraron, una mujer de mediana edad salió de detrás de la barra, echó el cerrojo a la puerta y puso de cara hacia fuera el letrero de CERRADO. A continuación, parsimoniosamente, sirvió dos cafés y se marchó por la puerta del personal sin mirarlos a ellos ni al hombre que los esperaba sentado a una mesa, apestando a tabaco.

Los dos turistas japoneses dejaron sus cámaras y se volvieron de cara al Coleccionista. El más joven hizo una seña casi imperceptible a un par de paisanos suyos que observaban desde la esquina sudeste de Lexington con la calle Ochenta y tres. Uno de ellos cruzó para cubrir la entrada del local mientras el otro vigilaba la fachada lateral.

—¿Se creen que no me he fijado en ellos? —preguntó el Coleccionista—. Los he detectado incluso antes de que hubieran advertido mi presencia.

Louis se sentó a la mesa frente al Coleccionista pero a la derecha, y Angel ocupó una posición similar a la izquierda, formando los tres una especie de triángulo letal. Después de tomar asiento empuñaron sus armas a la vista del Coleccionista, aunque no de cualquiera que por casualidad mirara desde la calle.

—Hemos estado buscándolo —dijo Louis.

—Soy consciente de eso. Deben de estar acabándoseles las casas que incendiar.

—Podría habernos ahorrado mucho dinero en gasolina sólo con presentarse aquí hace meses.

—Y quizá podría haberme marcado en la frente el punto por donde debía entrar la bala.

—Tendría que haber sido más cuidadoso en la elección de víctimas.

Louis se llevó la mano izquierda al bolsillo del abrigo y extrajo el collar con garras de oso de Jackie Garner. Las garras tintinearón como huesos cuando se las deslizó entre los dedos. En la mano derecha sostenía la última garra, arrancada del collar e incluida en la invitación del Coleccionista.

—Yo podría decir lo mismo acerca de su difunto amigo —dijo el Coleccionista.

Con un ademán lento y preciso, para que los hombres sentados ante él no reaccionaran, cogió la taza y bebió un sorbo de café.

—Si les apetece, podemos entretenernos con el juego de las culpas hasta que se ponga el sol, pero ninguno de nosotros es tan ingenuo como para eso —dijo—. El señor Garner cometió un error de cálculo, y una persona cercana a mí pagó el precio. Yo reaccioné movido por la ira, y el señor Garner murió. Me perdonará si me niego a aceptar que alguien como usted, un hombre con sangre en las manos de personas tanto culpables como inocentes, me diga si está bien o mal matar. La hipocresía es un vicio especialmente molesto.

Angel se inclinó un poco hacia Louis.

—¿Es posible que nos esté sermoneando un asesino en serie?

—Pues, oye, creo que sí.

—Esto sí que es una experiencia nueva.

—Lo es, en efecto. Aun así, no lo echaré de menos cuando lo matemos.

—No, yo tampoco.

El Coleccionista tenía las manos, una vez más, apoyadas en la mesa. No presentaba el menor indicio de inquietud. Tal vez no fuera consciente de lo cerca que estaba de la muerte, o acaso no le importara.

—Según he oído, su amigo el detective está muriéndose —comentó.

—O vive todavía —corrigió Angel—. Es cuestión de perspectiva.

—Es un hombre poco común. No pretendo decir que lo entienda, pero preferiría que sobreviviera. El mundo es un lugar más pintoresco gracias a su presencia. El mal se siente atraído por él como las mariposas nocturnas por la luz. Así es más fácil deshacerse de quienes lo ejercen.

—¿Ha venido a expresarnos su deseo de que se mejore? —preguntó Louis—. No le quepa duda de que se lo transmitiremos. Y si al final muere... Bueno, puede que esté usted en situación de darle el pésame personalmente.

El Coleccionista miró por la ventana a los dos japoneses; luego lanzó un vistazo a los otros dos que estaban dentro de la cafetería.

—¿De dónde han sacado a esa gente? —preguntó.

—Se sienten atraídos por nosotros —contestó Louis—. Como las mariposas nocturnas por la luz —añadió, adueñándose de la metáfora del Coleccionista.

—¿Acaso son ustedes eso ahora? ¿La fuerza de la luz?

—A falta de otro.

—Sí, sospecho que la suya es una luz sólo reflejada —comentó el Coleccionista—. Están ustedes buscando a quienes dispararon contra él. Puedo ayudarlos.

—¿Cómo?

—Puedo darles sus nombres. Puedo decirles dónde encontrarlos.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Para llegar a un acuerdo. Eldritch está enfermo. Necesita descansar y tiempo para recuperarse. La tensión de la persecución le pasa factura. En cuanto a mí, representa un obstáculo en mi trabajo. Mientras procuro mantenerme a un paso por delante de ustedes, hombres y mujeres malvados quedan sin castigo. Así que les daré los nombres de esos individuos, y ustedes, como parte del trato, abandonarán la persecución. Deben de estar tan hartos como yo, y saben que su señor Garner obró mal. Si no lo hubiera matado, habría pasado el resto de sus días en una celda. En cierto modo le hice un favor. No habría aguantado mucho en la cárcel. No era tan fuerte como nosotros.

Angel cerró la mano con fuerza en torno a su arma, apenas podía tolerar la insinuación de que en cierto modo el asesinato de Jackie era una suerte.

—Al menos habría tenido un juicio —dijo Angel.

—Lo juzgué yo. Él confesó. Usted sólo habla del lado ceremonial de la justicia.

Louis habló. Pronunció una única palabra, pero fue una advertencia y a la vez una imprecación.

—Angel.

Al cabo de unos segundos, Angel se relajó.

—Propone nuestra retirada como «parte» del trato —prosiguió Louis—. ¿Cuál es la otra parte?

—Me consta que mientras buscaban a los autores del atentado se han puesto en contacto con toda clase de individuos interesantes. Doy por supuesto que Cambion es uno de ellos.

—¿Por qué?

—Porque, una vez agotados todos los demás cauces, sólo habría quedado él. Dudo que les haya proporcionado las respuestas que necesitan.

—Nos reunimos con él —confirmó Louis.

—¿Y?

—Nos dijo que una pareja, un hombre y una mujer, fueron los autores. Nos prometió más datos.

—Claro que se lo prometió. ¿Qué pidió a cambio de la información?

—Lo mismo que acaba de pedir usted: que retiremos a los perros. Pero la cuestión es esta: puede que él sea un bicho raro, pero es un bicho raro que no ha matado a uno de nuestros amigos. Puestos a elegir, me decantaría antes por él.

—Se llevaría una decepción. Cambion va a ponerlos a usted y a su amigo en manos de los pistoleros. Potencialmente ellos son más valiosos para él que ustedes. Ustedes nunca se someterán a su voluntad; ellos, en cambio, le deberán un favor, y son muy, muy buenos en lo suyo.

Y Louis comprendió que el Coleccionista estaba en lo cierto. Sencillamente confirmó lo que ya sospechaba: para Cambion, el mayor beneficio residía en ponerse del lado de los pistoleros.

—Siga.

—He aquí lo que les ofrezco —dijo el Coleccionista—: les proporciono los nombres. A cambio, quiero una tregua entre nosotros, y quiero saber dónde está Cambion. Hace tiempo que merece el cuchillo.

—¿Y si no aceptamos? —preguntó Louis—. ¿Y si decidimos matarlo aquí sin más?

Desplazó la mano para apuntar con el arma al Coleccionista por debajo de la mesa. Los primeros balazos lo alcanzarían en el vientre; el último en la nuca, cuando se desplomara hacia delante y Louis le diera el golpe de gracia desde arriba.

El Coleccionista señaló con la mano derecha la silla situada a su lado. Tenía allí una carpeta de cartulina verde que Angel y Louis no habían visto hasta el momento.

—Ábrala —indicó a la vez que volvía a poner las manos sobre la mesa.

Louis se puso en pie y se acercó a coger la carpeta sin apartar la mirada del Coleccionista. Los dos asiáticos presentes en el salón se movieron también, ahora

dejando ver sus armas. El Coleccionista, muy quieto, mantuvo la mirada fija en la mesa ante él. Permaneció así mientras Louis hojeaba el expediente. Contenía hojas mecanografiadas, fotografías e incluso transcripciones de conversaciones telefónicas.

—Es su historial —dijo el Coleccionista—. Su biografía: todos los asesinatos que pudimos rastrear, todas las pruebas que pudimos acumular contra usted. Por suerte, fue uno de los pocos documentos de los que Eldritch conservaba copia en lugar seguro. Ahí, si yo hubiera decidido usar el cuchillo contra usted, hay material más que suficiente para condenarlo. Si no salgo hoy sano y salvo de aquí, Eldritch se asegurará de que llegue una copia de esto al fiscal del distrito sur de Nueva York, el fiscal del condado de Nueva York, doce departamentos de policía distintos de todo el país y la División de Investigación Criminal del FBI. Servirá para llenar cualquier laguna molesta en las investigaciones de cualquiera de ellos.

El Coleccionista se relajó por primera vez. Se recostó en la silla y cerró los ojos.

—Como les he dicho, estoy cansado de la persecución —añadió—. Termina ahora. Me habría bastado con utilizar este material para obligarlos a rendirse, pero tengo la sensación de que debo compensarlos por lo que le ocurrió al señor Garner. Quiero que me prometan que la persecución ha acabado. Quiero a Cambion. Ustedes por su parte vengarán lo que le ha ocurrido al detective.

Louis y Angel se miraron. Louis advertía que Angel no deseaba pactar con ese hombre, pero el expediente había inclinado la balanza, y Angel, como él sabía, aceptaría cualquier acuerdo destinado a proteger a Louis. Acercarlos a aquellos que habían atentado contra la vida de Parker tendría que considerarse un extra.

—Trato hecho —dijo Louis.

—Si el detective sobrevive, doy por supuesto que la palabra de ustedes garantiza también su buena conducta —exigió el Coleccionista—. De lo contrario, nuestra tregua queda anulada.

—Entendido.

—La pareja que andan buscando son William y Zilla Daund. Viven en Asheville, Carolina del Norte. Tienen dos hijos, Adrian y Kerr. Los hijos desconocen ese segundo empleo de sus padres como asesinos a sueldo.

—¿Quién los contrató?

—Eso tendrán que preguntárselo a ellos.

—Pero usted lo sabe.

—Creo que el apellido Daund proviene del nordeste de Inglaterra: Durham, o posiblemente Northumberland. Dejo en manos de ellos cualquier otro detalle. Ahora me gustaría que cumplieran ustedes la segunda parte del acuerdo.

—Cambion está en Hunts Lane, en Brooklyn —respondió Louis—, suponiendo que no se haya trasladado ya. Está escondido en una botica antigua.

—¿Lo acompaña alguien?

—Un tal Edmund, un hombre enorme.

El Coleccionista se puso en pie.

—Entonces hemos acabado —dijo—. Les deseo suerte en su investigación.

Se abotonó el abrigo y rodeó la mesa.

—Y puede quedarse la carpeta —dijo a Louis al pasar por su lado—. Ahora ya tenemos más de una copia.

Lo dejaron marcharse, y se perdió entre el gentío de Lexington.

—He observado que no has mencionado la posibilidad de que haya una tercera persona en Hunts Lane con Cambion y su amigo —comentó Angel.

—No —dijo Louis—. Supongo que se me ha pasado.

Me hallaba sentado en un banco de madera pintado de blanco, a orillas de un lago. Estaba aterido, incluso con una chaqueta puesta, y tenía las manos en los bolsillos para mantener el frío a raya. A mi izquierda, en lo alto de una colina, estaba el centro de rehabilitación, una casa decimonónica con mansardas, rodeada de edificios de obra vista de una sola planta más recientes. Arboledas de coníferas bordeaban el lago, y habían retirado de la hierba la mayor parte de la nieve. Los jardines estaban tranquilos.

Todo estaba tranquilo.

Vi a mis pies una pequeña piedra negra de aspecto asombrosamente liso. Deseé tenerla en la mano. Me agaché a cogerla y descubrí que por debajo era defectuosa. Se había desprendido un fragmento, con lo que la cara inferior era desigual. Contemplé el agua quieta del lago y lancé la piedra. La superficie se resquebrajó como el hielo, pese a que no estaba helada. Las grietas se propagaron desde donde yo me encontraba y fracturaron primero el lago y después, más allá, los bosques y las montañas, hasta que por fin relámpagos negros hicieron añicos el mismísimo cielo.

Oí pasos a mis espaldas, y una mano se posó en mi hombro. Vi la alianza nupcial en uno de sus dedos. Recordé ese anillo. Recordé haberlo puesto en ese dedo ante un sacerdote. Ahora tenía rota una uña.

Susan.

—Sabía que no era real —dije.

—¿Por qué? —preguntó mi esposa muerta.

No me volví a mirarla. Tenía miedo.

—Porque no recuerdo cómo he llegado hasta aquí. Porque no ha habido dolor.

Y me refería a las heridas producidas por las balas, y a las heridas producidas por la pérdida.

—No tiene por qué haber más dolor —dijo ella.

—Hace frío.

—Lo hará durante un tiempo.

Ahora sí me di la vuelta. Quería verla. Seguía tal como era antes de que el Viajante le quitara la vida, y, sin embargo, estaba cambiada. Era algo más de lo que era antes, y a la vez algo menos.

Llevaba un vestido veraniego, porque allí, en ese lugar, siempre llevaba un vestido veraniego. El vestido era el mismo todas las veces que alcancé a verla, pero en esas otras ocasiones veía su cara en circunstancias muy distintas. El vestido estaba manchado de sangre, y sus facciones eran un revoltijo rojo. Yo nunca había sido capaz de reconciliar sus dos versiones.

Ahora volvía a ser hermosa, pero tenía una expresión distante en los ojos, la mirada en otra parte, como si mi presencia allí la hubiese apartado de asuntos más gratos y deseara volver a ellos lo antes posible.

—Lo siento —dije.

—¿Por qué?

—Por abandonarte. Por no estar cuando él fue a por ti.

—Habrías muerto con nosotras.

—Quizás habría podido impedírselo.

—No. Por entonces no eras tan fuerte, y él rebosaba ira..., tanta ira...

Hundió las uñas en mi hombro, y me vi transportado con ella de regreso a nuestra casa, y a su lado presencié el momento en que el Viajante se ensañaba con ella y con nuestra hija. Mientras ese individuo actuaba, se alzó detrás de él otra versión de mi esposa, temblorosa toda ella, su rostro una mancha sanguinolenta. Ese era el rostro que yo había visto antes. Esa era la esposa que deambulaba por mi mundo.

—¿Quién es esa mujer? —pregunté—. ¿Qué es?

—Es lo que queda. Es mi ira. Es todo mi odio y mi pesar, mi sufrimiento y mi dolor. Es aquello que te persigue.

Me acarició la mejilla. Le ardía la mano.

—Acumulaba mucha ira dentro de mí —dijo.

—Eso veo. ¿Y cuando yo me muera?

—Entonces también ella morirá.

Los restos de nuestra hija yacían de través sobre el regazo de su madre. Jennifer ya estaba muerta cuando el individuo empezó a hundir la hoja del cuchillo. Lo cual, supuse, era de agradecer.

—¿Y Jennifer?

Noté que vacilaba.

—Su caso es distinto.

—¿En qué sentido?

—Se mueve entre los dos mundos. Mantiene el otro a raya. Ella no te abandonaría, ni siquiera en la muerte.

—Me habla en susurros.

—Sí.

—Escribe en los cristales polvorientos de las ventanas.

—Sí.

—¿Dónde está ahora?

—Cerca.

Miré alrededor, pero no la encontré.

—Una vez la vi aquí, en esta casa.

Años después de finalizar las vidas de ambas, fui acosado en las habitaciones de esa misma casa, perseguido por dos amantes. Pero mi hija los esperaba: mi hija y la criatura surgida de la ira que intentaba controlar, pero a la que en aquella ocasión dio rienda suelta gustosamente.

—Me gustaría verla.

—Vendrá cuando esté preparada.

Observé al Viajante mientras seguía con sus incisiones. No había dolor.  
No para mí.

Estábamos otra vez ante el lago, reparadas ya las grietas y fisuras. Ese mundo frágil permanecía inalterado. Me hallaba de pie en la orilla. El agua no lamía la tierra. No formaba ondas.

—¿Qué debo hacer? —pregunté.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó ella.

—Creo que quiero morir.

—Pues muere.

No veía mi reflejo, pero sí el de Susan. En ese mundo era mi esposa muerta quien poseía sustancia, y yo quien carecía de ella.

—¿Qué pasará?

—El mundo seguirá adelante. ¿Creías que giraba en torno a ti?

—No sabía que en el otro mundo el sarcasmo fuera tan habitual.

—Hacía tiempo que no tenía motivos para recurrir a él. Tú no estabas aquí.

—Te quise, ya lo sabes.

—Lo sé. Yo también te quise.

Se le trabó la lengua cuando pronunció esas palabras, ajenas en su boca, pero percibí que algo se deshela muy dentro de ella al expresarlas en voz alta. Fue como si mi proximidad le recordara qué sentía un ser humano.

—Si te quedas aquí —dijo—, los acontecimientos se desarrollarán sin ti. El mundo será distinto. Tú no estarás presente para aquellos a quienes podrías haber protegido. Puede que otros ocupen tu lugar, pero ¿quién sabe?

—¿Y si vuelvo?

—Dolor. Pérdida. Vida. Otra muerte.

—¿Con qué fin?

—¿Estás preguntándome cuál es tu finalidad?

—Quizás.

—Tú sabes qué buscan ellos. Aquel Que Espera Detrás del Espejo. El Dios de las Avispas. El Dios Enterrado.

—¿Debo detenerlos?

—Dudo que puedas.

—¿Para qué debo volver, pues?

—No es que «debas». Si vuelves, será porque así lo has decidido, y protegerás a aquellos que quizá de lo contrario no tendrían protección.

Se acercó a mí. Sentí el calor de su aliento en mi cara. Olía levemente a incienso.

—Te preguntas por qué acuden a ti, por qué se sienten atraídos por ti esos seres caídos. —Pronunció esas palabras en susurros, como si temiera que alguien más la oyera—. Cuando pasas un rato cerca del fuego, hueles a humo. Esos seres no sólo

buscan a su Dios Enterrado. Buscan un fuego que desean apagar, pero no lo encuentran. Tú has estado cerca de ese fuego. Has estado en su presencia. Llevas impregnado su humo, y por eso acuden a ti.

Se apartó de mí. Su reflejo retrocedió y desapareció. Me quedé solo. Cerré los ojos. Cuando volví a abrirlos, mi hija estaba a mi lado. Puso la mano en la mía.

—Te noto frío —dijo Jennifer.

—Sí. —Se me quebró la voz.

—¿Te apetece dar un paseo, papá?

—Sí —contesté—. Me apetece mucho.

El bar librería Battery Park Book Exchange se hallaba en el centro de Asheville, en Carolina del Norte. Vendía libros raros y de segunda mano, a lo que Louis no tenía nada que objetar, y vino y champán, a lo que, si cabe, tenía aún menos que objetar.

La tal Zilla Daund participaba en un club de lectura en la tienda. Ella y otras cuatro mujeres hablaban de la biografía de Cleopatra escrita por Stacy Schiff, y acompañaban la charla de vino espumoso y la clase de aperitivo que pasaba por comida entre las mujeres delgadas y atractivas. Louis estaba sentado con una copa de pinot noir en la mano derecha y un ejemplar de *Max Perkins: Editor of Genius* de A. Scott Berg en el regazo. Eligió el libro de Berg porque Perkins había publicado a Thomas Wolfe, probablemente el hijo más famoso de Asheville, y Louis, que no soportaba la obra de Wolfe, intentaba comprender por qué Perkins se había tomado la molestia. Según dedujo tras leer los apartados pertinentes de la biografía de Berg, si la primera novela de Wolfe, *El ángel que nos mira*, resultaba mínimamente tolerable, era porque Perkins lo había obligado a eliminar más de 60.000 palabras. A juicio de Louis, aún le sobraban aproximadamente unas 499 páginas de las quinientas que tenía *El ángel que nos mira* en la edición de Scribner que había encontrado en la tienda.

Zilla Daund parecía una de esas mujeres que se tomaban muy en serio la lectura de libros sin entender realmente que esa actividad resultara también placentera. Su ejemplar de *Cleopatra* estaba marcado con estrechas tiras de Post-it de distintos colores, y Louis tenía la certeza de que en el interior había escrito palabras como «¡Interesante!», «Estoy muy de acuerdo» y «¡VIP!», al igual que una alumna de instituto abriéndose paso por primera vez entre las páginas de *El guardián entre el centeno*. Era esbelta y rubia, con la complexión de una corredora de fondo. Incluso podría habérsela considerado guapa si no fuera por un envejecimiento prematuro debido a la probable combinación de dos factores: una excesiva exposición a los elementos y una férrea determinación cuyo resultado era un ceño permanente en la frente y una rigidez en la mandíbula semejante a la de una serpiente a punto de atacar.

Louis llevaba observando a Daund desde hacía treinta y seis horas, pero hasta entonces no había estado tan cerca de ella. Era su manera de proceder: al principio a distancia, luego una gradual aproximación. Hasta el momento, por el breve seguimiento de la rutina de Zilla Daund que había llevado a cabo, parecía un ama de casa corriente, con una existencia moderadamente cómoda en una zona residencial. Esa mañana había ido al gimnasio del barrio, donde hizo ejercicio durante una hora antes de regresar a casa para ducharse y cambiarse; poco después del almuerzo acudió a su club de lectura. El día anterior había desayunado tarde con unos amigos, había ido de compras al centro comercial de Asheville, había visitado la librería de viejo Mr K, sita en River Ridge, y había cenado en casa con su marido y su hijo menor (el mayor, estudiante de segundo curso en la Universidad George Washington, estaba ausente). El menor contaba sólo dieciséis años, pero en el futuro inmediato no

iría a cenar a casa. En ese preciso momento se hallaba en la parte de atrás de una camioneta rumbo a lo más hondo del bosque nacional de Pisgah, adonde lo conducían dos hombres cuyo rostro ni siquiera había alcanzado a ver cuando lo raptaron. Debía de estar aterrorizado, pero a Louis el terror del chico no le preocupaba. Quería disponer de algo que utilizar contra los Daund si se resistían a hablar.

Entretanto, Angel permanecía cerca de William Daund, que era profesor del Departamento de Lengua y Literatura en la Universidad de Carolina de Norte en Asheville. Louis se habría apostado un dólar a que William Daund había leído *El ángel que nos mira* tantas veces que era capaz de recitar fragmentos de memoria. Probablemente, incluso le gustaba el libro. Louis estaba deseando matarlo.

Zilla Daund terminó de expresar su opinión sobre la crueldad de Cleopatra, que por lo visto incluía el sacrificio de sus propios parientes cuando la situación lo exigía. «Vivía en unos tiempos donde el asesinato y la traición eran habituales», dijo Daund a sus amigos. «No creo que matara porque le gustara. Mataba porque era la solución más eficaz a los problemas que le surgían».

Las otras mujeres se echaron a reír —esa era su Zilla, siempre trazando la línea más corta entre dos puntos, independientemente de qué o quién se hallara en el camino—, y Louis la observó mientras se reía con las demás. El grupo se dispersó. Louis volvió a centrar la atención en Maxwell Perkins. En una carta datada el 17 de noviembre de 1936, Perkins intentaba asumir el hecho de que Wolfe cortaba el vínculo con él. «Sé que nunca harás nada que no sea sincero», escribió Perkins a Wolfe, «ni nada que no consideres correcto».

Louis no podía por menos que admirar la fe de Perkins, aun cuando la considerara en último extremo equivocada.

—Arruinó a Thomas Wolfe, ¿sabía?

Louis alzó la mirada. Zilla Daund estaba de pie ante él, con el ejemplar de *Cleopatra* bajo el brazo izquierdo y la mano derecha oculta en un bolsillo del abrigo.

—A Hemingway y Fitzgerald les fue bien con él —dijo Louis—. No se puede ganar siempre.

No se permitió posar la vista en su mano derecha. Le sostuvo la mirada.

—No —dijo ella—, es posible. Disfrute del vino, y de su libro.

Se alejó, y Louis pensó: «Me ha descubierto, o eso cree». Daba igual. Si su marido y ella eran tan listos como Cambion y el Coleccionista creían, debían de haber descubierto enseguida que el detective privado a quien habían intentado matar era un caso aparte, y que los autores de la agresión no sólo serían perseguidos por la policía, sino también por hombres que no eran distintos de ellos. Quizá sencillamente no esperaban que dieran con ellos tan pronto, si es que daban con ellos. Louis se preguntó si Cambion los había prevenido ya.

Telefoneó a Angel mientras la observaba cruzar la calle en dirección al aparcamiento.

—¿Dónde está él?

—En su despacho —contestó Angel—. Ha estado de tutorías toda la mañana, y ahora va a dar una clase hasta las cuatro.

—Si la cancela, avísame.

—¿Por qué?

—Creo que la mujer está asustada. Si no me equivoco, se pondrá en contacto con él. ¿Sabes dónde tiene aparcado el coche?

—Sí.

—Vigila el coche.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Yo me ocuparé de la casa. Tú quédate con el marido. Ah, otra cosa.

—¿Qué?

—¿Has leído *El ángel que nos mira*?

—Joder, no. Debe de tener mil páginas. ¿Por qué iba a hacer una cosa así?

—Ya sabía yo que me gustabas por alguna razón —dijo Louis.

—¿Ah, sí? —respondió Angel—. Bien, si a mí se me ocurre alguna a cambio, ya te lo diré.

Louis venía anticipándose a la mujer ya desde el principio. Había dejado el coche ante un parquímetro justo enfrente de la librería, de modo que en cuanto ella se perdió de vista, dejó el dinero para pagar el vino y regresó a su coche. Angel ya había desactivado la alarma de la casa ese día un rato antes, en cuanto tuvo la certeza de que William Daund estaba atado a su despacho por las tutorías. Eso significó que cuando Zilla Daund entró en la casa, Louis estaba esperándola. Pronunció una única palabra a la vez que dejaba la bolsa en el suelo, viendo la calibre 22 con silenciador de Louis a unos centímetros de su cabeza.

—Joder.

—Prefiero «jodido» —dijo Louis—. Y por cierto, para que conste, se equivoca sobre Maxwell Perkins.

Cerró la puerta con el pie y se apartó un paso de ella.

—¿Sabe de qué va esto? —preguntó.

—El encargo de Maine.

—¿Alguien la ha avisado de que cabía esperar problemas?

—Lo sabíamos ya por la conmoción posterior, pero recibimos una llamada.

—¿De Cambion?

Ella no respondió.

—No es para que le sirva de consuelo, pero la información sobre ustedes nos la pasó él —dijo Louis—. No toda, pero fue el punto de partida.

—Como usted mismo ha dicho, nos han jodido.

—Sí, en efecto. Suelte el bolso.

Un bolso enorme colgaba de su hombro izquierdo. Él la había observado antes mientras ella bebía vino, y sabía por tanto que era diestra, incluso antes de que le hablara con esa mano oculta, probablemente empuñando un arma apuntada hacia él.

Louis dedujo que ella llevaba encima un arma como mínimo, y quizás otra en el bolso.

—Si va armada, es mejor que me lo diga ahora.

—En el bolso.

—Pero ¿y qué hay del bolsillo derecho del abrigo?

—Vaya.

Louis retrocedió y le indicó que se desprendiera del abrigo y lo dejara deslizarse. Cayó al suelo con un ruido sordo.

—¿Lleva algo más?

—No tengo inconveniente en que me registre.

—Estamos por debajo de la línea Mason-Dixon. Aquí los hombres de color debemos llevar cuidado con las mujeres blancas. Preferiría que me lo dijera usted misma.

—En el cinturón, a la izquierda.

—¿Esperaba que estallara una guerra?

—Vivimos en un mundo peligroso.

Vestía una rebeca holgada bajo una chaqueta ligera, de esas que podían ocultar un arma fácilmente.

—Utilice la mano izquierda —ordenó Louis—. Sólo el pulgar y el índice. Despacio.

Zilla Daund bajó la mano izquierda, se apartó la chaqueta con el antebrazo y con la palma de la mano se levantó la rebeca dejando el arma a la vista. Parecía un Smith & Wesson 642 sin percutor de calibre 38.

—Esto resulta incómodo —dijo ella—. La funda está muy ajustada.

Louis la vio tensarse y se le adelantó por un segundo. Con gran rapidez, ella se contorsionó a la vez que levantaba la mano derecha para golpearlo; pero para entonces la culata del arma de Louis iba ya camino de su sien derecha. Siguiéndola hasta el suelo, Louis arrancó el Smith & Wesson de la funda y lo arrojó a un lado. Ella estaba atontada pero consciente. Louis mantuvo el arma en contacto con la base de su cuello mientras le bajaba la chaqueta y la rebeca hasta los codos para inmovilizarle los brazos y a continuación la cacheaba de arriba abajo. Pese a que la mujer llevaba los vaqueros muy ceñidos, Louis comprobó igualmente que no llevara oculta una navaja. Al terminar, la soltó y la observó mientras se arreglaba la ropa. Buscó el móvil de ella y se lo entregó.

—Llame a su marido —dijo.

—¿Por qué?

Parecía aturdida, pero Louis pensó que tal vez exageraba en atención a él. Le permitió incorporarse y apoyar la espalda contra la pared, pero insistió en que mantuviera las piernas extendidas y las manos apartadas del cuerpo. Eso le dificultaría el movimiento si pretendía levantarse para intentar agredirlo otra vez. Louis no se hacía falsas ilusiones respecto al peligro que entrañaba esa mujer.

—Porque me consta que ha llamado a su marido después de hablar conmigo en la librería. Supongo que él está esperando el aviso de que no hay moros en la costa.

Angel había telefoneado a Louis cuando este ya tenía la casa a la vista para decirle que William Daund se había puesto en marcha. «Deja que venga», había indicado Louis.

Louis aguardó mientras ella entraba en «Llamadas recientes» y buscaba «Bill». Él le rozó la sien izquierda con el cañón de la pistola cuando la vio vacilar antes de pulsar el botón de llamada.

—Si sé que su marido viene hacia aquí, puede usted deducir que no trabajo solo. Alguien sigue a su marido. Si lo pone sobre aviso de alguna manera, lo sabremos. Esto no tiene por qué acabar mal para ustedes.

Ella fijó la mirada en él. Cualquier efecto del golpe en la cabeza, real o fingido, había desaparecido casi por completo.

—Los dos sabemos que eso no es verdad —repuso ella—. Le he visto la cara.

—Señora —dijo Louis—. Ahora mismo no se imagina lo mucho que pueden empeorar las cosas para usted y su familia.

Fue la mención de su familia lo que hizo mella en Zilla Daund. Aquello no sólo tenía que ver con ella y su marido.

—Joder —repitió en voz baja.

—Si le preocupaba tanto la seguridad de sus hijos, quizá debería haber elegido otro oficio —comentó Louis—. Haga esa llamada. Suba el volumen, pero no ponga el teléfono en modo altavoz.

Ella obedeció.

—¿Zill? —contestó su marido.

—Estoy en casa —dijo ella—. Pero es necesario que hablemos de todos modos.

—Por teléfono no. Voy de camino.

—De acuerdo. Pero date prisa.

La comunicación se cortó.

—Zill y Bill —dijo Louis—. Entrañable.

Ella no respondió. Louis percibió que calculaba, que intentaba deducir qué opciones tenía. Al cabo de unos segundos sonó el teléfono de Louis.

—Angel.

—Está a cinco minutos de ahí.

—Quédate lo más cerca posible.

—Entendido.

Louis siguió encañonando a Zilla Daund.

—Entre en la cocina arrastrándose boca abajo —ordenó—. Ya.

—¿Cómo?

—Si intenta ponerse de pie, la mato.

—Es usted un animal.

—Ahora sólo pretende ofenderme —dijo Louis—. A la cocina.

Sin dejar de apuntarla, permaneció detrás de ella mientras se arrastraba por el suelo. La cocina, con una mesa y cuatro sillas a juego en el centro, era en su mayor parte de nogal. Cuando Zilla Daund llegó a la mesa, Louis le indicó que se levantara lentamente y tomara asiento de cara a la puerta. Cogió una taza de un estante y la colocó ante ella. La cocina se extendía a todo lo ancho de la casa y una puerta comunicaba con un amplio salón que disponía de un espacio destinado al comedor en un extremo. Entre la mesa y la puerta había un frigorífico y una alacena con conservas. Fue allí donde Louis se apostó. No veía la puerta de la calle, pero sí veía a la mujer.

Oyó detenerse un coche ante la casa y al cabo de un minuto poco más o menos el sonido de una llave en la cerradura de la puerta. Ese era el momento. Era entonces cuando Zilla Daund prevendría a su marido.

La puerta se abrió. Ocurrieron tres cosas casi simultáneamente.

Zilla Daund pronunció el nombre de su marido a voz en cuello y se arrojó al suelo.

William Daund alzó el arma que ya empuñaba y se preparó para disparar.

Y Angel apareció detrás de William Daund y lo mató de un único tiro silenciado en la nuca. A continuación Angel entró en la casa y cerró la puerta. No miró el cadáver de Daund al pasar por encima. No era por insensibilidad. Sencillamente no quería ver lo que había hecho. Lanzó un vistazo a la calle desde la ventana del salón, pero no advirtió la menor señal de que alguien hubiese presenciado lo sucedido. Aunque, por otro lado, no lo sabrían con certeza a menos que la policía se plantara ante la puerta. Debían actuar deprisa.

Cuando se reunió con Louis en la cocina, Zilla Daund estaba de pie junto al lavadero. Seguía encañonada por Louis, pero sostenía un cuchillo de cocina enorme en la mano. No estaba claro contra quién pretendía arremeter, pero las cosas no acabarían bien si decidía utilizarlo contra cualquiera de los presentes, incluida ella misma.

—Desde el principio su intención era dejar vivo sólo a uno de nosotros —dijo ella.

—No —respondió Louis—. Mi intención era no dejar vivo a ninguno. Sencillamente el primero que entrara en la casa iba a vivir más tiempo.

Zilla Daund se colocó la punta del cuchillo en la garganta.

—Se irán de aquí sin nada —dijo.

—Antes de hacer eso —recomendó Louis—, debería telefonar a su hijo.

Dejó el teléfono móvil en la mesa y lo deslizó cuidadosamente hacia el extremo más cercano a Zilla. Bajó el arma. Angel lo imitó. Zilla Daund se aproximó a la mesa. Cogió el teléfono. Aparecía un nombre en la pantalla: Kerr, su hijo menor.

Llamó a ese número. El chico contestó.

—¿Kerr? —dijo.

—¿Mamá? ¿Mamá?

—Kerr, ¿estás bien?

—No sé dónde estoy, mamá. Unos hombres se me han echado encima y hace horas que vamos en una camioneta. Mamá, tengo miedo. ¿Qué ocurre?

—No te pasará nada, cariño. Es todo un gran error. Esos hombres están a punto de soltarte. Te quiero.

—¿Mamá? ¿Qué...?

Zilla Daund cortó la comunicación. Dejó el cuchillo en el tajo. Se mordió el labio inferior y cabeceó. Tenía la mirada en otra parte. Una lágrima rodó por su mejilla, pero era imposible saber si la derramaba por su hijo, por su marido o por sí misma.

—¿Tengo su palabra? —preguntó.

—Lo soltaremos ileso —respondió Angel. Eso no le gustaba. No le gustaba en absoluto. Amenazar a niños era ajeno a su naturaleza. Era necesario, pero no por eso estaba bien.

—¿Cómo puedo confiar en ustedes? —preguntó Zilla Daund.

—Sin querer exagerar lo evidente —respondió Louis—, no tiene muchas opciones. Pero imagino que Cambion le ha hablado de nosotros, y puede que entretanto haya averiguado alguna cosa más.

—Hemos hecho alguna que otra llamada —reconoció ella.

—¿Y?

—Si hubiésemos sabido de su existencia, los habríamos matado antes de ir a por el detective.

—Qué ambiciosos.

—Y precavidos.

—No. Si hubiesen sido precavidos, habrían hecho antes los deberes.

Zilla Daund le dio la razón.

—¿Quién les encargó el asesinato del detective? —preguntó Louis.

—Hayley Conyer.

—¿Quién es Hayley Conyer?

—La primera concejal del pueblo de Prosperous, en Maine.

—¿Por qué?

—No lo pregunté, pero todo lo que hace Hayley es por el bien del pueblo.

—¿Matan para alguien más?

—No, sólo para ella.

—¿Por dinero?

—Ella paga, pero la habríamos ayudado de balde si hubiese sido necesario. Somos del pueblo desde hace generaciones.

—¿Quién más lo sabía?

—Morland, el jefe de policía. El pastor Warraner. El resto del consejo municipal.

—¿Mataron a un indigente llamado Jude en Portland y simularon que era un suicidio?

—Sí.

—¿Y a su hija?

—No.

—¿Qué tiene de tan especial Prosperous? —preguntó Angel.

Zilla Daund adoptó una extraña mueca de determinación que Louis había percibido ya en la librería, con los dientes apretados, los labios un poco separados.

—No van a sacarme nada más —declaró.

—Ha vendido a su pueblo muy fácilmente —dijo Louis.

—No lo he vendido en absoluto —respondió Zilla Daund—. Prosperous se los comerá vivos.

Louis le descerrajó dos tiros. Ella se estremeció en el suelo de la cocina durante un rato antes de morir. Louis se acercó a la ventana delantera y echó una ojeada. Ya oscurecía. Todas las casas de esa moderna comunidad dormitorio ocupaban amplias parcelas demarcadas por setos y árboles. En algunas se veía luz, pero no se veía un alma en la calle. Louis se preguntó cómo podía vivir alguien en una urbanización así, de casas prácticamente idénticas y terrenos bien delineados, concebidas las pequeñas diferencias en los detalles o el aspecto para crear una falsa impresión de individualidad. Quizá matar a gente era el único recurso que les quedaba a los Daund para no volverse locos.

De haber dispuesto de más tiempo, habrían registrado la casa, pero Angel estaba nervioso. Sacó del bolsillo de la cazadora dos frascos de ácido carbónico, o fenol licuado. Louis y él volvieron sobre sus pasos a través de la casa rociándolo todo con el ácido. El fenol era un útil contaminante de las muestras de ADN. En cuanto acabaron, abandonaron la casa y regresaron a sus coches. Los dos tenían matrículas adhesivas falsas sobre las originales. Sólo tardaron unos segundos en retirarlas y fundirlas con una llama. Louis telefoneó a los captores de Kerr Daund, pero les indicó que no lo soltaran hasta la mañana siguiente, momento en el cual Angel y Louis estarían muy lejos de Asheville, Carolina del Norte, pero considerablemente más cerca de Prosperous, Maine.

No fueron de inmediato a Prosperous. Louis y Angel prefirieron esperar y elaborar un plan.

Alquilaron un apartamento en Portland, en Eastern Promenade, a nombre de una de las empresas inactivas de Louis. Celebraron sucesivas reuniones en el despacho de Dave Evans, al fondo del Great Lost Bear, que hizo la vista gorda y al final se resignó a ocuparse de su papeleo en un reservado cerca de la barra.

Prosperous recibió la visita de un par de hombres de negocios japoneses y sus mujeres, que se granjearon la simpatía de todos aquellos a quienes conocieron con su cortesía y su entusiasmo. Tomaron muchas fotografías, pero eso era de esperar en turistas del Lejano Oriente. Reaccionaron con buen humor incluso cuando les impidieron el acceso al cementerio que rodeaba la vieja iglesia. El terreno no era seguro, les dijeron, pero existía el proyecto de marcar un recorrido entre las lápidas hasta la propia capilla. Quizá la próxima vez, si volvían.

Y una noche, poco después de la llegada de Angel y Louis a Portland, Ronald Straydeer se presentó en el Great Lost Bear. Ronald rara vez frecuentaba los bares de la ciudad cuando bebía, y ahora que había dejado el alcohol no tenía ningún motivo para visitarlos, pero Angel y Louis preferían atender sus asuntos lejos de su apartamento, porque cuantos menos supieran de su existencia, tanto mejor. La reunión con Ronald se concertó por mediación de Rachel Wolfe, ya que Ronald no conocía ninguna otra forma de ponerse en contacto con los dos hombres a quienes buscaba. Había dejado un mensaje para Rachel en el hospital donde el detective seguía en coma. En su breve nota, Ronald sólo le pedía que lo telefonara. Rachel había visto a Ronald un par de veces cuando aún vivía en Scarborough, así que sabía quién era, y recordaba el respeto mutuo existente entre él y su antiguo amante. Cuando él le explicó que deseaba acceder a Angel y Louis, se limitó a transmitirles el mensaje sin hacer ninguna pregunta. Al recibir por fin la llamada de Angel, Ronald sólo dijo lo siguiente: «Vi algo en Prosperous, algo malo».

Y Angel supo que estaban a punto de obtener otra pieza del rompecabezas.

Ante un café en el despacho del fondo, Ronald contó a Angel y Louis lo que había presenciado: una chica engullida por la tierra al pie de una vieja iglesia mientras un grupo de personas de cierta edad, acompañadas por un pastor y un policía, observaban inmóviles. Si los dos hombres se sorprendieron ante el relato, no lo exteriorizaron. Si lo recibieron con escepticismo, Ronald no detectó la menor señal.

—¿Qué cree que le pasó a esa chica? —preguntó Louis.

—Creo que algo la arrastró bajo tierra —contestó Ronald.

—¿Algo? —dijo Louis.

Ronald interpretó aquello como un primer asomo de duda, pero se equivocaba. Enseguida comprendió que esos dos hombres habían visto y oído cosas aún mucho

más extrañas.

—No es suficiente —prosiguió Louis—. Necesitamos más. No podemos actuar a ciegas.

Ronald también había pensado en eso. Había rebuscado en su memoria tradiciones tribales —el culto al cedro de los cherokees, basado en la creencia de que el Creador insufló a ese árbol el espíritu de aquellos que perecieron en los tiempos de la noche eterna; los canotila, o duendes que vivían en los árboles de los lakotas; el relato de la creación del hombre a partir de la corteza del fresno, según los abenakis; y los mikum-wasus, los moradores del bosque concebidos por su propio pueblo, los penobscot—, pero no encontró en esos mitos ninguna explicación para lo que había visto. Imaginó un gran árbol invertido, su copa deshojada hundida a gran profundidad en el suelo, el tronco por debajo de las raíces, que se contraían y sondeaban, que se abrían paso a través de la tierra hacia el aire; y en el centro, rodeada de los cascarones vacíos de chicas muertas, había una entidad procedente de un lugar lejano, un espíritu que tiempo atrás se filtró en las piedras de una vieja iglesia y viajó con ella cuando esta cruzó mar y tierra, y luego, una vez reasentados los cimientos de esa iglesia, pasó de nuevo al suelo, creando una forma para sí con madera y savia. Pero lo corroía una duda sobre la naturaleza de ese ser, ya que él creía que los hombres creaban a los dioses en igual medida, si no más, que los dioses creaban a los hombres. Si ese dios antiguo existía, era porque había hombres y mujeres que, con sus creencias, le permitían existir. Lo alimentaban, y el dios, a su vez, los alimentaba a ellos.

Ronald sacó de su chaqueta un fajo de fotocopias y las dejó ante Angel y Louis. Las imágenes mostradas en ellas no tenían fecha, pero representaban las cabezas talladas que podían verse dentro y fuera de la capilla de la Congregación de Adán antes de Eva y Eva antes de Adán. Había encontrado las fotos enterradas en los archivos del Centro de Historia de Maine, y luego, sin saberlo, había llevado a cabo una investigación similar a la del detective, contemplando imágenes de cabezas foliadas que decoraban las iglesias y catedrales de la Europa occidental. Los ingleses llamaban a esa representación «Hombre Verde», pero su origen era muy anterior, estaba datado más de mil años antes de acuñarse el nombre y su espíritu era más antiguo aún. Cuando llegaron los primeros hombres, eso los esperaba ya entre los árboles, y su imagen se formó en las mentes de esos hombres: un rostro humano representado con madera y hojas.

—Puede que tenga este aspecto —dijo Ronald.

Angel cogió una de las fotos. Era el rostro del invierno, el más descarnado y hostil de los semblantes que adornaban la iglesia de Prosperous. Se acordó de lo que Ross les había dicho allá en Brooklyn: daba igual si una cosa existía o no. Lo que importaba era los problemas que causaban quienes creían en su existencia.

—Ha hablado de raíces —dijo.

—Sí —contestó Ronald—. Creo que unas raíces tiraron hacia abajo de la chica.

—Raíces y ramas —dijo Angel—. Madera.

—¿Y qué hace la madera? —preguntó Louis.

Angel sonrió al contestar:

—Arde.

Los asesinatos de Asheville no pasaron inadvertidos en Boston, ya que la gente de Garrison Pryor había seguido pistas similares a las de Angel y Louis, aunque de manera un poco más discreta. Las muertes de William y Zilla Daund no hicieron más que confirmar lo que Pryor empezaba a sospechar: que el atentado contra la vida del detective obedecía a una orden procedente de la localidad de Prosperous. De eso se desprendía que la decisión de dejar la marca de los Creyentes en el lugar del hecho también se había tomado allí, lo que significaba, en definitiva, que Pryor podía achacar al pueblo la culpa de todos sus problemas actuales.

Prosperous rara vez había molestado a Pryor hasta ese momento. Era una comunidad aislada, y él nunca había visto razón alguna para entrometerse, siempre y cuando llevara a cabo sus actividades discretamente. Ahora el propio aislamiento del pueblo —su negativa a reconocer su relación con el mundo más amplio y el posible impacto de sus decisiones en aquellos que vivían fuera de los límites municipales— y la dedicación de sus protectores a conservarlo a toda costa habían alterado ese equilibrio.

Prosperous, con sus actos, había hecho inevitable el castigo.

La llamada llegó a través del móvil de Angel: era un número desconocido. Louis se extrañó de no sorprenderse más cuando, después de entregarle Angel el teléfono, oyó la voz del Coleccionista.

—Impresionante —dijo el Coleccionista—. Para ser sincero, me preguntaba si Cambion no iba bien encaminado al apostar todo por ellos, pero es evidente que no eran profesionales tan consumados como él creía.

—Creo que habían perdido facultades a fuerza de ir matando indigentes —comentó Louis.

—Bueno, no sólo han matado indigentes, pero no discrepo. Nadaban en un estanque pequeño.

—¿Cómo supo de ellos?

—Por un proceso de eliminación. Indagué por ahí y me enteré de que Parker había estado metiendo la nariz en los asuntos de Prosperous. Cabía la posibilidad de que Prosperous no tuviera nada que ver, pero Cambion dejó claras las cosas. Hacía mucho tiempo que estaba interesado en esa pareja, los asesinos de confianza del pueblo.

—Podría habérselo dicho sin más. Podría habernos dado el nombre del pueblo sin más.

—Pero ¿qué gracia tendría eso? Y yo a usted lo conozco, Louis, quizá más de lo que se conoce a sí mismo. Es meticuloso. No le gusta actuar antes de llenar todas las lagunas. ¿Qué información consiguió por medio de los Daund? ¿Sólo Prosperous, o algo más? Ah, ya, nombres: le proporcionaron nombres. No se habría marchado de allí sin eso. ¿Me equivoco?

Louis dejó su vaso de zumo de naranja. Acababa de empezar a leer la sección de negocios del *Times*, pero advirtió de pronto que todo interés que hubiera podido tener en el periódico o, de hecho, en el zumo de naranja se había disipado en gran medida.

—Un nombre —admitió—. La mujer me dio un nombre.

—Hayley Conyer.

—Mierda.

—Vaya, a esa mujer no le gustaría oírle emplear ese vocabulario —dijo el Coleccionista—. Es una mujer temerosa de dios, «dios» con minúscula, dicho sea de paso.

—¿Está interesado en ella? ¿Quiere invitarla a salir?

—Es muy vieja.

—Disculpe, pero me temo que no tiene usted mucho donde elegir.

—No se haga el gracioso. Es una mujer interesante, y Prosperous es un pueblo fascinante. Le gustará.

—¿Ella figura en su lista?

—Desde luego.

—¿Por qué no la ha eliminado, pues?

—Porque no sólo figura ella, sino todo el pueblo. Y desde hace generaciones. Para ajustar las cuentas con Prosperous por sus pecados, tendría que desenterrar huesos acumulados a lo largo de siglos y quemarlos en una pira. Habría que prender fuego al pueblo entero, y eso no está a mi alcance.

Louis lo comprendió.

—Pero sí al nuestro.

—Sí.

—¿Por qué habríamos de destruir un pueblo entero?

—Porque actuó en connivencia en el atentado al detective, y si no lo borran de la faz de la tierra, las generaciones futuras mantendrán sus tradiciones, y esas tradiciones son muy, muy feas. Prosperous es un pueblo voraz.

—¿Quiere, pues, que le hagamos el trabajo sucio? Váyase a la mierda.

—No sea así —dijo el Coleccionista—. Se lo pasará bien, se lo garantizo. Ah, y préstele especial atención a la iglesia de esa gente. Las llamas no bastarán. Tendrán que cavar mucho más hondo y destruirla con algo mucho más potente.

Louis intuyó que la conversación tocaba a su fin.

—Oiga, ya que estamos en tan buena armonía y tal, dígame, ¿ha encontrado a su amigo Cambion?

El Coleccionista se hallaba en la botica de Blackthorn. Sostenía un cuchillo. En la

hoja había sólo una pizca de sangre.

—Lamentablemente, por lo que veo, decidió marcharse antes de que tuviéramos ocasión de conocernos mejor.

—Lástima.

Y lo dijo en serio.

—Sí, lo es —convino el Coleccionista, y también lo decía en serio.

Pasaron unos segundos.

—Usted me dijo que vivía aquí con alguien más —recordó el Coleccionista.

—Sí, un hombre grande. Vestido de amarillo. Inconfundible.

—¿Y nadie más?

—No, que yo sepa.

—Mmm.

El Coleccionista contempló los restos parciales de una ruina de ser humano que yacía en una camilla ante él. El hombre no tenía ojos, ni orejas, ni lengua. También le faltaban casi todos los dedos de las manos y de los pies. Donde antes tenía el órgano viril ahora, tras la castración, sólo quedaban unos puntos de sutura. El Coleccionista lo había matado por compasión.

—¿Sabe qué? —dijo—. Creo que posiblemente he encontrado al médico desaparecido del señor Cambion. No se olvide de mandarme una postal desde Prosperous.

El Coleccionista colgó. Angel apartó la vista del *Portland Press Herald* y miró a Louis.

—¿Qué pasa? ¿Ahora sois de lo más amigos?

Louis dejó escapar un suspiro.

—¿Sabes qué? —dijo—. A veces pienso que ojalá no hubiera oído nunca el nombre de Charlie Parker...

Garrison Pryor se hallaba sentado en un rincón tranquilo del Museo Isabella Stewart Gardner de Boston. Veía el interior de la sala contigua, de modo que sabía que nadie lo oía ni lo observaba. Desde la visita del FBI a la sede de su empresa, estaba cada vez más preocupado por la vigilancia, hasta el punto de la paranoia. Ya no hacía ni recibía llamadas delicadas en espacios abiertos ni a través de las líneas de la oficina, y menos cuando trataba con el Patrocinador Principal. Ahora el Patrocinador más importante, para disponer de un móvil fiable, cambiaba de número a diario, pero por lo demás habían retomado un método primitivo pero prácticamente indetectable para comunicarse información confidencial —como, por ejemplo, los nuevos números de móvil—, un simple código basado en la edición en papel del *Wall Street Journal*: página, columna, párrafo, línea. Para muchos Patrocinadores ya de cierta edad, esta rutina casi era tranquilizadora, y Pryor pensaba que algunos quizá fueran partidarios de mantenerla cuando el FBI se cansara de buscar infracciones imaginarias de la

normativa financiera.

La atención del FBI era irritante y molesta, pero poco más que eso. Pryor Investments había aprendido de errores pasados y ahora era sumamente escrupulosa en sus prácticas empresariales. Por supuesto, la compañía era sólo una fachada: una fachada en pleno funcionamiento y lucrativa, pero fachada al fin y al cabo. La verdadera maquinaria de los Patrocinadores era imposible de rastrear, por lo oculta que estaba desde hacía mucho tiempo en empresas establecidas, en bancos y fundaciones, en organizaciones benéficas y religiosas. Daba igual que el FBI y sus aliados malgastaran su energía en Pryor Investments. Debía reconocerse que era una lástima que el detective privado de Maine se hubiera interesado en Pryor Investments ya desde el comienzo. Aquello fue mala suerte, y nada más. Pero era evidente que el detective había hablado con otros acerca de sus sospechas, razón por la cual el FBI había acabado ante la puerta de Pryor. Pero no encontrarían nada, y al final desviarían su atención hacia otra parte.

Ahora, en el silencio del museo, hablaba por teléfono con el Patrocinador Principal.

—¿Quién mató a la pareja de Asheville?

—No lo sabemos con certeza —contestó Pryor—. Pero creemos que fueron los asesinos de confianza de Parker.

—Tuvieron la habilidad de encontrar algo que para nosotros había sido imposible.

—Nos faltaba poco —dijo Pryor—. La sangre de los Daund estaba recién derramada en el suelo de su casa cuando conseguimos sus nombres.

—En ese caso nos ahorraron la molestia de matar nosotros mismos a los Daund.

—Sí, supongo. Y ahora ¿qué?

—¿Ahora? Nada.

Pryor se sorprendió.

—¿Qué pasará con Prosperous?

—Dejaremos que los amigos de Parker acaben lo que han empezado. ¿Por qué habríamos de intervenir si van a hacer el trabajo por nosotros? —El Patrocinador Principal soltó una carcajada—. Ni siquiera tendremos que pagarles.

—¿Y luego?

—Todo seguirá como de costumbre. Hay unas minas que tiene usted que adquirir.

«Sí», pensó Pryor. «Sí, tengo eso pendiente».

Lucas Morland se sentía como si hubiera envejecido años en cuestión de días, pero por primera vez empezaba a creer que Prosperous saldría del paso, al menos por lo que a las fuerzas del orden se refería. La policía del estado de Maine no se ponía en contacto con él desde hacía cuarenta y ocho horas, y sus investigadores ya no hostigaban al pueblo. Cierta versión empezaba a arraigar: Harry Dixon, que padecía una depresión y problemas económicos, mató a su mujer, a la hermanastra de esta y a su marido y, presuntamente, a su sobrina, antes de volver el arma contra sí mismo. En la búsqueda exhaustiva del pueblo y los alrededores, no se encontró el menor rastro de Kayley Madsen. La policía del estado incluso había llevado a cabo una exploración no muy entusiasta en el cementerio bajo la mirada atenta del pastor Warraner. El único momento tenso tuvo lugar cuando se descubrió tierra removida cerca del muro de la iglesia, pero la posterior excavación no reveló más que los restos de algún tipo de madriguera, o eso se creyó, demasiado estrecha a todas luces para enterrar el cadáver de una joven.

Por otro lado, estaba el asunto del detective. Tras el atentado fallido, tal como Morland había vaticinado, se produjo una serie de virulentas convulsiones que culminaron con el asesinato de los Daund. Morland ignoraba cómo fue localizada la pareja. Ignoraba asimismo si esta guardó silencio al morir o si lo confesó todo ante sus asesinos para salvarse o, más probablemente, para salvar a su hijo, que se hallaba retenido mientras mataban a tiros a sus padres en su propia casa. En el mejor de los casos, quienes buscaban venganza por el intento de asesinato del detective estaban ahora sólo a un paso de Prosperous. Morland había intentado hacer entender a Hayley Conyer y los demás el peligro en que se hallaban, pero no se habían atendido a razones. Creían haber actuado para proteger al pueblo, y que el pueblo a su vez los protegería a ellos. ¿Por qué no iba a protegerlos? Al fin y al cabo, le habían ofrendado una chica.

Ahora estaba de nuevo en casa de Conyer, sentado a la misma mesa en el mismo comedor, tomando té de las mismas tazas. El sol penetraba entre los árboles. Era el primer día cálido de verdad desde hacía meses. En el aire cristalino resonaban los chasquidos de la nieve y el hielo al fundirse, como los tictacs de relojes que se oían tenuemente.

—Has hecho bien las cosas, Lucas —dijo Conyer entre sorbo y sorbo de té. Morland apenas había probado el suyo. Cada minuto que se veía obligado a pasar en presencia de Conyer le generaba un profundo malestar—. No creas que el consejo no valora tus esfuerzos.

Estaba allí sólo porque Kinley Nowell, el viejo cabrón, por fin había entregado el alma. Había muerto esa madrugada entre los brazos de su hija. Fue un fallecimiento más plácido del que merecía. Por lo que se refería a Morland, Kinley Nowell no era precisamente la encarnación de la bondad humana, incluso para lo que corría en un

pueblo que echaba a un hoyo en la tierra a mujeres jóvenes a modo de alimento.

Pero la muerte de Nowell también había proporcionado a Morland la que acaso fuera su última oportunidad para inculcar cierta sensatez a Hayley Conyer. El consejo necesitaría un sustituto, pero ella había vetado la propuesta de reemplazar a Nowell por la joven abogada Stacey Walker, pese a que la mayoría de los miembros del consejo estaban a favor. Conyer, por su parte, se mantenía firme en la candidatura de Daniel Cooper, que no era mucho más joven que Nowell en el momento de su muerte. Este se contaba entre los ancianos del pueblo más obstinados y estrechos de miras, y además profesaba una admiración por Conyer rayana en la imbecilidad. Aun después de todo lo ocurrido, Conyer seguía intentando consolidar su posición.

—Sólo necesitamos permanecer unidos durante un tiempo más —prosiguió Conyer—, y todo esto habrá pasado.

Ella sabía cuál era la razón de la visita de Morland, pero no estaba dispuesta a dejarse apartar de su trayectoria. Ya le había comunicado que, a su juicio, Stacey Walker era demasiado joven, demasiado inexperta, para incorporarse al consejo. Los tiempos difíciles exigían cabezas maduras, dijo ella. Morland no sabía si ella se acababa de inventar la frase o si era realmente un dicho, pero, en cualquier caso, lo rechazó por completo. Eran cabezas maduras las que los habían metido en todos esos problemas ya de entrada. El pueblo necesitaba partir de cero. Pensó en Annie Broyer y en una pregunta que había acudido a su mente cuando Harry Dixon y él la enterraron en una fría noche.

«¿Qué pasaría si dejáramos de alimentarlo?»

«Cosas malas», habría contestado Hayley Conyer de haber estado allí. Habría aducido las desgracias padecidas por Prosperous recientemente —las muertes de aquellos chicos en Afganistán, las de Valerie Gillson y Ben Pearson— y habría dicho: ¡Ahí tienes! ¿Ves lo que pasa cuando no cumples con tus obligaciones para con el pueblo?

Pero ¿y si eso no era más que un mito en el que, erróneamente, habían decidido creer? ¿Y si su viejo dios dependía más de ellos que ellos de él? Era su fe lo que otorgaba poder a ese dios. Si lo privaban de la fe, ¿qué ocurriría?

¿Un dios podía morir?

Dejemos que el pueblo sufra las desgracias que le toquen en suerte. Dejemos que asuma sus riesgos junto con el resto de la humanidad, para bien o para mal. Le sorprendía lo mucho que le había afectado el destino de Kayley Madsen. Había oído historias, claro está. Su propio padre lo había preparado para eso, y creía saber por tanto qué esperar. Sin embargo, no estaba preparado para la realidad. Era la velocidad con que había sucedido todo lo que más lo obsesionaba, lo deprisa que la chica había sido engullida por la tierra, como por arte de magia.

Si dependiera de Morland, dejarían de alimentar a su viejo dios.

Pero Hayley Conyer se interponía. Conyer, y los otros como ella.

—Debemos superar nuestras antiguas discrepancias y mirar al futuro —dijo

Conyer—. Dejemos atrás nuestras dificultades.

—Pero siguen presentes —afirmó él—. Prueba de ello es lo que ha pasado con los Daund.

—Das por supuesto que su muerte tiene que ver con sus recientes esfuerzos en nuestro interés.

—Usted misma me contó que sólo trabajaban para el pueblo. No puede haber ninguna otra razón para que los eliminaran.

Conyer restó importancia a esas palabras con un gesto.

—Podrían haberse sentido tentados de asumir otros encargos sin que nosotros lo supiéramos. Aunque no fuera así, y los hubieran localizado de algún modo debido al atentado contra el detective, no nos habrían traicionado.

—O quizá sí, para salvar a su hijo.

Pero Hayley Conyer no tenía hijos, ni al parecer había mostrado nunca el menor deseo de ser madre, y albergar tales sentimientos por un hijo no estaba al alcance de su imaginación ni de sus emociones.

—Hayley —dijo Morland con cierta vehemencia—, ahora vendrán aquí. Estoy seguro.

«Y la culpa la tiene usted», quiso añadir. «Yo se lo advertí. Le dije que no actuara así. Quiero a este pueblo tanto como usted. Incluso he matado por él. Pero usted cree que todas las decisiones que toma, todo lo que a usted le conviene, le conviene también a Prosperous, y en eso se equivoca. Es como aquel rey francés que declaró que él era el Estado, hasta que al final el pueblo le demostró que se equivocaba decapitando a su descendiente».

Morland no era el único que opinaba así. También había otros. La etapa del actual consejo municipal se acercaba a su fin.

—Si vienen, nos ocuparemos de ellos —declaró Hayley—. Nosotros...

Pero Morland ya no escuchaba. Le costaba fijar la atención. No dormía bien, y cuando por fin se adormecía, visiones de lobos poblaban sus sueños. Sacó un pañuelo del bolsillo. Hayley Conyer seguía hablando, sermoneándolo sobre la historia del pueblo, sobre sus obligaciones para con él, sobre la sabiduría del consejo. A él todo aquello le sonaba a graznidos de un viejo cuervo. Conyer mencionó algo sobre la posición de Morland, sobre el hecho de que nadie era insustituible. Habló de la posibilidad de que él se tomara una prolongada baja.

Morland se puso en pie. Eso le exigió un gran esfuerzo. Le pesaba extraordinariamente el cuerpo. Miró el pañuelo. ¿Por qué se lo había sacado del bolsillo? Ah, de pronto se acordó. Rodeó a Hayley Conyer y se situó detrás de ella. Le envolvió la boca y la nariz con el pañuelo y apretó. A la vez, la rodeó con el brazo izquierdo para inmovilizarla en la silla, obligándola a mantener a los costados sus brazos delgados como palos. Conyer forcejeó, pero él era un hombre corpulento y ella una anciana al final de su vida. Morland no la miró a los ojos mientras la mataba. Optó por contemplar los árboles del jardín a través de la ventana. Vio los oscuros

brotos invernales en el arce más cercano. Pronto darían paso a las flores rojas y amarillas de principios de la primavera.

Hayley Conyer se sacudió con fuerza en su silla. Él sintió que el espíritu la abandonaba y olió la muerte en ella. La soltó y le examinó la nariz y la boca. No presentaba indicios de agresión: cierta rojez allí donde le había mantenido cerrados los orificios nasales, pero nada más. La dejó caer al frente sobre la mesa y telefoneó a Frank Robinson, que estaba a cargo de la única consulta médica del pueblo y, como Morland, opinaba que se avecinaban a gran velocidad tiempos de cambio. Robinson sería un buen concejal.

—Frank —dijo en cuanto la recepcionista le pasó la llamada—. Tengo una mala noticia. He venido a hablar con Hayley Conyer y la he encontrado desplomada en la mesa del comedor. Sí, ha muerto. Imagino que su viejo corazón por fin ha cedido. Debe de haber sido el estrés por todo lo sucedido.

Era poco probable que el forense jefe del estado insistiera en practicar una autopsia, y aun suponiendo que llegara la orden de realizarla, el doctor Robinson tenía la autoridad necesaria para llevarla a cabo. Entretanto, Morland tomaría fotografías en el lugar de los hechos para incluirlas en su informe.

Escuchó mientras Robinson hablaba.

—Sí —dijo Morland—. Es una pérdida para el pueblo. Pero debemos seguir adelante.

Dos menos, pensó Morland. Un tercero, y Morland se haría con el control del consejo. A quien debía vigilar ahora era a Thomas Souleby, que siempre había deseado ser primer concejal. También Warraner podía convertirse en un problema, pero, según la tradición, el pastor no podía ser miembro del consejo; también Morland a su vez, en calidad de jefe de policía, tenía prohibido ser miembro con arreglo a las ordenanzas del pueblo. Sin embargo, Warraner no tenía muchos amigos en Prosperous, y en cambio Morland sí. Y quizá, si Morland conseguía por fin acabar con esa locura, tendría que ocuparse también de Warraner. Sin pastor, no habría rebaño. Sin párroco, no habría iglesia.

Se miró las manos. Nunca había disparado el arma, ni siquiera movido por la ira, hasta la noche en que mató a Erin Dixon y sus parientes, y ahora cargaba con más muertes en su conciencia de las que podían contarse con los dedos de una mano. Incluso había disparado la bala que terminó con la vida de Harry Dixon. Bryan Joblin se había ofrecido, pero Morland no sabía si Joblin era capaz de llevar a cabo algo tan sencillo y sin embargo tan peligroso sin pifiarla. Pero había dejado que Bryan mirara. Era lo mínimo que podía hacer.

Debería haber estado más alterado de lo que estaba, pero, salvo por los momentos finales de Kayley Madsen, se sentía relativamente exento de toda carga psicológica, porque para sus adentros podía justificar todos los homicidios. Con su huida, Harry Dixon no había dejado a Morland más opción que actuar contra él. Al final le habría hablado a alguien de Annie Broyer y las circunstancias de su muerte en Prosperous.

El poder del pueblo sobre sus habitantes se debilitaba cuanto más lejos se hallaban estos. Lo mismo era aplicable a todos los sistemas de creencias: se sostenían en la proximidad de sus creyentes.

Un coche se detuvo ante la casa, y Morland vio salir a Frank Robinson. Deseó poder montarse en su propio coche y marcharse, pero ya había llegado demasiado lejos. Acudió a su mente una frase de una obra de teatro, o un vaguísimo recuerdo de ella. Tenía que ser de los tiempos del instituto, porque Morland no ponía los pies en un teatro desde hacía veinte años. Shakespeare, suponía, algo así como que si había que hacerlo, era mejor hacerlo de prisa.

Si Morland conseguía librarse de Souleby, el consejo quedaría en sus manos.

El consejo y el pueblo.

La noticia del fallecimiento de Hayley Conyer llegó a la prensa, tal como ocurría últimamente con todo lo relacionado con Prosperous. La opinión unánime era que el corazón de la anciana había fallado a causa de los recientes problemas del pueblo, aunque no todo el mundo compartía ese punto de vista.

—Dios mío —dijo Angel a Louis—. Si las cosas siguen así, no nos quedará nadie a quien matar.

Continuaba sorprendiéndole la paciencia de Louis. Aún estaban en Portland, y no habían actuado todavía contra Prosperous.

—¿Crees que ha sido por causas naturales, como dicen? —preguntó Angel.

—La muerte siempre es por causas naturales si te empeñas en encontrarlas.

—No me refería a eso.

—Me asombraría que no hubiese muerto dándole una patada a algo —dijo Louis—. Según Zilla Daund, la orden de atentar contra la vida de Parker la dio el consejo municipal, y esa tal Conyer en particular. Ahora está muerta. Si yo fuera miembro de ese consejo, empezaría a cerrar la puerta de mi casa con llave por la noche. Es como aquello de Sherlock Holmes. Ya sabes, en cuanto descartas lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, es la verdad.

—No lo entiendo —dijo Angel.

—En cuanto todos los presentes en el salón han muerto, la persona que queda en pie, por respetable que sea, es el asesino.

—Cierto. ¿Estás pensando en alguien?

Louis se acercó a la mesa del comedor. Había en ella un despliegue de fotografías, incluidas imágenes del pueblo, sus edificios y varios vecinos. Algunas de las fotos las habían proporcionado los «turistas» japoneses. Otras se habían copiado de páginas web. Louis separó las fotos de cinco hombres.

—Souleby, Joblin, Ayton, Warraner y Morland —dijo. Apartó las fotos de Joblin y Ayton—. Estos no.

—¿Por qué? —preguntó Angel.

—Una corazonada. Tal vez Souleby habría sido capaz, lo reconozco, pero los otros dos no. Uno es demasiado viejo; en cuanto al segundo, no es su estilo.

A continuación Louis apartó a Warraner.

—Repito: ¿por qué?

—No tiene sentido. Si todo esto guarda relación con la vieja iglesia, Conyer y el consejo actuaron para protegerla. La iglesia es la niña de los ojos de Warraner. Él no tiene motivos para hacer daño a nadie que tomara medidas en beneficio de la iglesia.

Louis tocó con los dedos la foto de Souleby. Habían elaborado un expediente sobre cada concejal, así como sobre Warraner y Morland. Souleby era un hombre interesante, implacable en los negocios, con contactos en Boston. Pero...

—Demasiados asesinatos para un viejo —dijo Louis—. Demasiados. —Y dejó la fotografía de Souleby con el resto.

—Eso nos deja a Morland —señaló Angel.

Louis fijó la mirada en la fotografía de Morland. Procedía de la página web del pueblo. Morland sonreía.

—Sí —coincidió Louis—. Eso nos deja a Morland.

Thomas Souleby intentaba preparar el equipaje ante la mirada de su mujer. Constance veía con creciente inquietud el descuido con que su marido metía la ropa en una gran bolsa de viaje de piel. «Nunca ha sido capaz de hacerse una puta maleta», pensó ella. Pero no lo dijo en voz alta. Incluso después de cuarenta años de matrimonio, su marido aún se escandalizaba por lo que él calificaba de vocabulario «procaz».

—Trae, déjame a mí —dijo Constance. Apartó a Thomas delicadamente con el codo, sacó las camisas y los pantalones y empezó a plegarlos otra vez antes de volver a meterlos en la bolsa—. Tú ve a buscar el neceser.

Thomas obedeció. No expresó la opinión de que quizá no hubiera tiempo para plegar y colocar como era debido la ropa. En todo caso, ella era más rápida y eficaz que él —Thomas era lento en su precipitación—, y no tenía sentido discutir con su mujer, no en lo que atañía a los detalles organizativos de su vida. Sin la participación de Constance, jamás habrían alcanzado el nivel de seguridad económica y holgura del que ahora disfrutaban. Thomas nunca había sido un hombre atento a los detalles. Él trabajaba con conceptos. Su mujer era la meticulosa de la pareja.

Cuando él regresó junto a la cama, ella había metido en la bolsa camisas, un jersey, dos pantalones y un segundo par de zapatos con los calcetines y la ropa interior bien plegados dentro. A todo eso, él sumó el neceser y una pistola Colt 1911 que había pertenecido a su padre. No tenía licencia para la Colt. Mucho tiempo atrás, su padre le había inculcado la importancia de mantener en secreto ciertas cosas, sobre todo en un lugar como Prosperous. Mientras Souleby veía la lenta y firme ascensión de Lucas Morland, empezó a dar gracias por ese legado. Thomas Souleby consideraba que tenía buen ojo para juzgar a las personas —o de lo contrario no habría triunfado en los negocios—, y Lucas Morland nunca le había inspirado simpatía ni confianza. Ese hombre creía saber más que sus mayores, y Prosperous no funcionaba así. Souleby también había advertido un cambio en Morland desde hacía unas semanas. Casi lo olía en él, una alteración en sus secreciones. Hayley también lo había notado. Por eso, antes de morir, ella estaba planeando apartar a Morland de su cargo y sustituirlo por uno de sus ayudantes más maleables. Souleby sentía aún la mano de la anciana en su brazo, la fuerza de sus dedos, cuando le habló por última vez el día anterior.

«Escúchame, Thomas Souleby, y escúchame bien», dijo. «Estoy tan sana como cualquier otra mujer de este pueblo. Mi madre vivió hasta los noventa y ocho, y yo me propongo superar esa edad holgadamente. Pero si algo me ocurriera, sabrás qué ha pasado. Será obra de Morland, y no se detendrá en mí. Tú no eres amigo suyo, y ten por seguro que no te aprecia mucho. Él no entiende este pueblo como lo entendemos nosotros. No lo quiere como lo queremos nosotros. No tiene fe».

Y de pronto llegó la llamada de Calder Ayton: Calder, que era amigo de todo el mundo, pero no parecía el mismo desde la muerte de Ben Pearson. Souleby

imaginaba que Calder había amado a Ben, y a no ser por la decidida heterosexualidad de Ben, y porque Calder pertenecía a tiempos menos progresistas, más cerrados de miras, quizá los dos habrían vivido juntos y sido dichosos, protegidos por la benévola tolerancia del pueblo. En lugar de eso, Calder se había conformado con una relación sin sexo, a la que contribuyó la viudedad de Ben y la participación de Calder en el negocio de Ben, y ambos se dedicaron a sobreprotegerse y cuidarse mutuamente, criticarse y lanzarse pullas y reconciliarse como el viejo matrimonio que en secreto eran. Ahora Calder no duraría mucho, pensó Souleby. Morland no tendría que matarlo, ni aun en el caso de que Calder reuniera el valor necesario para enfrentarse a él, cosa que Souleby dudaba. Calder había enviudado, y sin la compañía de Ben se apagaría y moriría en poco tiempo.

Fue Calder quien telefoneó a Souleby para comunicarle el fallecimiento de Hayley Conyer. Souleby no se sorprendió. Ellos eran dos de los tres últimos concejales, y él siempre había estado más unido a Calder que a Luke Joblin, demasiado ostentoso para el gusto de Souleby. Lo que sí sorprendió a Souleby fue el tono de Calder. Él lo sabía. *Lo sabía.*

—¿Quién la ha encontrado? —preguntó Souleby.

—El jefe Morland —contestó Calder, y Souleby captó la sospecha en el tono con que pronunció «jefe»—. Creo que podría tratarse de un infarto.

—Y seguro que Frank Robinson lo está certificando en este preciso momento.

—Eso es lo que ha llegado a mis oídos. —Un silencio—. Morland irá a por ti, Thomas.

Souleby notó cómo el teléfono se le resbalaba de la mano. Le sudaban las palmas.

—Lo sé —dijo—. ¿Y tú?

—A mí no me tiene miedo.

—Tal vez Morland te haya subestimado.

Souleby oyó la triste risa de Calder.

—No, me conoce muy bien. Este es mi pequeño acto de desafío, el último. Voy a dimitir del consejo.

—Nadie dimite del consejo.

Sólo la muerte ponía fin al mandato en el cargo de un concejal. Las elecciones eran puro escparate. Eso todo el mundo lo sabía.

Calder estaba sentado al fondo de la tienda de Ben Pearson. En realidad era tan suya como lo había sido de Ben, pero la consideraba exclusivamente de Ben, aun cuando Ben ya no estuviera presente. Miró los frascos de píldoras que había estado acumulando tras la muerte de Ben.

«Pronto», pensó. «Pronto».

—Hay caminos, Thomas —dijo—. No te entretengas.

Ahora, con el equipaje ya listo, Thomas dio un beso a su mujer y se dispuso a marcharse.

—¿Adónde vas a ir? —preguntó Constance.

—No lo sé. No muy lejos, pero sí lo bastante para no estar a su alcance.

Tenía llamadas que hacer. Souleby aún contaba con numerosos aliados en el pueblo, pero dudaba que muchos de ellos plantaran cara a Morland. No eran asesinos, y Morland sí.

—¿Qué he de decirle cuando venga? —preguntó Constance.

—Nada, porque no sabes nada.

La besó en la boca.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Lo observó alejarse en el coche.

Hacía menos de una hora que Thomas se había marchado cuando Lucas Morland llamó a su puerta.

Souleby llegó a Portland y dejó el coche en el aparcamiento de larga estancia del aeropuerto. Luego viajó en autocar a Boston, pagando el billete en efectivo. No sabía hasta dónde era capaz de seguirle el rastro Morland, y él no era espía, pero tenía la esperanza de que si Morland descubría de algún modo el paradero del coche, lo despistara un poco. Pidió a su yerno que le reservara una habitación a nombre de Ryan en un club a un paso de Massachusetts Avenue que se anunciaba en Expedia. Souleby sabía que ese club no exigía a sus clientes que se identificaran, sino que simplemente guardaba una llave para el nombre que constaba en la reserva. A continuación se acercó a pie a Back Bay, se sentó en una cafetería frente a Pryor Investments y esperó. Cuando apareció Garrison Pryor, con el móvil pegado al oído, Souleby abandonó la cafetería y lo siguió. Alcanzó a Pryor cuando este se detuvo en un semáforo.

—Hola, Garrison —saludó.

Pryor se volvió.

—Enseguida vuelvo a llamarle —dijo, y colgó—. ¿Qué haces aquí, Thomas?

—Necesito ayuda.

Cambió el semáforo. Pryor se puso en marcha, pero Souleby le siguió el paso cómodamente. Era bastante más alto que Pryor, y estaba en mejor forma, pese a su edad.

—No me dedico a ayudar —repuso Pryor—. Ni a ti ni al consejo.

—Otras veces hemos intercambiado información.

—Eso fue antes de que apareciera un tridente grabado en la obra de carpintería de una casa de Scarborough, en Maine. ¿Tienes idea de los problemas que me habéis causado?

—Yo lo desaconsejé.

—No con la suficiente insistencia.

—En Prosperous tenemos dificultades. Dificultades graves.

—Ya me he dado cuenta.

—El jefe de policía se ha descontrolado. Hay que... *retirarlo* para recuperar la estabilidad. Podría haber una recompensa para ti y tus colegas.

—La cosa ya ha ido demasiado lejos.

—Garrison. —Souleby tendió una mano para detener a Pryor, más bajo que él, y lo obligó a alzar la vista para mirarlo—. Morland va a matarme.

—Lamento oírlo, Thomas —dijo Pryor—. De verdad, lo lamento. Pero no vamos a intervenir. Por si te sirve de consuelo, pase lo que pase, los días de Prosperous están contados. Al final, dará igual quién quede en pie: tú, Morland, el consejo. Van hacia allí unos hombres que os borrarán del mapa.

Souleby dejó caer la mano.

—¿Y vosotros lo permitiréis?

Pryor sacó el móvil y pulsó el botón de rellamada. Esperó a que se estableciera la comunicación, se llevó el teléfono al oído y dio unas palmadas de despedida a Souleby en el hombro.

—Thomas —dijo Pryor a la vez que se alejaba—, os veremos arder a todos.

Morland estaba sentado en su despacho. Sentía frustración, pero sólo eso. Souleby tendría que regresar. Su vida estaba en el pueblo. En ausencia de Souleby, Luke Joblin y Calder Ayton habían accedido a celebrar elecciones al consejo en cuanto Hayley Conyer estuviera enterrada y bien enterrada. Ninguno de los dos había puesto el menor reparo a la lista de candidatos de Morland para las tres vacantes.

Morland también tenía preparado un cuarto nombre. Presentía que pronto quedaría vacante otro puesto.

El jefe Morland volvió a tener ante sí a Thomas Souleby cuando se hallaban junto a la tumba abierta de Hayley Conyer. En señal de reconocimiento a su largo y generoso servicio a Prosperous, la enterraron en el cementerio antiguo, al pie de la iglesia cuyo legado tanto empeño había puesto en proteger, y dentro de la cual habían reposado sus restos la noche anterior al entierro. Sólo se permitió la entrada a la iglesia durante el oficio fúnebre a unos cuantos vecinos, los más importantes del pueblo, pero el acto se transmitió para los demás habitantes del pueblo que seguían la ceremonia desde fuera mediante un sistema de megafonía provisional. El nombre de Dios estuvo muy presente, pero también lo estuvo la naturaleza, y la metáfora en la que Warraner basó su sermón fue el cambio de las estaciones, el viaje de la vida desde la primavera hasta el invierno y después a una nueva forma de renacer.

En cuanto metieron el féretro en la fosa, los concejales, con la ayuda de Morland y Warraner, la llenaron de tierra. Era una señal de respeto, pero Morland no pudo evitar acordarse de la última vez que empuñó una pala al servicio de un cadáver. Los vecinos empezaron a marcharse. Se serviría té y café en la casa consistorial, donde la gente intercambiaría recuerdos de Hayley Conyer, y la conversación se desviaría hacia la elección de los nuevos concejales. Además, nadie quería perder la oportunidad de chismorrear un poco al amparo del duelo: la ausencia de Thomas Souleby hasta la mañana del funeral no había pasado inadvertida, y las tensiones entre él y el jefe Morland eran bien conocidas en el pueblo, por más que se desconociera el catalizador de esa racha de hostilidades en particular: el abandono forzado de este mundo por parte de Hayley Conyer.

Morland alcanzó a Souleby a medio camino de la salida del camposanto. Agarró por el brazo al anciano, y lo apartó de la verja.

—Acompáñame un momento, Thomas —ordenó.

La mujer de Souleby lo esperaba al otro lado de la reja. Morland pensó que era capaz de abalanzarse sobre ellos para proteger a su marido cuando viera que el jefe lo abordaba, pero Souleby alzó la mano para indicar a su mujer que no pasaba nada. Si Morland se proponía causarle daño, elegiría otro día, y otras circunstancias.

—Te hemos echado de menos —dijo Morland—. Tu ausencia se produjo en un momento poco afortunado. El pueblo estaba de luto. Acudió al consejo en busca de guía, y el consejo, a su vez, acudió a ti como concejal más antiguo, pero tú no estabas.

Souleby no iba a acusar a Lucas Morland de asesinato, ni allí ni en ningún sitio. Quedaba aún una posibilidad de que pudiera sobrevivir a eso, e incluso salir favorecido por la situación. Los tres candidatos al consejo eran relativamente jóvenes y susceptibles de manipulación. No eran títeres de Souleby, pero tampoco lo eran de Morland. No podía dar a Morland una excusa para actuar contra él, aunque el error de este razonamiento saltaba a la vista, ya que Morland tal vez ni siquiera necesitara una

razón para actuar.

—Tenía un asunto que ultimar —contestó Souleby.

—¿Puedo preguntarte qué clase de asunto, si no es indiscreción?

—Un asunto privado, personal.

—¿Seguro? Porque si tenía que ver con el pueblo, ciertamente yo debería estar enterado. Corren tiempos delicados. Necesitamos estar unidos.

Souleby se detuvo y se volvió hacia Morland.

—¿Qué quieres, Morland?

—Quiero que renuncies a tu puesto en el consejo.

—Sabes que eso no es posible. Conforme a las ordenanzas...

—Las ordenanzas han cambiado. El consejo se reunió en tu ausencia.

—No había consejo —adujo Souleby—. Con dos miembros no hay quórum.

—Como te he dicho, corren tiempos delicados. No sabíamos qué te había pasado, y tu mujer no fue de gran ayuda. Había que tomar decisiones. Calder Ayton y Luke Joblin dieron el visto bueno a medidas provisionales en espera de la elección de un nuevo consejo y de la aprobación permanente de esa normativa. El cargo de concejal ya no será vitalicio, y un concejal no podrá ocuparlo durante más de dos mandatos seguidos. Te habría informado de los cambios antes si te hubiese encontrado.

Souleby entendió lo que estaba pasando. Si dimitía del consejo, se vería privado del poder que le quedaba. Carecería de protección, y transcurrido un tiempo Morland iría a por él. Lo haría porque Souleby, vivo, sería siempre una amenaza. Calder Ayton no tardaría en morir, en tanto que Luke Joblin estaba del lado de Morland, y quizá siempre lo había estado. Souleby era el único que conocía los detalles de los actos cometidos en nombre del consejo, y lo que el propio Morland había hecho.

—¿Y si me niego a dimitir?

Souleby percibió un movimiento entre los árboles y vio que muchos miembros de las principales familias no habían abandonado los alrededores del cementerio. Observaban desde el bosque, y cuando él los miró, empezaron a volverle la espalda, uno tras otro, hasta que dejó de verles la cara. Entonces, y sólo entonces, empezaron a dispersarse.

—Prevalecerá la voluntad del pueblo, Thomas —dijo Morland, y Souleby supo que estaba solo.

Morland esbozó una triste sonrisa y se alejó. Sólo cuando Souleby vio marcharse el Crown Victoria de Morland y tuvo la certeza de que el jefe se había ido, se reunió con su mujer al otro lado de la reja.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Constance.

—Quiero que te quedes unos días en casa de Becky y Josh —dijo él.

Becky era su hija mayor. Vivía en Portsmouth. Su marido era sobrino de Calder Ayton. Souleby confiaba en él.

—No, no me iré.

—Sí te irás —insistió él—. Todo esto pasará, pero durante un tiempo las cosas se

van a complicar. No puedo estar preocupándome por ti mientras intento resolver la situación.

—No —dijo ella—, no, no...

Se echó a llorar. Él la abrazó.

—Todo saldrá bien —mintió él—. Ya verás como todo saldrá bien.

Constance se marchó esa tarde. Becky fue al pueblo en coche a recogerla. Trató de interrogar a su padre, pero él se negó a responder a sus preguntas, y ella conocía las costumbres de Prosperous lo suficiente para no insistir en el asunto por el momento.

Souleby se sirvió un coñac. Contempló la puesta de sol. Tenía sueño, pero no se durmió.

Luke Joblin fue quien acudió a buscarlo, poco después de las ocho. Su hijo Bryan esperaba en el asiento de atrás. Souleby lo vio cuando Luke abrió la puerta del conductor y se encendió la luz interior. Podría haberse resistido, por supuesto, pero ¿qué sentido tenía? Optó por dejar la vieja Colt bajo la almohada de su mujer. Ella la encontraría allí, y lo sabría.

—Vamos, Thomas —instó Luke. Habló con delicadeza pero firmemente, tal como le hablaría uno a un pariente anciano que se negaba a hacer lo que más le convenía—. Es hora de marcharse...

La llamada se produjo al día siguiente, por la noche, cuando Morland se preparaba para acostarse. Estaba recién duchado, y se había puesto el pantalón del pijama y una camiseta vieja de los Red Sox. Comía sigilosamente un bocadillo tardío en la oscuridad antes de irse a la cama y pasar, quizás, un rato de calidad con su mujer. Llevaban más de una semana sin hacer el amor. Comprensiblemente, Morland no había estado de humor. A su mujer no le gustaba que comiera ya entrada la noche, pero Morland consideraba que lo que ella no sabía, o no podía demostrar, no le haría daño. Eso era aplicable, pensó, a muchas cosas.

Acababa de visitar a Constance, la mujer de Souleby, esa bruja, en casa de su hija, acompañado por Luke Joblin y tres representantes de las familias más importantes. Habían hablado de los encantadores nietos de Constance Souleby y de la magnífica casa en la que vivían su hija y su yerno, ya que la mejor amenaza era la que no parecía en absoluto una amenaza, de esas que sembraban en la imaginación la posibilidad de sucesos desagradables. Becky, la hija de Constance, ofreció café pero nadie aceptó.

—¿Qué habéis hecho con Thomas? —preguntó Constance a Morland, una vez concluidas las cortesías de rigor.

—Nada —contestó él—. Sólo queremos que se quede al margen hasta pasadas las elecciones. No nos conviene que se entrometa, y usted bien sabe que se entrometerá. Está sano y salvo.

Las elecciones estaban previstas para ese sábado. Las elecciones al consejo siempre se celebraban en sábado para asegurarse de que votara el mayor número de gente posible.

—¿Por qué no me ha llamado?

—Si quieres que te llame, le pediremos que te llame —dijo Luke Joblin, muy razonable y tranquilizador—. Tuvimos que quitarle el teléfono móvil. Ya entiendes por qué.

Si Constance Souleby lo entendía, no dio la menor señal.

—No teníais derecho —dijo—, ningún derecho.

—El pueblo está cambiando, señora Souleby —dijo Morland—. Hemos sobrevivido por poco al caos de las últimas dos semanas. Eso no puede repetirse. No puede derramarse más sangre en Prosperous. El viejo consejo, y todo lo que hizo, tiene que pasar a la historia. Debemos buscar la manera de sobrevivir en el siglo XXI.

Los tres representantes de las familias más importantes, dos hombres y una mujer, todos tan viejos como el que más, experimentaron un estremecimiento de desasosiego. Morland los había convencido de la necesidad de cambio, pero eso no significaba que la idea no los asustara.

—Thomas puede adaptarse —afirmó Constance. Procuraba no rogar, pero

igualmente se traslucía en su voz un tono suplicante.

—Esa no es la cuestión —dijo Morland—. La decisión ya está tomada.

No había nada más que decir. Morland, Joblin y los otros tres visitantes se pusieron en pie. Alguien masculló una incómoda despedida que no recibió respuesta. Morland estaba casi en su coche cuando oyó el gemido de Constance Souleby. Luke Joblin lo oyó también. Morland lo vio tensarse, pese a su esfuerzo por permanecer indiferente al llanto de la anciana.

—¿Por qué le has dicho que su marido la llamaría? —preguntó Morland. Thomas Souleby ya nunca volvería a llamar a nadie. Probablemente no habría cadáver. En cuanto terminaran las elecciones se denunciaría su desaparición.

—Pretendía calmarla.

—¿Crees que ha dado resultado? —preguntó Morland cuando el llanto aumentó de intensidad y, al cabo de un momento, se apagó. Morland se representó a la hija de Constance Souleby rodeando con los brazos la cabeza de su madre, besándola, haciéndola callar.

—No, en realidad no —respondió Joblin—. ¿Crees que lo sabe?

—Sí, claro que lo sabe.

—¿Y qué hará?

—Nada.

—Pareces muy seguro de eso.

—No se volverá contra el pueblo. Eso no lo lleva en la sangre.

Ahora, mientras oía sonar el móvil, se preguntó si había sido acertado mostrarse tan seguro. Los grandes cambios siempre eran traumáticos, y con los traumas se producían acciones imprevistas e impropias de la gente.

Su mujer apareció en la escalera para ver dónde estaba él. Llevaba un camisón transparente. A través de la tela, Morland vio las curvas de su cuerpo. Echó el resto del bocadillo al fregadero antes de que ella lo viera. Se desharía de él por la mañana. Normalmente se despertaba antes que ella.

—¿Tienes que contestar? —preguntó ella.

—Déjame al menos ver quién es.

Fue al recibidor y miró la pantalla.

Warraner.

Aún tenía que ocuparse del pastor. Sin duda ya debían de haberle llegado rumores de las intenciones de Morland. Había que convencer a Warraner de la necesidad de someterse a la voluntad del pueblo. Pero no sería fácil. En todo caso podía seguir atendiendo su iglesia, y podía rezar a su dios tras el silencio de sus muros. Quizás el pastor tenía la esperanza de que, en tiempos difíciles, el pueblo acudiera una vez más a la iglesia y se reinstauraran las viejas costumbres. Si eso ocurría, pensaba Morland, las plegarias de Warraner a su dios tendrían que ser potentísimas, porque Morland enviaría a Warraner por el mismo camino que a Hayley Conyer y Thomas Souleby antes de consentir que otra chica acabara de rodillas ante un hoyo en el cementerio.

Morland se planteó no contestar, pero seguía siendo el jefe de policía. Si Warraner quería discutir, Morland lo haría esperar hasta la mañana siguiente, pero si era algo más urgente...

Pulsó el botón verde.

—Pastor —dijo—, estaba a punto de acostarme.

—Hay un indigente en el recinto de la iglesia —informó Warraner—. Está denunciando a gritos un asesinato.

Mierda.

—Ya voy —dijo Morland.

Miró a su mujer.

—Lo siento —se disculpó.

Pero ella ya se había ido.

Warraner colgó. En un rincón del salón yacía el cadáver de Bryan Joblin. Para su desgracia, Joblin estaba presente en casa de Warraner cuando llegaron aquellos hombres, e hizo ademán de coger su arma al verlos. Joblin murió al instante. Había echado el ojo recientemente a la hija mayor de Warraner, Ruth, circunstancia que había disgustado en extremo a Warraner. Ese problema al menos ahora parecía resuelto.

Cerca de Warraner, su mujer y sus hijos permanecían bajo el cañón de un arma. Una no muy distinta de la que se hallaba a escasos centímetros de la cara del pastor. Si concentraba la mirada en la boca del cañón —y la concentraba, porque la tenía muy, muy cerca—, el rostro enmascarado del hombre que la empuñaba se desdibujaba. Warraner sólo podía ver bien lo uno o lo otro, pero no las dos cosas al mismo tiempo: el instrumento homicida o al hombre que podía permitirle vivir.

—Lo ha hecho bien.

Warraner no pudo contestar. A duras penas había conseguido mantener la voz firme mientras hablaba con Morland. Consiguió generar cierta cantidad de saliva en la boca y producir sonidos con la garganta.

—¿Qué va a pasarle a mi familia?

—Nada —contestó el pistolero—. Aunque a usted no puedo prometerle lo mismo.

El Departamento de Policía de Prosperous tenía un agente de guardia toda la noche. En caso de emergencia, ese agente avisaba al jefe, o incluso a la policía del estado de Maine. Pero hasta la fecha ningún incidente nocturno había revestido gravedad suficiente para requerir la ayuda de la policía del estado. Esa noche la agente de guardia se llamaba Connie Dackson, e intentaba reparar el enchufe de la cafetera cuando entraron dos hombres en la casa consistorial. Uno portaba una escopeta, el otro una pistola. Ambos llevaban pasamontañas negros.

—No se mueva —advirtió el de la escopeta, que ahora apuntaba a Dackson.

Nunca la habían apuntado antes con un arma. Tenía tanto miedo que no habría podido moverse ni aunque hubiera querido. La obligaron a tenderse boca abajo en el suelo y la inmovilizaron con sus propias esposas. La amordazaron y la llevaron al único calabozo del pueblo. Databa de hacía más de cien años, al igual que el edificio que lo albergaba. Los barrotes eran verdes, y a través de ellos Dackson pudo ver con toda claridad a los dos hombres mientras inutilizaban todo el sistema de comunicaciones del departamento.

Mientras conducía, Morland estuvo llamando al móvil a Connie Dackson, pero no pudo ponerse en contacto con ella. Sin embargo, no estaba preocupado, todavía no. Tal vez ella se lo había dejado en su vehículo al salir de patrulla, o sencillamente había ido al baño. Incluso cabía la posibilidad de que ya estuviera con Warraner, intentando convencer a algún vagabundo de que abandonara el camposanto, un vagabundo que hablaba entre dientes de un asesinato. Fue entonces cuando Morland tomó conciencia de lo cansado que estaba: Warraner no sería tan tonto de llamar a Dackson si existía la menor posibilidad de que ella oyera algo que no convenía. Eso era asunto de él, y sólo de él.

Lo primero que le llamó la atención al llegar al camposanto fue que la puerta de la iglesia estuviera abierta. La verja del camposanto no tenía el candado echado, y la cadena estaba en el suelo. La habían cortado, al igual que la del acceso al camino.

Lo segundo que le llamó la atención fue que no vio ni rastro de un vagabundo.

No levantó la voz para llamar a Warraner. No fue necesario. Ahora lo veía ya arrodillado, en el umbral de la puerta de la iglesia. Detrás de él se alzaba un hombre alto con pasamontañas. Mantenía un arma apuntada a la cabeza del pastor.

—Jefe Morland —dijo el hombre—. Me alegro de que haya podido venir.

Morland tuvo la impresión de que era una voz de negro. En Prosperous no había ningún vecino negro. Pero eso no era raro en un estado tan predominantemente blanco. Maine era uno de los pocos lugares donde nadie podía intentar echar la culpa de los delitos a los negros. Eso lo monopolizaban los blancos.

Morland levantó su propia pistola.

—Baje el arma —dijo.

—Mire alrededor, jefe —contestó el hombre.

Morland se aventuró a echar un vistazo. Otras tres siluetas, también con pasamontañas, surgieron de la oscuridad del cementerio. Dos empuñaban armas, apuntadas en dirección a él. La tercera sostenía un rollo de cable, y Morland, al verlo, se fijó por primera vez en los cables que atravesaban el cementerio y pendían de algunas lápidas. Se desplazó ligeramente a la derecha y vio uno de los hoyos que tanto habían interesado a los investigadores de la policía del estado cuando se presentaron allí para buscar a Kayley Madsen. Un cable se perdía en sus

profundidades.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Morland.

—Damos los toques finales a unos dispositivos compuestos de termita y Semtex —explicó el hombre—. Estamos a punto de destruir su pueblo, empezando por aquí. Ahora baje la pistola. Quiero hablar. El pastor me ha contado muchas cosas sobre usted.

Pero Morland no tenía intención de hablar con nadie.

Optó por empezar a disparar.

En la calle Mayor de Prosperous no vivía nadie. Era estrictamente comercial. Al acercarse las doce de la noche, la calle y sus alrededores estaban vacíos.

Lentamente, unos hombres empezaron a salir de entre las sombras, ocho en total. Los guiaba Ronald Straydeer, su rostro oculto, como los de todos los demás. A su lado avanzaba el Tembleques.

—¿Seguro que no tienes inconveniente en hacer esto? —preguntó Ronald.

—Seguro —contestó el Tembleques.

Sostenía un artefacto incendiario en la mano ilesa. Soplaba un viento frío proveniente del este. Eso era bueno. Avivaría las llamas.

Se oyó ruido de cristales rotos.

Al cabo de unos minutos, Prosperous empezó a arder.

Morland corría como alma que lleva el diablo. Las balas impactaban en las viejas lápidas o pasaban silbando junto a su oído para desaparecer en el bosque. Agachado, procuraba cubrirse detrás de las losas, disparaba, zigzagueaba y fintaba, sin detenerse en ningún momento. Estaba en clara inferioridad numérica, y aquellos hombres podían rodearlo y matarlo fácilmente. En todo caso, quedarse en el cementerio no era una opción, ya que ahora aquel espacio era una explosión colosal a punto de producirse.

No enfiló hacia la verja. Eso era demasiado previsible. Prefirió correr hacia la reja y saltarla. Un disparo lo alcanzó en la parte superior del brazo, pero no se detuvo. Tenía el bosque ante sí, y se adentró en la oscuridad. Se arriesgó a mirar atrás una sola vez, y vio que ahora la puerta de la iglesia estaba cerrada. El tiroteo se había interrumpido, y en el silencio Morland oyó elevarse la voz de Warraner en un canto detrás de los viejos muros de piedra. De algún modo, en medio de la confusión, había conseguido encerrarse dentro.

«Cuando los hombres empiezan a expurgar de cardos lo sembrado...», entonó Warraner.

Las siluetas del camposanto echaron a correr. Morland volvió a cargar la pistola y apuntó al hombre más cercano. Quizás aún podía impedir aquello. Tensó el dedo en

el gatillo.

Pero no disparó. ¿Acaso no era eso lo que él quería? ¿Lo que él buscaba? «Que esto sea el final», pensó. Bajó el arma y se adentró más en el bosque, ahora más de prisa, poniendo tanta distancia entre él y la iglesia como pudo. Si lograba llegar a su coche y regresar al pueblo, Dackson y él podrían atrincherarse en la casa consistorial y pedir refuerzos.

Alcanzó el camino y vio un resplandor anaranjado por encima de Prosperous. Su pueblo ya ardía, pero cuando apenas había tenido tiempo de asimilar ese hecho, una atronadora detonación desgarró la noche. La tierra tembló, y la intensidad de la onda expansiva derribó a Morland. Los cascotes volaron por el aire a gran altura, y una lluvia de tierra, piedra y madera cayó sobre él. Sintió el calor de la explosión incluso desde el camino.

Se tapó la cabeza con las manos y rezó a todos los dioses y a ninguno.

La calle Mayor había desaparecido, reducida ahora a estructuras de ladrillo vacías por dentro y solares chamuscados. Al menos uno de los edificios en ruinas databa del siglo XVIII, y otros eran sólo un poco menos antiguos. Los historiadores y los expertos en arquitectura lo calificaron de tragedia.

La iglesia de la Congregación de Adán antes de Eva y Eva antes de Adán quedó esparcida por el bosque, los caminos y lo que quedaba del cementerio, que no era mucho. Restos humanos calcinados, en su mayoría enterrados hacía mucho, se irían descubriendo durante años. Asombrosamente, el número total de bajas ascendió sólo a tres: el pastor Michael Warraner, que se hallaba en el interior de su iglesia cuando esta voló por los aires; Bryan Joblin, asesinado a sangre fría en la casa de Warraner, y Thomas Souleby, el concejal decano del pueblo, quien, según se decía, había acompañado al jefe Morland al cementerio cuando se recibió la llamada original anunciando la presencia de un indigente intruso, y no había conseguido alejarse del cementerio antes de la explosión. Frank Robinson llevó a cabo la autopsia de Souleby, sólo para que no hubiera dudas al respecto. A diferencia del pastor Warraner, el cadáver de Souleby permanecía relativamente intacto y pudo recibir un entierro como era debido. Morland lo había asfixiado, tal como había hecho con Hayley Conyer.

Los periódicos y las cámaras de televisión volvieron. Tardarían mucho tiempo en irse. Cuando preguntaron por los planes de reconstrucción, el jefe de policía, Lucas Morland, anunció que en la calle Mayor las obras se iniciarían casi de inmediato, pero no tenía una respuesta acerca de los planes para la iglesia. Debido a los daños causados por los potentes explosivos, la reconstrucción de la iglesia original implicaría un coste exorbitante, si es que era posible, cosa dudosa. Tal vez podría erigirse un monumento en su lugar, sugirió. Las conversaciones al respecto, declaró Morland, empezarían en cuanto se eligiera el nuevo consejo municipal.

Seguía sin estar claro quién podía ser el autor de lo que se describió, casi desde un primer momento e inevitablemente, como «atentado terrorista». La atención se centró en distintas posibilidades —musulmanes, fascistas, secesionistas, opositores al Gobierno federal, socialistas radicales y organizaciones religiosas fundamentalistas—, pero Morland sabía que ninguno de esos cauces de investigación daría jamás resultado alguno.

La verdad era que nunca deberían haber ido a por el detective.

La casa consistorial había sufrido daños significativos, sobre todo por el eficaz esfuerzo para destruir los coches de bomberos. La agente Connie Dackson los había visto arder. Sus captores la habían sacado del calabozo y la habían dejado atada a una distancia prudencial del incendio. Pensó que quizás eran asiáticos, a juzgar por sus acentos y su desacostumbrada cortesía, pero no podía estar segura. El Departamento

de Policía de Prosperous se trasladó provisionalmente a la sala de reuniones de los Veteranos de Guerra.

Al tercer día después del ataque contra su pueblo —ya que eso era ahora: «su» pueblo—, Lucas Morland contemplaba el deshielo desde su ventana en esa sala de reuniones. El agua de la nieve fundida corría por lo que quedaba de la calle Mayor, en lo alto cristalina y al final negra como el petróleo. Quizá volviera a nevar, pero no cuajaría por mucho tiempo. Habían dejado atrás el invierno, y el invierno los había dejado atrás a ellos. Habían sobrevivido —él había sobrevivido—, y el pueblo sería mejor y más fuerte gracias a esa purga. Sentía una profunda y perdurable admiración por su gente. En cuanto se apagaron los incendios, comenzaron las labores de limpieza. Se evaluó la conveniencia de demoler o restaurar los edificios según los daños sufridos. Se habían recibido ya promesas de ayuda por valor de sumas de más de seis cifras. Los responsables de las compañías de seguros habían recibido llamadas para advertirles que no se toleraría el menor incumplimiento de sus compromisos, y esas llamadas tuvieron un considerable impacto porque procedían de miembros de sus propias juntas directivas vinculados a Prosperous.

Morland no se hacía ilusiones pensando que los problemas del pueblo —y, en concreto, sus propios problemas— habían terminado. Los responsables de la destrucción parcial de Prosperous podían decidir regresar. Recordó las palabras del hombre en el cementerio: «El pastor me ha contado muchas cosas sobre usted». Warraner, incluso en sus últimos momentos, había encontrado la manera de jugársela. Al menos Bryan Joblin también había muerto. Era un cabo suelto por el que Morland ya no tendría que preocuparse.

«Que vengan», pensó Morland. «Que vengan y les plantaré cara. La próxima vez estaré preparado y los mataré en el acto».

Morland no oyó acercarse a la mujer. Ya no disponía de su propio despacho. Su mesa era sólo parte de la maraña de servicios municipales amontonados en la vieja sala de reuniones. Entraba y salía gente sin cesar, y el zumbido de fondo era continuo.

—Lucas.

Apartó la vista de la ventana y se volvió. Constance Souleby se hallaba de pie ante él. Sostenía un arma: una vieja pistola Colt. El cañón no temblaba, porque la mujer que la empuñaba era la viva imagen de la calma.

—Podrías haberle perdonado la vida —dijo.

Morland percibió un movimiento a espaldas de la mujer. Era alguien que se acercaba deprisa. Oyó gritos de consternación. Se había advertido la presencia del arma.

—Yo... —dijo Morland.

El arma lo desmintió, y él dejó de existir.

## Cuarta parte

### El regreso

La mañana tiene la cara quemada y deambula,  
y yo soy la muerte de la luna.

Por debajo de mi semblante se ha roto la campana de la noche,  
y soy el nuevo lobo divino.

Adonis (Ali Ahmad Said Esber),  
«El lobo divino»

Ronald Straydeer estaba en su jardín cuando llegó el coche. El invierno sin duda se marchaba ya, y él apilaba la nieve detrás del cobertizo, donde se fundiría y se iría al infierno sin que tuviera que verla.

Apoyó las manos en la pala cuando el coche se detuvo, y sintió una leve punzada de miedo al ver apearse a los dos hombres. No los había visto ni había hablado con ellos desde aquella noche en Prosperous, pero no eran hombres a quienes gustara dejar cabos sueltos. No tenían por qué preocuparse en cuanto a él o aquellos que lo habían acompañado para prender fuego a Prosperous. Algunos habían abandonado el estado. Los que seguían allí guardarían silencio.

Los dos hombres se recostaron en las puertas del coche y lo miraron.

—Un día hermoso —dijo Angel.

—Sí, lo es.

—Parece que se acaba el invierno.

—Sí.

Angel cruzó una mirada con Louis. Louis se encogió de hombros.

—Hemos venido para darle las gracias —explicó Angel—. Vamos a ver a Parker, y a despedirnos. Ya es hora de que volvamos a la civilización.

—He llamado al hospital —dijo Ronald—. Me han dicho que no hay cambios.

—Siempre queda la esperanza —contestó Angel.

—Sí —convino Ronald—. Eso es verdad.

—En todo caso —dijo Angel—, tenemos un regalo para usted, si lo quiere.

Abrió la puerta trasera del coche y se inclinó hacia el interior. Cuando volvió a asomar, sostenía en los brazos un cachorro, una hembra de pastor alemán. Se acercó a Ronald, dejó a la perra a sus pies y le tendió la correa. Ronald no la cogió. Miró a la perra. La perra se sentó por un momento, se rascó, se levantó y apoyó las patas delanteras en la pierna derecha de Ronald.

—Parker nos habló de usted —explicó Angel—. Nos dijo que ya era hora de que tuviera otro perro. Sospechaba que usted empezaba a pensar lo mismo.

Ronald dejó la pala a un lado. Se agachó y rascó la cabeza al cachorro. Este se retorció de felicidad y siguió intentando trepar a su pierna.

Ronald cogió la correa de manos de Angel y la desprendió del collar de la perra.

—¿Quieres venir conmigo? —preguntó a la perra.

Se encaminó hacia la casa. La perra, sin volverse a mirar a Angel, fue tras él, brincando para seguir el paso de su amo, que andaba a zancadas.

—Gracias —dijo Ronald Straydeer.

Louis volvió a subir al coche. Angel lo imitó.

—Ya te dije yo que se quedaría con la perra —dijo Louis.

—Sí. Creo que con la vejez te estás reblandeciendo.

—Es posible.

Echando marcha atrás, salió del camino de acceso de la casa de Ronald.  
—¿Cómo es que nunca hemos tenido perro? —preguntó Angel.  
—Yo no necesito perro. Te tengo a ti.  
—Ya —dijo Angel. Se detuvo a pensar por un momento—. Eh...

Estaba sentado en el banco a orillas del lago, al lado de mi hija. No hablábamos.

Al este, en un afloramiento de tierra, había un lobo. Nos observaba mientras nosotros lo observábamos a él.

Una sombra se proyectó sobre el banco, y vi a mi esposa muerta reflejada en el agua. Me tocó el hombro, y sentí su calor.

—Ha llegado la hora —dijo—. Debes decidirte.

Oí acercarse un coche. Miré por encima del hombro. En el camino había un Ford Falcon de 1960 aparcado. Yo lo había visto antes en fotografías. Era el primer coche que tuvieron mis padres. Al volante iba un hombre; una mujer ocupaba el asiento del copiloto. Yo no veía sus rostros, pero sabía quiénes eran. Quería hablar con ellos. Quería pedirles perdón. Quería decirles todo lo que un niño desea decir a sus padres cuando ya se han ido y es demasiado tarde para decirles nada: que los quería, y siempre los había querido.

—¿Puedo hablar con ellos? —pregunté.

—Sólo si te vas con ellos —contestó mi esposa muerta—. Sólo si decides emprender el Largo Viaje.

Vi que los ocupantes del coche volvían la cabeza hacia mí. Aún no veía sus caras. No más dolor, pensé. No más dolor.

Llegó un gran aullido de las montañas, más allá del lago. Vi al lobo alzar el hocico hacia el cielo despejado en respuesta a la llamada, y el clamor de las montañas se tornó más sonoro y jubiloso, pero el lobo no se movió de allí. Tenía la mirada fija en mí.

No más dolor. Pongámosle fin.

Mi hija me cogió la mano. Me puso algo frío en la palma. Abrí los dedos y vi una piedra oscura, lisa por un lado, dañada por el otro.

Mi hija.

Pero tenía otra.

—Si emprendes el Largo Viaje, iré contigo —dijo—. Pero si te quedas, también me quedaré contigo.

Miré el coche con atención, intentando ver las caras tras el cristal. Moví la cabeza en un lento gesto de negación. Ellos se volvieron al frente, y el coche arrancó. Lo observé hasta que desapareció. Cuando dirigí la vista hacia el lago de nuevo, el lobo continuaba allí. Me observó todavía por un momento, y luego se escabulló entre los árboles, ladrando y aullando a su paso, y los miembros de la manada alzaron sus voces en señal de bienvenida.

La piedra me pesaba en la mano. Deseaba ser lanzada. Cuando eso ocurriera, este mundo se haría añicos, y otro lo reemplazaría. Sentí diversos puntos de quemazón cuando mis heridas empezaron a vibrar. La mano de mi esposa muerta permaneció en mi hombro, pero su contacto se enfriaba. Me susurró algo al oído —un nombre, una

advertencia—, pero yo tenía ya que esforzarme en recordarlo cuando pronunció la última palabra. Su reflejo en el agua empezó a desvanecerse a la vez que el mío comenzó a cobrar forma a su lado. Intenté sujetar más firmemente la mano de mi hija.  
—Sólo un ratito más —dije—. Sólo...

## Agradecimientos

En primer lugar, la Familia del Amor sí existió, y la mayor parte de su historia, tal como se cuenta en este libro, es cierta. Me es imposible decir si llegaron al Nuevo Mundo, pero estoy en deuda con *Religious Radicals in Tudor England* (Hambledon Continuum, 1989), de Joseph W. Martin, por aumentar mi pequeño bagaje sobre ellos. La historia de las cabezas foliadas en las iglesias también es cierta, y *The Green Man in Britain* de Fran y Geoff Doel (The History Press, 2010), *The Green Man* de Kathleen Basford (D. S. Brewer, 1998) y *A Little Book of the Green Man* de Mike Harding (Aurum Press, 1998) me fueron en extremo esclarecedores, y un tanto inquietantes.

El refugio de Oxford Street, el Centro de Ayuda de Portland, Amistad y el centro de rehabilitación Skip Murphy son instituciones reales que proporcionan servicios de vital importancia a los indigentes y los enfermos mentales de la zona de Portland. Muchas gracias a Karen Murphy y Peter Driscoll de Amistad, a Sonia Garcia de Spurwink y a Joe Riley de Skip Murphy por autorizarme a utilizar los nombres de esas organizaciones. Si deseas hacerles donativos o recibir más información sobre sus servicios, dirígete a:

Amistad

[www.amistadinc.com](http://www.amistadinc.com)

PO Box 992

Portland, ME 04101

Oxford Street Shelter

City of Portland

207-761-2072

Centro de Ayuda de Portland, una agencia de Spurwink

[www.spurwink.org](http://www.spurwink.org)

899 Riverside Street

Portland, ME 04103

Skip Murphy's Sober Living

[www.skipmurphys.com/soberhouse](http://www.skipmurphys.com/soberhouse)

PO Box 8117

Portland, ME 04104

Expreso mi agradecimiento, como siempre, a Sue Fletcher, Carolyn Mays, Swati

Gamble, Kerry Hood, Lucy Hale, Auriol Bishop y a todos los demás en Hodder & Stoughton; a Breda Purdue, Jim Binchy, Ruth Shern, Siobhan Tierney y todos los demás en Hachette Ireland; a Emily Bestler, Judith Curr, Megan Reid, David Brown, Louise Burke y el personal de Atria/Emily Bestler Books y Pocket Books; y a mi agente, Darley Anderson, y su magnífico equipo. Clair Lamb y Madeira James llevan a cabo una excelente labor atendiendo las páginas web y otras muchas cosas. Jennie Ridyard se ha convertido ahora en mi coautora, así como en la otra mitad de mi vida, pero sigue mostrando una considerable paciencia conmigo, al igual que nuestros hijos, Cameron y Alistair. A ti, lector, gracias por seguir leyendo estos libros extraños. Sin ti, nada de esto tendría mucho sentido.

Y un saludo a Jason Isaacs.



JOHN CONNOLLY (Dublín, Irlanda, 1968). Su padre era funcionario y su madre profesora. Estudió Filología Inglesa en el Trinity College de Dublín y periodismo en la Dublin City University. Mientras estudiaba trabajó como barman, camarero, funcionario y chico de los recados en los grandes almacenes Harrods en Londres. Tras graduarse en 1993 trabajó durante 5 años como periodista *freelance* para *The Irish Times*, con el que continúa colaborando.

Empezó a escribir su primera novela en 1993 sin contárselo a nadie. Gastaba todo el dinero que ganaba como *freelance* viajando por Estados Unidos, luego volvía a casa y se ponía a escribir. En 1996 sólo tenía la mitad de «Todo lo que muere» y decidió enviarlo a editoriales y agentes. Setenta lo rechazaron y un agente le animó a terminarlo. Volvió a EE.UU. en 1997, gastó todo el crédito de su tarjeta, dejó cuentas sin pagar y consiguió acabar la novela y venderla en 1998. Todavía le cuesta creerlo.

John Connolly vive en Dublín pero divide su tiempo entre su ciudad natal y los Estados Unidos, donde ambienta sus novelas. Prefiere hacerlo así ya que se identifica más con su tradición de novela negra que con los policíacos británicos. Los autores que más le han influido son Ed McBain, Ross Macdonald y James Lee Burke.